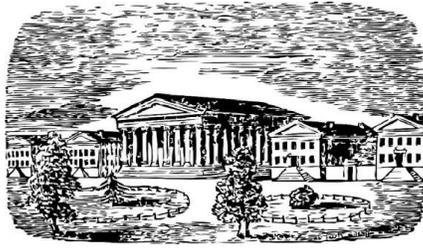


Eva M. Soler - Idoia Amo

Freak
like
me

Primer año



FREAK LIKE ME

Primer año

Eva M. Soler Idoia Amo

© 2018 Eva M. Soler e Idoia Amo
Primera edición: Diciembre 2018

ISBN: 978-84-09-07429-7
Depósito Legal: BI-653-18

Maquetación: Idoia Amo
Cubierta: Nerea Pérez Expósito de www.Imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos)

A nuestros lectores.
¡Gracias por seguirnos!

Contenido

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[SOBRE LAS AUTORAS](#)

[OTRAS OBRAS](#)

CAPÍTULO 1

Cuando el coche se detuvo frente a la verja, al fin su padre se dignó a levantar la mirada de su móvil y recorrer el lugar con sus gélidos ojos azules. No parecía muy interesado, lo que tampoco era ninguna novedad para Syd. Ella ya había dejado caer un par de veces que no era la ilusión de su vida quedarse durante todo el año en un internado, pero como de costumbre su padre no le había dado muchas opciones. A menudo acostumbraba a tratarla como si perteneciera al personal de su empresa y fuera su deber acatar las órdenes sin derecho a réplica.

«Quiero lo mejor para ti».

Que en realidad significaba: «No puedo atenderte ni tengo ganas».

Tampoco era que su vida fuera a cambiar en exceso allí. De hecho, seguramente se sentiría muchísimo más acompañada que con un padre que nada tenía que decir la mayor parte del tiempo que pasaban juntos, un tiempo que era más bien escaso.

Syd salió del coche. El chófer estaba sacando las maletas y acercándolas hacia las verjas, que permanecían cerradas. Las miró con el ceño fruncido; eran gruesas e impresionantes, y encerraban un complejo que quitaba la respiración. Había un inmenso terreno verde con una cuesta empinada y, a lo lejos, se veía a la perfección uno de los dos edificios que poseía el internado. También hacía un frío de mil demonios, a pesar de estar en octubre. Como buena londinense, no le afectó demasiado la temperatura.

Decidió ponerse en marcha y se aproximó a la ventanilla, donde su padre aguardaba con una expresión tan hastiada que Syd sintió ganas de zarandearlo para que reaccionara.

—Estudia mucho —le dijo él de forma ausente—, y pórtate bien. Ya sabes, no me des problemas.

—Tranquilo —replicó ella—. Y buen viaje de regreso.

—Adiós.

Subió la ventanilla mientras miraba el móvil de nuevo y aquello puso fin a la fría despedida. El chófer le hizo un gesto con la cabeza y regresó al interior

del coche. Lo más probable era que su padre tuviera montones de negocios esperándolo y aquella excursión por ir con ella lo había retrasado. Le había hasta extrañado que la acompañara, pero seguro que era porque le pillaba de paso o para ver de primera mano la «inversión», que bien que le había recalcado un millón de veces que aquel sitio era el mejor. En fin, ya no le vería hasta Navidad. Por suerte, podía disponer de su avión privado, un regalo que le había hecho al cumplir los quince años para suplir de ese modo sus reiteradas ausencias.

Se acercó a la puerta y encontró un timbre que tocar, de forma que segundos después esta se abrió con un chirrido. Estupendo. Una cifra millonaria por estudiar allí y nadie salía para ayudarla con las maletas. Creyó que moriría acarreando su equipaje hasta la entrada, pero consiguió llegar sin expulsar los pulmones por el camino. Una vez en la entrada, una secretaria con cara de malas pulgas, cuya placa decía «Jan», le mandó pasar a la sala de admisión.

—Soy Jan. Deja tus maletas aquí, las subirán a tu cuarto —dijo con voz seca.

Dicho esto, se metió tras su escritorio.

«Cuánta dulzura», pensó Syd, y entró en la sala de espera. Dentro había un chico sentado que levantó la mirada al verla aparecer.

—Menos mal —comentó, con un ligero tono de preocupación—. Pensé que esa mujer venía a por mí.

—¿La secretaria? No entiendo por qué dices eso, si es la dulzura personificada. De hecho, podemos llamarla Jan, *la dulce* —contestó ella acercándose.

Se sentó a su lado y le echó un vistazo con disimulo. Puede que la secretaria fuera un dragón, pero el chico mejoraba el panorama. Tenía el pelo castaño y los ojos más azules que había visto en su vida, incluidos los suyos (quizás la única herencia buena que había recibido de su padre). Se lo veía alto, y, aunque iba tapado, no se escapaba que estaba en buena forma física. Además, los ojos no era lo único bonito en su rostro, lo demás acompañaba. No sabía si era la ropa que llevaba, ni por asomo de marca, la forma en que había hecho el comentario o la cara de estar perdido, pero la definición que le venía a la cabeza era «achuchable».

—¿Eres nueva? —preguntó él.

—Ajá. —Le tendió la mano—. Sydney West. Puedes llamarme Syd.

—JD Cochrane. También es mi primer año aquí —contestó el chico con un marcado acento que no reconoció.

—¿De dónde es ese acento? Parece americano, pero no sé de qué zona.

—Ah. —Le mostró una sonrisa perfecta—. Soy de Kalamazoo, Michigan.

Al decirlo, JD pensó en su viaje. Sus padres llevaban mucho tiempo haciendo esfuerzos para poder pagar todo aquello. Al contrario que la mayor parte de los alumnos que estudiaban allí, JD no tenía la suerte de tener unos padres ricos que le pagaran los caprichos. Eran de clase media, y sabía lo mucho que les había costado que él pudiera estar allí en aquel momento, viaje incluido, y eso a pesar de que era uno de los pocos alumnos que había conseguido una beca. Ni siquiera habían podido acompañarle porque el billete costaba un dineral. Cuando empezó a buscar universidades, unas cuantas lo aceptaron debido a sus buenas notas y le ofrecieron de todo, pero sus padres quisieron que tuviera la mejor educación posible en la carrera que él quería, y eso se transformó en el *Sharidan* College, aunque fuera un internado y tuvieran que dejar de verlo a menudo. JD no quiso rechazarlo, aunque se le hundió el mundo entero. Primero, porque estaba muy apegado a su familia y eran muy importantes para él; y segundo, porque sabía que iba a estar rodeado de niños ricos y eso le sentaba como una patada en el estómago. Aquel sitio era famoso por ser el nido donde los padres millonarios abandonaban a sus hijos para que otras personas los educaran en su lugar, como la chica que tenía al lado, por ejemplo. Solo con echar un vistazo veía que estaba a años luz por encima de él: sus dos maletas costaban más que el coche que había dejado en Kalamazoo. Aunque al menos no parecía una niña rica altiva, se la veía agradable, aunque algo lejana, como si su cabeza estuviera en otro sitio. Debido a eso, se permitió observarla sin ser muy obvio. Tenía una preciosa melena rubia rizada y ojos azul claro que conjuntaban a la perfección con su piel pálida. Eso sí, no podía presumir de ser muy alta, aunque sí esbelta... En conjunto, parecía una muñeca de tamaño reducido, pero proporcionada. Le llamó la atención la falta de adornos, su estilo sobrio. Si llevaba maquillaje no se percibía, ni tampoco joyas, exceptuando una cadena en el cuello. Ningún peinado rebuscado ni ropas excesivamente llamativas. Esa sencillez impropia de una persona con dinero le hizo ganar puntos a sus ojos, y entonces se recordó a sí mismo que estaba allí para estudiar, no para distraerse el primer día con una chica mona.

—Eres inglesa, ¿verdad? —preguntó, rompiendo el silencio.

—De Londres mismo, sí... ¿Has estado?

—¿Yo? —JD se echó a reír—. No. Esta es la primera vez que salgo de Michigan. ¿Y tú?

—He estado en algunos sitios —replicó Syd—. Además de territorio americano, algo de Europa, incluso Australia. —Él la miraba alucinado—. Verás, mi padre me deja libertad absoluta económica y, sobre todo emocional, así que...

JD levantó una ceja y pensó que era mejor callarse. Tampoco quería meterse donde no le llamaban. Justo en ese momento, Jan *la dulce* decidió asomar su amable rostro por la puerta, sujetando una lista en la que buscó sus nombres. Los tachó y después les hizo rellenar una ficha con todos sus datos antes de darles el número de sus habitaciones. A continuación los despidió sin demasiada amabilidad y los dos se miraron.

—Desde luego, esta mujer sí que sabe hacer sentir cómodos a los nuevos —comentó él—. ¿Vamos a buscar el edificio principal?

—Vamos.

Salieron al pasillo central en busca de los ascensores. El internado estaba compuesto de dos edificios gigantes separados por un puente cubierto. El principal se componía de varias plantas; mientras que en la primera y segunda estaban el comedor y los lugares sociales y comunes, el resto eran los dormitorios de los alumnos. Todos ocupaban el mismo edificio, aunque las habitaciones estaban separadas por sexos. El segundo edificio era donde se encontraban las aulas de estudio, incluidos un cine y aulas para hacer prácticas. Aparte de eso, tenían gimnasio y una pista cubierta de *hockey* donde se jugaban los partidos, ya que era el deporte oficial que se practicaba allí. La piscina era cubierta y estaba algo más alejada de los lugares principales, aunque también había una de verano que se utilizaba más bien poco debido al clima. Dos canchas de baloncesto, una cubierta y otra al aire libre, completaban las zonas deportivas.

Lo malo era su tamaño, enorme, y que para los nuevos resultaba un caos orientarse allí, sobre todo los primeros días. Aunque no tanto como para preguntarle a la secretaria.

—Podrían darnos un mapa o algo así —se quejó JD.

Había un grupo de alumnos cerca de los ascensores que estaban charlando y bromeando, y todos empezaron a silbar y aplaudir cuando vieron pasar a Syd. Uno de ellos, el más alto de todos con diferencia, se desmarcó del grupo y se aproximó a los dos con una sonrisa.

—No te lo tomes a mal —se excusó—. Están todas tan fichadas que una cara nueva enseguida causa revuelo. No hay muchas chicas aquí.

—Ah, ¿no? —contestó Syd—. Pues no lo entiendo, si las recibís a todas

así.

—Ah, eres de las sarcásticas —dijo él divertido—. Por cierto, soy Chris. Chris Gauthier.

Le estrechó la mano a los dos.

—La explicación ante la escasez femenina es que antes el Sharidan era un colegio íntegramente masculino. Solo hace un par de años que se permiten alumnas, ergo el sexo masculino babea cuando aparece una.

A JD le cayó bien el recién llegado. Era uno de esos chicos que podía decir la mayor burrada sin que nadie se ofendiera. Tenía encanto inmediato, y su enorme sonrisa y expresión risueña desprendían simpatía por todas partes. Los ojos grises, el pelo rubio y un cuerpo muy trabajado lo convertían en un tío que llamaba la atención no solo por su simpatía.

Hubo algún silbido más procedente del grupo, pero Chris se dio la vuelta.

—Callaos, bocazas. —Los miró—. No les hagáis ni caso. Son jugadores del equipo de *hockey* y ya sabéis lo que se dice de los deportistas: mucho músculo y poco cerebro.

—Como tú, ¿no? Que tienes pinta de jugar... —De la boca de Syd salió un tonillo burlón.

—La verdad es que yo soy el capitán del equipo —reconoció él—, pero estoy por encima de esos clichés.

—Seguro... —le pinchó nuevamente ella—. Soy Syd, él es JD. Ya que estás aquí, podrías ser útil y hacernos de guía.

Chris afirmó con la cabeza mientras sonreía, un tanto sorprendido por el tono burlón de la rubia. Hizo un gesto de despedida a sus compañeros de equipo y se puso a andar con los nuevos detrás.

—Esto es la recepción —comentó—. Ahí es donde está el despacho del rector; por allí, al fondo, se encuentran los despachos de los diferentes directores de departamento y su claustro, con una sala donde se reúnen para charlar. —Sonrió—. Por la izquierda, está la biblioteca. Hay una zona donde tenemos prohibido pasar, ahí duerme el profesorado, en una especie de apartamentos.

Cogieron el ascensor y subieron a la primera planta.

—Ya entiendo —dijo JD—. De esta planta se cruza a la otra por el puente cubierto, ¿verdad?

—Sí —contestó Chris—. También se puede cruzar por la calle. Es más incómodo, pero a veces la gente prefiere salir y renovar el oxígeno. Los estudiantes salen a fumar y esas cosas al campus.

La puerta del ascensor se abrió.

—¿Suele haber muchos nuevos? —quiso saber Syd mirando alrededor.

—No demasiados. Es un internado caro y elitista —explicó Chris—. Cualquier universidad privada lo es, pero esta aún más, sobre todo porque casi todos los estudiantes son de buena o buenísima familia. Tú misma eres un buen ejemplo. —Miró a Syd y después a JD—. En cambio, tú pareces un becado.

—Es lo que soy —contestó JD, poniéndose tenso al oírle.

—No te molestes, hombre, no es con mala intención. Me gusta la gente normal... además, yo tampoco soy hijo de millonarios, ni yo ni mi hermano Eric. Nuestros padres se han gastado mucha pasta para que estemos aquí, pero tengo otras dos hermanas, así que...

—¿Así que tu hermano está aquí contigo? —preguntó ella con curiosidad.

—Somos mellizos, así que vamos pegados a todas partes con las consecuencias que ello conlleva. —Señaló la derecha—. En aquel lado están las aulas de estudio y filmoteca; la biblioteca está abajo, por si no la habéis visto, y es enorme. —Señaló la izquierda—. Por ese lado, salas de montaje y todo lo relacionado con audiovisuales. Yo soy de periodismo, así que no voy mucho por allí.

—Yo también —dijo Syd.

—Yo de audio —comentó JD. Ya le apetecía ir a curiosear, pero decidió dejarlo para otro momento—. Es más grande por dentro de lo que parece.

Chris asintió.

—Sí, por fuera parece serio y formal. El claustro de profesores en general y el rector en particular son un poco anticuados, pero vamos mejorando. No os imagináis el aspecto que tenía al principio. —Los llevó hacia el puente que comunicaba los edificios para cruzar—. Fuera está el gimnasio, pero eso no suele interesar a nadie.

—¿Hay piscina? —preguntó la chica buscándola con la mirada.

—La olímpica está algo alejada, pero la tienes disponible todo el año. Hay otra que es más para verano, para los alumnos que no van a sus casas, que alguno siempre hay. —La observó—. ¿Tú nadas?

—Sí. Es el único deporte que no me aburre.

—¿Y tú, JD? —Se giró hacia él, que ya empezaba a pensar que se estaba volviendo invisible.

—Lo básico —dijo él—. La verdad es que no soy muy deportista.

—Pues no lo parece. —Chris lo observó.

—Esto es natural. Doy gracias por mis genes —replicó el chico en tono burlón.

—Pues oye, tenemos equipo de *hockey* y todos los años hay huecos; si te aburres, siempre puedes presentarte a las pruebas.

Lo miró de nuevo esperando su reacción.

JD arqueó una ceja al oírlo, pensando si le estaría tomando el pelo. Pero Chris no estaba bromeando en absoluto y esperaba una respuesta por su parte.

—Lo pensaré —prometió, olvidando el tema casi un segundo después.

Siguieron adelante, y por el camino se cruzaron con otro chico que se parecía sospechosamente a Chris, por lo que debía ser su mellizo. Tenía sus mismos ojos de aquel gris y el cabello rubio algo más oscuro, aunque la expresión de su rostro no era tan simpática como la de su hermano. Al verlo, se acercó a ellos con una mueca socarrona.

—Eh, es mi hermano —dijo Chris, chocando su mano—. Eric, estos son dos estudiantes nuevos que acaban de llegar, Syd y JD. Les estoy haciendo un recorrido turístico.

—Tú siempre tan atento —se burló Eric—. Sobre todo, si hay alguna chica delante. —Sonrió a los recién llegados—. ¿Qué, ya estáis hasta las narices de mi hermanito?

—Por lo menos no se ha dedicado a mirarnos como si fuéramos extraterrestres —concedió ella divertida, mirándolo.

Eric afirmó con la cabeza.

—Sí, Chris le cae bien a todo el mundo. Es su cualidad, su don, por así decirlo. —Le echó un vistazo admirativo a la rubia—. Y tú vas a ser muy popular aquí, deduzco. Una chica guapa y con mala leche siempre es una buena combinación. Bueno, ha sido un placer, ya me marchó.

Los saludó con la cabeza y prácticamente antes de que pudieran despedirse, Eric había desaparecido.

—Qué simpático —comentó Syd.

—Es un buen tío —explicó Chris—. Muy inteligente, más que yo, si he de ser sincero. Aunque la forma física no es lo suyo, pero todo no se puede tener, ¿no?

Le dedicó una sonrisa a Syd, y ella se la devolvió. JD se dio cuenta de que, poco a poco, la rubia había dejado de responder de forma mordaz, y el tono que usaba en aquel momento estaba más próximo al coqueteo. Ese tipo de cosas que él, por muy atractivo que fuera, no tenía ni idea de hacer... Tendría que pedir a Chris que le explicara su secreto, o quizás fuese buena idea formar

parte del equipo de *hockey*. Se fijó entonces en las vistas que había desde el puente que unía los edificios, que eran simplemente espectaculares. El internado estaba enterrado entre montañas y el paisaje solo era otro plus añadido de una belleza impresionante.

—Espero que traigáis ropa de abrigo —estaba diciendo Chris, y JD regresó a la realidad—. Aquí hace un frío horroroso casi todo el año, aunque supongo que eso ya lo sabéis. En invierno la temperatura media es de diez grados bajo cero.

Habían terminado de recorrer el puente y se encontraron en una especie de recepción. Allí ya se veían más alumnos corriendo de un lado para otro.

—Bueno, aquí están los dormitorios. Por la derecha, chicas. Por la izquierda, chicos. —Consultó su reloj, pensativo—. A las ocho suena el timbre para la cena. Podéis buscarme en el comedor si queréis sentaros conmigo. Os presentaré gente para que no sea tan incómodo.

Los dos asintieron.

—Bien entonces. El comedor está en la planta baja. —Miró a Syd—. Solo tienes que seguir ese pasillo y buscar tu número.

—Gracias por la visita —replicó ella con una sonrisa. Miró a JD—. Nos vemos más tarde.

La chica desapareció de su vista y ellos se miraron.

—¿Cuál es el número de tu cuarto? —quiso saber Chris—. Lo pone en la ficha que te habrá dado Jan, la de la cara de mala leche.

—¿Jan, *la dulce*?

—¿Así la has bautizado? —Chris se echó a reír.

—Ha sido ella, no yo.

—¡Me encanta el mote! Le va que ni pintado.

JD sacó la ficha.

—Número siete —dijo.

—Estás en mi habitación, ¡qué sorpresa!

Su alegría no tenía nada de fingida y para ser sinceros, a JD también le pareció bien. Al menos había tenido oportunidad de conocerlo y le había parecido un chico majo.

—Así que voy a compartir cuarto con el capitán del equipo de *hockey* —comentó—. Seguro que un montón de chicas se cambiarían por mí.

—Claro. Como si a ti te faltaran chicas. —Hizo un ruidito escéptico—. De todas formas, me es indiferente, no me interesan las tías que solo me ven como una cara bonita. —Le indicó con un gesto por dónde tenían que seguir—.

Sabíamos que venía un compañero, pero no cuándo llegaría.

—¿Cuántos somos por habitación?

—Tres —explicó Chris—. En nuestro cuarto está Dennis, nosotros ya compartimos cuarto el año pasado, así que nos conocemos. También estaba Seth, pero lo expulsaron por sus malas calificaciones. Aunque sea una universidad de pago, están muy pendientes de las notas, hay mucho nivel.

—¿Y qué tal es ese Dennis? —preguntó JD.

—Bueno, nosotros llevamos al pie de la letra el lema de «vive y deja vivir».

Le sonrió, y JD lo siguió pensando si eso sería bueno o malo. Llegaron a la habitación; por los pasillos se veían puertas abiertas con estudiantes hablando entre ellos, y también había chicos sentados, algunos leyendo, otros escuchando música y unos pocos lanzándose una pelota o peleando de manera amistosa. Nadie les prestó demasiada atención, aunque hubo muchos saludos hacia Chris al pasar; él contestaba a todos por igual.

En la entrada se encontraban las maletas de JD, así que las cogió y Chris abrió la puerta. Carraspeó al entrar.

—Hola, tío. He encontrado al que nos faltaba en el cuarto, se llama JD —presentó.

El chico era extraño y eso saltaba a la vista nada más verlo. Era delgado, de aspecto nervioso, con ojos color azul y pelo negro cual ala de cuervo; los rasgos de su cara eran atractivos, pero diferentes a los cánones de belleza habituales. Estaba tumbado en su cama con un libro sobre el regazo y un cigarrillo en la mano; les dedicó una mirada poco interesada desde donde se encontraba.

—Joder, no deberías fumar en la habitación —recriminó Chris—. JD, este es Dennis Reijo, *el príncipe negro*.

JD le estrechó la mano.

—¿Qué tal?

—Ya ves, intoxicando un poco el aire. Espero que no te moleste. —Lanzó una mirada burlona a Chris—. Sé que a Chris no le hace mucha gracia.

—Es que resulta que está prohibido —explicó Chris girándose hacia JD—. Que sepas que no se puede fumar dentro de los edificios... solo fuera, en el campus o las escaleras. Dennis lo sabe, pero se lo pasa por el arco del triunfo.

JD buscó con la mirada la cama libre y, para su satisfacción, descubrió que estaba debajo de la ventana, lo que le pareció perfecto. Se deshizo de la cazadora mirando hacia fuera, daba a la parte posterior y no se veían más que

árboles, seguro que por eso ninguno de los dos la había querido, pero a él le gustaba, le relajaba. Se sentó encima y observó a sus nuevos compañeros.

La zona de Chris era sobria, sin grandes estridencias, con varios libros esparcidos por encima de su mesa y tan solo un par de fotos pinchadas en su corcho. Dennis era un maniático de la música y eso se notaba a la legua: su corcho estaba lleno de fotos, canciones y partituras. En una esquina, un equipo de música. Su guitarra yacía debajo de la cama, aunque solo asomaba una pequeña parte. Dennis tenía cierto aire de artista, resultaba atrayente por encima de su aspecto.

—¿Qué apellido es Reiijo? —preguntó.

Dennis levantó la mirada del libro de psicología que estaba leyendo.

—Soy finés —contestó—. De Helsinki.

JD dejó sus maletas sobre la cama y los contempló.

—¿Tengo tiempo de deshacerlas?

—Amigo, si hay algo que sobra aquí es tiempo —le respondió Dennis, tras intercambiar una sonrisa divertida con Chris.

Por su parte, Syd no tardó en encontrar su habitación, que era la número doce. Los pasillos de la zona femenina no eran tan bulliciosos como los de la masculina, aunque sí había puertas abiertas por las que escapaban música y risas. Sus maletas también estaban allí, así que las cogió y llamó a la puerta. No quería entrar a lo loco sin llamar y empezar con mal pie si ya estaba alguna de sus compañeras dentro. Escuchó un galope desde el interior hasta que alguien abrió.

—¡Hola! —saludó efusivamente la joven que había en el interior—. ¡Qué bien, ya tengo compañera! Pasa, pasa. Qué pequeñita —observó sin malicia.

Se apartó para dejarla entrar y Syd se deslizó dentro, obviando el comentario sobre su estatura, algo a lo que estaba acostumbrada. La chica pizpireta era alta y atlética, de melena lisa pelirroja y ojos verdes; tenía la cara llena de pecas, poseía una sonrisa preciosa, y parecía una persona muy alegre. Llevaba un pantalón oscuro y un top deportivo que evidenciaban un cuerpo que era pura fibra, propio de deportistas natos.

—Pensaba ir a correr —dijo—. Pero ya que estás aquí, me quedaré. Soy Satchel Kelly.

—Syd.

Observó el cuarto y no le pareció tan mal. Era bastante amplio, con tres camas con sus correspondientes escritorios y unos enormes corchos donde los

estudiantes pinchaban calendarios de entrega de trabajos y exámenes, y alguno, fotos también. Quedaban dos camas libres y Syd se decantó por una, dejando su chaqueta encima de ella y las maletas a un lado. La tercera aún estaba desocupada. El lado de Satchel era un poco caótico, con las maletas a medio deshacer.

—¿Tú también acabas de llegar?

—No, llegué a primeros de semana —contestó Satchel con una risita—. Lo que pasa es que soy un poco desordenada, una de esas personas que tardan semanas en deshacer las maletas del todo, ¿sabes? Un desastre.

—Déjame adivinar, ese acento me suena... australiana, ¿verdad? —adivinó Syd, al oírla.

—¡Has dado en el clavo! —Satchel se rio—. Eso quiere decir que estoy en estado salvaje. —Se puso un dedo en los labios estudiándola con interés—. Veamos si acierto yo... Ese acento tan bonito y esa forma de hablar solo la he visto en las pelis, ¿eres inglesa?

—Ajá.

—¿De pura cepa, con pedigrí y esas cosas?

Syd se echó a reír.

—Bueno, algo de eso hay, no creas, que mi padre está deseando que le hagan *sir*. Pero no te imagines que tenemos ningún título ni nada, solo dinero.

A Satchel no le pasó inadvertido que no mencionara a su madre. Esperó unos segundos, pero como Syd no dijo nada, dio ella el paso de dar su dato más personal.

—Pues yo títulos tampoco, pero sí que tengo sangre australiana de pura cepa por todas partes. Mis padres lo eran también.

—¿Eran?

—Murieron hace unos años.

—Vaya. —La miró de forma compasiva—. Lo siento.

—Gracias, pero no pasa nada. Es lo que hay y no se puede cambiar, así que... —Se encogió de hombros—. Mejor lo sabes ya y nos quitamos el tema desagradable del medio, ¿no crees?

—Supongo que tienes razón.

Syd se quedó unos segundos pensativa, mirándola. Satchel parecía exudar optimismo por cada poro de su piel y no había dudado en contarle lo que, aunque no lo pareciera, debía ser un tema doloroso para ella. También era una forma de romper el hielo y demostrarle una confianza que aún no se había ganado, pero que era necesaria para la buena convivencia de aquel año. Así

que, pese a que no le gustaba entrar en detalles, decidió que lo mejor era corresponderle de la misma manera.

—Yo solo tengo a mi padre. —Puso los ojos en blanco al decirlo—. Bueno, tenerle, lo que se dice tenerle... lo veo poco, pero en fin, está. Ahí. Por algún lado. —Suspiró—. Vamos a dejarlo así.

—Claro, no te preocupes. —Se acercó a ella y se dejó caer en su cama—. ¿Has visto las instalaciones deportivas que hay en este sitio? ¡Son flipantes!

—¿Eres deportista?

—Sí. De hecho, tienes ante ti a toda una excompeticadora de atletismo. Y este año tengo otra meta, entrar en el equipo de *hockey*.

—Ostras —murmuró Syd impresionada.

Satchel hizo una mueca.

—Tengo obsesión por este deporte. Supongo que como en Australia hace tanto calor, a mí me llaman los deportes de frío.

—Pues tengo malas noticias para ti —le dijo Syd—. El equipo de *hockey* de *Sharidan* es masculino. O al menos los que he visto al llegar eran todos tíos.

—Yo pienso cambiar eso —repuso Satchel convencida—. Soy ágil, rápida y resistente, y haré todo lo que esté en mi mano.

Syd estuvo tentada de echarse a reír, pero no pudo por menos que admirar el entusiasmo de Satchel. No tenía tan claro que lograra su propósito, pero desde luego tenía la actitud correcta para conseguirlo.

—Te puedo presentar al capitán —ofreció—. De hecho, le he oído decir que tiene algún hueco libre en el equipo. Es un chico majo, nos ha hecho de guía.

—¿Nos? ¿A quiénes?

—A mí y a JD, otro chico que he conocido al llegar.

—Vaya, pues sí que has tenido éxito: dos chicos nada más llegar. Yo solo he visto a la borde de la entrada.

—Después los veremos en el comedor, supongo, así que te los puedo presentar.

—Genial.

—Voy a ducharme y bajamos, ¿te parece?

—Perfecto.

Satchel fue a tumbarse a su cama con una revista de deportes, así que Syd se metió en la ducha. Le vino bien para relajar un poco el cansancio del viaje y del día. Cuando salió, quedaba poco para la hora de la cena, así que Satchel

y ella se cambiaron de ropa mientras se iban haciendo preguntas mutuamente y conociéndose mejor.

Cuando JD estuvo listo, Chris se lo llevó hacia el comedor. Dennis dijo que no tenía hambre, que la comida era una tortura en ese sitio y que prefería quedarse a componer algo de música.

—Le gusta estar solo —comentó Chris mientras bajaban en el ascensor—. Come poco, fuma mucho, a veces se queda callado... pero, cuando lo conoces a fondo, descubres que tiene mucho sentido del humor.

—Es músico, ¿no? —preguntó JD.

—Ajá. Hasta tiene un grupo y todo.

Ya habían llegado al comedor y el ruido era ensordecedor, por no contar el jaleo de todos los alumnos saludándose con el reencuentro. JD estaba algo nervioso porque las multitudes no le gustaban de forma especial. Además, ir junto a Chris tenía ventajas y desventajas, puesto que iba recibiendo saludos efusivos de todo el mundo que lo veía y eso los obligaba a detenerse todo el tiempo. Estaba claro que era la estrella del internado: se llevaba un montón de miradas apreciativas en general. Por desgracia para él, las chicas también empezaban a notar su presencia, examinándolo con descaro y cuchicheando entre ellas.

Chris lo condujo directo a una mesa donde estaba sentado su hermano Eric. Este les hizo un gesto para que ocuparan los sitios libres junto a él.

—¿Listos para la indigestión? —preguntó, en cuanto los tuvo enfrente.

—La comida de aquí no tiene muy buena fama —le comentó Chris a JD con una sonrisa.

JD estaba estudiando el comedor mientras ellos charlaban. Cerca había un chico de rasgos orientales haciendo cola para la comida. Emitía unas vibraciones que no daban pie a acercarse, estaba muy serio y fruncía el ceño, gesto que lo hacía parecer hosco y ensombrecía una cara que, en circunstancias normales, hubiera sido atractiva. Se comportaba como si no hubiera nadie a su alrededor. Cogió una bandeja con su comida y se encaminó hacia la puerta.

Chris siguió la mirada curiosa de JD y carraspeó.

—Ese es Yin Rae Song—le informó—. ¿Sabes que en todos los colegios hay un tío pijo hijo de millonarios que se cree el rey del mundo? Pues este es el nuestro. Su padre tiene una aerolínea en Corea del Sur.

—Piensa que todos debemos besarle los pies —añadió Eric, empezando a

quitar cosas del plato con cara de asco y apartarlas a un lado—. ¿Por qué siempre pimientos? Con lo que los odio.

—Pues no se le ve muy feliz —comentó JD—. Da un poco de pena.

Los chicos intercambiaron miradas entre sí y estallaron en carcajadas.

—Espera a conocerlo mejor —sonrió Eric.

JD dejó de prestar atención a lo que le contaban los hermanos al ver a Syd entrar en el comedor acompañada de una pelirroja muy guapa, y automáticamente, notó que Chris se enderezaba. Este les hizo un gesto para que se acercaran. Le molestaba la posibilidad de que se sentaran en la mesa de algún otro, no quería perder la ventaja que había ganado con Syd. Se hubiera sorprendido de saber que JD estaba pensando algo parecido, y entonces ellas llegaron a su altura para sentarse.

—No molestamos, ¿no? —saludó Satchel sin ninguna timidez—. Soy Satchel.

Hizo un gesto con la cabeza y ellos se presentaron. Syd miró la comida con cierto recelo.

—Uffff —comentó—. ¿Los rumores eran ciertos? ¿La comida no aprueba?

—No. —Chris se rió—. Es bastante mala.

—¿Tú eres el capitán del equipo de *hockey*? —preguntó Satchel mirándole directamente, y él afirmó con la cabeza—. ¿Qué hay que hacer para pertenecer al equipo?

Eric levantó la cabeza.

—¿Al equipo de animadoras?

—¿Animadora, yo? Bromeas. —No le prestó atención, volviendo su interés de nuevo a Chris—. Lo que yo quiero es jugar al *hockey*.

Hubo un silencio sepulcral en la mesa mientras los chicos cruzaban miradas entre ellos, asombrados. Eric se echó a reír y Satchel frunció el ceño.

—¿Qué es tan gracioso? —le increpó—. ¿Me río yo de tu pedazo de nariz?

Eric enmudeció, aunque se recuperó al momento.

—No quiero sonar machista —dijo, sabiendo que era exactamente como iba a sonar—, pero creo que es un deporte algo brusco para una chica.

—Ya me preocuparé yo de mis huesos, gracias —le interrumpió ella y volvió a mirar a Chris—. ¿Qué dices, me harías una prueba?

Chris se encogió de hombros.

—Por supuesto.

Ahora les tocó a los demás mirarlo con cara de asombro y sorpresa.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Por qué no? Si es buena, nos vendrá bien tenerla en

el equipo.

—¿Estás loco? —preguntó Eric.

—Lo primero, el capitán soy yo —puntualizó su hermano sin sentirse atacado—. El año pasado ganamos todos los partidos. ¿Por qué? Porque el entrenador confía en mi criterio.

—Coño, no te pongas pedante.

—¿Hay algún problema con que le dé una oportunidad a una chica? ¡Que se presente! No voy a darle ningún favoritismo: si lo hace bien, adelante. Nunca pongo frenos a un buen jugador.

—Amén. —Satchel le chocó la mano—. Eres un tío de la cabeza a los pies.

—Gracias. Ya lo sé, pero me gusta que me lo recuerden de vez en cuando— bromeó el chico.

Syd se giró a JD, que escuchaba la conversación como quien estaba en un partido de tenis, sin parecer demasiado interesado.

—¿Qué tal tus compañeros de cuarto? —preguntó.

—Chris es uno de ellos —contestó JD—. Y el otro es un chico un poco raro. Se ha quedado arriba, componiendo canciones y fumando de manera melancólica. ¿Y las tuyas?

—Por ahora solo estamos Satchel y yo, pero parece que nos llevamos bien. Veremos cuando venga la que falta...

Eric, que les estaba escuchando, preguntó cuál era su habitación; al responder Satchel que la doce, hubo un silbido general de los mellizos.

—¿Qué pasa? —preguntó Syd intrigada.

—Cherry Clark —respondió Chris—. Vimos la distribución de los cuartos en el despacho de admisiones y ella es vuestra compañera, Cherry *Cazadora* Clark.

—¿Ese es su mote? —inquirió Satchel mientras arqueaba una ceja—. ¡Porque suena como el culo!

—Cherry es, por desgracia, muy popular entre casi todos los chicos del internado —explicó Eric con una sonrisa—. Una verdadera tigresa.

—Lo que faltaba —comentó la pelirroja—. Espero que no nos distraiga mucho con visitas de tíos.

Todos se rieron, y quedó claro que Satchel y la palabra moderación no hacían buena pareja. Bueno, mejor que no tuviera pelos en la lengua.

Chris pareció recordar algo y se giró hacia los nuevos con cara interrogativa.

—¿Sabéis que tenemos un periódico universitario? El *Sharidan News*. —

Hizo una mueca—. Sí, lo sé, no es el colmo de la originalidad. A lo mejor os interesa participar, yo escribo allí y este año me tocará más. Es obligatorio cuando estás en segundo de carrera.

—¿Qué escribes, artículos deportivos? —se burló la rubia.

—Artículos de todo tipo —recalcó él sin ofenderse—. Si te pasas pronto, igual tienes suerte. Siempre andan a la caza de nuevos talentos.

Justo en ese momento, una pareja pasó por su lado y los saludaron, aunque no se detuvieron. La chica tenía un rostro ligeramente infantil, cabello oscuro liso y ropa que no le favorecía demasiado. Se veía que era mona, aunque llevaba un estilismo equivocado, destinado en parte a ocultar ese atractivo. Él tenía aspecto serio, aunque expresivo. Delgado, de cabello oscuro y ligeramente rizado, poseía una nariz afilada que era lo que daba personalidad a su rostro.

Ambos eran canadienses. Ella era Georgia Cavanagh y estudiaba periodismo. Él, Jake Jessup, estaba en económicas y empresariales. Se conocían desde el año anterior, cuando ambos habían ingresado de novatos, y desde entonces cultivaban una amistad un tanto curiosa, puesto que casi pasaban más tiempo discutiendo que llevándose bien. Jake era un chico inteligente, con una lengua mordaz, pero que no se relacionaba demasiado con los demás. Gia había estado hasta el último año de secundaria colaborando en el periódico de su instituto en Chelsea solo para descubrir que la gente no siempre estaba dispuesta a aceptar puntos de vista diferentes. Y por ese motivo no quería saber nada del *Sharidan News*.

—Este sitio me pone enfermo —gruñó Jake—. No sé qué hago aquí. Podría aprobar esto con los ojos cerrados.

—Pasar el tiempo —le replicó Gia—. Saldrás con un título debajo del brazo y podrás decir que fuiste a la universidad.

—¿Y qué importancia puede tener eso? La culpa de todo la tiene mi familia.

—¿No te gusta tu familia? —preguntó ella divertida, sabiendo de antemano la respuesta mientras se ponían a la cola para coger la comida.

—No están mal. Preferiría haber nacido en la de los Rockefeller o los Hilton, ya puestos. —Miró las verduras—. Qué asco.

Gia sacudió la cabeza.

—Una familia millonaria es justo lo que te faltaba a ti, serías todavía más insoportable.

—Bueno, pero no tendría que perder el tiempo aquí rodeado de todos estos

gorilas. Podría dedicarme a ver la tele todos los días, pedir cócteles de piña, acosar a las asistentas ilegales y viajar a Cuba seis o siete veces al año. Sería una estrella en las revistas rosas y me tildarían de excéntrico.

Gia hizo el intento de coger puré de patatas, pero no consiguió despegarlo de la paleta, así que volvió a dejarlo en su sitio.

—¿En serio te gustaría vivir así de verdad, cabeza hueca? ¿Todo el día viendo la MTV para no agotar tu pseudocerebro, convertido en un alcohólico que va por ahí abusando de pobres inmigrantes y presumiendo de dinero en Cuba?

—Pues sí. No veo qué mal hay en querer vivir sin esfuerzo.

Se echó un montón de patatas fritas en el plato.

—En esta vida hay que tener alguna aspiración —comentó ella.

—Mi aspiración es ser millonario. Te aseguro que sería el trabajo de mi vida. —Cogieron las bandejas y se giraron—. Eh, vamos a saludar a los mellizos, que antes solo hemos pasado a su lado.

Se acercaron a la mesa para saludar a los susodichos. Gia enseguida fichó a JD y le causó una buena impresión física, aunque estuvo esperando a que soltara la estupidez que, tarde o temprano, todos los pertenecientes al género masculino terminaban soltando.

—Estábamos hablando del *Sharidan News* —les resumió Chris—. En mi opinión, Gia debería encargarse de la dirección, seguro que entonces todo el campus lo leería. Es brutal.

—¿Por qué no lo haces? —quiso saber JD.

—Hipocresía —explicó ella—. Ya me tragué bastante en el periódico del instituto; nunca podía escribir de lo que yo quería y el director cortaba lo mejor de mis artículos. Desde entonces, no me involucro en esas cosas.

—Quizá aquí sí puedas demostrar lo que vales —continuó JD—. Una cosa es escribir artículos y otra dirigirlo, no sé, yo me lo pensaría.

—Quizá lo haga, no sé si...

—Bueno, ha sido un placer conoceros —cortó Jake de repente—. Pero nos apetece sentarnos. Ya nos veremos.

Se alejó hacia otra mesa y Gia lo siguió, echando un último vistazo a JD. ¿Podía ser posible que en aquel chico hubiera un cerebro emergente luchando por salir a la luz?

—El nuevo parece majo —comentó sentándose.

Jake estaba concentrado apartando cosas del plato con cara de asco. Al ver que ella esperaba algún tipo de respuesta, alzó la mirada.

—¿Majo o increíblemente guapo? No sé... Parece un poco cursi, ¿no? — Cerró el pan—. Después de media hora, esto es lo que consigo. Un bocadillo de pavo y mostaza. —La miró y, al ver su expresión, sonrió—. Cuidado, que babeas.

Gia frunció el ceño.

—¿Así que porque un tío no se expresa diciendo burradas resulta que es cursi? Explícame la base científica de ese comentario, por favor. Además de que solo hemos intercambiado dos frases, no sé si da para tanto análisis.

Jake hizo un gesto simulando vomitar.

—Vamos, Gia, míralo. Esa mirada de cachorrito perdido y la camisa blanca inmaculada, es para vomitar y no parar.

—Contigo me pasa algo similar, pero tú no necesitas ni la camisa blanca.

El chico le sacó la lengua.

—Diría que Chris tiene un rival. —Observó la mesa—. Preveo que su índice de popularidad bajará un poco. O un mucho.

Gia se dedicó a pensar en por qué le habría gustado el nuevo; no era tan raro, solo que ella no solía interesarse por los tíos en general. Los consideraba unos cerdos que siempre pensaban en el sexo y terminaban por partírte el corazón. Pero, ¿y si esa etapa se había terminado y ahora empezaba a sentir interés por ellos? Qué horror, no sabía nada sobre ligar ni sobre los hombres. Miró a Jake.

—Tienes que ayudarme —le dijo—. De verdad, necesito tu ayuda.

—Cuenta con ella. ¿Qué tengo que hacer?

—Ayúdame a entender a los hombres.

Jake la miró levantando una ceja y dejando su bocadillo.

—Eso que pides es un poco complicado... aunque menos que tratar de comprender a las mujeres.

—¡Hablo en serio! —protestó Gia—. Quiero, no, «necesito» saber cómo funcionan vuestros pseudocerebros.

—¿Vas a hacer un trabajo o qué?

—Digamos que sí.

—Vale, pues empieza por no decir pseudocerebros... no porque nos ofendamos, sino porque la mayoría seguramente no sabe ni lo que significa.

—Entendido. Palabras sencillas. Frases cortas... como educar a un perro.

—Y no seas tan ácida, hombre. Apabullas a los tíos.

Gia asintió, tomando notas mentalmente. De hecho, de haber tenido una libreta a mano lo hubiera apuntado, pero no tenía. Bebió un poco de zumo y

carraspeó.

—Puedo contener mi lengua —dijo.

—Y, bueno, arréglate un poco —añadió él.

Gia frunció el ceño y le pegó tal manotazo que Jake se atragantó con el agua, y casi tuvo que escupir las amígdalas.

—¡Joder! —bajó el tono—. ¡Pues es cierto! Siempre vas por ahí con ropa ancha, sin arreglar. A los chicos nos gusta la ropa sexy, el maquillaje, el perfume. ¿Sabes lo que es eso?

—Eres un cerdo y un machista —le dijo ella—. ¿Esperas que vaya a clase con pinturas de guerra?

—Tú me has pedido consejo y te lo estoy dando. ¿A quién te quieres ligar, al tío con cara de niño bueno? Pues sí que apuntas alto, chica.

Gia dejó su sándwich y cogió un trozo de la tarta de Jake.

—¿Por qué siempre haces lo mismo? ¡Coges toda esa comida asquerosa que no hay quien se la trague y después me robas la mía! —protestó él mientras Gia se la tiraba al plato—. Entonces, ¿he acertado sobre el guaperas? Todas las mujeres sois iguales, solo tenéis ojos para los chicos así.

—¿Y me lo dices tú, que vas detrás de todas las tías buenas que ves?

—Eso no es cierto, pequeña —corrigió Jake con una sonrisita—. Los tíos vamos detrás de todas las mujeres y te diré más, tal y como está últimamente el panorama, poco importaría si no tuvieran cabeza.

Gia soltó un bufido.

—Sí, ya me imagino que os daría igual mientras hubiera una vagina.

Jake le echó un vistazo de manera crítica.

—Muy bien, vale —dijo—. Empieza por cambiar de pintas. Si quieres que ese monaguillo se fije en ti, deja asomar tus curvas, chica. Que las tienes y son bastante potentes. —Hizo un gesto, señalando su delantera.

Gia alargó la mano y le dio en la cabeza.

—Ni hablar. No hasta que me opere —dijo.

—¿Y eso cuándo será?

—Bueno, después de la carrera. Cuando haya encontrado piso, trabajo y algo de estabilidad. Pueden ser siete años.

—¿Y hasta entonces?

—Leeré libros, veré películas y comeré hamburguesas con patatas fritas.

—Estás loca.

—Querrás decir que tengo personalidad —lo corrigió ella con amabilidad.

Jake meneó la cabeza.

—¡Mírate! —le recriminó—. Cientos de mujeres se meten esa basura a diario para presumir de globos hidráulicos, ¡y pretendes quitártelas!

—¿Tú no tienes ningún complejo? Por ejemplo, querer un pene más grande.

—Espero que ese comentario no sea personal y quieras decir que mi pene es pequeño.

—Evidentemente, no sé de qué tamaño estamos hablando, listillo —aclaró ella—. Solo quiero saber si alguna vez has valorado operarte.

Jake negó con la cabeza con vehemencia.

—Jamás se me ha pasado por la cabeza —dijo—. Estoy muy satisfecho con mis medidas, gracias. Pero, si he de ser sincero... me hubiese gustado otra nariz. Aunque nunca me metería en un quirófano y espero que no uses esta pequeña información para futuros insultos. —Volvió a mirarla de manera pensativa—. Mira, podemos revisar tu armario. Necesitas algo sugerente. En este momento, hasta la novia de Frankenstein tendría más morbo que tú.

—Vete a la mierda.

—En este jodido internado no me iría muy lejos.

—¿Por qué preocuparse por la ropa? Si los chicos no os fijáis. Lo único que decís de la ropa es que nos la quitemos.

—Esto es ridículo. —Jake perdió la paciencia—. ¿No puedes simplemente ir y decirle que te gusta?

—Jake, no entiendes nada, de verdad. No se puede ir en ese plan. No quiero asustarlo.

—Ya me gustaría a mí que me dieran esa clase de sustos, no te digo —refunfuñó él—. Mira, yo me voy a fumar. Anda, vente conmigo.

Llevó la bandeja vacía al lugar donde se colocaban y Gia se levantó para seguirlo, con un suspiro de resignación. No veía cómo Jake podía serle de ayuda con su «delicadeza», pero al menos tendría un punto de vista masculino.

Una vez terminada la cena, Eric dijo en voz alta que todavía no había deshecho su maleta, así que estampó un beso en la cara de su hermano y se fue con una sonrisita burlona a su cuarto. El año anterior ya tenía de compañero a Yin y a otro chico que ese año había decidido hacer la carrera en otra universidad. Durante ese tiempo, se habían llevado tan mal que apenas habían intercambiado algo más que saludos; pese a todo, Eric había decidido hacer un esfuerzo por mantener la paz en la habitación y que el curso no fuera tan tenso.

Pero era difícil con Yin. Estaba claro que venir de un país lejano tanto en lo cultural como en distancia y ser el hijo del dueño de Korean South Airlines,

la más importante del país, no le había beneficiado en absoluto, como tampoco lo había hecho tener todo lo que había querido siempre. Era idiota, y Eric tenía poca paciencia con los idiotas.

—Hombre, Yin —saludó al entrar—. ¿Qué tal el verano? He oído que ha llovido un poco por Corea del Sur, ¿no?

—Sí —dijo Yin, que se estaba afeitando—. Aunque no tanto como en Ottawa. No sé cómo podéis vivir en Canadá, la verdad.

—Bah, no empieces. Aún es pronto para estar en guerra. ¿No puedes relajarte?

Yin se lavó la cara y se asomó con una mirada hostil.

—¿Sabes qué? —dijo—. El año pasado nos fue muy bien con ese acuerdo común de ignorarnos mutuamente, así que he pensado que este año podríamos seguir la misma tónica.

—Sí, hombre, sí. Sin problema, señor Rae Song. Ya veo que sigues tan agrio como siempre. —Miró al techo lanzando un suspiro—. Menos mal que vendrá otro compañero.

Yin lo ignoró, metiéndose de nuevo en el lavabo. Se miró al espejo tratando de suavizar la expresión de su cara, pero no resultaba fácil. Sentía tanta ira que a veces parecía un perro rabioso y no sabía cómo evitarlo. Odiaba a Eric, a Chris, y a los chicos como ellos que tenían todo lo importante en la vida para ser felices. Su vida no tenía nada de sencilla, a pesar de lo que pensaba la gente sobre él. Sí, era el hijo de un millonario y tenía todo lo que podía necesitar, pero ya estaba. Nunca veía a sus padres. Estos tenían mucha vida social y tampoco estaban demasiado interesados en pasar tiempo con él; por más que trataba de impresionarlos, no daba resultado. Y lo había intentado, desde luego: había sacado notas excepcionales, jugado a deportes que le habían fortalecido y dedicado a la economía, carrera que habían elegido para él. Y nada. Y lo peor era que cuanto más lo ignoraban ellos, más sentía él la necesidad de impresionarlos; pero no funcionaba. Estaban chapados a la antigua, en todo: el trabajo era lo primero, los protocolos se cumplían, nada estaba nunca fuera de su sitio ni se salían de las líneas marcadas. No mostraban cariño en público, pero tampoco en privado. A veces, Yin pensaba que si se prendiera fuego en mitad de la cena, ellos solo husmearían el aire de manera pensativa. Todo eso le había enseñado que no sabía, que no podía relacionarse de manera normal con otras personas porque era más sencillo no hacerlo. Así que dedicaba sus días a espantar a los demás, con tanta convicción que apenas nadie le dirigía la palabra.

Cuando salió del baño, Eric estaba en su cama con un libro y, para su alivio, lo ignoró por completo, así que Yin pudo acostarse sin mayor problema.

CAPÍTULO 2

Las primeras noches en un sitio extraño siempre eran difíciles. Muchos alumnos estaban acostumbrados a estar lejos de su familia, como podía ser el caso de Syd, que llevaba desde niña serpenteando entre internados de lujo. JD, en cambio, nunca había pasado un año entero fuera de su hogar. A pesar de que dedicaba los veranos a trabajar en un hotel de lujo, lo tenía próximo a su ciudad y no eran tantos meses. Al chico le costó dormirse y, por la mañana, Chris prácticamente tuvo que tirarlo de la cama.

—¿No piensas levantarte? —le dijo divertido—. Hoy tenemos muchas cosas que hacer.

JD sacó la cabeza de debajo de la manta y lo miró entrecerrando los ojos. Chris estaba en pie, despejado y vestido con ropa deportiva.

—¿Qué hora es? ¿Dónde vas tan temprano? ¿Qué es todo eso que tenemos que hacer?

Dennis también estaba despierto, pero seguía metido en la cama y fumando tan tranquilo mientras los escuchaba.

—Después del desayuno hay un discurso de presentación del rector Nichols.

—Qué fascinante —murmuró JD regresando dentro de las mantas.

—Obligatorio, añadido. —Chris se rio—. Es una arenga sobre la importancia del estudio, el honor del trabajo y chorradas como esas. Luego nos darán la lista de clases, horarios y libros, podremos conocer a nuestros tutores y profesores y...

—Vale, vale. —JD volvió a emerger de dentro de la cama con un bostezo—. Ya me levanto, ya.

—Yo ahora me voy a nadar un rato —comentó Chris, y Dennis lo miró con una ceja arqueada—. Os veo en el desayuno.

—¿Desde cuándo nadas, Chris? —preguntó Dennis exhalando el humo con una mueca—. Que yo sepa, el año pasado no pisaste la piscina ni una sola vez. Chris se encogió de hombros con una sonrisa inocente.

—Estoy ampliando mis horizontes.

—Ya. —Dennis se incorporó y se frotó la cara—. ¿Y esos horizontes tienen nombre y apellido?

—Tal vez. —Cogió la bolsa de deporte—. Hasta dentro de un rato.

Se fue antes de que Dennis siguiera interrogándolo y este salió de la cama, mirando a JD.

—Chris no pierde el tiempo, no —comentó—. Seguro que tiene alguna chica en su punto de mira.

Dicho esto, se metió en el baño y cerró la puerta. JD se dio cuenta entonces de que el repentino interés de Chris por la natación se debía a Syd y eso no le hizo demasiada gracia. Él era de la vieja escuela y le parecía precipitado ponerse a ligar con una chica a los cinco minutos de conocerla, pero, al parecer, su compañero era de la clase *carpe diem*.

Fue a vestirse, pensando que el plan del día no era muy apetecible, con tanta charla y visitas a profesores.

A Chris le salió bien la jugada. A poco que Syd se hubiera informado, ya sabría que durante todo el día estarían ocupados y que el único momento que tendría libre sería antes del desayuno, por lo que, si tanto le gustaba nadar, estaría allí como un clavo. Y eso fue lo que sucedió. La chica estaba en el agua cuando él llegó, así que después de intercambiar un par de saludos y bromas, se dedicaron a competir entre ellos. Chris no estaba preparado pese a su entrenamiento en *hockey* y no tuvo otro remedio que admitirlo cuando llegó el momento de salir del agua.

—Bueno, ya es suficiente —dijo el chico, saliendo de la piscina—. Ahora que me has vencido sin el mejor rubor, veamos... ¿cómo podríamos hacer que mi humillación fuera completa? Ya sé, te ayudaré a cargar con los libros.

—Perfecto —sonrió Syd, con una falsa sonrisa comprensiva.

Casi era la hora del desayuno, así que salieron del agua. A Syd no le pasó desapercibido el interés que despertaba y estaba claro que no era para menos. Con su altura y cuerpo, evidente carne de gimnasio, era el tipo de tío que volvía locas a las chicas allá donde fuera. ¿Y se suponía que debía sentirse afortunada de que le estuviera prestando atención? Intentó no juzgarlo y meterlo en el saco del ligón empedernido, al fin y al cabo, se había mostrado muy amable desde el día anterior. Acordaron verse fuera de los vestuarios para ir hacia el comedor juntos y, una vez allí, se sentaron en la misma mesa, donde ya estaban los demás, Satchel charlando animada con todos.

—Hola —saludó Eric al verlos—. ¿De dónde venís tan juntitos?

Chris le pegó en la cabeza al pasar y Eric se atragantó con el café.

—Ah, tío, cuidado. Casi me matas —masculló, y levantó la mirada—. Eh, mira. Ahí está Cherry Kalima.

Cherry era una chica de estilo californiano. Llevaba el rubio con mechas aún más rubias, tenía los dientes muy blancos, sonrisa bonita, un tono de piel moreno y un cuerpo proporcionado. No iba muy tapada, eso sí, pero a primera vista la impresión era agradable. Saludaba a todo el mundo al pasar y con ellos no fue una excepción, deteniéndose sobre todo al ver a Chris.

—¡Hola! —saludó, con tono efervescente—. ¿Qué tal el verano? Chris, eres malo, no me has llamado.

—Se me olvidaría —se excusó él poniendo los ojos en blanco.

Era simpática y abierta, sonreía y miraba a los ojos. Cherry era de ese tipo de chicas que no se sentía bien si no gustaba absolutamente a todos los hombres del mundo. Tenía una gran variedad de gestos coquetos que aplicaba siempre sin excepción, fuese quien fuese la persona o incluso aunque estuviera acompañado de otra mujer.

Chris esquivó su mirada, dedicándose a revolver los cereales del desayuno.

—Tengo que ir a mi cuarto, pero estaré a tiempo para el discurso de bienvenida. —Miró su ficha—. Ah, Estoy en el número doce. ¿Sabéis si han llegado mis compañeras?

—Somos nosotras —contestó Satchel.

—Ah, vaya, ¡hola!

En su favor había que decir que se mostró igual de entusiasmada saludándolas a ellas que a los chicos: les estrechó la mano, preguntó su nombre, e incluso a Syd la abrazó mientras Satchel permanecía perpleja. Saludó también a JD con un guiño coqueto y después desapareció del comedor tan rápido como había llegado. Syd contuvo una sonrisa.

—No es para tanto, ¿no? Parece simpática.

—No te dejes engañar —le dijo Eric—. Es perfecta haciendo el papel de colega, pero anda con cuidado, da buenas puñaladas.

—¿Tú te has acostado con ella? —le preguntó Satchel.

—¿Yo? No —replicó Eric—. Pero aquí hay uno que no puede decir lo mismo.

Chris pareció culpable al momento.

—Yo no me acosté con Cherry —manifestó con determinación—. Estábamos borrachos y nos quedamos dormidos, estoy harto de explicarlo.

—Es cierto, siempre se me olvida eso —se burló Eric, y recibió un nuevo

manotazo de su hermano—. ¡Ay! ¡Me has dado en el ojo!

Syd dejó de prestar atención a la charla al ver que JD parecía un poco ausente de la conversación, lo que, por otro lado, no era raro teniendo en cuenta el nivel de profundidad de la misma. Le dio en el brazo y él levantó la mirada, pareciendo despertar de sus pensamientos.

—Huy, vaya ojeras —dijo ella impresionada—. ¿Has pasado mala noche?

—Un poco. Es que echo de menos mi casa. —Miró a su alrededor—. Mi familia es como esas que salen por la televisión en plan comedia. Todos juntos en la mesa hablando durante el desayuno y tal.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, dos, son más pequeños que yo, Brian y Daniel —contestó él—. Todo esto me resulta un poco raro, pero ya me acostumbraré.

Syd lo miró. Desde luego, ella no echaba de menos a su padre para nada, pero si se imaginaba lo que era tener una familia feliz, podía comprenderlo. Y aunque allí estaban rodeados de gente, bien sabía que incluso de esa forma, uno podía sentirse solo.

—Se te pasará —lo animó—. En unos días estarás demasiado entretenido para echar de menos tu casa, ya verás. Solo con los estudios necesitarás días de cuarenta y ocho horas.

Dennis apareció en el comedor como si de una presencia fantasmagórica se tratara y se dejó caer en la mesa con una taza de café aguado mientras las dos chicas lo miraron sorprendidas.

—Este es Dennis —dijo Chris—. Satchel y Syd. Dennis es nuestra tercera costilla.

Él las saludó con la cabeza.

—No irás a beberte eso —dijo Satchel—. Parece un vaso de agua sucia.

—Los horrores gastronómicos me inspiran —dijo él sin tocar el café.

—Por cierto —intervino Chris, dirigiéndose a JD—, tenemos programado un partido amistoso de *hockey* después de recoger los libros, ¿quieres venir y así conoces al entrenador? Puedes jugar un poco, a ver qué tal se te da. —Miró a Satchel—. Tú también puedes venir. Será más sencillo que te acepten si primero los conoces sin que sepan que quieres unirte a ellos.

—Trato hecho —dijo la pelirroja al momento.

A esas horas, Gia todavía estaba en su habitación. No sabía si le había caído un castigo divino por algo, pero tenía de compañera a Melissa Sage, que el año pasado había conseguido tener un cuarto para ella sola. Ese año no

había tenido la misma suerte y Gia aún menos... Melissa, que había sido una estrella infantil del cine, era insoportablemente egocéntrica y solo hablaba de sí misma. La noche anterior la había aburrido con sus eternos discursos de « cuando vuelva a rodar... » hasta que se había quedado dormida escuchándola. De hecho, en ese momento todavía permanecía en la cama y no parecía tener intenciones de ir a desayunar, ni mucho menos al discurso.

—¿No piensas levantarte? —preguntó.

—No. Ya escuché ese discurso el año pasado —dijo Melissa estirándose en la cama—. Tú haces Periodismo, ¿no? —Gia afirmó—. Ufff, lo siento por ti. Es una carrera sin mucho futuro, si me permites decirlo. Yo estoy en Derecho, pero no me interesa mucho... además, no creo que me sirva de nada cuando me llamen otra vez para rodar películas.

Gia hizo un ruido escéptico, pero Melissa simuló no haberla oído. Salió de la cama y abrió el armario, echando un vistazo a su ropa.

—Necesito más sitio —comentó—. Podrías cederme parte del tuyo. Total, tienes cuatro cosas. —Se dio la vuelta para mirarse al espejo—. ¿Crees que estoy gorda?

—No, no mucho —replicó Gia—. Vestida de negro lo disimularás. —Melissa la miró con el ceño fruncido y Gia sonrió con dulzura—. Solo bromeaba.

—Te agradecería mucho que no trajeras al cuarto ni chocolate, ni comida grasienta.

—Vale. ¿Y qué música puedo poner?

—Nada demasiado escandaloso.

—Claro. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti, princesa?

Melissa pareció darse cuenta de la sorna en su voz y abrió la boca para replicar, pero entonces llamaron a la puerta y no dijo nada. Gia fue a abrir, encontrándose con otra chica. La joven iba vestida de una manera que demostraba cierta personalidad, con una camiseta con mensaje a favor de los animales y unos vaqueros rotos por varios lados. Lucía una melena lisa castaña, larga y abundante, y grandes ojos grises que daban expresividad a su rostro pálido.

—Hola —saludó Gia—. Tienes este cuarto, ¿no?

La recién llegada la miró con desconfianza, pero entró arrastrando su maleta. Melissa había vuelto a sentarse en su cama y, desde allí, observaba su ropa con un gesto de desagrado en la cara. Al percatarse, la nueva se irguió en actitud desafiante.

—¿Qué estás mirando?

—Tu ropa —contestó Melissa—. ¿La has sacado de algún mercadillo de zarrapastrosos?

—Sí, ese que organiza tu madre.

—Eh, eh —medió Gia, tratando de desviar la atención de la nueva hacia ella antes de que hubiera bronca—. Me llamo Gia, ¿y tú?

—Shaffire —replicó ella sin disminuir su ceño fruncido. Echó un vistazo a la habitación—. No es gran cosa.

Melissa se echó a reír desde la cama.

—Claro, porque tú tienes aspecto de vivir en una mansión de super lujo —se incorporó—. ¿De dónde eres, señorita rebelde *estoy vuelta de todo*? Seguro que eres una becada.

—No, no tengo ninguna beca, ¿tienes algún problema conmigo? —Shaffire dio dos pasos hacia ella—. Porque yo lo arreglo todo a tortazos, ¿sabes? Con el tamaño que tienes no me costará nada.

—No serás capaz, ¿acaso no tienes modales?

—Olvida a Melissa —volvió a intervenir Gia, cogiendo a la nueva del brazo—. Es así con todo el mundo, por eso no tiene amigos. ¿De dónde eres?

—De Hamilton.

—¿Y qué vas a estudiar?

—Publicidad. —La vio torcer el gesto—. Sí, lo sé, es un rollo, pero tampoco es mi verdadera vocación... yo me dedico a la música. Aunque a mis padres no les parece una carrera lo bastante seria, por eso tengo que estudiar otra cosa aparte.

—¿Vamos a desayunar y me lo cuentas?

—Sí, claro. —Le dedicó un gesto de burla a Melissa—. Mejor que ver esa cara de petarda.

Salieron juntas del cuarto dejándola en la cama con cara de estar irritada y ofendida a partes iguales.

En el edificio principal, en la sala de profesores, ya había un grupo bastante grande de estos tomando café y buceando entre papeles. Charlaban entre ellos hasta que un hombre mayor de aspecto pulcro entró cerrando la puerta y se acercó.

—Bueno —dijo—, otro año emocionante en Sharidan. ¿Qué tal las vacaciones? —Todos empezaron a hablar a la vez—. Vale, vale, todos al mismo tiempo, bien hecho. Veamos. —Sacó una lista—. No hay muchos

cambios sobre lo que hablamos la última vez, así que... ¡Carson!

—Aquí estoy —dijo él—. ¿Cuántas clases tengo este año, Ted?

—Seis.

—Joder, ya me duele la cabeza por adelantado —dijo—. Con seis clases no podré ocuparme bien de todos los alumnos.

—Este año han entrado muchos en periodismo, pero he contratado una profesora más —comentó Ted.

Los profesores rozaban edades similares, siendo el más joven Peter Daniels, jefe de departamento en la carrera de Económicas y empresariales, aunque se ocupaba también de varias asignaturas más generales de Economía. Peter era un rubio de simpatía desbordante del mismo Montreal, famoso entre los alumnos por ser muy accesible y ayudarlos en todo lo que estuviera en su mano.

El título del más guapo lo ostentaba Joshua Grant, también de cabello rubio, ojos verdes y envidiable bronceado que traía de cabeza a casi todas las alumnas y a algunas profesoras. Era jefe del departamento de realización dentro de Audiovisuales. A su lado se sentaba McKenzie Richards, profesora de aspecto serio que se encargaba de varias asignaturas en Psicología.

Jerry Arlock era el jefe del departamento de Publicidad, un profesor que dejaba bastante libertad en sus clases, pero a la vez lograba que sus alumnos se interesaran por la carrera.

Una profesora nueva empezaba ese año y justo eligió ese momento para hacer acto de presencia. También era relativamente joven, pues en el Sharidan eran partidarios de tener un claustro no muy mayor, ya que estaba demostrado que inspiraban mejor a los alumnos y aún tenían brío para batallar con ellos, además de que la opción de internado no interesaba a los más mayores.

—Perdón —se excusó ella de forma atropellada—. Sala de profesores, ¿no? Siento llegar tarde, perdí el avión, no encontraba taxi, he dejado las maletas por ahí... soy Courtney Lone.

—Ah, sí. —Ted se levantó—. La profesora Lone, sí, bienvenida, adelante, adelante.

—¿Courteney Lone? —repitió Nick, entrecerrando los ojos al hablar—. ¿Como... Courteney Love?

—Exacto —corroboró ella con una sonrisa—. Os advierto que ya me han hecho todos los chistes posibles respecto a eso... « Eh, Courteney, ¿dónde has dejado a Kurt? » y demás chistes por el estilo.

Nick le cedió un sitio a su lado.

—La profesora Lone formará parte del departamento que dirige Carson — anunció Ted—. Ahora os daré las listas de vuestras clases y alumnos.

Empezó a repartir papeles y la mayoría se pusieron a gemir al ver la cantidad de clases que tenían. Casi todos estaban especializados, pero tenían muchas clases generales, sobre todo de primero, que a ninguno le apetecía impartir.

—Callaos —ordenó Ted—. ¡Dejad de refunfuñar! Tengo un discurso de bienvenida que dar y vosotros tenéis que prepararos para repartir los libros y presentaros a los alumnos nuevos que todavía no os conozcan. ¡Venga, poneos en marcha!

Dicho esto, salió a toda prisa de la sala y dejó a su elenco protestando.

Ty Leduc llevaba un buen rato en su habitación mirando por la ventana y sin deshacer su equipaje. Se sentía melancólico, algo normal por haber tenido que mudarse de ciudad antes del comienzo del curso. Hijo de un americano y una canadiense, habían vivido en Dakota del Norte hasta que ambos le habían comunicado que se separaban y seguían caminos diferentes. Ty había optado por seguir el de su madre, por lo que de pronto se había encontrado que al final del verano le tocaba mudarse a Gatineau, en Ottawa, de donde era ella. No había actuado de manera egoísta: él hubiera preferido quedarse en su ciudad de siempre y rodeado de los amigos que ya quería, pero su madre era una persona frágil y prefería mantenerse a su lado. Y aunque fuera a estar interno en Montreal, estarían relativamente cerca y al menos podría visitarla los fines de semana y en vacaciones. Era un joven de aspecto taciturno, con un físico peculiar que podía resultar atractivo o todo lo contrario: delgado, de cabello rubio oscuro, con ojos grises excesivamente grandes a juego con los labios y una forma de mirar que sugería cierta miopía.

Tan concentrado estaba en observar el paisaje, que no estaba tan alejado del de Gatineau, que no oyó que la puerta se abría y entraba Eric regresando del desayuno.

—Ah, hola —saludó—. Me preguntaba cuándo llegarías. Ya pensaba que me iba a pasar todo el año solo con Yin. —Estiró la mano—. Eric.

—Ty. —Se la estrechó—. Debería haber llegado anoche, pero hubo retraso en los vuelos. Es lo que tiene coger tanto transporte.

—¿Y eso? ¿Vienes desde Rusia?

—Casi. —Ty sonrió—. Primero de Dakota del Norte y después de Ottawa. Divorcio de padres reciente —explicó con parquedad al ver su gesto de

interrogación.

—Bueno, aquí no echarás de menos la nieve. —Le señaló la cama vacía—. Esa es la tuya. Yin tiene la de la ventana y no la cambiará, pero a mí me da igual si prefieres la mía.

—No, no me importa.

—Dentro de una hora el rector Nichols dará el discurso de bienvenida —explicó Eric—. ¿Quieres venir conmigo?

—Gracias.

Eric lo ayudó a deshacer la maleta y luego se fueron los dos juntos hacia el edificio principal, mientras trataba de sonsacarle más información sin éxito.

Ted Nichols dio el mismo discurso de todos los años, sin ninguna novedad. Les recordó que el *Sharidan* College era conocido por su alto rendimiento escolar y por las notas de sus alumnos, y los animó a mantener esa media. A los nuevos solía impresionarles el discurso, pero los que llevaban años allí lo conocían de sobra y ya no les hacía efecto alguno. Por último, los instó a pasar por secretaría para que cada uno recogiera su lista de libros y clases, y anunció que todo el claustro de profesores estaría encantado de atenderlos y entregarles el material, algo que no gustaba tanto a estos. Después del aplauso, los alumnos empezaron a disgregarse hacia diversas zonas.

El edificio principal estaba dividido en varias facultades: en una se impartían Informática, Periodismo, Audiovisuales y Publicidad; en otra, Económicas y Empresariales, Derecho, Ciencias Políticas, Psicología y, por último, Relaciones Internacionales con Traducción e Interpretación. Estaban comunicados interiormente, pero los profesores y alumnos rara vez cruzaban de un lado a otro, excepto ese día. Por la zona andaban Syd y JD, que llevaban a Chris poniéndoles al día sobre el claustro mientras los acompañaba a recoger sus libros.

—No es que los conozca a todos demasiado —explicaba el muchacho—, pero aun así os contaré lo que sé de ellos. Lo bueno que tiene que paguemos tantísima pasta es que los libros que son obligatorios nos los entregan dos días antes de empezar, o sea, hoy. Los optativos hay que cogerlos de la biblioteca, comprarlos por tu cuenta o apañárselas como uno pueda. Lo mejor es conocer a alguno de un curso superior, así no te tienes que volver loco. Has tenido suerte de conocerme, Syd. —Le sonrió mientras ella arqueaba una ceja—. Ese es el profesor Carson —indicó Chris, señalando a un Nick que reía a carcajadas con Peter—. Es bastante majo, pero más vale sacar buenas notas o

te pone en lo que por aquí llamamos «cuarentena», aunque ya nos gustaría a nosotros que solo durara ese tiempo. Si lo decepcionas puede tenerte currando sin parar todo el curso hasta que mejores.

—¿Y ese tan mono? —quiso saber Syd, señalando a otro profesor.

Se refería a Joshua Grant, claro. Estaba sentado con una sonrisa y rodeado de alumnas, como casi siempre, con las que charlaba animado.

—Grant —explicó Chris—. Jefe de departamento, y el profesor del que todas se enamoran. A ese sí que no le hacen ni puñetero caso en clase, están muy ocupadas mirándolo para oír lo que dice. Es de los tuyos, JD, de audio —señaló a Peter—. Ese es de Empresariales. A la de al lado, la profesora Richards de Psicología, la llaman *Hueso*. No le vendría mal aplicarse un poco de su propia terapia.

Los dos sonrieron al oírlo.

—¿Y ese de ahí? —preguntó JD.

—Jerry Arlock. —Miraron a Jerry, quien parecía más interesado en el café que tenía entre manos que en los alumnos que le preguntaban cosas—. No se duerme demasiada gente en sus clases, pero alguna sí... incluido él mismo.

Courteney apareció y se sentó en un puesto que quedaba libre.

—Esa no sé quién es, debe ser nueva —dijo Chris—. Vamos. JD, ve con Grant, cuando tengamos todos los libros nos encontraremos aquí.

Dejaron a JD atrás para aproximarse a Courteney, quien los recibió con una sonrisa.

—¡Hola! Sois mis primeros alumnos —dijo—. Soy Courteney Lone, encantada. Seré vuestra profesora, supongo, si es que estáis aquí. Periodismo, ¿verdad?

—Vaya. Tu nombre me resulta familiar —comentó Chris.

—Lo sé, he dejado a Kurt en casa y me he reciclado en profesora universitaria. —Los dos sonrieron a la vez—. Bueno, pareja, ¿sois de primero? —Syd asintió—. Buenas asignaturas, tienes pinta de chica lista, ¿y tú?

—Yo soy de segundo, ahora voy a por los míos.

Ella asintió, empezó a coger libros y libros, y para cuando acabó, Syd tenía una buena pila entre los brazos. Chris se ofreció a llevárselos ya que podía volver a por los suyos después, pero ella negó con la cabeza.

—Tranquilo, puedo yo, no soy tan delicada como parezco. Y no quiero matarte tan pronto.

—Eso, ya lo harás lentamente otro día —se burló él—. Mira, ahí está mi

hermano.

Iba acompañado de un chico que ninguno conocía y Eric se detuvo para presentárselo. Mientras hablaban un poco con él, Syd divisó a JD.

—Eh, JD. Luego te veo, Chris.

Se fue hacia él y Chris, tras quedarse unos segundos desconcertado, siguió su conversación con los dos chicos. Ella alcanzó a JD.

—Vaya, buen montón de libros —observó la joven—. Oye, ¿qué te parece si hacemos un equipo de estudio? Ir juntos a la biblioteca a estudiar y esas cosas.

—No se me había ocurrido —dijo él—. Es buena idea.

—Suelo tenerlas, sí —comentó Syd—Cuadramos las horas con las actividades extra y arreglado, no es tan complicado.

—¿Qué tal con tus compañeras de cuarto?

—Con Satchel bien, somos opuestas, pero por ahora nos llevamos. De la que no lo tengo tan claro es de Cherry.

—Dale una oportunidad, no se oye nada bueno de ella, pero ya sabes cómo somos los tíos —sonrió él.

—¿Unos capullos?

—Exacto. ¿Por qué no vamos a dejar estos libros del infierno y después de comer me acompañas al partido amistoso de *hockey* que van a hacer en el entrenamiento? Chris quiere presentarme al entrenador, que haga una prueba o no sé qué.

—Partido de *hockey* —repitió la chica, con expresión de aburrimiento—. Suena apasionante.

—Pero jugaré yo. ¿No es suficiente?

Syd puso los ojos en blanco.

—De acuerdo —asintió—. Pero no prometo no reírme si te caes de morros.

—Entonces te reirás seguro. Tengo buen equilibrio, pero no sé qué tal se me dará. Trae, yo te los llevo. —Y le quitó los libros de los brazos sin preguntar.

Fueron juntos a dejar los libros en el edificio dormitorio y, una vez libres de la carga educativa, se encaminaron al comedor.

Tras aquello, Syd hizo de tripas corazón acompañando a JD hacia la pista de *hockey*, pese a que no le interesaba mucho ese deporte. Se acercó con él hasta los vestuarios, donde el joven asomó la cabeza.

—Eh, JD —saludó Chris—, pasa, te voy a buscar un uniforme de tu talla. ¿Entras, rubia?

—Mejor no, ahí dentro hay demasiada testosterona. —Hizo un gesto—. Estaré en las gradas.

—Muy bien.

—Buena suerte, *Kalamazoo*.

Chris abrió un armario después de echarle un vistazo y sacó un uniforme. Después empezó a buscar los patines y el resto del equipo. Le dio un casco y todos los protectores.

—¿Seguro que es un amistoso? —preguntó JD, cogiendo inquisitivo el protector dental.

—Sí, pero es tu primer partido, no quiero que te lesiones antes de empezar —contestó Chris dándole el palo de *hockey*—. Y esto. Quédate con el equipo por si acaso y... —Sacó una caja y cogió una llave—. La taquilla siete, la tuya.

JD empezó a desvestirse para ponerse el uniforme.

—¿Piensas dejar jugar a Satchel?

—Le haré una prueba, pero no será fácil —comentó él—. Aun cuando fuera buena, seguramente tendré que hacer una votación entre los chicos y no será tan sencillo que acepten. Ya sabes cómo son estas cosas, hay costumbres que están muy arraigadas.

—Pero tú lo conseguirás.

—Se agradece la confianza, pero no tengo tanto poder.

JD terminó de vestirse y se miró en el espejo.

—Madre mía —comentó—, mi cociente acaba de bajar cinco puntos.

Chris sonrió al oírlo y le dio unos golpecitos amistosos en el brazo. En aquel momento, un hombre que rondaría la cuarentena entró en el vestuario y al verlos se acercó sonriendo; dio una palmada a Chris en la espalda.

—Veo que has vuelto con ganas, Gauthier —dijo, y se giró a JD—. ¿Tenemos chico nuevo?

—Quiero que juegue en el amistoso con nosotros, a ver cómo lo hace —repuso Chris—. ¿Está de acuerdo?

—Claro. —Le tendió la mano—. Soy el entrenador Madsen, aunque delego casi todo en Chris. —Movi6 la cabeza afirmativamente mirando de nuevo a este—. Tiene buena complexi6n, ¿sabes patinar?

—Nivel b6sico. No soy profesional, pero puedo coger buena velocidad. Aunque en el *hockey* estoy un poco verde —admiti6.

—Si eres r6pido, lo dem6s da igual —repuso Madsen satisfecho—. El *hockey* se aprende y pule, la agilidad y velocidad no. Vamos a ver qu6 tal eres.

Se despidi6 con la cabeza sonriendo, dejando que los dos chicos

terminaran de prepararse para salir.

Syd encontró las gradas y buscó a Satchel con la mirada. Estaba sentada en la primera fila y ya se había hecho con una gorra del equipo, Los lobos, que llevaba puesta. Al verla, alzó la mano y le señaló el asiento vacío que tenía a su lado; Syd suspiró, encaminándose hacia allí como si fuera al patíbulo, y se dejó caer a su lado con una mueca.

—¿Seguro que no quieres que nos sentemos todavía más cerca? En el hielo, por ejemplo.

—¡Aquí es donde está la acción! —exclamó ella—. ¡Desde estos asientos se puede oler la sangre!

—Estupendo.

—Esta semana Chris me hará la prueba. No te imaginas cuánto deseo formar parte de esto, Syd, ¿es algo grande!

El partido estaba a punto de comenzar y Chris fue hasta los jugadores para charlar unos minutos antes, deslizándose con una enorme agilidad con los patines. No había motivo para que el partido no fuera amistoso, ya que eran los de casa en un entrenamiento, pero conociendo a los hombres nunca se sabía cómo podía terminar la cosa. Madsen se encontraba acomodado en su sitio habitual, desde donde observaba y controlaba los partidos siempre. Syd no comprendía la obsesión de Satchel por unirse a aquello y, desde luego, ella no se atrevería a enfrentarse a uno solo de aquellos jugadores que parecían el doble de grandes dentro de los uniformes.

—Mira —indicó Satchel—, ese es JD.

—¿Qué lleva puesto? —preguntó ella intentando reconocerle sin éxito bajo la ropa.

—El uniforme reglamentario.

—Dios mío, protectores en las rodillas, los codos, un casco en la cabeza, un protector de dientes... ¿Van a jugar al *hockey* o a boxear?

—No sabes nada de *hockey*, ¿eh? —Satchel se rio—. Tranquila, no creo que se haga mucho daño.

Syd la miró como si estuviera loca. Entonces vio acercarse a Dennis, que se deslizó junto a ellas, y eso todavía la sorprendió aún más.

—Tú —comentó—. Hubiera jurado que no te dejarías caer por este tipo de tinglados.

—¿Qué razón tienes —dijo él—. Normalmente no vengo, pero a veces un poco de brutalidad me relaja. —La vio levantar una ceja—. Vale, vale. Es que sé que JD va a aterrizar unas cuantas veces y quería divertirme un poco.

—¿Va a aterrizar?

—Esto es *hockey* —dijo Dennis—, y es su primer día. Nena, va a morder el hielo.

Chris terminó de darle algunas indicaciones a JD y, al cabo de un rato, empezó el partido. Para desgracia de Dennis, JD estaba más espabilado de lo que parecía y pasó más tiempo encima que sentado en el hielo. Era bastante rápido, aunque al no tener mucha práctica con el *hockey* se retrasaba un poco, pero nada que un entrenamiento habitual no pudiera solucionar. Y para suerte del equipo controlaba las reglas, así que no era novato del todo.

—Vaya —dijo Dennis con resignación—, se le da bien. Chris se lo va a quedar sí o sí. —Miró la pista entrecerrando los ojos.

No había terminado de decir la frase cuando vieron a un jugador pegarle un empujón a JD, quien fue estamparse contra uno de los laterales de la portería contraria.

—¡Madre mía! —exclamó Syd impresionada.

—¡Eh, árbitro! —gritó Satchel como si fuera un partido oficial—. ¿Es que no tienes ojos? ¡Ha sido falta! ¡Falta!

Vieron a Chris ayudar a JD a incorporarse y, a pesar del batacazo, este parecía estar entero, de manera que siguieron el partido.

Una vez hubo terminado, Chris fue patinando hasta sus jugadores y se felicitaron uno por uno. Se acercó hasta JD, que acababa de escupir el protector dental.

—Menos mal que lo llevaba puesto, si no ahora estaría escupiendo los dientes —farfulló el chico.

—¿Estás bien? ¿Tienes algo roto?

—¿El orgullo cuenta?

—No, eso nos pasa a todos. —Le estrechó la mano—. Bienvenido al equipo, si es que después de lo de hoy quieres pertenecer a él. Piénsalo y, cuando lo sepas, me lo dices. Supongo que Madsen no pondrá ningún problema, te ha estado mirando y sé que ha apuntado varias cosas.

JD empezó a echar cuentas: entre las clases, los trabajos, el rato que necesitaba para escribir sus guiones, el grupo de estudio... no le salía el tiempo que iba a hacer falta para ir a los entrenamientos y a los partidos. Abrió la boca para decirlo, pero entonces Chris lo interrumpió.

—Nos viene bien un jugador como tú, tan rápido.

—Está bien —aceptó JD—. Cuenta conmigo entonces.

Fueron a cambiarse de ropa.

Una vez en su cuarto, Satchel se pasó toda la tarde hablando del partido y comentando jugadas hasta que Syd la miró con ferocidad.

—Mira —dijo—, si vuelvo a oír una sola palabra más sobre *hockey*, hielo o discos rodando, te arranco la cabeza.

—Bueno, bueno —contestó la pelirroja—, no hace falta que me mates. —Miró su reloj, dándose cuenta de que casi era la hora de la cena—. Vamos al comedor.

Tiró de ella hasta que llegaron a la entrada, donde coincidieron con Dennis.

—Tengo hambre —comentó Satchel—. ¿Qué habrá hoy?

—Nada apetecible, descuida —intervino Dennis—. Pensad que es positivo, todo el mundo guarda la línea. De hecho, hasta es posible que lo hagan a propósito para dar a la universidad una imagen esbelta y en forma.

Acababa de sentarse en la que ya era su mesa cuando Cherry se les acercó, sujetando su propia bandeja.

—Hola —saludó—. ¿Os molesta si me siento?

—En realidad —saltó Satchel veloz—, estos asientos están ocupados, así que mejor si te pones en otro sitio.

Cherry pareció perpleja, pero se dio la vuelta y se fue a otra mesa.

—Eres delicada como un tractor, ¿había necesidad de ser tan borde? —comentó Syd, meneando la cabeza.

—Es mejor ser clara desde el principio, así no hay malentendidos. ¿Creéis que he sido clara? —Los dos asintieron a la vez—. Pero, si esto fuera el juego de Kevin Bacon, ¿cuántos grados de claridad?

—Unos ocho grados —dijo Dennis divertido.

—Nadie se merece que le traten así —reprochó Syd.

—Por lo que he oído de ella por ahí, es mejor no darle cuartelillo —replicó la chica, sin parecer preocupada en absoluto—. Fíate de mí, conozco a la gente a la primera de cambio y esa no es trigo limpio, por algo voy a ser psicóloga.

En ese momento, entraron en el comedor los que faltaban. Chris fue el primero en aparecer por la mesa con una bandeja llena de comida.

—¿Tienes suficiente? ¿O piensas enviar todo eso al tercer mundo? —preguntó Dennis.

—Tengo hambre —se excusó él—. ¿Qué, os ha gustado el partido?

—Oh, no —protestó Syd aburrida—. Si empezáis a hablar de *hockey* otra vez, me voy.

JD estaba en la cola, justo detrás de Yin. Le dolía la mitad del cuerpo, la otra mitad le dolía el doble y lo único que quería era sentarse, pero el coreano no hacía más que mirar la comida con cara de desaprobación sin moverse del sitio.

—Pagamos un dineral al año —comentó—, y el surtido cada vez es peor.

—Una ensalada nunca falla —le dijo JD en tono seco y sin demasiado tacto—. ¿Quieres avanzar de una vez? Se me están quitando las ganas de vivir.

Yin lo miró por encima del hombro.

—¿Qué? —preguntó JD.

—No sabes quién soy, ¿verdad?

—Ya estamos —suspiró JD—. Otro hijo de millonario que se cree el ombligo del mundo y al que no le entra en la cabeza que en la cola del comedor eso no significa nada. O pasas o me dejas pasar.

Pasó a su lado apartándolo de un empujón y Yin lo siguió con la mirada, demasiado sorprendido para reaccionar.

JD fue a la mesa sintiéndose un poco mal por haber sido tan desagradable, pero la tontería lo sacaba de sus casillas, y más tal y como se encontraba en ese momento. Se sentó e hizo una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó Syd—. ¿No te han roto nada?

—No, más bien me siento como si me hubieran pegado una paliza —explicó él—. Y después otra.

Eric acababa de unirse también a ellos con Ty, y le apretó el hombro para tratar de transmitirle ánimos.

—Oye, ¿qué te decía Yin? Nunca se digna a hablar a la gente normal.

—Nada —contestó JD—. Solo le he dicho que moviera el culo y me dejara pasar. —Todos lo miraron con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué? Estaba allí parado, gruñendo, como si todos tuviéramos que esperarlo.

—Vaya pelotas, amigo. —Eric se echó a reír—. ¿Sabes que su padre es el dueño de una aerolínea en Corea del Sur?

—Sí que lo sé, pero no me importa. Aquí hay mucha gente con dinero, si tengo que bajarme los pantalones cada vez que pasa uno, mejor ni me visto.

Se quedó estupefacto al ver que todos se echaban a reír al escuchar sus palabras, sobre todo porque no había sido su intención hacer ningún chiste.

—No sé qué os hace tanta gracia. Además, ¿qué va a hacer su padre? ¿Bloquearme el acceso a la zona VIP?

Cerca de allí, Gia se había llevado a Shaffire durante toda la mañana y

ahora le estaba enseñando el comedor mientras hacían cola. Le echó una mirada a JD, pero lo dejó porque Shaffire estaba preguntando algo y no conseguía enfocar su atención en dos personas al mismo tiempo.

—¿Qué? Perdona, estaba distraída.

—Sí, es normal —dijo Shaffire—. Con ese tío bueno se distrae cualquiera. Solo quería saber si la comida es decente. Si cojo esa sopa, ¿corro el riesgo de intoxicarme?

—Seguro, la comida de aquí es horrible.

Se fueron a una mesa que estaba vacía y depositaron las bandejas encima justo antes de sentarse.

—Tampoco es que yo sea muy exquisita, la verdad —comentó Shaffire—. En mi casa nadie perdía el tiempo cocinando, ni haciendo nada muy hogareño. La verdad es que ni siquiera sé que hago aquí, odio estudiar.

—Pues no es por desanimarte, pero si has elegido Publicidad y marketing te va a tocar hincar bien los codos.

—Lo sé, espero poder avanzar mientras en mi música.

De repente, en la silla de al lado se dejó caer Jake.

—Hola, amiga del alma —saludó a Gia—. Espero que tengas una buena razón para no haber ido a buscarme para comer.

—Aquí la tienes. —Gia señaló a Shaffire—. Es mi nueva compañera de cuarto y ha llegado esta mañana, así que me la he llevado al discurso y a por los libros. Tenía que enseñarle el internado y hacer que se sintiera cómoda. Shaffire, este es Jake, un amigo.

—¿Un amigo? —dijo él ofendido—. EL amigo, Shaffire. Curioso nombre, ¿qué pasó? ¿Tus viejos eran *hippies* o es que simplemente no les caías bien?

—Más bien lo último —contestó ella removiendo la sopa. Miró alrededor, y después a Gia—. Dime una cosa, ¿por qué no estamos sentadas en esa mesa? He contado al menos tres tíos buenos.

—Sí, están todos ahí, me temo —replicó Jake.

—No hagas caso a Jake, se crispa un poco porque sabe que él no pertenece a esa categoría.

—Mira quién fue a hablar —se defendió él—. ¡Como si tú tuvieras mucho de qué presumir!

—¡Jake!

—Parad —intervino Shaffire—. ¿Siempre sois así? ¡Ni que fuerais novios!

Los dos se miraron resoplando y siguieron con su almuerzo, mientras la recién llegada miraba al techo.

Después de la cena tenían bastante rato libre hasta el día siguiente que daban comienzo las clases, así que los alumnos se desperdigaron por el campus. Muchos decidieron sentarse en la hierba intentando aprovechar que la temperatura aún era relativamente buena; otros se fueron a sus cuartos a tumbarse, o a la sala común. Syd cogió su lista de asignaturas y se sentó en las escaleras principales a echar un vistazo.

—Documentación comunicativa, Historia de la comunicación, Instituciones políticas contemporáneas, Introducción a la economía actual, Historia del mundo actual... —leyó—. ¡Me va a dar algo!

—Pues mira las mías —dijo JD, sentándose a su lado y tendiéndole la hoja—: Teoría del derecho, Principios de economía, Comunicación audiovisual, Teoría de la imagen...

—Te dije que necesitábamos un grupo de estudio.

—Tenías razón —admitió él a su pesar—, y Chris dice que los profesores son amigos de encargarnos trabajos semestrales.

—Perfecto. Veo que tendremos mucho tiempo para las relaciones sociales, sí.

—Para eso siempre hay tiempo. —Sonrisa deslumbrante al canto.

—Demasiado optimista. —Syd vio a Cherry a lo lejos y la llamó para que se acercara—. ¡Eh, Cherry!

JD la observó aproximarse.

—Sí que camina como una cazadora, sí. —Ella le pegó en el hombro—. No haces caso a nadie, ¿eh?

—No —dijo Syd—. Tengo mi propio criterio. Y, además, tú mismo me dijiste que fuera amable con ella.

Cherry se acercó a ellos con una media sonrisa. Se veía que no era habitual que la gente la invitara a charlar por su expresión de extrañeza, pero de cualquier modo se sentó a su lado en los escalones.

—Oye, siento mucho el comportamiento que ha tenido Satchel antes. Es algo bruta, pero no tiene mala intención.

—Da igual —dijo Cherry—. Estoy acostumbrada, mi fama me precede. Supongo que me lo merezco, esto es así: haces ciertas cosas y luego nunca dejan que las olvides.

Syd y JD intercambiaron una mirada, ambos pensando a qué cosas se referiría ella, pero ninguno lo preguntó porque no estaban seguros de querer oírlo.

—¿Qué carrera estudias? —preguntó JD.

—Periodismo, aunque no soy muy buena—explicó ella—. El año pasado por poco no apruebo, pero el dinero casi siempre lo arregla todo.

A Syd le hubiera gustado corregir aquella observación, pero a Cherry no le faltaba razón. Ella misma tenía la prueba: toda su vida había sido de lo más sencilla, nunca había tenido que preocuparse por nada porque su padre solucionaba las cosas a golpe de talón.

—Yo también estoy en periodismo —le comentó, para borrar esos pensamientos—. Si quieres podemos ayudarnos.

—¿Hablas en serio? Eso sería genial. —Miró el reloj y se incorporó—. Tengo que irme, gracias por la charla y por vuestra amabilidad. Nos vemos.

Se fue recuperando su trote anterior, que incluía balanceo de caderas y contoneo al andar. Los dos alzaron la ceja al verla, sintiendo curiosidad por aquella extraña joven: Syd se veía obligada a ser amable para mantener la paz en su habitación, y JD no era amigo de meterse en la vida de los demás, de forma que ninguno hizo ningún otro comentario al respecto.

—Entonces, ¿vas a participar en el periódico? —preguntó él.

—¿Es que no has oído todas las asignaturas que he mencionado hace un momento? No me va a sobrar el tiempo precisamente, y a ti tampoco. —JD alzó una ceja—. Equipo de *hockey*, clases, prácticas...

—...guiones —siguió el joven, haciendo que Syd lo observara—. No me mires con esa cara de extrañeza, quiero hacer cine, quiero ser director. Y también trabajar con mis propios guiones. Por supuesto tengo más ganas que talento, pero estoy mentalizado para trabajar duro en ello.

Syd no comentó nada, pese a que oírlo era inspirador. Sabía que JD lo tenía muy difícil para alcanzar su propósito, triunfar en el cine no era sencillo si no tenías un padrino o mucho dinero, incluso ambos. Pero el hecho de que estuviera dispuesto a intentarlo cuando para un chico como él hubiera sido más fácil ponerse delante de la cámara en lugar de aspirar a manejarla, le dejaba claro que no estaba ante alguien mediocre.

La rubia sonrió mientras volvía a repasar su lista de asignaturas sin poder creer que fuera tan amplia. Después se entretuvo mirando a los estudiantes que correteaban por el campus y decidió que, a pesar de ser solo el segundo día, se encontraba a gusto. Tenía dos compañeras de cuarto que no estaban mal, al menos aparentemente, y JD le caía bien, le parecía que tenía madera de amigo, aunque aún era pronto para saberlo.

CAPÍTULO 3

Al día siguiente empezaban las clases. Ese era el día en el que los profesores se dedicaban a asustar a sus alumnos, diciéndoles lo mucho que iban a tener que esforzarse durante el curso si querían aprobar con una nota decente.

JD acudió a su clase sin prisas, aunque, cuando llegó, casi todos los asientos traseros estaban ocupados, de manera que se sentó delante ante la cara decepcionada de todas las féminas que no habían deseado ponerse tan próximas a los profesores. Grant llegó antes de que alguna pudiera cambiarse a toda prisa, de modo que él se quedó allí tan tranquilo. Al menos de esa forma tenía la garantía de que no habría miradas tontorronas ni aparecerían en su libro números de teléfono o notitas inesperadas, que solía ser lo habitual.

Escuchó atentamente la exposición de su jefe de departamento, desarrollando una simpatía por él casi al momento, solo con escucharle hablar. Parecía que compartía su pasión por el cine y cuando Grant preguntó si tenían alguna experiencia en lo referente a la carrera, JD le hizo un resumen rápido comentándole que tenía algunos cortos ya grabados. Grant pareció satisfecho y miró a su estudiante, que sabía de sobra que era el becado, y tuvo la intuición de que acabaría siendo el primero de la clase.

En una de las clases de periodismo, Syd llegó pronto y se sentó en un banco doble que estaba vacío. Echó un vistazo alrededor, pero no le sonaba nadie en especial, como mucho, alguna cara del comedor o del partido. Seguro que los que estudiaban su misma carrera estarían en otra aula.

Estaba conteniendo un bostezo cuando vio entrar a Ty, que hizo exactamente el mismo gesto que ella buscando una cara conocida. Al verla, se aproximó vacilante.

—Hola, ¿me recuerdas? Soy compañero de cuarto de Eric. Nos conocimos ayer en la comida.

—Sí, hola —saludó ella—. Menos mal, no me suena nadie más, ¿quieres sentarte?

—Claro. —Puso sus libros en la mesa y ocupó el asiento a su lado—. Te llevas bien con su hermano, ¿no?

—Supongo que sí, ¿quién es vuestro otro compañero?

—Yin. —Ty hizo una mueca—. Un pedante, apenas nos dirige la palabra y nos mira por encima del hombro —suspiró en voz baja—. Esto es raro, la gente es tan... diferente.

—Vives en Gatineau, ¿no? —La chica hizo memoria—. Seguro que hay unos paisajes preciosos.

—Sí que lo son. Maravillosas montañas nevadas y naturaleza en perfecta armonía. Tú eres europea, ¿verdad?

—Londres, sí. Mucho té y poca armonía.

Ty sonrió al oírla y justo en ese momento entró Nick Carson. Nick llevó la voz cantante durante la presentación y fue amable, pero claro: les explicó cómo llevaría las asignaturas y qué esperaba exactamente de ellos, que no era poco, y terminó pidiéndoles que hicieran parejas para futuras prácticas y exposiciones. También dejó caer que era amigo de ponerlos a prueba y que esperaba un trabajo de presentación de cada pareja para final del semestre que influiría en la nota final.

—Conozco a otra profesora de la carrera, pensé que nos tocaría ella la primera, la profesora Lone —comentó Syd en voz baja—. Rubia, simpática y muy dinámica.

—Este también parece majo.

—Este es perro viejo —sonrió ella.

—¿Quieres que trabajemos juntos? —le preguntó Ty.

—¿Seguro?

—No te preocupes, subiremos la nota.

—En ese caso, trato hecho. —Le chocó la mano.

El profesor Carson les dio las gracias por la atención prestada y les pidió que fueran hojeando el temario, aunque hasta el día siguiente no empezarían en serio. Syd y Ty decidieron salir un rato a tomar el aire hasta que volvieran a tener otro profesor al que escuchar su charla. En el pasillo, se encontraron con Chris, que salía de otra aula.

—Eh, pareja —saludó al verlos—. ¿Qué tal ha ido la presentación con Carson? Es majo, pero bastante exigente. Yo estoy con la nueva. No sé qué clase de profesora será, pero chispeante es un rato.

—Ty y yo vamos a ser pareja en clase —comentó Syd.

—Los hay con suerte —dijo Chris—, pero Ty, espero que te comportes. No

es por nada, solo que yo estaba antes.

—Está bien —le siguió la broma Ty—. Dejaré las manos quietas.

—No pasa nada —murmuró ella—. No me ofendo porque habléis como si no estuviera aquí.

—Acostúmbrate, Syd —dijo Eric apareciendo junto a ellos de repente. Venía con Satchel a su lado, quien llevaba tres libros que abultaban el doble que ella—. Mi hermano siempre se comporta como un idiota. ¡Y cree que eso les gusta a las chicas!

—Y tiene razón. —Satchel se rio y miró a Eric—. Eric, tu actitud es del todo estereotipada. Te comportas como un hermano que, a pesar de su obvia superioridad intelectual, sientes unos excesivos celos por tu mellizo que es más simpático, más popular e, indudablemente, más guapo.

—Odio a los de psicología —gruñó Eric antes de alejarse.

—Solo era una broma —comentó Satchel—. ¡Sois mellizos, por tanto igual de guapos!

—Ya hablo yo con él —dijo Chris, yendo tras su hermano al momento.

—Que conste que lo he dicho por decir, aunque parece que he dado en el cavo, ¿no? Puede que Eric vea a su hermano como un rival y crea que sale perdiendo en la comparación —comentó la pelirroja, mientras observaba cómo Chris intentaba alcanzar a su hermano en la entrada del edificio.

Se giró, encontrándose con que Syd y Ty la contemplaban con suspicacia.

—Parece que serás buena psicóloga, Satchel —le dijo su amiga—, siempre y cuando no seas tan cruel. A mí no se te ocurra psicoanalizarme, ¿eh?

—Ni a mí —se apresuró a decir Ty.

Chris alcanzó a Eric al final del pasillo y se puso a su altura, pese a que su hermano parecía estar haciendo un gran esfuerzo por no ser alcanzado.

—Déjame tranquilo —le gruñó.

—Venga, Eric, no seas infantil.

—¿Infantil? No te imaginas lo irritante que es ser comparado contigo continuamente, Chris. Eres tan perfecto que da asco... ¡pero que encima me lo diga una tía a la que conocemos desde hace un día...! Estoy harto.

—Vamos, hermano, ahora en serio, ¿qué pasa? Llevas raro una temporada —le preguntó Chris acercándose a él—. ¿Por qué te cabreas conmigo? No tengo la culpa.

—Lo sé. Lo sé, joder. —Lo cogió del cuello y lo estrechó, soltándole segundos después—. No te preocupes, en un rato se me habrá pasado. Hasta

luego.

Se marchó y Chris lo vio alejarse, confuso. No entendía a su hermano, a veces parecía que lo odiaba y otras le descolocaba con su afecto. Él lo conocía mejor que nadie y dudaba mucho que el problema fuera envidia sobre su persona como todos aseguraban, pero cualquiera le preguntaba... Volvió sobre sus pasos junto a los demás.

—¿Está bien tu hermano? —quiso saber Satchel—. Juro que lo he dicho en broma.

—Se le pasará —replicó Chris—. Le ha afectado, pero no sé por qué. Yo soy transparente. —La pelirroja afirmó—. Pero con Eric todo es complicado, no sé cómo funciona su cabeza, solo que no es sencillo. Tiene unas movidas de coco impresionantes a veces.

—¿Y qué las causa? —preguntó Syd.

—No tengo la menor idea, pero no me gusta que se crea toda esa mierda sobre él y lo bueno que soy yo a su lado. Tiene una mente brillante, ¿sabéis? En la prueba de cociente intelectual dio ciento treinta, cuando yo no llego ni a ciento diez.

—Dile que, cuando quiera, le hago terapia.

Satchel sacudió la cabeza y se marchó, aburrida de sujetar sus libros. Ty decidió aprovechar el momento para desaparecer también, dejándolos solos mientras Chris permanecía tratando de comprender las palabras de su hermano, sin demasiado éxito a juzgar por la expresión de su rostro.

—Ten paciencia —recomendó Syd, al ver su cara—. Puede que solo sean nervios. A lo mejor ha tenido un mal día y eso es todo, seguro que si tuviera algún problema gordo te lo contaría.

—¿Tú crees?

—Bueno, no lo sé. Acabo de conocerlo, pero sois mellizos. Me imagino que tú serías la primera persona a la que recurriría, ¿no?

—¿Tienes hermanos? —La vio negar— ¿Y los hubieras querido?

Syd permaneció pensativa unos segundos. Recordaba toda su niñez deseando con desesperación una hermana, alguien que pudiera pasar tiempo con ella, pero en algún momento esa necesidad se había evaporado. Y fue sustituida por la sensación de estar siendo egoísta, ¿para qué otro miembro en la familia, para ser tratada del mismo modo que ella, como si fuera invisible? De modo que dejó de desear una hermana para terminar agradeciendo en silencio que su padre nunca hubiera vuelto a contraer matrimonio.

—Cuando era muy pequeña sí quería, pero se me pasó enseguida. Ya sabes,

las hijas únicas nos creemos el ombligo del universo —bromeó la joven.

—No me das esa sensación —respondió Chris—. Recuerda que he conocido a muchas niñas ricas, aquí es lo habitual.

Syd lo imaginaba, de hecho, estaba segura de que se había ligado a muchas de esas «niñas ricas». Y no le pasaba desapercibido que Chris quería añadirla a esa lista, lista a la que no estaba convencida de querer entrar pese a su atractivo más que evidente. No quería alargar más la conversación a riesgo de que se volviera muy personal, de modo que murmuró una despedida y desapareció con sus libros en dirección a su cuarto.

Hojeó el temario durante un buen rato hasta que sintió que necesitaba desahogarse, de forma que decidió ir a la piscina a entrenar. Siempre que nadaba perdía la noción del tiempo, así que no le sorprendió encontrarse con que casi era de noche al salir. Ya se marchaba a su cuarto a dejar la bolsa cuando se fijó que JD estaba sentado en las escaleras centrales, hablando por el móvil. Lo sujetaba con el hombro y a la vez tecleaba algo en su portátil. Estuvo tentada de pegarle un susto, pero después pensó que lo mismo el ordenador salía volando por los aires, así que se limitó a sacar dos cafés de la máquina que tenían en la planta de recepción y se acercó.

—¿Molesto? —preguntó en voz baja.

JD negó con la cabeza y le hizo un gesto para que se acercara, apartando el portátil para dejarlo en las escaleras.

—Qué va —dijo—. No he sacado fotos del paisaje, no. Ni tampoco de la capital, ni del internado... Está bien, está bien, lo haré el fin de semana si eso te hace feliz, ¿contenta? Sí, hace frío. Claro que llevo suficiente ropa puesta.

Syd le alargó el café que había sacado con una sonrisita burlona y él puso los ojos en blanco mientras articulaba en silencio «mi madre».

Ella ya lo imaginaba, se la escuchaba perfectamente.

—Olvidalo, no creo que pueda ir —empezó JD—. Demasiado dinero para tan pocos días... ¿En coche? Tú estás mal, ¿sabes cuántos kilómetros hay? No haría semejante viaje ni aunque me quedara tirado en el aeropuerto.

Syd volvió a escuchar las justificadas protestas de la mujer y se decidió a dar un sorbo a su café; hizo una mueca ante aquel sabor tan espantoso y volvió a dejar el vaso en la escalera.

—Oh, no, mamá, no empieces... —JD apartó el móvil de su cara y la dejó hablando sola mientras miraba a Syd—. Bien, ya hemos llegado al punto de «te echamos mucho de menos».

—¿Y cuánto dura ese punto?

—Unos minutos. Ahora dirá lo bien que está Kalamazoo para vivir y estudiar o, en su defecto, Michigan. «¿Por qué has tenido que irte tan lejos?» —dijo imitando su voz.

Guardó silencio un momento y, al poco, se oyó la voz materna diciendo:

—¿Por qué has tenido que irte tan lejos, Jared? —Eso hizo a Syd sonreír—. ¡Nada menos que Canadá! ¡Si es que te has ido a la otra punta del mapa!

—Tanto como la otra punta... —JD hizo el amargo de llevarse el café a la boca, pero la chica se lo quitó sin miramientos para tirarlo a la papelera dejándolo perplejo—. ¿Está malo?

—¿Quién está malo? —preguntó al momento su madre con tono preocupado—. ¿Tú? ¡No estarás enfermo!

—No, no, mamá, tranquila, no estoy enfermo.

—Pero dijiste que la comida era malísima —insistió ella.

—Y lo es, pero...

—Ten cuidado con eso, que tú enseguida te quedas flaco.

—Mamá... —empezó él, un poco cortado al ver que Syd estaba empezando a soltar risitas, ya sin ningún tipo de disimulo.

—Jared, si tienes algún problema, el más mínimo, te vuelves a casa, ¿entendido? Todavía no proceso demasiado bien qué pintas en Montreal.

—Es la mejor universidad. Lo hemos hablado un millón de veces, la beca que tengo no se la dan a cualquiera.

—Bueno, no me quejo de la beca, sino del lugar... Podrían darte esa misma beca aquí cerquita, ¿no? ¿Qué, la gente es tan esnob como decías?

—Pues... hay de todo —murmuró él, pensando si su madre iba a sacar todos los temas embarazosos de uno en uno.

—¿Ya tienes amigos?

De pronto, hubo una protesta airada de la madre, a quien al parecer habían arrebatado el teléfono; entonces escucharon una voz de chico jovial.

—JD siempre tiene amigos. Hermano mayor, ¿cómo están las canadienses? ¿Son tipo Avril Lavigne, o más bien estilo Alanis Morissette?

—Ni idea, no conozco a ninguna —contestó JD con una sonrisa—. Por ahora, en mi mesa hay una inglesa y una australiana.

—Échale una foto a la australiana —pidió Daniel con entusiasmo—. Si está bien parida, a lo Holly Valance, me la mandas. A la inglesa no te molestes, seguro que es fea, como todas.

—Mmm...

—¿Qué pasa? ¿La tienes al lado o qué? No me estará oyendo, ¿no? ¡Ay! —

De nuevo se escuchó otro golpe cuando al fin la madre recuperó el teléfono—. ¡Mamá! Estaba hablando, ¿sabes?

—Pues ya has acabado —dijo ella firme—. Perdona, hijo. Es que tu hermano Daniel se encuentra en plena fase de adolescente salido y solo tiene ese tema de conversación.

—¿Fase? Lleva así años, te recuerdo... —De nuevo, se dio cuenta de que estaba Syd delante, escuchando toda aquella conversación ya que su madre parecía estar emitiendo para todo el planeta—. Oye, te voy a dejar, ¿vale? Hablamos pronto.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Te llamaré —dijo tratando de cortar la despedida típica de su madre, que incluía horas de dramatismo e incluso lágrimas—. Saluda a papá, ¿eh? —Colgó sin darle tiempo a enrollarse y suspiró—. Ufff, perdona. Cuando me llaman de casa abandono toda esperanza de terminar lo que estuviera haciendo.

—Tranquilo. No pasa nada, «Jared» —dijo ella burlona.

—Muy graciosa.

—Ahora escupe el segundo nombre.

—Sí, vale, tengo un maravilloso nombre compuesto digno del mejor culebrón. Si se lo dices a alguien te mato, ¿entendido? —Syd afirmó—. Damon.

—¿Jared Damon? —repitió ella, tratando de camuflar una sonrisa perversa—. Oh, Dios mío. Jared Damon. Quedaría tan genial en una de esas novelas de instituto para adolescentes... «y entonces Jared Damon se arrodilló ante ella y...»

—Gracias por recordarme por qué nunca, jamás, utilizo mi nombre —gruñó él.

—Estaba de broma, pero aun así, con tu cara no tienes derecho a quejarte por el nombre. Y por cierto, ¿se puede saber qué demonios estás haciendo aquí fuera? Hace demasiado frío. —Se incorporó de un salto.

—Es una pequeña costumbre que tengo. Siempre salgo un rato a que me dé el aire antes de acostarme. Viene bien para aclarar las ideas, ¿sabes?

—¿Entonces he interrumpido un momento de profunda reflexión... Jared Damon? —volvió a burlarse Syd sin la menor compasión.

—Deberías probarlo, lo mismo te venía bien. —JD se levantó.

—Reflexión juntos por las noches con este frío o estar tumbada en mi cama con un libro. —La chica movió la cabeza como si dudara—. De cualquier

forma, ¿sobre tantas cosas tienes que reflexionar? Me refiero a que si algo te preocupa es fácil encontrar con quien hablar.

JD se encogió de hombros. A él no le parecía tan fácil, no todo el mundo tenía humor para escuchar los problemas de la gente. Además, según qué problemas tampoco le apetecía contárselos a cualquiera.

—Cuando vas tan ajustado como yo respecto a los créditos créeme, tienes muchas cosas sobre las que reflexionar —comentó, poniéndose en pie.

Ella lo imitó, sacudiéndose la impecable ropa que llevaba puesta y de la que se había olvidado al sentarse en las escaleras. Miró de reojo a aquel chico que parecía tenerlo todo, excepto lo que movía el mundo: el dinero. Vista su determinación y que al parecer traía excelentes calificaciones bajo el brazo, Syd no dudaba que pudiera conseguir cualquier cosa que se propusiera. Pero cuando estabas en la cuerda floja un simple error podía hacerte caer y comprendía que se sintiera así, la gente con becas como la suya no podía permitirse ni un solo fallo.

—Oye —comentó—, cuando he pasado por la biblioteca había un cartel donde pedían estudiantes para dedicar allí unas horas. ¿Por qué no preguntas si aún puedes solicitar el trabajo? Conseguirás créditos extra y de ese modo será como tener un pequeño colchón, ¿no?

—¿De verdad? —A él se le iluminaron los ojos—. ¡Es una idea genial! Voy a acercarme a preguntar ahora mismo, ¿te vienes conmigo?

—De acuerdo —respondió ella, mientras lo seguía hacia el interior del edificio—. «Jared Damon se arrodilló ante ella con aquel anillo que tanto le había costado comprar y...»

—Vale, ya has agotado tu tiempo para cachondearte de mi nombre. A partir de ahora, sufrirás una amnesia selectiva y volverás a llamarme JD. No creas que porque acabas de salvarme la vida con tu idea te voy a permitir este cachondeo.

—Está bien, está bien. —Lo miró con cara inocente—. Se acabaron las coñas, de verdad.

Atravesaron la recepción para encaminarse hacia la izquierda, donde se encontraba la biblioteca. Pese a tener en el horario semanal pasar bastantes horas allí, aún no la habían recorrido excepto para una visita rápida. Era enorme y tenía dos plantas, la de abajo siempre masificada y la de arriba un poco más tranquila.

—Me gusta este sitio —comentó él, después de recorrerlo con la mirada.

—Es lo ideal, si piensas trabajar unas horas aquí.

Ambos se aproximaron hasta el mostrador, donde una chica de piel morena, cabello corto rizado y expresión dulce parecía afanarse en ordenar algo bajo el mostrador. Al verlos carraspeó y dejó lo que estaba haciendo para mirarlos con los ojos muy abiertos.

—¿Os puedo ayudar en algo? —preguntó, con una voz suave y discreta.

—Sí, ¿todavía necesitáis alguien que trabaje aquí? —preguntó JD.

Ella afirmó, pero sin añadir nada más. Parecía un cervatillo asustado ante los faros de un coche, y al momento Syd notó que era por la presencia deslumbrante de su amigo. Claro, tenía que reconocer que el chico imponía, sobre todo si nunca habían intercambiado ni una sola palabra con él.

—Hola, soy Syd —se presentó, en un intento de romper el hielo—. ¿Tienes nombre?

—Ava. ¿El trabajo sería para ti? —preguntó, mirándola con incredulidad.

—Yo soy tu chico —intervino JD con una sonrisa antes de que Syd pudiera contestar—. Ella no necesita nada, está muy bien servida. ¿Qué me dices, con quién tengo que hablar para conseguir el trabajo?

Ava pareció aturullada de nuevo al tener que hablar directamente con JD, lo que empezaba a divertir a Syd, ya que algo le decía que iba a encontrarse con situaciones como aquella muy a menudo.

—Bueno, el señor Porter es el encargado y... quiero decir que se ha ido hace una hora porque en seguida vamos a cerrar, pero yo... o sea, rellena esto y se lo doy mañana. —Le tendió una solicitud sin mirarlo a la cara.

—De acuerdo.

JD no tardó ni dos minutos en garabatear el papel y devolvérselo a la joven, quien lanzaba miradas furtivas por encima de sus gafas sin perder detalle. La recogió en cuanto estuvo lista.

—Pásate a última hora, como hoy. No hay muchas solicitudes y siempre mira el expediente académico, así que si tienes buenas notas casi seguro que el trabajo será tuyo.

—Muchas gracias —dijo él—. Nos vemos mañana, entonces.

Tiró del brazo de Syd para llevársela y Ava los vio alejarse, aún sin poder creer lo que acababa de pasar. Madre mía, ¡ese chico! Si el bueno de Porter lo aceptaba... iba a ser tan bueno como malo, porque Ava se ponía nerviosa perdida cuando alguien con aquel aspecto andaba cerca de ella. Aunque no sintiera ninguna atracción, la gente tan brillante y guapa hacía que se sintiera cohibida, tímida, torpe... y si charlaba con ella todo eso quedaría en evidencia. O peor aún, empezaría a tartamudear, él la catalogaría como

«rarita» y pronto ese sería su mote oficial...

Ava sacudió la cabeza, dándose un cachete mental. ¿Por qué preocuparse? Lo más probable fuera que el chico guapo ni siquiera reparara en su existencia, ¡y ella preocupada de que quisiera darle conversación! Eso solo sucedía en las películas románticas de los años ochenta, no en la realidad.

De todos modos, dobló la esquina de la solicitud para darle a entender a Porter que apoyaba aquella solicitud. Puede que fuera tímida, pero no imbécil.

CAPÍTULO 4

Pronto pasaron un par de semanas y la excitación de los primeros días y la novedad fue disminuyendo para ser reemplazada por una cómoda rutina. Las clases iban cogiendo forma y casi todos los estudiantes empezaban a tomárselo en serio.

JD y Syd tomaron por costumbre estar juntos casi todos los ratos que no tenían clases u obligaciones de otro tipo, y era frecuente verlos estudiando en la biblioteca o sentados en las escaleras del edificio principal. La excusa era la reflexión, pero en realidad se dedicaban a charlar y contarse cosas; a veces, Chris se les unía en la biblioteca para las sesiones de estudio y Dennis en las charlas de antes de dormir, pero, por lo general, estaban muy cómodos el uno con el otro y no necesitaban a nadie más. Demasiado cómodos para el gusto de Chris, pero como había decidido tomarse las cosas con calma respecto a Syd, no la avasallaba con demasiado contacto. La chica no era muy dada a hablar sobre sí misma y él se había percatado, así que debía pensar una estrategia de acercamiento más elaborada.

Eric se llevaba muy bien con Ty a pesar del carácter callado del chico, pero Yin seguía igual que siempre y los ignoraba a ambos. Donde siempre había guerra era en el cuarto de Gia, pues Melissa y Shaffire se detestaban y no hacían nada por guardar la paz.

—La música que escribes es una mierda —dictaminó Melissa, un día después de encontrar una canción que Shaffire había escrito encima de su cama.

—¿Te revuelvo yo tus cosas? —contraatacó la aludida.

—Estaba encima del edredón a la vista de todos, por eso la he mirado. ¿En serio piensas que eso será un éxito?

—Como si tú pudieras enseñarme algo sobre el éxito, actriz fracasada. Ve a maquillarte o lo que sea que hagas cuando no estás aquí dando por culo.

—¡Eres una...!

Llegados a ese punto, Gia solía intervenir llevándose a Shaffire antes de que esta le diera un puñetazo a Melissa, cosa de la que era muy capaz.

Gia, por su parte, seguía planeando una estrategia para ligar con JD. Cuando recordó que la había animado a participar en el *Sharidan News* pensó que eso haría que ganara puntos a sus ojos, de forma que hizo de tripas corazón y fue a decirle al redactor jefe que había cambiado de opinión y que le encantaría formar parte del equipo.

—¿Y sobre qué vas a escribir? —la chinchó Jake—. ¿Sobre ropa y zapatos?

—Sobre tu culo, ¿qué te parece?

—Con esa delicadeza no creo que lo conquistes nunca.

—Si es que no haces más que tocarme las narices, Jake. Más que ayudarme, me deprimes.

—Tienes razón —se rio él divertido—. Pero calma, pensaré algo para ti y JD. Hay una fiesta de Halloween en breve, te buscaremos un buen modelito, tú deja trabajar al tío Jake.

Así que Gia le dejó pensar sin fiarse un pelo de él.

Por otro lado, Satchel hizo la prueba para el equipo de *hockey* y andaba más preocupada por si la admitían que por las clases de psicología. Chris tuvo que soportar que lo persiguiera sin descanso para ver si la aceptaba en el equipo, pero, aun así, él dejó pasar un par de días antes de sacar el tema delante de sus chicos en los vestuarios. Aunque Madsen estaba presente, decidió no intervenir, a menos que fuera necesario.

—De acuerdo, ¿qué decís? —preguntó en voz alta—. Quiero una respuesta sincera.

—¿Sincera? —dijo Mark, uno de los jugadores—. Aquí la tienes: en mi opinión, no creo que sea una buena idea tener a una chica en el equipo.

—Vale. ¿Pero existe algún motivo de peso aparte del hecho de ser chica? Porque juega mucho mejor que algunos de los aquí presentes.

Hubo un silencio incómodo en el que varios bajaron la mirada, aunque aún quedaban unos cuantos ojos desafiantes.

—Bueno —intervino otro jugador—, es bastante bruta, hay que reconocerlo, y rápida como el rayo.

—¿Creéis que podemos aprovechar esas cualidades? —quiso saber Chris—. Lo diré de otro modo. Si en vez de Satchel se llamara Michael, ¿tendríamos esta conversación, o al momento lo haríamos miembro de Los Lobos?

—Joder —insistió Mark—. Mira, Satchel me cae bien, pero todos los equipos se cachondearán de nosotros, eso sin contar que, queramos o no, es

más débil. No me interpretes mal.

Chris frunció el ceño.

—De todos modos, tenemos un puesto sin cubrir, así que supongo que es ella o nadie.

—Podríamos someterlo a votación —sugirió JD con sensatez y todas las miradas se giraron hacia él a la vez—. Solo era una sugerencia.

Chris estuvo conforme. De los veintidós miembros del equipo, once votaron que no, entre ellos Mark, y diez que sí dejando a Chris el desempate.

—Pues ya tenemos nuevo jugador —decidió él mirando a Madsen por si éste se oponía, cosa que no hizo.

—Creo que te equivocas —refunfuñó Mark, levantándose de malas formas y evitando las ganas de ponerse a protestar delante del entrenador.

—Chris es el capitán del equipo y como tal ha tomado una decisión —repuso éste.

—Ya he escuchado tu opinión —le replicó Chris fulminándole con la mirada—. Y Satchel tendrá su oportunidad, igual que la habéis tenido los demás. Lo que siento es que os parezca tan mal.

Cuando dijo eso, todos parecieron avergonzados y empezaron a mirar las paredes como si esperaran encontrar algo interesante en ellas, lo que fuera con tal de evitar la mirada de decepción de su capitán. Además, era raro que Chris se enfadara y cuando lo hacía todos se quedaban mustios porque era desagradable.

—Ya podéis marcharos. Y supongo que no es necesario que os diga que no quiero tonterías al respecto, ¿no? Todos somos mayorcitos.

Le respondieron con murmullos y de mala gana, pero salieron del vestuario afirmando con la cabeza. Madsen también eligió ese momento para irse, después de asentir para dejarle claro que había hecho lo correcto. Mark se le acercó una vez hubo salido el entrenador.

—Tío, siento no haberte respaldado —se excusó—, pero era lo que sentía, ¿te parece mal?

—No, solo estás siendo tú. Las chicas están bien para que te ayuden a estudiar y también para que te las tires, pero no estás dispuesto a ver más allá de eso.

—No me hables así.

—Pues si me preguntas mi opinión, no dudes que te la voy a dar. —Hizo una seña a JD y cerró su taquilla de un golpe respetable—. Vámonos, JD.

Se despidieron de Mark con un gesto de cabeza, abandonando el lugar. A

JD le alegraba que el capitán hubiera defendido que Satchel tuviera la misma opción que el resto de integrantes del equipo, pero no estaba muy seguro de si aquello había sido una buena idea. Demasiadas manos se oponían y temía que ese tema rompiera la unidad del equipo, algo básico si deseaban ganar los partidos. Decidió dejar de preocuparse, para eso estaba Chris y lo veía capacitado para encontrar la manera de limar cualquier aspereza.

Al pasar junto a la máquina del café encontraron allí a Syd, quien intentaba tragarse aquel mejunje sin hacer muecas de desagrado muy exageradas.

—¿Ya habéis terminado de entrenar? —preguntó la chica al verlos.

—Por suerte —resopló JD, ganándose una mirada fija de su compañero—.

Quiero decir que sí, acabamos de salir.

Chris echó un vistazo a su reloj y después a la rubia.

—¿Quieres subir a nuestra habitación? —propuso.

—¿Para...?

—Dennis seguramente estará tocando la guitarra. No creas que nos permite oírlo muy a menudo. —Le lanzó una sonrisa seductora—. ¿Para qué creías?

Syd le dio un codazo y se fueron hacia allí. Por el camino, Chris hizo un breve relato de lo sucedido en los vestuarios con la votación porque, aunque conocía el nulo interés de la inglesa sobre el *hockey*, imaginaba que al tratarse de su compañera de cuarto querría saberlo.

—¿Quieres decir que la mitad del equipo votó en contra de que perteneciera al equipo? —preguntó ella extrañada—. Pensaba que la gente era más moderna en el siglo en el que estamos, pero veo que no. Pues le va a sentar como un tiro.

—O sea, que tengo que decírselo.

—¿Pensabas no hacerlo?

—No quiero mentir, pero... pensaba no decir la verdad, que no es lo mismo. —Se dio cuenta de cómo lo miraba ella y se puso a la defensiva—. ¿Cómo crees que se va a sentir cuando le diga que su entrada no va a ser fácil en absoluto? Que yo mismo tuve que desempatar.

—Qué mono eres. —Le pellizcó la mejilla divertida—. Siempre haciendo lo correcto. Sobre Satchel, no te agobies, lo mismo ni te pregunta por la votación.

Chris se encogió de hombros y entraron en su cuarto. Dennis estaba, efectivamente, sentado sobre su cama con su maravillosa guitarra negra entre los brazos, y, aunque siempre andaba componiendo y tarareando, era difícil oírlo tocar algo de manera oficial.

—Eres un demonio —comentó Chris—. No sé por qué no cantas más a menudo, tus canciones son increíbles.

—No me gusta mucho ser el centro de atención —dijo Dennis sin intención de presumir—. Hola, Syd.

JD se dejó caer encima de su cama y miró con interés la manera en que Dennis manejaba la guitarra. Su mente se dispersó al innegable coqueteo que percibía en Chris respecto a la rubia. Lo apreciaba mucho y la verdad era que se llevaban genial, pero lo de que estuviera tan interesado en ella le hacía la misma ilusión que si le sacaran un ojo. Ojalá hubiera brotado cualquier minúscula grieta que echara a perder ese flirteo, pero al parecer eso no iba a suceder. Se maldijo interiormente por no ser tan lanzado como su compañero. En ese mismo momento se dio cuenta de que lo que sentía era una punzada de celos. Eso y el cartel simbólico que llevaba en la espalda donde ponía bien grande «idiota».

—Así que esta es tu famosa guitarra. —Syd se acercó y la miró—. Vaya pasada —dicho esto, fue a sentarse en la cama de JD—. ¿Qué vas a tocar?

—¿Qué quieres oír? Venga, elige. Que sepas que no se lo digo a cualquiera.

—Eso es verdad —dijo Chris con un gruñido—. Llevo siglos pidiéndole que me toque algo de Ghost o Metallica, pero no hay manera.

—*Ain't no sunshine* —sugirió Syd.

—Hecho —aceptó Dennis—. Buena elección.

Chris estaba en lo cierto. Dennis tocaba la guitarra a la perfección, dominaba la melodía y tenía una voz muy, muy sexy. Les tocó la canción solicitada y la hizo perfecta. Cuando terminó, tanto JD como Syd se habían quedado sin habla.

—Si yo tuviera tu talento no estaría aquí —le dijo JD.

—Yo soy un superdotado, puedo hacer las dos cosas. Saluda al rey, muñeca. —bromeó, en tono burlón. Dejó la guitarra incorporándose—. Voy a ver si consigo tabaco, ahora vuelvo.

Se escapó del cuarto y Chris sacudió la cabeza.

—Es verdad que es superdotado. El año pasado todos creíamos que iba a suspender; no estudiaba, las clases se las pasaba en la higuera... pero el tío va, se lee una página y es capaz de repetírtela entera sin ningún error. Sacó todo matrículas. —Suspiró—. Tiene el cociente más alto de toda la universidad, el muy cabrón.

—Mono y con cerebro —comentó Syd con una sonrisa—. Qué buen partido, no me importaría dormirme con esa voz susurrándome por las noches.

Ninguno de los dos contestó a la broma, sin duda pensando que ellos podrían dormirse con ella a su lado.

Dennis regresó con un paquete de tabaco en las manos. No había encendido el cigarrillo cuando se oyeron unos golpes en la puerta. Sin esperar a recibir respuesta, la morena cabeza de Shaffire se asomó.

—Perdonad —dijo—. ¿Quién está tocando la guitarra? Estaba en el cuarto de Jake y, desde allí, hemos oído a alguien cantando.

—Es Dennis —informó JD—. Tú eres la compañera de Gia, ¿verdad?

—Sí, y de otra tía, una imbécil integral exactriz de películas infantiles o no sé qué mierdas parecidas. —Hubo risas en la habitación—. ¿Puedo entrar?

—Ya he terminado —dijo Dennis—. Es el final de mi media hora de música pública semanal.

Al oír aquella voz, grave y ligeramente rasgada, Shaffire posó sus ojos en el chico que acababa de responder. Su rostro no era muy corriente, pero tenía un atractivo magnético que hacía que resultara difícil apartar los ojos de él, algo que logró a duras penas.

—Oh, no, no digas eso —protestó—. Yo también soy música, ¿sabes?. Venga, ahora que por fin conozco a alguien que toca algo decente... ¿Vas por libre?

—No, tengo un grupo —explicó Dennis—. Un batería, una guitarra y un bajo. Nos dejan tocar en las fiestas y demás, sale más barato que contratar un dj o una banda.

—¿Quién canta? —quiso saber Shaffire impaciente—. Lo digo porque yo compongo y canto, ¿me dejarías entrar en el grupo?

Dennis arqueó una ceja al escuchar a aquella joven que apenas pasaba del metro y medio y cambiaba su peso de una pierna a otra tratando de controlar sus nervios.

—Hombre, así de golpe, no —replicó el finés—. Tendríamos que hacer una prueba de voz a ver cómo suena, ¿sabes algo de canto?

—Lo sé todo —contestó ella—. Mis padres me apuntaron desde pequeña.

—Vale, canta —dijo Dennis y ella se quedó muda—. ¿Qué? Acabas de decir que compones, pues enséñame algo.

Observó que la chica había perdido parte de su color natural y empezaba a adquirir la tonalidad de la mayonesa cortada. No podía negar que secretamente disfrutaba de haber logrado aplastar su aparente aplomo, pero se le daba de maravilla controlar sus expresiones faciales y continuó usando la de la paciencia.

—¿Aquí, delante de ellos? Ni he calentado la voz ni nada...

—¿Esto te parece un gran público? ¿Y tú pretendes cantar en un grupo? —Dennis le sonrió—. Todavía estás muy verde, chica, perfecciona un poco tu técnica y quizá más adelante puedas cantar en algún sitio.

Shaffire estaba tan avergonzada que salió de la habitación sin añadir más y sin despedirse.

—Eso es delicadeza, tío —comentó JD—. Aún no eres famoso y ya te comportas como una estrella.

—Mejor que lo sepa ahora —replicó Dennis—. Simplemente soy sincero.

—Lo que eres es un cabroncete —se rio Chris—, pero eso es parte de tu encanto. Además, si le interesa, ya volverá.

Syd se levantó de la cama, decidiendo que llevaba demasiado tiempo allí.

—Me voy —decidió—. No sé qué hago aquí metida en un cuarto con tres tíos. Hasta mañana.

Se fue detrás de Shaffire y Chris se giró para encontrarse con la mirada socarrona de Dennis.

—Está tardando un poco en caer, ¿no, capitán del equipo de *hockey*?

—Bah, olvídate. A lo mejor esta es distinta. —Llamaron a la puerta de nuevo y Chris abrió encontrándose con una Satchel que parecía a punto de sufrir una apoplejía—. ¡Hombre!

Ella lo miró con ansiedad.

—¡No me hagas esperar a mañana! ¿Soy del equipo? ¡Dime algo que me va a dar un infarto aquí mismo, delante de vuestra puerta!

—Vale, vale —la atajó él—. Sí, sí, eres del equipo. Felicidades.

Satchel pegó un grito que seguro oyeron en la otra punta del internado, y dio un salto abrazando a Chris con tanto ímpetu que faltó poco para que este se cayera al suelo. Este cruzó una mirada con JD que venía a ser una petición para que no mencionara nada sobre la votación, ya encontraría el modo de comentárselo cuando considerara oportuno.

—¡Gracias, gracias, gracias! —Le soltó—. ¡Qué fuerte, lo he conseguido! No estaba segura, Chris, me parecía que me miraban con mala cara... ¡pero seguro que vosotros me habéis apoyado!

—Claro que sí —dijo Chris—. Eso ni lo dudes.

—Estoy muy emocionada. Estoy tan emocionada que, aunque me voy a ir a dormir, no creo que sea capaz de lograrlo.

—Si quieres dormir, nada mejor que una charla con Melissa, te garantizo que estarás frita en tiempo récord.

Pero Satchel ya no escuchaba nada, y se alejó como flotando en una nube e irradiando felicidad en todas las direcciones. Cuando llegó a su cuarto en el ala femenina, se encontró a Syd y a Cherry estudiando juntas.

—Eh —saludó mirando a la rubia—. Hace un minuto no estabas aquí.

—No, acabo de llegar.

—¡Estoy en el equipo! —exclamó Satchel tirándose encima de ella para abrazarla.

—Sí, Chris me lo dijo antes. ¿Feliz?

—Mucho.

Cherry se la quedó mirando con gesto de estupefacción.

—¿Vas a jugar a *hockey* con los chicos? Qué raro que te hayan admitido, no les gustan las chicas como jugadoras, para ellos solo somos el reposo del guerrero.

—Y tú de eso sabes cantidad —le respondió Satchel con una sonrisa tan dulce que Cherry no supo si se estaba burlando de ella o no—. Vuelve a tus libros, anda.

Se metió en la ducha y desde allí la oyeron cantar a gritos.

En el cuarto de al lado, Gia acababa de dejar a Jake, quien seguía perfilando una idea para la fiesta y que, según él, sería la oportunidad perfecta para intentar ligarse a JD. Shaffire estaba en su escritorio con un Ipod puesto y, al verla, se lo quitó.

—Hola, Cavanagh. ¿Qué te cuentas?

—Poca cosa, ¿y tú?

—Estoy pensando en la fiesta de Halloween. Ya sabes que estoy en el comité y me han dicho que podemos utilizar lo que queramos del guardarropa de los de arte dramático... nos podemos disfrazar si quieres.

—Tranquila, no te hace ninguna falta —Melissa asomó la cabeza desde dentro del cuarto de baño, donde se estaba desmaquillando—. Tienes unas ojeras fantásticas y... —Shaffire le arrojó un pesado libro que esquivó por una milésima de segundo—. ¡Eh! ¿Te has vuelto loca? ¡Casi me das!

—Voy a tener que practicar más.

—¡Podrías desfigurarme la cara!

—Tampoco a ti se te notaría demasiado.

La respuesta de Melissa fue un portazo que hizo que las paredes se tambalearan. Gia soltó una risita.

—¿Cuándo pensáis ser adultas?

—Pero si es ella... Menos mal que me queda el consuelo de que a todo el mundo le cae mal. Bueno, entonces, ¿qué opinas? ¿Nos disfrazamos? Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Las niñas gemelas de *El resplandor*. —Vio a Gia torcer el morro—. ¡Es muy original!

—Sí, eso sí. —La miró—. Por cierto, ¿encontraste al músico?

Shaffire miró al techo con un suspiro, con la sensación de vergüenza por haber salido corriendo todavía muy reciente. Por eso y porque todavía se sentía turbada respecto a él.

—Sí, pero ha pasado de mí. Primero me dijo que era una rajada y luego que estaba muy verde... yo qué sé. Ese tío es demasiado *heavy*, no creo que mis canciones le gustaran.

—Hablamos de Dennis Reijjo, con él nunca se sabe.

— ¿Pero sabes quién es?

— Claro, toca con su grupo en las fiestas y tal, le conoce todo el mundo. Mira, hoy te dice eso, mañana se sienta contigo y te escribe una canción. Yo lo volvería a intentar.

—¿En serio?

—Sí, lo conozco. Dennis hace esas cosas. —Abrió su cama para meterse—. Hazme caso, es de psicología, así que todo es posible.

Shaffire lo pensó unos segundos y decidió que volvería a intentarlo. No quiso comentar nada sobre lo atractivo que le había parecido por si acaso le daba alguna mala noticia, como que tuviera una novia, o más de una. No quería explotar su burbuja tan pronto, boba no era y ya suponía que un chico con ese carisma estaría pillado. Miró a Gia, que se estaba acomodando bajo el edredón con expresión distraída.

—¿Y tú qué? ¿Ya has hablado otra vez con el guapo? —Gia hizo un giro de cuello similar al de la niña del exorcista al oírla, sorprendida—. ¿Qué? Tengo ojos. Eres muy obvia.

—Genial.

—No es nada malo ser clara, Gia. Bastante peor son los juegucitos retorcidos que se cascan algunas para conquistar chicos, mejor ir de frente.

—¿Tú vas de frente?

—Yo siempre —asintió Shaffire—. Así no pierdo el tiempo, si un tío me dice que no, paso a otro.

—¿Y funciona?

—A veces. —Shaffire empezó a reírse—. Algunos se asustan un poco cuando tomas la iniciativa, pero de todos modos a nadie le amarga un dulce.

Gia suspiró. No se imaginaba tomando la iniciativa ni en un millón de años: le faltaba seguridad en sí misma, toneladas de autoestima y montones de coraje.

—Yo no tengo valor para hacer algo así —comentó—. No creo que me atreviera a acercarme a esa mesa, son la perfección personificada. Incluso las chicas.

—Una mesa guay. La mesa de los guays —sonrió Shaffire.

—Lo que me refiero es... ¿cómo se iba a fijar en mi ningún chico de la mesa teniendo a esas dos sentadas con ellos? Es prácticamente imposible.

—¿Las conoces o son nuevas?

—No las conozco de nada, han venido este curso. Pero me caen mal —refunfuñó Gia.

—Zorras —asintió la morena, y las dos se echaron a reír justo cuando la puerta se abría dando paso a Melissa.

Ambas cerraron la boca al momento para acto seguido apagar la luz, mejor terminar el día con una sonrisa que permitir que la exactriz, fiel a su costumbre, les agriara el humor.

Durante esa semana, el comité de fiestas empezó a colgar carteles sobre la inminente fiesta de Halloween. Eso alteró un poco a los estudiantes, que ya empezaban a necesitar algo de juerga, y durante el desayuno fue el momento perfecto para hablar sobre el tema.

—No habrá desmadre —dijo Chris desanimado—. El alcohol está racionado...

—...pero todos los años conseguimos que haya más —terminó Eric con una sonrisita.

—Genial —dijo Satchel—. Una fiesta no es una fiesta sin terminar arrastrándose por los suelos, como mandan las normas del juerguista.

—¿Hay que disfrazarse? —preguntó JD y hubo asentimientos en general—. ¿Y es obligatorio?

Syd le frotó el hombro de manera amistosa.

—¿Sabes? Estoy pensando que podrías ir de vampiro —le dijo—. Ese aire victoriano decadente te sentaría muy bien.

—Gracias, aunque no tengo claro si eso es un piropo o un insulto. —Le dio un sorbo a su café y lo dejó en la mesa con una mueca—. No puedo con este

café, voy a tener que pasarme a las anfetaminas. —Cogió su cazadora y se levantó—. Hasta luego.

—¿Dónde vas? —le preguntó Eric divertido, pero JD ya se había alejado y no le escuchó—. Joder, pues sí que tiene prisa. Este chico se pasa la vida corriendo de un lado a otro.

—Tenía que estar a primera hora con el profesor Grant por algo relacionado con su beca —comentó Syd y Eric hizo una mueca—. Algunos se toman en serio su carrera, ¿sabes?

—Ya, ya, pero con Grant no tendrá problemas, es fácil impresionarlo. —Miró a los demás y decidió retomar la conversación—. Id pensando cuál será vuestro disfraz, yo me ocupo de conseguir más alcohol.

También se levantó para irse y el resto empezó a hacer lo mismo hasta que solo quedaron Chris y Syd, que decidieron ir juntos hacia sus clases.

—¿Vas luego a la biblioteca? No nos vendría mal ayudarnos mutuamente.

—Vente luego con nosotros —repuso Syd—. JD y yo vamos todos los días después de comer, que es cuando empieza su turno, y hasta le digo a Cherry que se venga para ayudarla. —Chris frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Lo siento, pero es que la chica necesita que le echen una mano, no veas lo atrasada que va, lo noto hasta yo y estoy un curso por debajo.

—Sé lo atrasada que va porque está en mi clase y también sé que pierde el tiempo. No hagas demasiadas migas con ella.

Syd se detuvo sujetando los libros contra ella, mirándolo con curiosidad al percibir aquel resquemor en su tono de voz. Era obvio que Chris no sentía la menor simpatía hacia Cherry y se preguntó si tendría algo que ver con el rumor que corría sobre ellos respecto a la fiesta del año anterior y cómo terminó, algo de lo que el joven nunca quería hablar.

—¿Por qué todo el mundo le da la espalda?

—Porque no es de fiar.

—¿Por qué esperaba que la llamaras en verano?

—¡No lo sé! Siempre me tira los tejos. —La miró con una sonrisa—. ¿Ha terminado ya el interrogatorio?

Ella se detuvo delante de su clase y agitó la cabeza, mostrando su conformidad, al menos por el momento.

—Sí. Nos vemos después de las clases, ¿vale?

Chris se despidió para entrar en la suya, pero justo en aquel momento la rubia cayó en la cuenta de que había olvidado uno de los libros que necesitaba, así que no le quedó más remedio que volver a su habitación a

cogerlo. Cuando llegó allí y entró, se encontró a Cherry sentada en el escritorio. Iba vestida para ir a clase, pero tenía un libro abierto sobre la mesa y sobre él un montoncito de polvo blanco que estaba aplastando con su tarjeta de crédito.

—Eh —saludó Syd al verla—. ¿Qué haces?

—Hola —respondió Cherry sin parar—. Estoy trabajando un gramo de coca, a veces vienen piedras pequeñas que hay que picar.

—Eso ya lo veo, ¿estás loca? No se permiten drogas aquí.

—Bueno, tranquila. —Cherry sonrió—. Nadie lo sabe, mi camello es muy discreto. —La miró—. ¿Quieres?

—¿Cocaína a las ocho de la mañana? No, gracias. —Syd fue a buscar su libro—. Voy a llegar tarde a clase.

—Es para la fiesta, ¿sabes? —explicó Cherry continuando a lo suyo—. Ahora no pensaba tocarla.

Recogió hábilmente la droga en una bolsa pequeña y luego la guardó en su cajón. Syd le preguntó si quería ir con ella, pero Cherry negó con la cabeza.

—Tengo que lavarme los dientes, ve yendo.

—De acuerdo. Por la tarde, si ves que tardo un poco, vas empezando con lo tuyo, ¿vale?

Se marchó rápidamente y Cherry cerró la puerta con pestillo. Luego sacó de nuevo la bolsita de cocaína. Tardó un minuto en hacerse una raya y después se observó en el espejo con atención. Se preguntó si estaría así toda la vida... en el fondo, creía que lo merecía. No se consideraba buena persona ni le interesaba serlo, por eso hacía cosas como mentir a todos, drogarse o acostarse con cualquiera que le prestara la mínima atención sin importar nunca las consecuencias ni el qué dirían. La cocaína le hacía olvidar de forma momentánea esa sensación de fracasada invisible que pesaba sobre ella, y por eso no podía dejarla. Comprobó que no hubiera restos de la droga en su cara y entonces sí, cogió sus libros y se marchó a clase.

Mientras, Jake y Gia se encaminaban hacia sus respectivas clases cuando vieron a JD de lejos.

—Mira, ahí tienes al monaguillo —espetó Jake y Gia le miró controlando las ganas de darle un bofetón en toda la cara y quitar aquella sonrisa—. Salúdale, dile hola o algo. —Ella se quedó parada y Jake puso los ojos en blanco—. Lo que hay que hacer por los amigos. ¡JD! —gritó con toda la fuerza que le permitieron sus pulmones.

Gia prácticamente se quedó sorda, pero JD lo oyó y se acercó a ellos.

—Jake, ¿me recuerdas? —Le dio unos golpecitos amistosos y JD asintió—. Oye, tú estabas en audio, ¿verdad? Por ahí he oído que hasta escribes tus propios guiones. Vamos, que entiendes de esos temas.

—Sí. —Miró a la joven—. Hola, Gia.

—Hola —respondió ella. Antes de que Jake soltara alguna burrada, sacó unos folios de su carpeta y se los tendió—. ¿Te importaría echar un vistazo a esto y darme tu opinión? Es un artículo para la semana que viene y me gustaría saber si es un poco agresivo.

—¿Yo? ¿Segura? Tú eres mucho más experta que yo.

—Necesito la opinión de alguien nuevo que no conozca nada de mi estilo.

—Claro. —Cogió los folios—. Te diré algo. —Saludó a Jake con la cabeza—. Adiós.

Lo vieron alejarse. En cuanto estuvo a una distancia segura, Gia empujó a Jake con tanta fuerza que casi lo sentó en el suelo. Este se quedó mirándola sorprendido.

—¡No hagas eso!

—¿Qué pasa? Por lo menos hay posibilidades de que lea tu artículo, piense que eres una tía inteligente que te cagas y eso despierte su interés.

—¿Y si no llego a llevar el artículo encima, que?

—Se me habría ocurrido otra cosa —replicó él con cierta lógica—. Gia, tienes que hablar un poco con él si pretendes gustarle, de lejos no vas a conseguir nada. —Sonrió—. Menos mal que me tienes a mí.

Gia lo miró con desconfianza.

—Por cierto, se me ha ocurrido la idea perfecta para la fiesta de Halloween —continuó él.

—¿Qué idea?

—Tú déjame a mí, será la bomba —dijo Jake—. Solo necesito un auricular, el móvil y mi ingenio; después de eso, será tuyo.

Gia se cruzó de brazos, pero al ver que Jake reanudaba la marcha decidió seguirlo, a ver si conseguía que le contara su maravilloso plan antes de ponerlo en práctica, porque conocía a Jake y, la verdad, miedo le daban sus ideas.

A la hora de comer, JD llegó el último y se puso en la cola, aún dando vueltas a todos sus horarios y pensando que necesitaría una agenda para apuntarse las cosas o se olvidaría de la mitad. Quiso la casualidad que en la fila estuviera de nuevo Yin delante, pero esa vez el chico se apartó veloz por

si acaso y JD se percató de ello; se detuvo al pasar por su lado.

—Siento lo del otro día —dijo.

No añadió nada más ni esperó respuesta por su parte y Yin lo vio alejarse; qué curioso, los chicos no solían disculparse con él nunca. Qué pena que se hubiera marchado tan deprisa, podía haberle dado una estupenda respuesta sarcástica como que se metiera sus disculpas por el culo o algo así. Siguió en la cola despoticando interiormente de la comida y de los alumnos.

JD fue a la mesa donde los demás estaban intentando comer.

—¿Qué tal con Grant? —le preguntó Dennis—. ¿Te dejará jugar con las cámaras? —Los demás lo miraron de forma interrogativa—. Es eso lo que querías, ¿no? Seguro que aprovechaste la charla de la beca y se lo soltaste.

JD se apoyó en el respaldo y se cruzó de brazos con una sonrisita.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Eric, mirándolos alternativamente.

—Porque cualquier alumno espabilado tiene interés en empezar con las cámaras cuanto antes, lo que pasa es que todos piensan que tienen que esperar al segundo cuatrimestre para hacerlo —Dennis miró a JD con aprobación—. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —dijo este con un gesto de satisfacción—. De hecho, me ha dicho que le gusta mi iniciativa, se ve que he sido el primero.

—¿Y yo por qué no sabía eso? —se quejó Eric.

—Porque te pasas todo el día soltando paridas —le respondió Dennis sin miramientos.

—Sí, es cierto. Tengo que admitirlo, es lo que tiene ser carismático. —Hubo risas en la mesa—. Bah, podéis reiros todo lo que queráis, algún día conquistaré el mundo.

Cuando dijo eso, recibió un abucheo general.

Esa misma tarde, Syd entró en la biblioteca buscando a JD con la mirada. Lo encontró en la zona donde estaban los ordenadores, trasteando, y fue hasta allí para darle un toque.

—¿Ya has acabado el trabajo? —preguntó, y al verlo asentir señaló la mesa habitual—. Me siento ahí, ¿vale?

—¿Esta eres tú? —El chico giró la pantalla para que la viera.

Syd se detuvo, le echó un vistazo por encima y sí, allí estaba ella, en unas fotos que no le apetecía en absoluto ver. Su rostro se ensombreció durante unos instantes.

—Me ha costado reconocerte —observó JD sin alzar el tono de voz—. Será la ropa, el maquillaje, el... todo. No sabía que eras la hija de ese West.

—Entonces pareció darse cuenta de su cara y sacudió la cabeza—. Perdona.

—¿Me has buscado en internet?

—Por el internado se habla de ti y de lo importante que es tu padre. Lo busqué a él y apareciste tú. Lo siento si te ha molestado, era simple curiosidad —se excusó el chico.

—No importa, le pasa a mucha gente. Todos tienen curiosidad por mi padre.

Abandonó el lugar para ir a sentarse a la mesa con una leve sensación de malestar, esa sensación que siempre tenía en cualquier cosa referida a su progenitor. Sabía que los estudiantes murmuraban sobre ella, era algo que le había sucedido todas las veces, en todos los colegios, en todos los campamentos y en todas partes, en realidad. Nunca hablaba sobre su dinero; la gente no necesitaba saber cuánto tenía. Sabían que su padre manejaba mucho, pero lo cierto era que cuando hablaban con ella, nadie era realmente consciente de que estaban delante de una de las personas más ricas de Londres. No le gustaba alardear y, sobre todo, no le gustaba que cambiaran. Porque todos cambiaban cuando conocían su realidad y la trataban diferente.

No quería que JD la tratara diferente. En circunstancias normales, un chico de clase media ni siquiera se atrevería a dirigirle la palabra si se cruzaban en un pasillo, pero JD lo hacía. Debía pensar que era otra chica de clase alta sin más, y así resultaba perfecto.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que se sobresaltó cuando notó que él la tocaba en el brazo sin emitir el menor sonido.

—No tenemos que hablar de ello —le susurró—. No me interesa. —La miró—. ¿De acuerdo?

Ella afirmó despacio; segundos después, JD también asintió mientras echaba mano de sus libros para depositarlos sobre la mesa y empezar a estudiar.

CAPÍTULO 5

Satchel se metió en el vestuario femenino con tiempo más que de sobra para poder cambiarse de cara a su primer entrenamiento. Estaba exultante porque la hubieran aceptado y no quería llegar tarde el primer día, así que para cuando salió y se dirigió a la pista con los patines al hombro, aún quedaba media hora y todavía no había llegado nadie.

Se sentó en uno de los bancos, apoyó su *stick* a un lado y se puso los patines con parsimonia, concentrándose en los cordones para que le quedaran bien ajustados. Estaba revisándolos por tercera vez cuando vio que llegaba el entrenador Madsen.

Al momento se levantó para saludarlo con entusiasmo.

—¡Hola! —Agitó la mano hacia él para que la mirara—. Lista para el entrenamiento, señor. —Se acercó y le estrechó la mano con efusividad—. Gracias por aceptarme en el equipo.

—Más bien me amoldé al resultado de la votación de los chicos, no fue del todo mi decisión.

Ella lo observó unos segundos, sin saber si aquello era bueno o malo ni sacar en claro tampoco si él había estado de acuerdo o no.

—Voy a dar todo por el equipo, verá que...

—Bueno, tranquila, no te entusiasmes mucho. En la prueba lo hiciste bien y pareces buena jugadora, pero no tengo claro aún en qué puesto ponerte, porque eres muy pequeña para defensa y aunque eres rápida, no sé cómo estarás en ataque. Iremos viendo en los entrenamientos.

Pues vaya. ¿Una de cal y otra de arena? Escucharon un bullicio de voces masculinas y poco después, todos los chicos del equipo salían hacia la pista con sus patines. Chris y JD se acercaron a ella, ambos sonriendo.

—¿Lista para entrenar? —preguntó Chris.

—Claro, capitán.

—Chris, ven aquí, tenemos que revisar el plan de entrenamiento —interrumpió el entrenador.

—¡Voy! Id a dar unas vueltas con el resto para calentar, chicos.

JD se hizo a un lado para que pasara Satchel y salieron juntos a la pista.

—¿Emocionada? —preguntó él.

—Sí, estoy deseando...

Notó un leve empujón que la desequilibró un poco, pero mantuvo la verticalidad mientras uno de los jugadores la adelantaba por un lado y la miraba encogiéndose de hombros.

JD frunció el ceño y la miró.

—¿Todo bien?

—Sí, un roce al pasar.

Pero aunque lo dijo en tono ligero, se quedó un poco mosqueada porque no le había parecido algo fortuito.

Tras un par de vueltas, el entrenador y Chris los llamaron para que se acercaran.

—Después del partido amistoso del otro día tenemos claros unos cuantos puestos —informó el entrenador, sacando una hoja de su carpeta—. Por supuesto, Chris sigue siendo el capitán. Tampoco cambiamos de porteros...

—Con lo bien que quedaría ella ahí, en la portería, con una escoba —comentó uno entre risas.

Chris lo fulminó con la mirada y JD le dio un codazo.

—Ese comentario sobra —le dijo.

—¿Ni una broma se puede hacer?

—A lo mejor la portera eres tú, con esa boca —replicó Satchel—. Soy demasiado pequeña para la portería, pero veremos si en ataque eres capaz de pillarme.

El entrenador la miró y apuntó en su hoja.

—Bien, por el momento probaremos a ponerte de lateral frontal —dijo, mientras Chris afirmaba con la cabeza dando su aprobación—. Veremos qué tal se te da.

Satchel tenía claro que no la iban a poner de buenas a primeras en los mejores puestos, pero de lateral le parecía bien porque no se limitaría a recibir golpes y pasar el disco como los defensas, quizá hasta podría tener alguna ocasión de lucirse.

No le pasó desapercibida la expresión de la cara de Mark, que desde luego contento no estaba, pero le dio igual. Entendía que no tenían por qué ver lo buena que era sin más, pero ya tendría tiempo de demostrarlo.

Un par de horas después, entraba en la habitación y se dejaba caer en la cama como si pesara cien kilos.

—¿Estás bien? —preguntó Syd, levantando la vista de su libro—. Parece que te ha pasado un camión por encima.

—Me duele hasta el pelo. —La miró con una sonrisa de oreja a oreja—. Mañana moriré de agujetas.

—Ah. —Syd parpadeó, sorprendida—. Entonces, ¿es algo bueno?

—Estoy en el cielo.

Su amiga sacudió la cabeza con media sonrisa. A ella las agujetas no le parecían un motivo de felicidad, pero bueno, cada uno tenía sus gustos.

Entre clases, entrenamientos y horas de estudio, por fin llegó la noche que tanto esperaba la mayor parte de los alumnos, la noche en la que se celebraba la fiesta de Halloween. No había demasiadas distracciones en el internado como para que algo así no fuera tomado con la importancia que se merecía.

En el cuarto de las chicas, Satchel salió del baño vestida con una especie de mono de cuero negro; hizo un giro completo para que la vieran y miró a Syd esperando que dijera algo.

—Guau —murmuró esta—. ¿De qué vas?

—De Catwoman. —Se puso una diadema que llevaba incorporadas dos orejas negras pequeñas y se miró en el espejo de nuevo—. ¿Te gusta?

—Estás espectacular... Aunque te has saltado el tema del terror y tal, ¿no?

—Bah, es igual. —Fue al espejo y se miró satisfecha—. ¿Qué van a hacer, mandarme que me desnude? Oye, ¿me pintarías unos bigotitos?

Syd se echó a reír y se acercó para hacer lo que le había pedido. Le hizo unos bigotes finos muy monos y Satchel quedó entusiasmada con ellos. Después, decidió terminar de maquillarse ella también. En el guardarropa de arte dramático había encontrado un vestido rojo ajustado y con unos cuantos complementos se había transformado en un demonio, hasta tenía cuernos y una cola roja, además del tridente. Cherry entró al baño vestida con su disfraz de bruja, aunque no de bruja cualquiera: no existía nariz grande ni verrugas, solo su larga melena salpicada de hebras plateadas, generoso escote y un maquillaje realmente favorecedor. Bailaba sola mientras terminaba sus retoques.

—¿Os apetece una raya? —dijo cuando estuvo lista.

Satchel se giró.

—No suelo tomar drogas, pero... —Se echó a reír—. Venga, una. Me apetece.

—¿Syd?

—No, yo paso, gracias. —Miró a Satchel sorprendida—. Qué raro en ti, es como ver a... no sé, un ciclista fumando.

Cherry sacó un libro, su droga y empezó a hacer las rayas mientras Satchel correteaba alrededor, ignorando el comentario de la rubia. Después de la dosis de «falsa alegría» y de terminar de arreglarse, bajaron hasta el lugar donde se celebraba la fiesta, que estaba decorado con acierto: luz baja, el techo lleno de murciélagos, repugnantes bichos en telarañas que colgaban por las esquinas, y los vasos y platos eran negros y naranjas. No habían escatimado en gastos e incluso la música era buena, además de tener una barra de bebidas. Cherry se metió entre la gente, poseída por lo que sonaba por los altavoces.

—Qué rara es... —dijo Satchel.

—...y cómo me gustan sus drogas —terminó Syd con voz burlona—. Eh, ahí están todos.

Se acercaron al grupo, que ya andaba trapicheando con las bebidas y el alcohol, siendo Eric el más activo en este aspecto. Tenía dos petacas escondidas en su ropa y las iba alternando, aunque de vez en cuando se confundía y hacía unas mezclas realmente repugnantes. Además, no iba disfrazado, solo llevaba una cazadora de cuero negra y unas gafas de sol.

—¿Y tú de qué vas? —le preguntó Satchel al verlo.

—De chulo del internado. —Eric la cogió del brazo y le hizo dar una vuelta completa—. ¡Seeeeexy! Serías una estupenda Catwoman, que lo sepas, estás genial.

JD iba vestido de vampiro por sugerencia de Syd y ella había acertado: le iba genial el estilo melancólico de Anne Rice, camisa con chorreras incluidas. Dennis se aproximó a ellos, pálido y con un traje negro.

—¿Otro vampiro? —preguntó Eric.

—No, solo estoy falto de sueño. Nunca me disfrazo, está claro que no lo necesito. —Chocó su copa con la de él y miró a las chicas de arriba a abajo—. Dos mujeres con cuernos en la cabeza, más vale que me vaya.

Ty estaba haciendo el mismo número del giro con Syd.

—Amiga —le dijo—, deberías ponerte ropa ajustada más a menudo, ¿tengo razón, JD?

—Sí —respondió él—. Digo no —rectificó, y Eric le sonrió burlón—. Ahora vuelvo.

Se marchó hacia la barra y Eric se echó a reír.

—Se pone nervioso —dijo antes de mirar a lo lejos—. ¡Dios mío!

Chris se acercaba por el otro extremo, vestido por completo de blanco. Sujetas en la espalda llevaba unas enormes alas que se plegaban y abrían mediante un cordel, y el punto final lo remataba el halo que llevaba en la cabeza. Se acercó a ellos haciendo que sus alas se abrieran.

—¿Os habéis puesto de acuerdo? —se burló Eric, observándolo.

—No —replicó Syd riéndose—, pero te pega mucho ese disfraz.

—Soy un ángel que espera que lo lleves por el mal camino.

—Puede que tengas suerte.

No muy lejos de allí, Jake iba caminando con Gia a su lado. Acababa de explicarle en qué consistía exactamente el plan y ella negaba con la cabeza, obstinada.

—Es una idea estúpida, de parvulario.

—No, no lo es, lo estúpido es ese disfraz que llevas. ¿Por qué no me has hecho caso?

—Ir de conejita de *Playboy* no es muy sutil, ¿no crees?

—Ponte esto. —Alargó un auricular diminuto.

—No. —Lo apartó.

—¡Intento ayudarte! Confía en mí. —Le apartó el pelo de la cara y le colocó el auricular con suavidad en la oreja—. Yo te diré todo lo que tienes que decir, sé perfectamente lo que desea oír un tío, ¿vale?

Gia miró al techo, pero al final cedió. Se ajustó el auricular y lo camufló con el pelo, esperando.

—Vamos a probarlo, aléjate. —Ella obedeció y cuando estuvo lo bastante lejos, oyó a Jake—. Madre mía, ¿has visto a Satchel?

—Eres un cerdo —siseó Gia.

—Vale, funciona —sonrió él—. Venga, JD está ahora mismo en la barra, ve hacia él, pero no te apresures. ¡Y camina con gracia!

Ella obedeció, aunque no confiaba para nada en esa idea tan infantil, y encima se sentía un poco ridícula «caminando con gracia». JD la vio acercarse y la estudió con atención.

—Hey, Gia, ¿de qué vas?

«Adivina», sonó la voz de Jake por el auricular.

—Adivina —repitió ella dándose la vuelta.

—¿Una niña muerta?

«Venga, sé que tienes mucha más imaginación», continuó Jake.

Gia rechinó los dientes, pero lo repitió. El pobre JD parecía estar devanándose los sesos intentando adivinar de qué era su disfraz, así que al

final lo ayudó.

—Soy una de las niñas de El resplandor. La otra es Shaffire, mira, allí. —
La señaló.

—Ah —asintió JD—. Nunca lo habría adivinado, no he visto esa película.
Dios, no puedo creer que quiera hacer cine y no la haya visto.

«Es un clásico, no hay nada como una buena película de miedo», intervino
Jake.

Ella se sentía estúpida repitiendo aquellas tonterías, además, ni siquiera
era cierto que ella viera pelis de terror. Si Jake continuaba por aquel camino...

—Sí, a mí también me gusta ese género —replicó JD—, aunque Kubrick
nunca ha sido santo de mi devoción, demasiado sobrevalorado para mi gusto.

...quizás no fuera tan mala idea. Al fin y al cabo, Jake era un tío y sabía
cómo pensaban los tíos, ¿no?

«Pregúntale por el artículo ahora», sugirió Jake.

—¿Has leído mi artículo?

—Sí —respondió JD—. Iba a comentártelo el lunes. Es bueno, aunque un
poco agresivo, como dijiste. Aun así, hace pensar. Estoy bastante de acuerdo
con él.

«Parece que tenemos muchas cosas en común», comentó Jake sonriendo
desde su sitio en el gimnasio. «¿Crees que debería haberme disfrazado de
conejita de Playboy?»

JD arqueó una ceja al oírla.

—Bueno, no sé, ¿qué miedo puede dar eso?

«¿Y si no es miedo lo que pretendo dar?», susurró Jake.

En cuanto lo repitió en voz alta, Gia se dio cuenta de que había metido la
pata hasta el fondo al ver la expresión en la cara de JD. Al parecer, no era de
la misma especie de degenerado sexual que su amigo Jake.

—Bueno. —JD cogió su vaso de la barra—. Tengo que irme, luego te veo.

Gia lo vio alejarse y se giró hacia Jake, que se aproximaba con calma hacia
ella.

—¡Eres imbécil! —siseó furiosa—. ¡Pero qué frase más estúpida! ¡Has
hecho que salga huyendo!

—Lo intentaremos de nuevo.

—¡No! ¡No he debido hacerte caso, ahora se va a pensar que estoy como un
cencerro!

—Tienes que dejar que lo procese, Gia...

—Paso de tus juegos, no sé ni cómo te he pedido ayuda, ¡no sabes nada de

relaciones! —Se arrancó el auricular de la oreja y se lo lanzó a la cara—. ¡Me voy!

—Pero Gia...

Se fue detrás de ella, veloz. Shaffire la vio marcharse, pero acababa de localizar a Dennis, de manera que se fue directa hacia él. Era el momento perfecto para intentar conseguir otra oportunidad o lo que fuera, durante las fiestas todo el mundo estaba más relajado y accesible. Y quizás pudiera averiguar si salía con alguien.

—Hola de nuevo —saludó—. Llevo vodka, ¿quieres un poco en esa triste Coca-cola?

—Venga. —Dennis acercó el vaso y ella le sirvió una generosa ración—. Gracias, ¿se puede saber de qué monstruosidad vas disfrazada? Si no fuera porque vas sola, diría que eres una de las niñas de *El resplandor*.

—¡Bingo! —exclamó Shaffire entusiasmada—. Eres el único que lo ha acertado. Venía con Gia, pero se ha largado.

—Es perverso. Buena idea. —Dio un trago al cubata—. Esto está flojo, ¿eh?

—Oye, sobre lo del otro día... —empezó ella mientras servía más vodka y él la miraba entrecerrando los ojos en un gesto sexy haciendo que se descentrara—. No suelo enseñar lo que compongo porque no me considero muy buena aún. Practico mucho, pero me cuesta componer algo que me haga sentir que merece la pena.

—Tal vez estés escribiendo algo equivocado —cortó Dennis.

—¿Y cómo puedo saber si es lo correcto?

—Enséñame lo que compones —propuso él—. Así podré orientarte. —Shaffire soltó un gritito—. Eh, no te emociones, no significa nada, ¿vale? Solo te ofrezco mi consejo.

—Vale, vale. —Lo vio retroceder—. No hace falta que huyas.

—Yo no huyo, solo me voy cuando quiero. —Le hizo un saludo—. Gracias por el vodka.

Shaffire se despidió con un gesto de satisfacción en la cara. Tenía que conseguir que la tomara en serio y, además, cada vez lo veía más mono, a pesar de que se lo había negado a Gia. Se metió entre la gente, feliz.

Chris estuvo pendiente de Syd durante toda la fiesta, pero, en cierto momento, tuvo que acercarse a su hermano, que al parecer se estaba poniendo borde según el alcohol iba haciendo efecto, y decidió llevárselo a la habitación antes de que liara alguna. El sarcasmo, la borrachera y la mala

leche que se gastaba no eran una buena combinación. Además, temía también que algún responsable lo pillara borracho, lo que incluía un castigo.

—Pobre Eric —comentó Syd al verlos irse—. ¿Cuál será su problema?

—A saber —dijo JD—. Mientras, ¿bailas conmigo?

—Un tío que sabe bailar —dijo Syd divertida—. Estabas soltero, ¿verdad?

—Sí. —La hizo girar—. Pero eso puede cambiar en cualquier momento.

—Lo raro sería que no ocurriera.

Chris metió a Eric en la habitación y lo empujó con suavidad sobre la cama, observando que, además de borracho, parecía malhumorado.

—No me trates como a un crío —protestó—. Yo soy el mayor.

—Solo cinco minutos. Venga. —Le quitó los zapatos y los tiró al suelo—. Siempre que bebes te pones tonto.

—Bah, qué sabrás tú, no tienes ni idea de lo que tengo en la cabeza.

Se sacó la camiseta por la cabeza, quedándose atascado y Chris tuvo que tirar de ella para liberarlo, lo que puso aún más furioso a Eric. Se peleó con la prenda ante la cara desconcertada de su hermano, que no logró encontrar ninguna palabra para que se calmara.

—Vete. —Se metió debajo del edredón—. Déjame solo.

Dicho esto, se giró hasta quedar de cara a la pared. Chris apagó la luz y cerró la puerta. Consideró regresar a la fiesta, pero se le habían quitado las ganas, de manera que se fue a dormir.

Satchel también había decidido volverse a su cuarto. Estaba muy borracha, ya que cada uno de los chicos que había intentado ligar con ella también la había invitado a beber, pero al menos había logrado no quitarse la ropa bailando como solía hacer. Pensó en buscar a Syd, pero esta parecía muy entretenida con JD y bien que hacía, así que llegó a la habitación casi a rastras y, cuando intentó entrar, no lo consiguió.

—Mierda —farfulló—. Mi llave no funciona... —La giró y probó con ella del revés—. Joder. —Golpeó la puerta— Eh, ¿hay alguien ahí dentro? ¡No puedo abrir!

Esperó hasta que oyeron unos pasos vacilantes y Cherry abrió; la pelirroja vio su pelo revuelto y sus ropas desarregladas y soltó una risita. Tampoco se sorprendió demasiado cuando entró y encontró a un desconocido sentado en la cama de Cherry, todavía con la ropa puesta, pero en fase de quitársela.

—Vaya. Lamento interrumpir —dijo sin sentirlo en absoluto, y tirándose

sobre su cama—. ¿Por qué no os largáis a otro sitio? Quiero dormir.

El alumno estaba cortado y salió sin esperar a que se lo repitieran por segunda vez, pero Cherry esperó a que se cerrara la puerta antes de volverse hacia su compañera.

—¡Muchas gracias! —le dijo rabiosa—. Pues sí que has vuelto pronto.

—Ya ves —murmuró Satchel medio dormida—. Apaga la luz al salir.

Ni siquiera oyó el portazo que dio Cherry, solo se movió cuando escuchó regresar a Syd y alzó la mirada somnolienta.

—¿Todo bien? —preguntó con voz de ultratumba.

—Sí, estoy deseando quitarme este vestido —contestó la rubia, cuya voz sonaba muy lejana—. Tienes una buena tajada, ¿eh?

—Sí. —Notó que Syd la tapaba bien con el edredón—. Déjame dormir mañana, por favor.

Syd terminó de desvestirse y también se metió en su cama. No estaba borracha, así que le costó un poco conciliar el sueño. Estuvo pensando en Chris, sin saber qué camino iba a tomar. El chico era mono y le gustaba, pero no terminaba de confiar del todo en él, había algo que no terminaba de encajar. Tendría que pedir consejo a JD, ya que lo conocía mejor y podía darle su opinión, y pensando en ese tema se durmió al final, sin ni siquiera oír a Cherry cuando regresó por segunda vez.

Al día siguiente era domingo, y eso y la fiesta explicaba la ausencia general en el comedor. JD se quedó perplejo al notar lo y fue hasta la mesa donde solo estaba Syd con un café que permanecía intacto.

—Hola —saludó él—. ¿Dónde está la gente?

—Fiesta y alcohol —confirmó la rubia—. La mayor parte estarán de resaca. No sé cómo nadie se da cuenta si, en teoría, el alcohol está racionado... a Cherry ni la oí llegar, pero Satchel llevaba una buena, así que no creo que se levante hasta la hora de la comida.

—Dennis y Chris todavía siguen dormidos. Y dicen que Melissa se colocó con algo y montó una buena.

Los dos sonrieron al imaginársela perdiendo el control.

—¿Y qué vas a hacer hoy? —preguntó Syd—. ¿Estudiar, vagar...?

—Nada.

—Guau, suena bien. —Apoyó los codos sobre la mesa y lo miró—. ¿Y por qué no hacemos nada juntos?

—Suena bien —dijo él en tono burlón—. ¿En qué nada estás pensando?

—Chambly —informó Syd—. Cogemos un taxi, que tarda solo media hora, vemos el histórico fuerte canadiense y pasamos el día allí. No nos vendría mal que nos diera un poco el aire, ¿no?

—Pues ya tardamos.

Fueron a sus cuartos para coger sus cazadoras y volvieron a encontrarse en recepción. Mientras Syd hablaba con Jan *la dulce* para informarse, a JD le dio por pensar en Chris. Estuvo tentado de preguntar qué pasaría cuando se levantara, pero si ella quería salir con él por ahí, desde luego no pensaba impedirselo.

Una vez aclarado todo, se marcharon caminando por el campus a la espera de que llegara su taxi. Tuvieron suerte ya que no tardó mucho, y pudieron pasarse toda la mañana haciendo turismo.

JD andaba un poco despistado con la chica. Syd resultaba ambigua a veces en su trato con él y no sabía interpretarla, por eso prefería estarse callado antes que meter la pata y estropear la amistad que tenían, que era mejor que nada. Estaba claro que Chris le gustaba un poco, o un mucho, pero la realidad era que ella prefería pasar la mayor parte de su tiempo con él y no con el capitán del equipo de *hockey*. Confiaba en que no le gustaran ambos y aquello terminara convirtiéndose en un triángulo infernal, porque él se consideraba demasiado sencillo como para aguantar relaciones tormentosas a tres bandas.

Chris se levantó un rato antes de la comida y decidió pasarse por el cuarto de su hermano. Tuvo suerte: ni Yin ni Ty se encontraban allí, solo Eric, tumbado en su cama con cara de tener una resaca de categoría.

—Eh —saludó al entrar—. Menudo careto. —Eric le mostró el dedo corazón—. Vale, cabrón.

—Vale, gilipollas.

—Vete a la mierda.

—Vete tú.

Eric siguió jugueteando con la esquina de la almohada, y lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Y Dennis?

—Sigue hibernando. —Le sostuvo la mirada—. Eric, algún día tendrás que contármelo, ya llevas tiempo insinuando lo graves que son tus problemas y no puedo ayudarte si no sé qué te pasa.

—¿Por qué tendría que contártelo?

—Porque soy tu hermano. —Chris le apretó el brazo—. Y quiero que estés

bien.

—Pues no estoy bien. Estoy jodido. —Pareció pensárselo unos segundos y luego carraspeó—. No sé ni por dónde empezar... Tú siempre has tenido claro que te gustaban las tías, ¿verdad? —Chris afirmó—. Pues yo no.

—Así que se trata de eso.

—Sí, de eso, ¿vale? De eso. Me paso todo el día dándole vueltas a la cabeza, hermanito. Cuando conozco a alguna chica que me cae bien y me parece guapa, siempre me alegro y pienso que ya, por fin... pero nunca funciona y me siguen atrayendo los tíos. Es desesperante tratar de sentirte atraído por algo sin conseguirlo.

—Lo desesperante es no aceptar la realidad.

—¿Crees que es tan fácil?

—¿Y tú crees que un heterosexual se cuestiona cada día sus gustos?

Eric negó con la cabeza con obstinación.

—No es lo mismo.

—Tú solo te tiras piedras, Eric. Si vieras la homosexualidad como algo natural, no te causaría problemas admitir que quizá lo seas. Además, no sé de qué tienes miedo, sabes de sobra que a nuestros padres les dará lo mismo y a Bezan y a Karmit ni te cuento.

Eric asimiló su frase, pensativo, y frunció el ceño.

—No sé por qué sabes tanto, si eres más joven que yo.

—Solo cinco minutos. —Chris le sonrió.

—Gracias por escucharme. —Le apretó el brazo—. Me siento mejor después de habértelo contado. No estaba seguro, no sabía cómo... ibas a reaccionar.

—Si tengo que ser sincero, ya lo suponía, Eric.

—¿Por qué? ¡Nunca he dado muestras!

—Pero somos mellizos.

Eric sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, ¿vas a entrenar? La semana que viene tenéis partido con los del Keenan, ¿O quizás pasarás el día con tu novia?

—Bueno, no es mi novia. —Levantó la ceja—. No todavía.

—Y no porque no lo intentes, perrito faldero —se burló Eric, ya recuperado del bajón.

—O te levantas y bajas a comer, o te rompo la cara. —Chris le zarandeó, un poco molesto por el comentario.

Eric asintió. Se vistió y segundos después estaban en el comedor. Acababan

de sentarse cuando vieron a Satchel entrar en el comedor como una zombi, echar varias cosas en su bandeja sin siquiera mirar lo que eran y dejarse caer en una silla conteniendo un bostezo.

—¿Vienes sola? —le preguntó Eric—. ¿Y Syd?

—Se levantó pronto y se ha ido con JD a no sé qué pueblo cercano —dijo ella con voz pastosa—. Me dejó una nota, volverán por la tarde.

—Ah. —Chris se tragó una mueca.

—Solo con ver la comida me dan ganas de vomitar —farfulló la pelirroja—. Eric, ¿qué nos diste de beber? ¡Capullo, me estalla la cabeza!

—¿Te bebiste lo que puso Eric? —Chris se echó a reír—. Sus combinados son mortales.

—¿Y por qué me entero ahora? —Terminó apartando la comida con cara de asco.

En la mesa más cercana, Gia y Shaffire estaban comiendo juntas mientras la primera relataba con pesar lo sucedido en la fiesta.

—Eso te pasa por hacer caso a Jake —comentó Shaffire, divertida—. ¿Acaso tiene cara de ser un experto en temas del corazón?

—Ya lo sé —dijo Gia con pesar—. Anoche hice el imbécil de manera catastrófica, ahora tendré que decirle a JD que... no sé, que estaba borracha, o colocada, o algo así.

Shaffire sonrió.

—Ya sé, dile que estabas escribiendo un artículo y que solo fue un trabajo de campo, esperemos que se lo trague.

—Buena idea, quizás así no piense que soy una lunática, solo una enferma pendiente del periódico.

—Y si me permites un consejo, olvida al doctor Jake, no te va a ser de mucha ayuda.

Gia lanzó un suspiro, apartándose el flequillo.

Cerca de la hora de la cena, JD y Syd regresaron de su día «fuera de los muros». Aparecieron por la sala de estar con un par de bolsas, buen color y sonriendo, y se los veía tan bien que Chris se puso en alerta de manera automática, aunque no permitió que se reflejara en su expresión. Ellos traían chocolatinas, paquetes de caramelos, revistas y tabaco para Dennis, y lo repartieron todo entre los que se encontraban allí.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Eric—. ¿En Chambly? ¡Si allí no hay

nada más que el fuerte ese...! —Syd le puso sobre el regazo una bolsa de bombones—. Gracias, encanto.

Ella se sentó junto a Chris, poniéndole sobre las piernas parte de las chucherías que habían comprado.

—Para que veas que me acuerdo de ti también. —Le sonrió burlona.

Y entonces, sin más, Chris decidió jugar sus cartas y le dio un beso en los labios. Ella tardó en reaccionar, no esperaba aquello para nada, y menos delante de los demás. Tuvo la sensación de que quizás Chris estuviera tratando de marcar su territorio o algo parecido, y esa idea no le hizo demasiada gracia, pero tampoco podía poner mala cara con tanto público, de forma que se calló, logrando poner una expresión neutral.

JD decidió desaparecer de forma discreta. Ya solo le faltaba eso, tener que ver a Chris haciendo lo que tendría que haber hecho él. Si la culpa era suya por lento, porque había tenido múltiples oportunidades durante el día que habían pasado juntos... lo que sí quedaba claro era que el capitán no lo consideraba ninguna amenaza. Se metió dentro de la biblioteca donde no había nadie a esas horas, y siguió dándole vueltas al tema. De no haber estado Chris en medio podría haber salido bien, lo sabía, pero estaba y no se le podía ignorar, era un competidor con un montón de cualidades. Y sobre todo, era su amigo.

«Olvídala», se dijo, «y solucionado. Son tus amigos, déjalos en paz.»

Suspiró y se apartó el pelo de la cara. Pensar lo que tenía que hacer era muy sencillo, pero ponerlo en práctica no iba a serlo tanto. O se arrancaba los ojos, o se alejaba de ella...

Estaba pensando en eso cuando oyó un ligero carraspeo por detrás; se giró y ahí, en el suelo, apoyado contra una estantería, estaba Yin con una petaca plateada en la mano.

—Joder —masculló JD—. Pensé que estaba solo.

—Sí, y yo. —El tono de Yin indicaba que, si no estaba borracho, le faltaba poco—. Pero qué más da, por lo visto este es el sitio favorito de los desgraciados.

Ante la sorpresa de JD, le tendió la petaca en vez de decirle algo desagradable como que se largara de allí, que desapareciera de su vista o que se prendiera fuego.

—Creo que lo necesitas —insistió, y JD la cogió a pesar de que fuera un domingo por la noche y encima estuvieran en la biblioteca—. ¿Cuál es tu problema? Seguro que una chica.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No lo es siempre?

Fue la primera vez que JD se dio realmente cuenta de la amargura que había siempre en las palabras de Yin. Siempre se le veía de mal humor, pero ahora que se fijaba bien, más que mal humor parecía una profunda tristeza.

—¿Y tú? ¿Por qué estás aquí solo emborrachándote?

—Solo estoy siempre. Y dado mi estado de ánimo, emborracharme es justo lo que debo hacer. —Miró la petaca y le pegó un trago—. Seguro que estás pensando: «oh, Dios, otro pobre niño rico que se queja por todo lo que tiene». Pues es cierto, no me da vergüenza decirlo... tengo todo menos lo que quiero.

—¿Y qué es?

—A mis padres. —Volvió a beber—. En lo que a mí respecta, podrían estar muertos y no notaría la diferencia.

—No digas eso, es horrible.

—Sí que lo es —asintió Yin con una mueca—. A ellos debo agradecerles lo que soy, un tío amargado e incapaz de mantener relaciones normales con la gente.

—Bueno, eso estás a tiempo de cambiarlo —le dijo JD—. Aún eres joven y estás en segundo de carrera. Si cambias el chip y te esfuerzas un poco en ser amable, podrías...

—No hay nadie que quiera darme una oportunidad. —Lo miró y de pronto pareció recuperar la cordura—. Pero, ¿qué estoy diciendo? No sé por qué hablo contigo.

—Todo el mundo necesita desahogarse de vez en cuando.

—Es tarde para eso. —Yin se incorporó, sacudiéndose la ropa—. Preferiría que lo que hemos hablado no saliera de aquí.

JD asintió.

—No te preocupes —contestó—. Oye, sé que crees que no necesitas a nadie y a lo mejor es cierto, pero... bueno, si no fuera así... estaré por aquí.

Yin meneó la cabeza, como si no creyera lo que estaba oyendo, y salió de la biblioteca. JD decidió dejar de autocondolerse, al fin y al cabo, el coreano tenía problemas más graves que los suyos y ningún amigo que pudiera echarle una mano.

Esa misma noche, en el cuarto de los chicos, JD estaba tirado sobre su cama estudiando y Dennis se limitaba a mirar al techo cuando entró Shaffire sin avisar. Los dos la miraron.

—Para qué llamar —murmuró JD sin moverse de su sitio.

—Hola —saludó ella y cerró—. Vengo a distraerte. —Se sentó junto a Dennis en su cama—. Dime qué opinas.

Le tendió un par de folios donde había millones de frases escritas y unos cuantos borrones entre partituras. Dennis alzó la ceja de esa manera tan particular suya y se incorporó, cogiendo el papel y ojeándolo por encima.

—Aquí hay mucho trabajo —dijo. Lo releyó—. Espera, ¿esto qué se supone que es? ¿Pop?

—No, no era mi intención si ha quedado así.

—La letra no es muy pop, desde luego, te felicito al menos por eso, ¿qué estilo quieres conseguir?

—¡No lo sé! —dijo ella—. Las letras me vienen a la cabeza y, a veces, la melodía, pero no es algo que haga de forma consciente, por muchos años de solfeo que haya estudiado no tengo constancia, es más inspiración. Creo que podría ser pop gótico.

Dennis pareció complacido al escuchar lo último.

—Nosotros hacemos rock gótico. —Volvió a mirar la canción—. La letra no está del todo mal, solo fallan un poco las rimas internas.

Ante los ojos de una atónita Shaffire, Dennis agarró un bolígrafo de su escritorio y corrigió un montón de párrafos sin el menor esfuerzo, haciéndolo también en la partitura musical. Ella lo cogió y empezó a tararear.

—Es... genial —dijo—. Mucho mejor. Esto es talento.

—Tengo mucha práctica —dijo Dennis con modestia. Sacó su guitarra de debajo de la cama—. Canta.

Shaffire estaba un poco cortada, pero Dennis no parecía dispuesto a aceptar más tonterías como ya le había demostrado la primera vez, así que carraspeó un poco. Le costó arrancar, pero en cuanto lo hizo se olvidó de todo y cantó la canción entera sin cometer apenas errores. Al acabar, miró a Dennis expectante.

—¿Qué tal?

—Ha estado bien —le dijo JD desde la cama, pero ella no pareció oírlo—. Ya me callo.

—Tienes buena voz —comentó Dennis—. Yo te pondría a cantar otro estilo de música, pero bueno, es solo mi opinión. Si trabajas duro puedes llegar a ser una buena compositora, y la madurez musical te la dará la edad.

Shaffire no estaba muy segura de si eso era un cumplido o no.

—Pero no en tu grupo.

—Este no es el tipo de música que hacemos —se excusó Dennis—, y eso es algo que no se puede forzar.

—Por favor, Dennis —le suplicó ella—. Dame una oportunidad, déjame que cante algo escrito por ti. Si no te gusta, te dejaré en paz.

Dennis lo sopesó unos segundos, pero terminó aceptando.

—Muy bien. —Abrió su cajón, sacó una carpeta y rebuscó hasta encontrar una hoja—. Apréndete esto, en un par de días la tocamos con los demás.

—¡Gracias, gracias! —La cogió—. No te defraudaré.

Salió de la habitación prácticamente saltando. Dennis miró a JD encogiéndose de hombros.

—¿Qué, le has dado la más difícil de todas?

—Sí, si supera esa, las demás estarán tiradas.

—Eres cruel. Lógico, pero cruel. —JD recuperó su libro y su anterior postura—. Por cierto, dile a tu nueva admiradora que lo de llamar antes de entrar no está pasado de moda, menos mal que las otras solo meten cartitas por debajo de la puerta.

Dennis sonrió al escucharlo, recostándose en su cama. Notaba algo desanimado al chico de Kalamazoo y quería preguntarle qué le pasaba, pero aún no tenía la confianza necesaria para descubrir ante él su naturaleza cotilla.

Syd entró en su cuarto pensando que no había nadie, pero entonces oyó ruidos en el baño. Alguien tiró de la cadena y Cherry salió con el rostro pálido.

—Oye, menuda cara tienes, ¿te encuentras bien?

—Estaba vomitando, tengo el estómago fatal, siempre me da guerra. —Sacó un chicle y se lo metió en la boca—. Mi médico me dio una dieta con cosas que no debería comer, pero siempre me la salto.

Se frotó la nariz y Syd se preguntó si no estaría dándole de nuevo a su pasatiempo favorito. Por lo visto, no solo era cosa de las fiestas sino algo habitual, pero no comentó nada porque entonces entró Satchel resoplando y Cherry aprovechó a salir de la habitación.

—Hueso quiere un trabajo —dijo—, y le estoy dando vueltas a un tema: «Estereotipos universitarios».

—Suena bien, ¿qué estudiarías?

—No he llegado tan lejos todavía, tengo que trabajar un poco en esa idea. —Se sentó—. Oye, ¿te importaría explicarme qué ha pasado antes en la sala de relax? Me ha parecido que Chris te estampaba un beso, ¿me he perdido

algo?

—Qué va —replicó la chica—. Ha sido espontáneo y sin preguntar.

—¿Entonces qué pasa? ¿Estás con él o algo?

—No —dijo Syd—. Bueno, no lo sé, es que no sé si me interesa. —Al ver la cara de Satchel torció el gesto—. ¿Qué?

—¿No te interesa? ¡Syd! —Fue a sentarse a su cama y la zarandéo—. ¡Por favor, Dios mío, haz reaccionar a mi amiga!

—Satchel, a lo mejor no te lo crees, pero «ser mono» no es un motivo de peso para salir con alguien.

—Qué salir ni qué nada, ¡yo estaba hablando de sexo! ¿No puedes acostarte con él y ya está?

—Aún no lo conozco demasiado.

—Eso tiene solución —dictaminó Satchel—. En psicología decimos «diversificar». Quítale un poco de tiempo a JD y se lo das a Chris. Solucionado. —Feliz consigo misma, cogió su libro y se echó en la cama—. Voy a estudiar, que mañana tengo examen.

Se concentró en el temario mientras Syd se quedaba pensando en las palabras de su amiga, que no carecían de lógica. Tal vez debería hacerle caso, aunque no le hacía demasiada gracia tener que alejarse de JD. Mientras pensaba en ello, se quedó dormida.

CAPÍTULO 6

Gia cogió aire antes de entrar en la biblioteca. Vio a JD apoyado en el mostrador buscando algo en el ordenador y se armó de valor para aproximarse, aunque lo que tenía eran ganas de echar a correr hasta África, por lo menos. Había dejado pasar unos días desde el bochornoso ridículo durante la fiesta de Halloween, pero ya era hora de enfrentarse al problema y tratar de arreglar la imagen que JD debía tener de ella. Se apoyó frente a él al llegar a su altura, tratando de parecer despreocupada.

—Hola —saludó, y antes de que ni siquiera le diera tiempo a contestar, continuó—. Quería disculparme por lo de la otra noche, sé que me pasé un poco.

—El alcohol tiene ese efecto —dijo él con una sonrisa—. No le des importancia.

Ella sacudió la cabeza de forma enérgica, negando.

—No, no es lo que crees —explicó—. Estoy escribiendo un artículo sobre las reacciones que provocan las chicas que toman la iniciativa.

—Conque un artículo, ¿eh?

—Sí, verás, cuando se hacen encuestas, los tíos siempre dicen que les encantaría que las chicas hagan eso, tomar la iniciativa, y que ellas tiraran los tejos, pero siempre he pensado que esos datos no son reales, de modo que decidí hacer la comprobación *in situ*.

—Ya entiendo —dijo JD simulando que se lo creía.

—Es la mejor forma de ver la realidad, un trabajo de campo.

—Y la realidad entonces es que he quedado como un cobarde, ¿no? —comentó divertido.

—¡Oh, no! No, no pretendía... —empezó Gia—. Solo quería que... —Notó que empezaba a ponerse de color escarlata y carraspeó—. Yo...

—Calma, Gia —dijo JD sonriendo—. Estaba de broma, ya sabes, será interesante leer un artículo basado en experiencias personales.

Ella recuperó un poco su tono normal.

—Sí, lo escribiré —contestó despacio—. Tengo que irme, hasta luego.

Prácticamente salió corriendo y JD meneó la cabeza, volviendo de nuevo al ordenador donde tenía un libro a medio buscar. Gia sería muy inteligente, pero en temas sociales era un verdadero desastre.

La joven salió tan deprisa que casi arrolló a Jake, que la estaba esperando apoyado en la pared.

—Ya era hora, ¿qué le estabas contando? ¿La Biblia?

—Será mejor que te esfumes —advirtió ella hosca—. Todavía estoy intentando arreglar lo que tú estropeaste. Vaya, que no estoy para tonterías.

Echó a andar y Jake la siguió.

—Bueno, metí la pata, ¿vale? Lo siento, solo trataba de ayudarte.

—¡Gracias! Por favor, no me ayudes más. —Aceleró el paso, pero Jake todavía iba a su lado—. De todos modos, no volveré a hacerte caso.

—Déjame intentarlo otra vez —pidió él poniendo cara de perro abandonado.

—¡Ja! ¿Me ves cara de idiota? Por esta vez se ha creído mi historia y he logrado salvar un poco mi orgullo, pero vamos a dejarlo ahí. JD nunca se fijará en mí, solo tengo que asumirlo y ya está.

—¿Te das por vencida? ¡No sabes nada del amor! Hay que luchar por él.

Gia se detuvo sorprendida y lo miró.

—Así que tú sabes mucho del amor.

Jake frunció el ceño.

—Vale, no sé nada —dijo—. Pero no me rindo tan fácilmente, ¡si todavía no has empezado a jugar! Apenas te conoce y tiene que hacerlo porque cuando lo haga... le será difícil no quererte, Gia.

Ella le sostuvo la mirada, inquisitiva, no sabía si Jake estaba hablando en serio o tomándole el pelo como de costumbre. Pero al ver que no rompía a reír, se convenció de que decía la verdad.

—Vaya. Es la cosa más guay que me has dicho nunca. —La cara de enfado empezó a disminuir—. Pero solo lo dices porque eres mi amigo.

—Lo digo porque lo pienso.

—A nadie le gusta sentirse rechazado —replicó Gia—. Creo que si hubiera sentido el menor interés por mí en la fiesta lo habría demostrado.

—Usamos la táctica equivocada, la próxima vez no fallaré.

—¿La próxima vez? No, olvídale, ¡no!

Se fueron juntos, Gia persiguiendo a Jake para que olvidara sus estúpidas ideas. Por el camino saludaron a Syd, que iba hacia la piscina donde había quedado con Chris para nadar un rato.

Hacia unos minutos había entrado en su cuarto a coger la toalla y había encontrado la bolsita de cocaína de Cherry sobre la mesa y restos de droga encima del manual de Tecnología de la información escrita. Se la había guardado en el cajón con un suspiro, pensando que tendría que hablar con ella sobre ese tema.

Seguro que se hubiera sorprendido si hubiera sabido que, en ese mismo momento, Cherry estaba asomando su cabeza en los vestuarios del equipo de *hockey*. Al ver a Chris, sonrió.

—Chris —saludó—. ¿Estás libre?

—Tal vez, si me dices para qué —contestó Chris, mirándose al espejo y sin hacerle demasiado caso.

—Tienes que echarme una mano con el parcial de mañana.

Él se dio la vuelta.

—¿Me buscas para que te ayude a estudiar? Búscate una excusa mejor, esa no cuela. —Ella se frotó la nariz un par de veces, y Chris hizo una mueca—. Veo que sigues con tu... afición.

—Algo hay que hacer para matar el tiempo, ¿vas a ayudarme o a sermonearme?

—Ya te está ayudando Syd. —Fue a su taquilla y la abrió. Cherry se acercó hasta estar a su lado—. Cherry...

—Tú te explicas mejor.

—No digas tonterías. —Metió su casco dentro y cerró la puerta de un golpe—. Ella saca mejores notas que yo y, además, está siendo muy amable contigo. Por algún extraño motivo cree que mereces una oportunidad.

Ella sonrió, encogiéndose de hombros.

—Ese es su problema, jamás le dije que pudiera fiarse de mí.

—Esta es la Cherry que yo conozco.

Se alejó de ella.

—¿Entonces qué? ¿No quieres un poco de contacto, aunque sea en la biblioteca?

—Te diré lo que voy a hacer —respondió el chico—. Voy a cambiarme y haré como si no hubieras venido. Mientras, será mejor que te vayas porque estás en el vestuario masculino.

La ignoró y Cherry se resignó a salir, con un suspiro. Le dolía que la tratara así y siempre recibía eso de él; sí, se liaba con cualquier tío, eso era cierto, pero no todos le gustaban. A algunos incluso los odiaba, pero con Chris era distinto, sentía debilidad por él. Desde que lo había conocido había intentado

seducirlo sin éxito si exceptuaba aquella vez que durmieron juntos, y esos rechazos la obsesionaban cada vez más. Chris era el chico de sus sueños, por el que estaría dispuesta a cambiar, pero lo tenía todavía más complicado que sacar buenas notas; no se dejaba engatusar y no tenía el menor interés por ella, ni siquiera para tener sexo. Eso la deprimió, y según subía a su cuarto ya estaba pensando en hacerse una raya bien grande que la animara.

Chris se encaminó a la piscina donde localizó a Syd, ya en el agua haciendo largos. Se aproximó al borde, y cuando ella llegó hasta su altura salió del agua y se apoyó en el bordillo.

—Hola, ¿dónde estabas? Llevo aquí un buen rato.

—He salido tarde del entrenamiento. —Le sonrió.

—No será que temes que te gane de nuevo, ¿no? —bromeó la chica.

—¿Pueden ser las dos cosas?

—Ahora salgo.

Fue a cambiarse y él decidió esperar fuera. Por suerte, gracias a años y años de natación, Syd era bastante rápida en el incómodo arte de vestirse mojada y no tardó en salir.

—Estás muy serio —observó, mirándolo de reojo.

—Cherry ha venido a honrarme con su presencia.

—Estoy preocupada por ella. —Syd movió la cabeza—. Todo este rollo de la cocaína... al final un día le va a dar un ataque, no para.

—No está en nuestra mano arreglar su cabeza —comentó Chris con voz vacilante—. Entiendo que te preocupes, pero...

Syd se detuvo y lo miró directamente.

—Tú podrías hablar con ella —sugirió.

—Y también podría saltar en paracaídas, y no lo hago —se quejó el chico.

Ella miró alrededor y vio un cuarto donde ponía «Sala polivalente de actividades». Abrió la puerta y, al ver que no había nadie, entró arrastrando a Chris con él.

—Chris, tú le gustas. Si le hablas...

—...se pensará que me intereso por ella —terminó Chris resistiéndose a la idea—, y nunca me la despegaré de encima, Syd. No, gracias.

—Si no lo haces, nunca saldrá de esa espiral. Tal y como lo veo, lo único que hace es ir a peor.

Él la miró y suspiró, exasperado.

—¿Por qué me haces esto? ¡Pensaba que te caía bien! —Ella sonrió—.

Vale, vale, si de veras es tan importante para ti, trataré de hacer que entre en razón.

—Gracias.

—Y ya que me has metido aquí a la fuerza y acosado hasta conseguir lo que querías... esto te va a salir caro, West, muy caro.

—Vale —bromeó ella—, pero te advierto que no tengo dinero aquí, así que solo puedo pagar con favores sexuales.

—¿No te dijo tu padre que con eso no se bromea? —La arrinconó contra la pared.

—No, mi padre me ha dado pocas lecciones en la vida —sonrió Syd, sin parecer incómoda por su proximidad—. ¿Qué te parece un besito como recompensa por tu buena voluntad?

Lo besó antes de que pudiera protestar y el «besito» se convirtió en un beso de esos que harían sonrojar al vecino. Antes de que fuera a más, ella lo apartó de un empujón.

—Ya es suficiente por hoy.

—¿Tú crees? Nosotros dos no estamos de acuerdo. —Y con la barbilla señaló hacia abajo, para que a ella no le quedaran dudas de a qué se refería.

—Vámonos —insistió la rubia entre risas—. Llegaré tarde a la biblioteca.

Tiró de él hacia el pasillo. Chris no tuvo más remedio que ir detrás, aunque lo de ir a la biblioteca no le apetecía demasiado, así que dejó a Syd allí y se marchó con su incómoda erección mientras ella se encontraba con JD, que gracias a su trabajo encadenaba horas y horas allí.

Se sentó a su lado dejando el libro encima de la mesa.

—Introducción a la economía actual —leyó él en voz baja, mirando el libro—. Muy fuerte para un lunes, ¿no?

—Sí. —Ella abrió el libro y se puso a leer. Pasados unos minutos, levantó los ojos y lo observó. Él miraba el suyo, pero no parecía prestar demasiada atención, así que le dio un pequeño meneo en el hombro—. Oye, no estás haciendo ni caso. —Se lo quitó—. Técnicas de la imagen. La verdad es que suena a coñazo.

—Pues déjame el tuyo, a ver si es más entretenido.

—Tengo que pedirte un favor. —Dejó el libro y se le acercó, bajando la voz—. Ty y yo formamos equipo en clase, y Carson quiere que le entreguemos un trabajo este semestre. Sería un vídeo de presentación, de no más de diez minutos de duración, sobre los motivos de elegir la carrera y el ambiente en que la estudiamos.

—Qué aburrimiento.

—De eso se trata, nos pone un rollo de vídeo para que ver quién puede estar por encima de la media. Voy a necesitar guion y un cámara, ¿me ayudas con lo último?

—¿Quieres que me encargue de filmar y montar el vídeo?

Ella asintió y le frotó el hombro en un gesto de cariño.

—¡Sí! No se me ocurre nadie mejor que tú —le dijo—. Si me ayudas, seré tu mejor amiga.

—No hace falta que me sobornes, pero si lo haces que no sea con algo que no tenga ya —sonrió el chico—. Claro que me ocuparé de vuestro vídeo.

—¡Gracias! Eres un encanto. —Le dio un beso en la mejilla y él se apartó. Syd lo interpretó como que se había sentido incómodo—. Perdón, perdón, ya sé que a los chicos no os gustan las demostraciones de afecto públicas. En realidad a mí tampoco me van mucho.

JD no la sacó del error, casi era mejor que pensara eso porque no requería ninguna explicación más. Uno podía soportar ciertas cosas, pero que Syd lo besara parecía excesivo si se suponía que tenía que olvidarse de ella en ese aspecto. Entonces se dio cuenta realmente de lo complicado que iba a ser, porque si tenía que sacarla de su cabeza iba a tener que prescindir de su amistad y no veía cómo.

Satchel se quitó la ropa de entrenar con gestos bruscos y se metió en la ducha, enfadada. Se había quedado un rato más practicando tiros a portería después de que el entrenamiento acabara, hasta que el entrenador se había asomado y le había dicho que se fuera de una vez, que la pista no era suya. Encima de que se esforzaba más... Todavía no la habían sacado más que un par de minutos en cada partido y de nuevo se había dejado la piel en el entrenamiento, solo para que Mark o algún otro tropezara misteriosamente con ella o la empujara sin querer contra un lateral. Pasaba más tiempo esquivando a sus propios compañeros que al equipo contrario, lo cual no le parecía ni medio normal. Un día se lo había comentado a Chris, pero él le había dicho que, como todos los nuevos, los chicos necesitaban tiempo para adaptarse a ella. Solo tenía que ser paciente.

Pero la paciencia no era una de sus virtudes, eso por descontado. Y menos, cuando creía que la estaban tratando de manera injusta.

Cerró los grifos y se envolvió con una toalla. Mientras iba hacia su taquilla vio una sombra pasar veloz por el pasillo, pero no llegó a ver a quién

pertenecía, solo que no le pareció que se tratara de ninguna chica.

Mosqueada, llegó a su taquilla y se dio cuenta de que había cometido el error de dejarla abierta: todas sus cosas estaban desperdigadas por el suelo y un banco. Pero lo peor fue cuando se acercó y vio su equipamiento. Los cordones de los patines estaban cortados y la camiseta manchada con espray negro, cubriendo su nombre con una enorme equis.

Corrió hacia la puerta y se asomó, pero quien hubiera sido ya no estaba allí. Solo un par de alumnos que la miraron de arriba abajo y le hicieron darse cuenta de que seguía con la toalla y el pelo mojado, goteando en el suelo. Así que regresó al interior y recogió las cosas reprimiendo las lágrimas. No, allí no lloraría, no donde alguien pudiera verla.

Después de la hora de estudio, Syd subió a su habitación pensando en darse una ducha antes de bajar para la cena, pero se encontró con Satchel sentada en su cama; tenía una especie de álbum abierto sobre el regazo y los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Su cara era una máscara de melancolía, y al verla pegó un respingo.

—Satchel —dijo Syd, alarmada al verla así—, ¿qué pasa?

—Nada. —Dejó el álbum a un lado—. Estoy bien. —Se frotó los ojos—. ¡Mierda!

Siempre que tenía algún problema o necesitaba consejo, cogía las fotos de sus padres y las revisaba, lenta y cuidadosamente, por si se le había olvidado algún detalle. A veces ya no conseguía recordar sus voces, lo cual no ayudaba, desde luego, pero necesitaba tener esa conexión con ellos. Como si al verlos así, inmortalizados en aquellas imágenes y jóvenes para siempre, de alguna manera siguieran dándole consejos y abrazándola cuando necesitaba consuelo.

Como en aquel momento. Solo que esa vez, sus problemas con el equipo quedaron a un lado mientras los miraba y pensaba en lo poco que quedaba para Navidad.

—Venga, ¿qué pasa? —Syd se sentó a su lado en la cama.

—Siempre que miro esto termino así. —Cogió el álbum mordiéndose el labio inferior, y se lo enseñó a su amiga—. Son fotos de mis padres. No debería andar con esto entre manos, pero no puedo evitarlo.

Syd echó un vistazo. Había fotos de una pareja joven y atractiva que sonreía de forma alegre a la cámara. La mujer tenía mucho de Satchel, su mismo cabello pelirrojo y esa sonrisa deslumbrante. La rubia recordó entonces la información que su amiga le había dado el día que ambas se

conocieron.

—¿Qué les pasó? —se arriesgó a preguntar, aun sabiendo que tal vez Satchel se enfadara.

—No suelo decirlo —murmuró ella—. Murieron hace dos años en un vuelo a París donde iban a celebrar sus bodas de plata. Es irónico, ¿verdad?

—Debió ser terrible.

—Sí, sobre todo tener que ir al hospital con el *shock*, la espera hasta que el forense vino a buscarme, tener que verlos en aquel estado horrible... Me dejaron mucho dinero, además de su seguro de vida y la indemnización de la compañía aérea. Por ese motivo estoy aquí, pero los extraño tanto... y, claro, ahora que las Navidades no están lejanas, es una época horrorosa.

—¿No tienes más familia?

—No —respondió Satchel—. Solo tengo un par de amigas en Australia, así que... odio la idea de no tener a dónde ir.

Syd la miró pensativa.

—¿Por qué no vienes conmigo? A mi padre no le importará, nos divertiremos.

—¿Hablas en serio? —La miró esperanzada—. ¡Porque eso sería genial!

—Ya está decidido. —Syd sonrió—. Navidades en Londres.

Satchel la abrazó con tanta fuerza que poco faltó para que le rompiera las costillas.

Esa misma noche, en la cena, la chica les contó a todos que pasaría la Navidad en casa de Syd, lo que hizo que comenzaran a hablar de sus propios planes, que en su mayor parte incluía regresar a sus hogares.

—¿Os iréis todos? —preguntó JD con cara de funeral.

—Claro —dijo Eric—. Además, esto se queda medio vacío, muy aburrido, apenas quedan pringados que no vayan a... —Vio la cara de Chris y luego a JD, entendiéndolo—. Coño, lo siento.

—No pasa nada, yo seré uno de esos pringados. —Suspiró con tristeza—. Es lo que tiene ser humilde, no puedo permitirme ir a ver a mi familia en Navidad.

—Pero no te puedes quedar aquí —dijo Chris—. ¿Por qué no vienes a casa con nosotros?

—¿Cómo? ¿A vuestra casa?

—Ya te imaginarás que, en realidad, no es nuestra casa, sino la de mis padres. No está muy lejos, en Vancouver, a un par de horas en coche. —Lo miró—. No puedes quedarte aquí, no mientras tengas algún amigo en Canadá.

—¿Y a tus padres no les importará?

—Qué va —intervino Eric—. Son muy liberales, se alegrarán de tener un invitado. Papá incluso querrá adoptarte, eres muy de su estilo, por no hablar de mis hermanas, que sufrirán un colapso y se enamorarán de ti.

—¿También tenéis hermanas? —preguntó Satchel.

—Dos, Bezan y Karmit —le dijo Chris y volvió a dirigir su mirada a JD—. Bueno, ¿qué dices? En Nochebuena solemos hacer una comida familiar, nada estridente, pero en Nochevieja siempre vamos a alguna fiesta. Será mejor que estar solo.

—Si de verdad no molesto... No sé qué decir.

—¡Qué vas a molestar!

—Son tan monos —le comentó Satchel a Syd con voz maliciosa—. Esto es muy tierno, chicos, y luego dicen que tenéis la sensibilidad de un zapato.

Eric le tiró un trozo de pan que le dio en el hombro.

—Sabía que no debíamos tratar con psicólogas —dijo meneando la cabeza, y miró a los demás—. Todavía estamos a tiempo de expulsarla de la mesa.

Satchel le dedicó un gesto poco agradable, y luego se quedó pensativa. Esa mañana había estado con *Hueso*, quien había dado su visto bueno a la idea sobre su trabajo para ese curso (aunque imaginaba que podía convertirse en uno anual), al que provisionalmente había puesto el nombre de Grupos/Especies, y le había pedido ver un adelanto la semana siguiente. Así que ahora tenía que ponerse a pensar a quién iba a estudiar... solo tenía un breve esquema de lo que iba a hacer, pero debía darle algo jugoso a *Hueso* si quería que se quedara satisfecha. Pero, ¿qué? O mejor aún, ¿a quién podía entrevistar que despertara su interés? Miró de reojo a sus compañeros. Muchos eran dignos de análisis, sí, pero ninguno muy evidente exceptuando a Dennis, y eso no sería ninguna sorpresa.

—¿Qué estás maquinando? —le preguntó JD—. Nada bueno, seguro.

—Mmm —dijo ella—. A ver, ¿quién os parece a vosotros que es digno de análisis?

Eric dejó de comer.

—¿Para el trabajo de psicología? —Ella afirmó—. ¿Algún requisito indispensable?

—Ser alumno del Sharidan y que posea algo que le diferencie del resto. Nada de mediocres, gracias.

Eric miró alrededor.

—Dennis —propuso.

—Me halagas —le contestó este con una sonrisa—. Por nada del mundo querría ser como los demás.

—Sí, tú fuiste mi primera opción, pero resultaría demasiado fácil. —Él alzó una ceja—. No me interpretes mal, quiero decir que eres el que todo profesor espera ver en un trabajo que trata sobre grupos y especies.

—Entiendo —dijo él—. O sea, que quieres impresionar a *Hueso*. Bien pensado.

—Si le gusta lo que lea, me dejará seguir. Venga, quiero propuestas. —Dio unas palmadas para espabilarlos—. ¡No os durmáis!

—¿Sabes? —dijo JD—. La gente más interesante de analizar es la más antipática.

—Y lo dices por...

—¿Melissa?—sugirió.

—Genial —dijo Satchel—. Un personaje fascinante, egoísta, maleducada y que aún no ha superado su caída en picado de la efímera fama que disfrutó. Una buenísima opción.

—Deberías examinar a Yin —comentó Ty—. Ese sí que merece un estudio, tanto resentimiento solo puede traerte buenas notas.

Eric lo miró sin poder creérselo.

—Bromeas. Quiere a un ser humano.

—No, espera —le cortó Satchel—. Sí, es buena idea, ¿por qué es tan borde un chico joven que lo tiene todo? Puedo sacar algo interesante de ahí.

—Ya —intervino Syd con escepticismo—, porque Yin, con su amabilidad característica, se prestará a ser analizado.

—Si quiero ser psicóloga los retos no deben asustarme, ¿no?

Eric le dio unas palmaditas de consuelo.

—Te deseo suerte —dijo—. Si le haces llorar, ¿me lo dirás?

—Eres malo, ¿eh? Pero mucho.

—Siempre me lo dicen —contestó él sonriendo—. Me largo. ¡Que os den!

Se marchó del comedor y los demás también se desperdigaron una vez terminada la cena. Syd buscó a JD con la mirada porque a esa hora era cuando casi todos los alumnos salían a fumar fuera antes de ir pensando en acostarse. Ninguno de los dos fumaba, pero aquel era su «momento de las escaleras», y le llamó la atención que no estuviera a la vista. Fue a la entrada y se asomó, pero tampoco lo encontró sentado fuera. Preguntó a los que allí había si lo habían visto, pero al parecer no había salido, así que regresó a su cuarto extrañada y un poco enfurruñada.

Satchel estaba leyendo un libro que ponía Psicología de la personalidad con el mp3 puesto y al verla se lo quitó.

—¿Ya estás aquí?

—Eso parece. —Syd cerró la puerta—. No sé dónde se ha metido JD, pero fuera no estaba. —Satchel no logró esconder una sonrisa divertida—. ¿De qué te ríes?

—De nada, es solo que parece que te han quitado un pastel.

—Qué pastel ni qué leches. —Syd se desvistió, tirando la ropa al suelo y buscando su pijama—. No sé de qué me hablas.

—Debe ser muy guay tener a dos tíos que te prestan atención todo el rato, ¿no?

—Satchel, no me psicoanalices —advirtió la rubia—. Además, no es lo que crees, es mi amigo.

—Yo también lo soy —apuntó ella torciendo el morro—, y no te enfurruñas si te dejo plantada en la biblioteca o donde sea.

La miró, triunfante, esperando una respuesta. Entonces Syd se metió al baño y desde allí siguió hablando.

—No es que me enfade, pero podía haberme avisado, ¿no? No habrá sido por ocasiones, que anda que no nos vemos veces durante el día.

Satchel abrió de nuevo su manual.

—Hija mía, y qué pretendes —dijo—. Hazte a la idea de que no estará sin novia mucho más... ¡a los tíos como él los pillan rápido! Y cuando eso pase, ¿qué?

—Veo que no tienes mucha fe en la amistad entre hombres y mujeres. —Syd salió del baño y apagó la luz.

—Eso no existe —comentó Satchel sin levantar la mirada del libro—. Si te gusta físicamente te lo quieres follar, y si te gusta su carácter también, solo que más tarde.

—¡Qué chorrada! —Syd se metió en su cama—. No es cierto.

—No existen las relaciones platónicas. —Satchel puso un gesto escéptico—. Con el tiempo lo veremos.

Syd la miró contrariada, pero dejó el libro que pensaba comenzar sobre su mesilla y apagó su luz con un gruñido. Satchel escondió la cara detrás de lo que estaba leyendo y sonrió.

CAPÍTULO 7

Un par de días después de la charla sobre el trabajo de Satchel, esta amaneció de un salto. Tener aquel proyecto en la cabeza le hacía distraerse de sus problemas con el equipo, así que estaba deseando ponerse con ello. Se duchó mientras sus dos compañeras remoloneaban en la cama, y terminó de vestirse y lavarse los dientes mientras Syd empezaba a meter libros en su cartera.

—¿Alguna sabe dónde demonios se mete Yin cuando no está en clase? —preguntó—. Nunca lo veo por ahí y tengo que hablar con él. La verdad, no sé ni qué estudia.

—Empresariales con Jake y Roman —dijo Cherry, saliendo del baño con una toalla en la cabeza—. Sobre dónde se mete, ni idea, en la sala de relax nunca está.

—¿Por qué no le sigues? —le sugirió Syd en broma.

—Sí, buena idea, esperaré a que salga de clase y lo espiaré a ver qué hace durante el día. Será... un trabajo de campo, familiarizarme con el sujeto a estudiar.

Sus dos compañeras la miraron, atónitas.

—No olvides que es una persona, no un hámster.

—Sí, sí, sí, lo recordaré. —Cogió sus libros—. Vamos a desayunar. Cherry, vas a llegar tarde otra vez, como no te espabiles tu carrera será la más larga del mundo.

—Gracias por tu interés —replicó ella con ironía.

Las dos se marcharon, y Cherry regresó al lavabo para secarse el pelo antes de ir a desayunar. Era cierto que llegaba tarde a menudo, incluso a veces se saltaba la primera clase del día, pero como a peor no podía ir...

Durante el desayuno, las dos chicas estuvieron algo ausentes. Satchel pensaba en la estrategia que iba a seguir para lograr que Yin colaborara en su trabajo, pero cuanto más lo pensaba, más complicado le parecía que él fuera a aceptar.

Syd decidió no preguntar nada a JD sobre los plantones nocturnos en las

escaleras, las amigas no tenían derecho a pedir explicaciones, ¿no? Además, él parecía comportarse con normalidad, así que seguramente estaría cansado o con dolor de cabeza, y eso era todo.

Cuando terminaron las clases, Satchel salió a toda prisa de su aula para ir a la zona de económicas. Por suerte, estaba en su mismo edificio y no tenía que cambiar de facultad porque, de haber sido así, no habría llegado a tiempo.

Enchufó su grabadora de mano y empezó a hablar.

—Primer sujeto a estudiar —dijo—. Yin Rae Song, diecinueve años, de origen coreano, en concreto de Seúl. Hoy inicio mi investigación tratando de averiguar cómo es su existencia y mezclándome en su entorno. He escogido a una persona que no conozco, de la que no sé nada, y con la que no tengo ninguna cosa en común para averiguar el porqué de su agrio comportamiento.

Las puertas se abrieron y Satchel se apoyó en la pared simulando leer un cuaderno mientras los pasillos se llenaban de gente que salían en grupo y charlando. Yin salió de los últimos e iba hojeando sus apuntes, así que no se percató de su presencia. Ella lo siguió a una distancia prudencial para que ni la viera ni la oyera, y volvió a hablarle a su grabadora.

—El sujeto sale solo y no conversa con nadie. En cambio, parece muy enfrascado en sus apuntes. Podría ser una maniobra de distracción para que nadie se fije en que va sin compañía. Veamos a dónde va. Es la hora de comer, pero el sujeto apenas pasa por el comedor.

Yin se encaminó hacia el comedor y ella se quedó fuera, sin entrar y sin perderlo de vista. El chico fue a la cola, cogió su comida en la bandeja y luego lo metió en una bolsa, dejando la bandeja sin utilizar en el montón. Después salió del comedor y Satchel lo siguió.

—Coge su comida y se va —dijo en voz baja—. Sí, había observado que a veces no estaba en el comedor, pero nunca me había planteado dónde iba.

Yin rodeó el edificio y salió al campus. Hacía bastante frío, pero a pesar de todo se sentó en el banco más alejado que pudo encontrar.

—Curioso —siseó ella a la grabadora—. El campus casi siempre está lleno, excepto a la hora de comer.

Yin no tardó apenas. Dejó la bolsa en la papelera y regresó al edificio. A esas horas, lo normal era que los alumnos fueran un rato a las salas de relax antes de ponerse con los estudios o con las actividades extraescolares que tuviera cada uno, o bien que salieran a fumar. Yin fue directo a la biblioteca.

—Biblioteca a estas horas. Y está completamente vacía.

Se quedó en la puerta observándolo, pero Yin no abrió los libros; solo se

sentó junto a la ventana y se quedó con la mirada clavada en el infinito. En medio del silencio, Satchel empezó a sentirse un poco incómoda por ser testigo de aquella apabullante soledad.

—No tiene a dónde ir —murmuró—. No me sorprendería que terminara el día sin intercambiar una sola palabra con nadie... es increíble.

La australiana sabía que tenía que marcharse. No le gustaba espiarlo. Una cosa era seguir los pasos de alguien normal y otra aquello, hacía que se sintiera avergonzada. Sin embargo, no lo hizo. Transcurrieron dos horas hasta que llegó el primer grupo de estudiantes, dos largas horas de silencio en las que él no abrió la boca. Cuando empezó a entrar gente, Yin se levantó, cogió sus libros y se marchó. A esa hora, que era cuando todos se iban a estudiar o practicar algún deporte, Yin buscó refugio en una de las aulas de música.

Satchel hacía un rato que ya no hablaba a su grabadora, únicamente dedicándose a seguirlo. Él sabía tocar un poco el piano y practicó un rato, pero de forma ausente. Una hora después, abandonó el aula y se encaminó hacia la sala de relax, que Satchel ya había adivinado que estaría vacía; era lógico, pues esas eran las horas en que los alumnos andaban duchándose y preparándose para ir a cenar. Una vez allí, sacó su móvil, marcó un teléfono y esperó. Dijo un par de frases en coreano que la pelirroja no entendió, y tras colgar, marcó de nuevo. Esta vez sí, le entendió:

—Hola, papá —dijo—. Solo quería saludaros y saber si estabais bien, pero para variar no hay nadie en casa así que espero que tu secretaria americana te pase este mensaje.

Dicho eso, colgó y lanzó un suspiro. Luego, tocó otra visita rápida al comedor, lugar en el que repitió la jugada del mediodía, aunque esa vez se fue hasta la pista de *hockey*, donde eligió un sitio en las gradas. Tampoco se entretuvo, eso le daba tiempo de irse a su cuarto, ducharse y meterse en la cama casi antes de que sus compañeros se sentaran a cenar. Había pasado todo el día sin que Yin cruzara una palabra con nadie.

Satchel dejó sus cosas en su habitación y bajó al comedor veloz, pues se había saltado la comida por su trabajo de investigación. Cogió una bandeja y se reunió con los demás.

—Vaya, vaya —dijo Eric al verla—. La princesa se digna a sentarse con nosotros, ¿dónde te has metido todo el día?

—Oh, ya sabes, por aquí, por allá...

—¿Iniciando tu investigación? —preguntó JD.

—No sé... —Esquivó su comentario—. Oye, me he perdido el

entrenamiento, ¿verdad?

—Sí —dijo Chris—, por un día no pasa nada, pero no te acostumbres.

No quería presionarla demasiado, pero que faltara al entrenamiento no iba a ayudar a que se integrara en el equipo sino todo lo contrario. Esperaba que fuera algo puntual porque, de lo contrario, tendría que penalizarla como a cualquier otro. Y ya jugaba poco en los partidos, como para quitarle más minutos...

Syd podía haber preguntado, pero se dio cuenta de que ella no quería hablar del tema, así que abrió un debate sobre la piratería musical para desviar la conversación. Luego lamentó haberlo hecho porque dio mucho de sí y, en cierto momento, desconectó totalmente y no se enteró bien de lo que hablaban. Chris estaba encantador esa noche, pero ella no se sentía demasiado receptiva y no respondió a sus muestras de cariño.

Cuando más tarde se asomó a las escaleras, no se sorprendió demasiado al ver que JD no estaba allí. Puso cara de fastidio y acababa de darse la vuelta con intención de marcharse cuando lo vio llegar con tranquilidad.

—No corras, no —le gruñó.

—Se me está pegando el ritmo caribeño de Dennis —se disculpó él—. No llego muy tarde, ¿no?

—No tanto como ayer y antes de ayer. —replicó la chica en tono de reproche.

—Vale, vale, siento no haber venido, tenía dolor de cabeza.

—¿Y ya se te ha pasado?

—Me parece que va a haber más de uno —contestó JD, y ella lo miró sin entender.

Un rato después, Satchel asomó la cabeza buscándolos.

—Siento molestar —dijo, aunque por su cara no parecía sentirlo mucho—. Syd, te necesito. —Esta la miró interrogándola con la mirada, y la pelirroja le hizo un gesto—. Ahora.

—Sí, claro, voy. —Se levantó y miró a JD—. Parece que me marchó ya —indicó, echándole una mirada intencionada a su amiga—. ¿Subes con nosotras?

JD asintió y las acompañó hasta donde se separaban los pasillos. De ahí se fue a su habitación pensando en que no tenía ninguna fuerza de voluntad. Hacía un par de noches había decidido empezar a distanciarse, pero ese tiempo se le había hecho tan pesado sin haber estado con ella que al final había decidido ignorar su propia decisión, seguiría manteniendo la amistad y ya se pasaría solo. La vio alejarse junto a Satchel y suspiró: tenía que haberse dado cuenta

antes de que una chica como aquella le haría sufrir.

Syd siguió a su compañera hasta el cuarto y, una vez que estuvieron dentro, la miró. Por supuesto, Cherry no estaba allí.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar?

—Necesito ayuda, no sé qué hacer.

—Pues habla.

—He estado siguiendo a Yin todo el día, por eso no he ido a comer ni nada. Por favor, no le digas a nadie esto, ¿vale? —La vio asentir—. Sé que es mi sujeto a estudiar, pero... ha sido horrible.

—Explícate, no entiendo. —Syd se apoyó en la mesa de estudio.

—Ese chico va contra el mundo. —Satchel parecía realmente agotada—. Se ha pasado todo el día esquivando a la gente, ha perfeccionado tanto el método que no ha hablado absolutamente con nadie.

La rubia la contemplaba con expresión desconcertada.

—Pero eso es casi imposible, ¿no?

—No. Come en el campus a pesar del frío, luego va a la biblioteca y allí... joder, se ha quedado sentado durante dos horas solo, sin hacer nada. Si hubieras visto su expresión, Syd... —Negó con la cabeza—. Todo el día así, buscando los lugares vacíos, y a su cuarto cuando el resto de la gente baja a cenar. Es algo que jamás hubiera imaginado.

—Bueno, sabemos que no se le ve muy a menudo, pero...

—Nunca nos hemos preguntado dónde se metía porque suponíamos que no estaría solo, pero lo está.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. —Satchel se frotó la frente—. No estoy segura de querer meterme en su vida.

Syd lo pensó unos segundos.

—A lo mejor le sirves de ayuda, puede que solo esté esperando una oportunidad.

—Pero, ¿y si no me gusta lo que descubro?

—Satchel, vas a ser psicóloga, se supone que debes mostrarte objetiva para ser eficaz y no dejar que tus sentimientos personales interfieran.

Ella asintió, pero seguía sin parecer muy convencida.

—Tienes razón, sé que debo hacerlo. —La miró—. No me echaré atrás. —Sonrió a su amiga—. Gracias por la ayuda.

—Para eso estoy, ya me contarás qué tal te va.

Después de aquello, las dos decidieron estudiar un rato antes de acostarse.

No muy lejos de allí, Cherry iba en dirección hacia los dormitorios femeninos cuando Chris se le acercó.

—Eh, Cherry. —Ella se volvió—. Quiero hablar contigo.

—¿Ahora? —Ella pareció sorprendida—. Es hora de acostarse.

—Me vas a escuchar igualmente. —La cogió del brazo y la apartó del pasillo, bajando la voz—. Quiero que dejes de hacer tonterías. Si sigues tomando coca, te acabarán pillando y te irás a la calle tan deprisa que ni te enterarás, no puedes cambiar lo que has hecho antes, pero no sigas por ese camino.

—¿Te ha dicho Syd que hables conmigo?

—En parte sí, pero también lo hago por ti. No me gusta lo que haces y tú no eres mala persona.

—¿Eso lo dices en serio? —preguntó ella incrédula.

—Sí. —La miró—. ¿Te calmarás?

La joven puso cara de exasperación, pero finalmente terminó por asentir.

—Lo intentaré.

—Buena chica. —Le pellizcó la mejilla con una sonrisa—. Nos vemos mañana en clase.

Se marchó por donde había llegado y ella lo observó, pensativa. Quizás el camino para seducir a Chris pasaba por convertirse en una buena chica; nunca se había considerado buena, pero eso él no tenía por qué saberlo. En aquel momento, decidió que iba a dar un cambio y desterrar algunas de sus malas aficiones.

Por la mañana, Satchel decidió quedarse en la cama en lugar de ir a su primera clase. Necesitaba coger fuerzas y pensar bien cómo iba a actuar para abordar a Yin, así que Syd se fue al comedor sin ella y se sentó en la mesa.

—¿Y Satchel? —preguntó Dennis al verla sola.

—Se ha quedado en la cama.

—Ella y sus valores educativos espartanos —bostezó el chico.

—No hagas eso —le pidió Eric—. Es contagioso, no tienes ni idea de lo que puedes provocar.

Eric empezó a comer cereales y al cabo de un segundo los dejó.

—Joder —masculló—. ¡Ni los cereales se pueden comer!

—Por cierto —intervino Chris mirando a Syd—, ¿te vas a apuntar a la competición de natación? Algo de saltos también hay.

Ella alzó la mirada.

—No —dijo sin añadir más.

—Pues ganarías con los ojos cerrados.

—Eso no va a pasar, ¿cambiamos de tema?

Pretendía alejar el interés de ella, pero el tono con el que lo dijo logró el efecto contrario y todos la miraron. Solo Eric se atrevió a romper el silencio preguntando lo que ninguno se atrevía.

—¿Qué problema tienes, rubia? ¿No quieres trofeos en el salón?

—Tengo que irme, voy a llegar tarde a clase.

Cogió sus libros y se fue tan deprisa que los dejó a todos atónitos.

—¡Si todavía es temprano...! —gritó Eric acomodándose en su silla—. Sabía que en el fondo era rarita. —Chris le dio con la mano en la cabeza—. ¡Eh! ¡Algún día me vas a causar un trauma!. —Lo miró—. Oye, no es por tocar los cojones, pero quizá deberías ir a hablar con ella.

—No —negó él—. Creo que prefiere estar sola.

Los demás respetaron su comentario y no dijeron nada, limitándose a terminar de desayunar. JD no opinaba igual, pero no le quedó más remedio que quedarse allí sentado; hubiera resultado extraño que fuera él a hacer lo que debería hacer Chris.

Sin embargo, después de la primera clase, cuando Syd salió de su aula para ir a la otra, se lo encontró esperándola fuera.

—Eh, hola. —Se acercó con una sonrisa—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en clase?

—Solo es Teoría de la imagen, nada importante, Grant fijo que ni se entera de que no estoy —le dijo él—. Antes te has ido cabreada... si me dices que no es nada, hago como que me lo creo y me voy.

—No, no es nada, es solo que ya hace tiempo que no participo en competiciones. —Se acercaron a la máquina de café que había en el pasillo y sacó uno—. No intento envenenarte, ¿eh? —Se lo dio—. Ya no puedo hacerlo, lo de competir, digo, no lo de envenenarte.

—Ja, ja, qué graciosa... En serio, ¿cómo qué no? Claro que puedes.

—No, no puedo. Mira. —Le cogió del brazo y se lo llevó junto a una columna donde no había nadie. Ante la cara de pasmo de JD, ella estiró parte de su camiseta—. Tuve un accidente durante un salto. Fue un golpe tremendo y me lesioné la espalda. —Le mostró una cicatriz que empezaba desde el hombro derecho y se perdía hacia abajo—. De todos modos, tuve suerte porque pudo haber sido mucho peor. —Se colocó bien la ropa.

JD trató de centrarse en el problema que le estaba contando y no en ese breve, brevísimo instante en que había podido ver su ropa interior de color salmón y ese insinuante escote... Al momento supo que sus pensamientos estaban mal y carraspeó para recuperar la conversación.

—Y por eso dejaste la natación profesional, claro.

—Perdí dos años de mi vida en rehabilitación. No se pueden recuperar.

—Dicen que cuando uno se cae del caballo hay que volver a subir.

—Quien dijo eso supongo que no se partió la crisma —dijo ella con firmeza.

—Dos años de rehabilitación, ¿eh? —JD la miró—. ¿Cómo es posible? Pareces perfecta.

—Me costó la vida, créeme. —Se bebió el café y tiró el vaso a la papelera mirándolo—. Esa etapa está cerrada, pero gracias por preocuparte. —Miró el reloj—. Tienes que ir a clase antes de que Grant se dé cuenta.

—Sí, ya me voy. Gracias por la lavativa —dijo tirando también su vaso de café.

—De nada. —Syd sonrió—. Y hazme un favor... no hables de esto con Chris, ¿vale? Te veo luego en el comedor.

Le guiñó un ojo y se fue a su otra clase. JD miró el reloj. En ese momento, le hubiera gustado tener patines para salir volando hacia la clase de Grant, pero tuvo que conformarse con correr.

Satchel esperó a la hora de comer para bajar al campus y, una vez allí, buscó el banco donde sabía que estaría sentado Yin. Se sentó a su lado, y lo pilló tan desprevenido que se quedó alucinado al verla.

—Hola —saludó ella resuelta—. ¿Qué tal? Soy Satchel, por si no te acuerdas, estoy en primero de psicología. Me siento en el comedor con tus compañeros de habitación.

—Sé quién eres —contestó él aún sin recuperarse de la sorpresa—. ¿Qué quieres?

—Hablar un rato contigo. —Lo miró—. No te importa, ¿verdad? Como estás solo, he pensado que...

—¿Qué? ¿Has pensado que estabas haciendo la buena obra del día viniendo a darme unas migajas de tu tiempo?

—¡Eso es! —exclamó ella con descaro—. Oye, ya veo que tanto tiempo observando te ha vuelto un experto. Pero tú tranquilo, si te ven conmigo creerán que eres guay.

—¿Cómo?

—Ya sabes, «qué hace Satchel hablando con ese capullo de Yin» y cosas así, tienes suerte.

—Tú estás mal.

—No. —Satchel sacudió la cabeza—. Pero veo que en tu vocabulario no existe la palabra «bromear».

—Vaya, así que eso era una broma —dijo Yin—. No sé si podré soportar tanta diversión.

Satchel le pegó en el hombro, un gesto que lo dejó completamente descolocado. Para ella era normal hacer eso entre amigos, pero Yin no estaba acostumbrado a recibir ni palmaditas amistosas, ni de ningún tipo.

—No hagas eso.

—No me mires con cara amenazadora, no funciona.

—¿Se puede saber qué quieres? —exclamó Yin perdiendo los estribos.

—Está bien, te lo digo. Como ves, puedo llegar a ser insoportablemente irritante. —Él hizo una mueca—, pero quiero algo de tu tiempo, Yin, hacerte un par de entrevistas.

—¿Qué?

Nadie le pedía nunca cosas así.

—Es para mi trabajo —aclaró ella—. No te robaré demasiado, lo prometo, y tampoco seré muy indiscreta.

—¿De verdad? —La miró de arriba abajo con los ojos abiertos de par en par—. ¿En serio crees que me voy a sentar contigo y dejar que me hagas un interrogatorio?

—¿Y por qué no? ¿Es que te crees muy importante? —Ella hizo un globo con el chicle—. Si no tienes nada mejor que hacer.

Yin movió la cabeza de lado a lado.

—Olvídalo. No.

—Vale, muy bien —dijo Satchel con resolución—. Pues a partir de ahora no te dejaré en paz, voy a convertirme en tu sombra y te aseguro que hoy estás viendo mi cara amable.

Por segunda vez, Yin se quedó literalmente con la boca abierta.

—¡Eso es chantaje!

—Prefiero llamarlo presión. Te ofrezco tu propia tranquilidad a cambio de quedar conmigo unos días y responder a unas preguntas. Como ves, es un buen trato.

—Pero... tú no puedes hacer esto —protestó él—. No puedes tratarme así,

soy Yin Rae Song, mis padres...

—¿Sí? ¿Qué van a hacerme tus padres, Yin Rae Song? —le provocó Satchel—. ¿Denunciarme? ¿No permitirme la zona VIP si viajo en su aerolínea alguna vez?

—Estás como una cabra, ¿no puedes obligarme!

—Pues por lo visto sí puedo. —Le obsequió con una sonrisa dulce—. Tal y como yo lo veo, no te queda otra opción si no quieres que me convierta en el ser más plasta, cargante y charlatán que has conocido en toda tu vida. —Él se quedó callado—. Me lo tomo como un sí. Empezaremos pronto, te dejo tiempo para que te mentalices.

—Muy considerada —dijo Yin fulminándola con la mirada.

—Entonces nos vemos mañana, después de comer, en la biblioteca —replicó Satchel, levantándose del banco—. A esa hora está vacía, pero eso ya lo sabes, ¿verdad? —Le guiñó un ojo—. Sé lo mucho que me odias ahora, pero esa sensación se te pasará pronto, piensa que es por una buena causa y que yo te agradezco mucho tu colaboración.

Yin apretó los dientes y siguió con la furia reflejada en la cara mientras veía a la pelirroja alejarse alegremente. No se podía creer lo que acababa de pasar, jamás se había visto en una situación parecida. Se quedó allí hasta que el cabreo se le pasó lo suficiente como para irse a la sala de música mientras Satchel se reunía con los demás en el comedor a la hora de la cena.

Como ya estaban sentados, solo cogió una manzana.

—Ostras —comentó—. Ese Yin es un hueso.

—Dinos algo que no sepamos —escupió Eric cogiéndole la manzana y tirándosela a Chris, quien se la devolvió iniciando un juego—. ¿A qué viene eso?

—Si no me devuelves mi manzana, soy capaz de comerme tu mano. —La atrapó en mitad del vuelo—. He ido a pedirle que colabore en mi trabajo concediéndome un par de entrevistas.

Todos lo asimilaron y se echaron a reír.

—Te adoro, Satchel —dijo Eric—. Tan inocente y llena de optimismo con los valores humanos.

—Sí, pero no tengo escrúpulos en recurrir al chan... a la presión.

—Ah, ¿sí? —intervino Dennis observándola—. Mujer fatal, ¿acaso insinúas que Yin siquiera estudió tu propuesta?

—Estás hablando con Satchel Kelly, cielo. —Chocó la mano con Syd—. No hay meta imposible para mí, no tuvo más remedio que aceptar.

Ahora les tocó dejar de reírse y quedarse con cara de alucinados.

—¿Aceptó? —farfulló Ty—. ¿Yin Rae Song? —Satchel asintió—. Felicidades, acabas de subir seis puntos en mi lista de mujeres con habilidades especiales.

—¿Cómo lo conseguiste? —quiso saber JD con curiosidad.

—Eso es secreto de sumario. Creo que me merezco un aplauso, ¿no? — Todos la aplaudieron—. Gracias, gracias, no ha sido nada.

Eric lanzó un silbido de admiración y miró a Ty.

—O sea, que Yin estará que echa chispas —comentó el primero—. Genial.

—Tampoco es que fuéramos a notar mucha diferencia —le dijo el rubio con cierta resignación.

Shaffire salió del comedor y, ni corta ni perezosa, fue hasta el cuarto de los chicos. Cuando Dennis le había entregado aquella canción para que ensayara, primero la había leído una y otra vez intentando encontrar defectos. Que el músico le gustara no impedía el deseo de lanzarle a la cara los fallos que pudiera tener, sobre todo por haberla tratado como a una niña. Pero la canción no tenía fallos, por mucha rabia que eso le diera. La letra y las rimas eran perfectas, y también la melodía. Se preguntaba cuántos miembros de la banda habían puesto su cerebro al servicio de aquella canción, porque desde luego formaban un buen equipo.

Como tenía por costumbre, abrió la puerta sin avisar primero y se encontró a Dennis, que charlaba con JD.

—Y dale con no llamar —protestó el segundo—. Mira que un día alguien va a pasar un mal rato.

—Lo siento, lo siento —se excusó ella—, es que no me doy cuenta, joder. —Fue directa a Dennis sin entretenerse más dando explicaciones a JD—. Vas a estar orgulloso de mí.

—Esa es tu opinión —le dijo él, y al ver la cara de la chica se echó a reír—. Era broma. A ver, ¿por qué?

Shaffire se recuperó en el acto.

—He estado ensayando la canción y me la sé de memoria. Por cierto, es muy buena, ¿quién la ha compuesto?

—Yo.

—¿Sin ayuda? ¿Letra y música? —Dennis se encogió de hombros, asintiendo—. Vaya, pues estoy impresionada. Me parece muy buena, ¿cuándo puedo cantarla?

Dennis arqueó una ceja y sacó un cigarrillo.

—Pues tendrás que esperar hasta después de las vacaciones de Navidad —dijo—. Los chicos están un poco liados con los estudios y será difícil tener un hueco. Yo te aviso.

—Falta mucho tiempo —protestó ella.

—Míralo por el lado positivo, tienes dos semanas para practicar hasta que quede perfecta, porque no pienso conformarme con menos. —Exhaló el humo y la miró—. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—La puliré, pero prométeme que no te olvidarás de mi prueba.

—¿Cómo voy a olvidarme si vienes a verme a mi habitación día sí, día también? —Ella pareció sonrojarse—. Venga, venga, no te pongas en ese plan, aprovecha y ensaya todo lo que puedas.

—¿Y cuándo voy a conocer a la banda?

—Cierra al salir, anda —indicó Dennis, usando un tono amable para paliar el hecho de echarla.

—De acuerdo —dijo Shaffire—. Hasta luego, JD.

Cerró la puerta y JD miró a Dennis.

—Está decidida a ser de tu grupo. ¡Menuda perseverancia!

—Ya veremos.

—Esa es de las que se salen con la suya —le dijo JD divertido.

La semana antes de las vacaciones de Navidad, algunos profesores pensaron que sería divertido poner unos cuantos exámenes sorpresa para ver cómo iban los chicos, lo que generó muchas protestas de última hora. De repente, la biblioteca estaba atestada de gente que intentaba conseguir lo que no había hecho desde el comienzo del curso.

Satchel decidió dejar la entrevista a Yin para la vuelta de las Navidades, así quizás el chico estuviera receptivo y colaboraría más.

—Vendrá de mejor humor después de un descanso —le dijo a Syd, una tarde que ambas estudiaban en la planta superior de la biblioteca para evitar distracciones.

—Sí, siempre que en su casa esté a gusto, porque como sea como la mía...

—Al ver la cara de la pelirroja sonrió—. Bah, calma, mi padre no molestará, es casi invisible.

Satchel ya tenía la maleta medio hecha, cosa que divertía a Syd, pero después comprobó que casi todos habían hecho lo mismo menos ella. Por lo

visto, estaban muy ansiosos por volver a sus casas. Eso hizo que recordara que JD no iba a poder ver a los suyos, pero al menos estaría con Chris. Qué extraño se le hacía que fueran a estar los dos juntos, a veces se le olvidaba que eran compañeros de cuarto, de equipo de *hockey* y, por supuesto, también amigos.

—¿En qué piensas? —preguntó la pelirroja, observándola con atención—. ¿O en quién?

—En nadie.

—Ya sé, en la fiesta de Navidad. —La australiana se frotó las manos—. He estado fisgando en tu armario y tienes un par de vestidos increíbles, ¿me prestarías alguno? —La vio asentir distraída—. Estupendo. Me va a quedar cortito, pero qué más quiero.

Se quedó pensativa unos segundos, aún con el comentario de Syd sobre Yin resonando en su cabeza.

—¿Crees que hago bien forzando a ese chico a colaborar conmigo?

—¿Ahora te entran las dudas? —La rubia parecía sorprendida.

—No me malinterpretes, Syd, el trabajo es muy importante para mí. Sé que *Hueso* les da mucha importancia, pero no sé... ojalá quisiera colaborar de buena gana y no tuviera que perseguirlo, me siento un poco...

—¿Acosadora? Bueno, si ves que no termina de mostrarse cómodo siempre puedes decirle que gracias y adiós. Dennis se dejará examinar si es necesario.

Satchel pareció sentirse mejor con aquella observación, así que decidió no dar más vueltas al asunto. Debía tratar de ver a Yin como el sujeto de su proyecto, eso era todo, nada de intimar, preocuparse o escarbar más allá de lo que mostraba. Solo le traería complicaciones.

—¿No vas a entrenar? —preguntó Syd, sacándola de sus pensamientos.

Satchel miró el reloj y se mordió un labio. Ya llegaba tarde, así que agitó la cabeza. Si ya tenía que aguantar comentarios sin sentido, no quería llamar la atención entrando en la pista la última cuando el resto ya estarían dando vueltas y calentando. Malditos exámenes de última hora... Esperaba que la cosa no continuara así después de Navidad, reharía sus horarios para poder hacer todo porque no quería dejar ni su proyecto personal ni al equipo.

— Mejor estudio, no vaya a llevarme un susto — contestó, escondiendo la cabeza entre las páginas de su libro —. Además, el partido antes de vacaciones es amistoso, no hay problema.

Syd no replicó, suponiendo que Satchel tendría el tema bajo control. No tenía ni idea de cómo iba el tema de los entrenamientos y los partidos, si era

obligatorio asistir a todos, había un número mínimo o qué, así que no le dio importancia y volvió su atención al maravilloso mundo de la historia del periodismo.

Tras unos días de locura, tensión y suspiros de alivio cuando acabaron los exámenes, llegó por fin la semana antes de las vacaciones, con el partido de *hockey* como broche final. Siempre había muchos alumnos animando en las gradas, pero aquel día se notaba el ambiente festivo y las ganas de celebración, puesto que el recinto estaba a rebosar.

Syd consiguió encontrar un sitio libre justo cuando salían los jugadores a la pista. Los vio dar vueltas e hizo un gesto de ánimo al ver a Chris, JD y Satchel, aunque cuando comenzó el primer tiempo, esta última se quedó en el banquillo. La rubia esperaba que su amiga saliera en cualquier momento, pero no fue hasta el último tiempo cuando por fin salió a la pista.

Y entonces, justo cuando ella ponía el patín en el hielo, un jugador de Los lobos pasó a toda velocidad a su lado y casi la hizo caer. Syd no pudo evitar levantarse como un resorte, pero tuvo que sentarse cuando la chica que estaba tras ella le tocó un hombro.

—¡Que no me dejas ver!

Syd estuvo a punto de replicar que, dada su altura, daba igual estar de pie que sentada, no molestaba de ninguna de las dos formas, pero no quiso discutir y se sentó de nuevo. Con la vista fija en Satchel, se dio cuenta de algo que, o no se había fijado hasta entonces (lo cual tampoco le extrañaría, porque aunque iba a algunos partidos no hacía ningún caso) o era algo nuevo: Satchel no tocaba el disco. No porque no lo intentara, desde luego, la chica se deslizaba de un lado a otro sin parar, defendiendo a sus compañeros cuando podía y persiguiendo el disco, pero cada vez que lo tenía cerca, algún otro jugador de su equipo se interponía y lo cogía antes. Además, no recibía ningún pase. Syd vio que tanto Chris como JD lanzaron el disco en su dirección en más de una ocasión, pero Mark o algún otro que ella no conocía, se apresuraba a recuperarlo. ¿Sería alguna estrategia de juego? Porque si era así, no la entendía. Su amigo tampoco le había comentado nada sobre su papel en el equipo, solo había dicho algo sobre que el entrenador quería verla en diferentes puestos. Pero aquello no le parecía que entrara dentro de aquellas «pruebas».

Entonces Chris metió un gol, justo cuando se descontaban los últimos segundos en el marcador, y las gradas temblaron mientras los estudiantes se

levantan y saltaban para celebrar la victoria de su equipo. Syd se unió a los aplausos, mientras veía cómo los jugadores se abrazaban entre ellos, aunque tampoco se le escapó que solo JD y Chris se acercaron a Satchel.

Bueno, justo había quedado con el capitán para cenar en una cita largamente aplazada, así que aprovecharía la oportunidad para preguntar sobre el tema. Se abrió paso entre la genta para ir a su habitación y prepararse para la cita; Chris había reservado algún sitio en la ciudad y habían quedado en encontrarse en la puerta media hora después del partido, donde los recogería un taxi.

Con el frío que hacía y la nieve que había caído, la ropa ligera y escotada estaba descartada desde hacía semanas, así que se puso un vestido de lana corto que se ajustaba a sus curvas como un guante, unas medias y botas altas, además de un abrigo con capucha totalmente forrado de borreguito que además de caliente, le daban ganas de apretujarse a sí misma con él. Un par de toques de maquillaje para estar del todo lista y salió en dirección a la puerta.

A mitad de las escaleras se encontró con JD, que subía con gesto cansado y el pelo húmedo, supuso que de la ducha después del partido. Al verla, se quedó parado hasta que la chica llegó a su altura.

—Vaya, veo que alguien tiene planes para hoy —comentó.

—Sí, voy a cenar con Chris. Aunque viéndote a ti, no sé si tendrá muchas ganas de fiesta.

JD pensó que, en su caso, la falta de ganas no era un problema, por muy cansado que estuviera en aquel momento, pero no dijo nada.

—Pasadlo bien —contestó, en cambio.

—Gracias. Y tú descansa, que pareces un abuelito.

—Ja, ja.

Iba a añadir un tercer «ja», pero sus músculos doloridos se lo impidieron cuando elevó la pierna para continuar su escalada hacia los dormitorios. Cualquiera diría que habían jugado el partido del siglo, pero al final siempre se lo tomaban en serio aunque fuera amistoso y el esfuerzo se hacía notar.

Syd le dio una palmadita en el hombro y continuó su camino. Chris estaba esperándola en la entrada, bien abrigado también con una chaqueta de plumas. Al verla, sonrió y le cogió una mano para acercarla hacia sí y darle un largo beso en los labios.

—Vaya —murmuró ella, cuando se separaron—. Buena forma de entrar en calor.

Chris la cogió por la cintura y así, medio abrazados, salieron a la calle al

ver que llegaba el taxi. Una vez dentro, el chico le indicó la dirección a la que iban y se deshicieron de los abrigos, chocando varias veces entre ellos.

—Vaya, esto es más complicado que el Kama Sutra —se rio Syd.

—Bueno, supongo que todo es cuestión de ponerse a estudiarlo.

Le guiñó un ojo y ella sacudió la cabeza.

—Con las agujetas que tendrás del partido no creo que tengas algo así en mente.

Él suspiró mientras flexionaba un hombro, dolorido tras un encontronazo con un jugador contrario.

—Por desgracia, no puedo discutirte eso —contestó.

No tardaron en llegar hasta el centro y el taxi los dejó justo en la puerta, por lo que pudieron salir sin tener que volver a pelearse por ponerse los abrigos y correr al interior del restaurante. Les habían reservado una mesa junto a las ventanas y se sentaron mirando cómo comenzaba a nevar de nuevo.

—De todos los sitios en los que he estado, este es en el que más nieva con diferencia —suspiró Syd.

—Al final uno se acostumbra a todo.

Cogieron las cartas y, después de pedir, Chris alargó la mano para apretar la de Syd a través de la mesa.

—Estaba deseando que pasáramos por fin algún tiempo los dos solos —comentó, con una sonrisa—. En el internado no hay forma.

—Tenemos unas vidas muy ocupadas. —Le devolvió el apretón con una sonrisa—. Sobre todo tú, con tanto *hockey*.

—Hay que ser constante si se quieren ganar partidos.

—Hablando de eso... —El camarero se acercó para servir la bebida y Syd soltó la mano de Chris para colocarse la servilleta en el regazo—. ¿Es normal que Satchel juegue tan poco?

Él frunció el ceño ligeramente.

—¿Te ha dicho ella algo?

—No, es solo mi percepción.

—Bueno, es normal para los principiantes, hasta que encontremos su sitio. Pero además se ha saltado unos cuantos entrenamientos y eso tiene consecuencias.

—Vaya, qué duro eres.

—Igual que con los demás, no es porque sea ella. Ya sabes que no tengo nada en contra de su puesto en el equipo, sino todo lo contrario. Pero como los demás, se tiene que ganar el puesto.

—Pero cuando ha salido los demás apenas la han dejado jugar...

—Bueno, como te he dicho, todavía es principiante y tiene que encontrar su lugar en el equipo. Hace falta tiempo.

—Pues no veo ese problema con JD.

—No pensaba que te interesara tanto el *hockey*. ¿Por qué no cambiamos de tema? Parece que hasta sin nuestros amigos delante tenemos que hablar de ellos. Para una vez que tenemos una cita propiamente dicha...

—Tienes razón. —Sacudió la cabeza y le sonrió—. En fin, ¿ganas de vacaciones?

—No lo sabes bien. La familia puede agobiar a veces, pero al final los echamos de menos.

—Supongo.

Chris inclinó la cabeza con curiosidad. Syd no hablaba mucho de su familia, por no decir casi nada aparte de algún comentario suelto sobre su millonario padre viudo.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó, con genuino interés.

—Mejor no. —Les llevaron el primer plato y cogió los cubiertos—. Prefiero disfrutar de esta cena.

—Al menos Satchel va contigo. ¿Tenéis muchos planes?

—Demasiados.

Le contó sobre las fiestas a las que tenía que asistir por compromiso, y que, aunque no tenía información aún de todo, ya suponía cómo iría el tema después de tantos años. Y además estaba el turismo, algo que se salía de sus habituales y aburridas Navidades pero que con Satchel haría. Y así, entre planes y anécdotas familiares por parte de Chris, transcurrió la cena.

Cuando regresaron al internado había una buena capa de nieve y hielo en el suelo, por lo que Syd tuvo que sujetarse a él para poder entrar sin resbalar en la carretera. Él no la soltó hasta que llegaron a la puerta de su habitación.

—Aquí ya no creo que me resbale —comentó Syd, aún envuelta en su abrazo.

—Lo sé, pero me gusta tenerte así. —La apoyó en la pared y la besó de forma lenta—. Creo que a la vuelta de vacaciones deberíamos tener más citas de estas.

Syd le hizo una caricia en la mejilla y se separó con una sonrisa.

—Apúntalo como deseo de Navidad.

Y se metió en la habitación, donde sus dos compañeras dormían. Se quitó la ropa procurando no hacer mucho ruido y se acostó, pensando en la cena. No

había ido nada mal, Chris le gustaba y desde luego que besaba muy bien, sentía cosquilleos cada vez que la tocaba. Pero cuando cerró los ojos, le costó dormirse.

Había algo que le faltaba, solo que no sabía describir el qué.

CAPÍTULO 8

Yin se fue un par de días antes que los demás; nadie sabía el motivo, aunque suponían que era simplemente porque podía. No lo vieron salir, pero sí repararon en el cochazo negro que solía ir a recogerlo en ocasiones como aquella. Así mismo, no se despidió, lo que tampoco generó sorpresa entre los alumnos.

—Qué lástima de chico —comentó Dennis mientras veían cómo el coche se alejaba—. Satchel, si tú no le arreglas la cabeza, lo haré yo.

—Yo lo vi primero, Reijjo, búscate tu propio conejillo de indias.

—¿Qué tal tu fan fatal? —sugirió JD—. Tiene pinta de servir.

—¿De quién habla? —preguntó Eric. Al contestarle JD, sonrió—. ¿Otra, Dennis? ¿Sigue la pauta?

—¿Qué pauta? —quiso saber Syd.

—La pauta de Dennis y sus enamoradas. —Dennis le tiró un libro que Eric esquivó—. Lo oyen tocar y luego empiezan con lo de su voz... Dennis, qué voz tan sexy... qué bien compones...

Dennis gruñó.

—Cállate.

—Luego viene el enamoramiento. Acordaos de lo que os digo, no es la primera ni será la última —se burló Eric—, pero nuestro querido Dennis nunca parece enterarse, ¿verdad?

Dennis le dedicó un gesto no demasiado amable y apagó el cigarrillo para encender otro. Él no tenía la culpa de tener carisma, ¿no? No era algo que uno se pudiera sacudir del cuerpo. Si las chicas perdían la cabeza, no era su problema. Esperaba que en el caso de Shaffire no fuera así porque, si era buena para el grupo, lo último que necesitaban era distracciones románticas.

—¿En serio no te das cuenta si a una chica le gustas? —dijo Syd con cara de no creérselo.

Dennis estuvo tentado de decir que no era el único, pero su sensatez lo mandó callarse.

—Son demasiadas, no puedo estar pendiente de todas. —Hubo risas—.

Recibo muchos guiños de ojo al día, rubia, es realmente agotador.

—Qué pena me das —se burló Satchel.

—Es una pesadez soportarlo —añadió Chris—. El año pasado desfilaron unas siete u ocho, había sobres bajo la puerta muy a menudo, por no hablar de CDs dedicados... En fin, un suplicio.

—Sí, seguro —dijo Syd con ironía—. Debe de ser terrible para vosotros, pobrecitos.

—Esta conversación es muy entretenida, pero yo tengo bastante hambre —comentó Eric, y todos lo miraron—. ¿Qué? Me voy al comedor.

Y así pasaron los días restantes antes de marcharse. Los que habían tenido exámenes parciales tuvieron sus notas que, aunque no eran definitivas, sí eran una muestra de por dónde iba cada uno, una preparación para lo que se les vendría encima en febrero. Shaffire y Cherry fueron las que peor paradas salieron de aquello, pero ninguna de los dos se mostró muy sorprendida.

—Cherry, hay que apretar más —le dijo Syd cuando miró las notas junto a ella en el tablón—. De todas maneras has mejorado un poco, así que para la próxima verás qué cambio.

—Me aplicaré —asintió ella, poniendo cara de no haber roto un plato.

—¿Y tú qué? —Miró a Satchel—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien, normalitas, vaya. He estado un poco ocupada con el equipo de *hockey*, pero cuando volvamos tengo que ponerme en serio. Tú de puta madre, ¿no? —Syd sonrió—. Ya veo, bruja asquerosa, parece que es verdad que cuando vas a la biblioteca es a estudiar.

—Hija, qué cosas dices, poco más se puede hacer allí. —Cerró su maleta—. Bueno, listo, mañana por la mañana vendrán a por nosotras.

En el cuarto de los chicos, JD y Chris tenían sus cosas preparadas, pero Dennis odiaba hacer las maletas y andaba vagueando, tratando de evitar el temido momento de plegar y guardar ropa. Con un suspiro, sacó su maleta del armario y la abrió encima de la cama. Eric, que estaba con ellos, cogió un par de camisetas de una balda y se las lanzó.

—Toma —le dijo—. Vete guardando cosas. —Miró a su hermano—. Esta mañana he llamado a casa y he hablado con mamá, ya les he recordado que llevamos visita.

—Espero que les haya parecido bien —comentó JD.

—Claro. —Eric cogió un par de botas y se las tiró a Dennis, que las atrapó al vuelo—. Karmit y Bezan se han puesto a gritar como locas cuando se han

enterado, que las he oído. —Meneó la cabeza—. Menos mal que tienes paciencia porque te va a hacer falta, mis hermanas están en esa edad complicada. — Lanzó una cazadora, pero fue demasiado rápido y esta acabó en la cabeza de Dennis—. ¡Venga, que estás muy lento!

Dennis le pegó un bufido.

—¡Joder, que no me das tiempo a guardar las cosas! —protestó—. Ahora, lo del baño.

—Oye, Chris —siguió Eric metiéndose en el baño y empezando a lanzar desde allí cosas como colonia, un cepillo de diente y una maquinilla de afeitar—. ¿Podemos decirle a la familia que tienes una especie de novia?

—Yo no la llamaría así —respondió Chris—. No he llegado todavía a ese punto, pero estoy cerca.

—Vale, les diremos eso.

—¿Sabes lo que sería genial? Que te metieras el puño en la boca y te callaras.

Eric puso cara ofendida y salió del baño.

—Vale, vale, que os den —gruñó marchándose.

—Gracias, Chris —refunfuñó Dennis—. Ahora tendré que terminar de hacer la maleta yo solo.

Chris sonrió y miró a JD, que escuchaba sin decir palabra.

—¿Estás preparado?

—Sí, gracias por todo, Chris.

—No seas tonto. —Chris le apretó un brazo—. Ya casi es como si fueras mi hermano.

Se fue a ayudar a Dennis con su equipaje para ver si así dejaba de gruñir.

Esa noche, la mayor parte de los alumnos durmió mal o estuvo intranquilo, y al día siguiente empezó el desfile de coches y taxis destinados a llevar a los alumnos a los aeropuertos o donde fuera. Las chicas fueron las primeras en marcharse después del desayuno.

Syd abrazó a JD y le dio un beso a Chris.

—Llámame algún día —le dijo él—. O varios, no pasa nada. Tienes todos mis teléfonos, recuerda.

—¿Vienen a buscaros? —preguntó ella.

—Sí, mi padre, dentro de un par de horas, espero.

—Bueno, nosotras os llamaremos desde Londres —prometió Syd—. Divertíos todo lo que podáis, aunque no demasiado, que ya nos conocemos.

El coche pitó desde la entrada y ellas se despidieron llevándose sus maletas a toda prisa.

Los demás se despidieron también de Dennis y Ty antes de buscar la manera de pasar el rato hasta que Eric recibió la llamada en su teléfono que indicaba que sus padres llegaban para recogerlos..

—Papá ya ha llegado. ¡Venga, vámonos!

Echaron a correr y JD los siguió un poco más despacio, pero con una sonrisa.

—¡Mira! —exclamó Satchel—. ¡Una cabina! ¡Una de las rojas, como las que salen en las fotos!

El chófer se encaminaba a Chelsea, el barrio de Londres donde vivía Syd con su padre. La rubia le había contado a su amiga que también existía la antigua mansión de su abuelo, pero al morir este había quedado deshabitada, aunque esperaba poder ocuparla en algún momento y arreglarla.

Satchel llevaba todo el camino desde el aeropuerto observando a su alrededor sin perder detalle, ya que procedía de un sitio muy diferente, y estar allí la impresionaba un poco. Notó al momento que aquella zona era buena por el tipo de gente que caminaba por sus calles, y por las tiendas de lujo que había, pero eso no la sorprendió.

Por fin llegaron a su destino y el coche se detuvo frente a una enorme casa vallada. Su aspecto era victoriano, aunque se notaba que estaba cuidada al más mínimo detalle, y pintada para darle un toque más moderno. También se extendían a su alrededor unos enormes jardines, cuya perfección evidenciaba la existencia de un personal encargado de arreglarlos de manera regular.

—Guau —murmuró Satchel, con los ojos aún abiertos como platos—. Me encanta la casa, es preciosa.

—¿Sí? A mí no me va mucho este rollo a lo *Sentido y sensibilidad*, me gusta más el minimalismo, pero es la casa que eligieron mis padres, así que tiene valor sentimental.

—Es absolutamente genial. —La pelirroja se bajó, observando que un hombre uniformado se aproximaba a ellas para abrir la puerta—. ¿Mayordomo y todo? Entre el chófer y esto me va a dar algo... aunque no tanto como para no haber visto esa tienda de Vivianne Westwood a la que tenemos que ir sin falta, ¿eh?

Syd sonrió, descendiendo del vehículo por su lado. Le hizo un gesto para dar las gracias al chófer, y saludó al recién llegado que aguardaba de pie en

postura formal.

—Hola, Orson.

—Señorita West. —Inclinó la cabeza—. Su padre todavía no ha regresado, pero me ha pedido que me encargue de manera personal de recibir las y hacer lo posible para que se sientan cómodas. ¿Traen mucho equipaje?

—Dos maletas.

—Haré que vengan los chicos a buscarlas —asintió, llevándose la mano al interior de la camisa para sacar un *walkie-talkie* desde el cual dar la orden—. Vamos.

Satchel tuvo que obligarse a cerrar la boca, pasmada. Muy grande tenía que ser aquello para que tuvieran que comunicarse con aquellos chismes... y no se equivocaba. No comprendía cómo su amiga podía haberse acostumbrado al cuarto del Sharidan después de vivir rodeada de tanto lujo, porque allí no faltaba nada: metros y metros de jardín, piscina cubierta, enorme mansión de varias plantas... y tenía aspecto de que su interior tampoco la iba a decepcionar. Siguió a Syd hasta la entrada sin dejar escapar detalle, y una vez dentro continuó con la misma expresión: todo era perfecto. Limpio, reluciente, lleno de pequeños, pero carísimos objetos, con personal que iba y venía llevando a cabo diversas tareas. La decoración no era muy cálida, pero el resto se llevaba un sobresaliente.

—¿Quieres ver todo? —preguntó Syd, a lo que su amiga asintió veloz con la cabeza—. Pues te lo enseñaré. Por mi padre ni te preocupes, no suele llegar a casa antes de las once... ya sabes cómo son los empresarios. —Y le guiñó un ojo.

Satchel no lo sabía, pero siguió a la rubia por el pasillo.

La casa tenía tres alturas, y mientras que en la principal se encontraban la cocina, el comedor y un salón gigante con su correspondiente chimenea, las otras dos condensaban las habitaciones. Habitaciones y cuartos de baños, tantos que en cierto momento Satchel perdió la cuenta, y cuando Syd abrió una indicándole que sería la suya, supo que no sería capaz de encontrarla a la primera.

—¿No puedo dormir contigo? —quiso saber y las dos se echaron a reír—. ¡Es la costumbre!

—No me importa, pero pensé que querrías intimidad. Y otra cosa no habrá aquí, pero habitaciones...

Nada más verla por dentro, la pelirroja cambió de opinión. Las camas redondas eran síntoma de esnobismo puro, pero una tentación irresistible.

—Me quedo aquí —comentó, tirándose encima y acariciando la mullida colcha—. ¡Esto es el paraíso! Al lado de tu casa, el Sharidan parece una cabaña.

—Un juego de nórdicos buenos y un montón de cojines no hacen un hogar.

—Pero una chimenea encendida sí. —Satchel le sacó la lengua, burlona, mientras se incorporaba—. ¿Y si salimos y me enseñas la ciudad?

Syd negó, atajando su intento de ir de compras con un movimiento de cabeza.

—¿No tienes *jet lag*? Aparte, es casi la hora de cenar, mejor lo dejamos para mañana. ¿No quieres comprobar cómo son las ostentosas cenas en casa de los West?

—Claro que quiero. Pero mañana iremos de tiendas, porque tenemos una fiesta de Nochevieja cercana y no pienso perdérmela por nada del mundo.

—Trato hecho.

Regresaron al comedor, donde el servicio les había preparado la mesa. Tres comensales, por si acaso el señor West aparecía, algo que hacían por costumbre a pesar de que la mayor parte de las veces eso no sucedía. Satchel alucinaba con que le estuvieran sirviendo. Pese a que su familia nunca había sido pobre jamás había conocido ese tipo de lujo, se le escapaba de las manos.

—Esto es todo un respiro después de probar la comida del internado —repuso, en alusión a la incuestionable calidad de la comida que se servía. Después bajó la voz—. ¿No es demasiado gasto para un solo hombre que apenas para por aquí? ¿No te aburrías?

Syd se encogió de hombros.

—Yo me crié entre esta casa y la de mi abuelo —explicó—. Mi abuelo me trataba como a su hija, así que prefería estar con él. Su mansión era preciosa, un día de estos te la enseño... No vive nadie, pero hay personal de mantenimiento.

Esa noche se acostaron sin que Aaron West apareciera.

Syd se metió en su habitación, dándose cuenta de que no se sentía en casa, sino como una invitada; era probable que Satchel se sintiera más cómoda que ella misma. Su amiga parecía feliz, así que al menos por esa parte todo iba bien, pero temía el momento en que su padre asomara la cabeza. No confiaba en él para nada, y, por algún motivo, recordó cuando JD le había mostrado el ordenador tras teclear el nombre de su progenitor en Google. Se había sentido avergonzada de que compartieran apellido, sobre todo porque en Londres todo

el mundo tenía claro que Aaron era un tiburón de los negocios.

Se recostó en la cama, pensativa. Acordarse de JD le producía calidez, lo extrañaba... No sabía cómo en tan poco tiempo se había convertido en una presencia importante, pero con lo que le costaba confiar en la gente para desarrollar una amistad, resultaba sorprendente. Aunque aún más extraño le pareció pensar que no sentía esa añoranza hacia Chris...

Aaron West no se había dignado a honrarlas con su presencia en la cena, pero lo hizo durante el desayuno. Cuando las dos chicas bajaron a la cocina, ya vestidas para marcharse inmediatamente después, encontraron al señor West sentado en el comedor, con el periódico abierto y el desayuno intacto a su lado. Al verlas, lo depositó sobre la mesa y se incorporó.

—Vaya, por fin. Buenos días. —Se aproximó, ajustándose el carísimo traje de diseño que vestía, y ofreciendo algo similar a una sonrisa—. Hola, hija.

Le dedicó una especie de palmadita en el hombro, en un gesto que pretendía ser afectuoso. A ojos de Satchel quedaba un poco lejos de la intención, pero sabía por su amiga que la relación entre ellos era bastante peculiar, de forma que no le extrañó.

—Papá —dijo ella en tono neutral—. Esta es Satchel. Mi compañera de cuarto en el internado, y también mi amiga. Satchel, mi padre, Aaron West.

—Es un placer, Satchel. —Le estrechó la mano, y luego señaló la mesa—. El desayuno está listo. No estabais para preguntar, así que han traído un poco de todo.

Syd se colocó en el otro extremo de la mesa, alejada de su padre; Satchel dudó, pero finalmente se sentó junto a su amiga, esperando que el señor West no lo tomara como una descortesía.

Al momento, apareció una joven uniformada para servirles café y zumo recién exprimido.

—Bueno, ¿y qué tal el viaje? —preguntó Aaron.

—Bien —respondió Syd.

—Mejor dejamos ese tema... —murmuró Satchel, todavía avergonzada.

Satchel odiaba volar; Syd no sabía nada cuando salieron, pero tuvo oportunidad de comprobarlo cuando estuvieron dentro en una escena que se saldó con un buen somnífero y una pequeña bronca de dos azafatas con mal humor. Pero no era necesario contar aquella anécdota, y menos en la mesa delante de ese hombre de aspecto severo.

—¿Qué tal es la vida en el internado? —siguió preguntando Aaron.

Siendo obvio que Syd no parecía en exceso interesada en responder las preguntas de su padre, el señor West se dirigió a Satchel, quien hizo el esfuerzo de tragar un pedazo de bollo a toda prisa al notar que le tocaba contestar.

—Oh... muy bien —dijo, con una sonrisa amplia—. Es divertido, aunque hay que estudiar mucho, la verdad. Pero el internado en sí tiene bastantes opciones para los ratos libres, y bueno, Montreal está solo a una media hora en coche, así que es genial. Es una ciudad preciosa.

—Eso me han dicho —asintió él, dando un pequeño sorbo al café—. En parte fue una de mis razones para decidirme por el Sharidan, además del nivel académico. No quería que Syd estuviera en un lugar sin opciones. —Ella resopló, detalle que el hombre ignoró—. ¿Te gustan los deportes, Satchel?

—Satchel juega en el equipo masculino de *hockey* —comentó la rubia, inexpresiva.

Desde su lado de la mesa se la veía lejana, y Satchel percibió la enorme distancia que separaba al padre de la hija, era tan palpable que resultaba doloroso. Qué injusta era la vida a veces: ella añoraba terriblemente a su familia, pero en aquel hogar no parecía haber ningún tipo de amor...

Hubiera podido tratar de analizar aquello, pero sabía que a Syd no le haría mucha gracia, así que decidió seguir comiendo su bollo.

—Vaya —comentó Aaron, observándola—. Qué extraño que haya un equipo mixto.

— No lo había hasta que llegué yo — contestó Satchel.

— Ha conseguido ser la primera chica que juega — añadió Syd — . Se lo ha currado mucho.

Satchel cogió otro bollo, masticando tanto el alimento como esas palabras. Sí, se lo había currado para entrar, pero para mantenerse... Últimamente no, y se notaba en su juego.

— Admirable. Me gusta la gente que sabe lo que quiere y no duda en ir a por ello. Supongo que serás muy buena.

Satchel, con la boca llena, se limitó a encogerse de hombros, lo que hizo que Syd la mirara con curiosidad. ¿Satchel, desaprovechando una oportunidad como esa para hablar sobre el *hockey*? Qué raro.

Su padre consultó el reloj que llevaba en la muñeca, dejando la taza de café

— Tengo que irme, se me ha hecho tarde y hay una reunión a las once a la que debo llegar puntual.

Aquello sí que no era raro, pensó Syd. Su padre se levantó abrochándose

los botones de la chaqueta, mientras aparecía Orson como por arte de magia con su abrigo en la mano.

—Ha sido un placer conocerte, Satchel —manifestó, volviendo a tender su mano—. Espero que os divirtáis durante las vacaciones de Navidad. Las invitaciones para las fiestas están en el cajón de la entrada. —En esa ocasión miró a su hija, quien permanecía sentada sin hacer el menor ademán de moverse de la silla.

—Perfecto —replicó ella.

—Nos iremos viendo. —Aaron inclinó la cabeza a modo de despedida, antes de salir por la puerta sin dar más detalles.

Una vez fuera, Satchel intercambió una mirada con Syd, y su amiga se encogió de hombros.

—¿Turismo y vestidos? —preguntó.

—Turismo y vestidos —aceptó la pelirroja, sonriendo.

Dedicaron la mañana a hacer turismo y a Satchel le encantó la ciudad. Podían haber ido en un coche con chófer, incluso en el de Syd que permanecía guardado en el garaje, pero ambas preferían ir por libre y se decantaron por coger taxi o metro, lo que más les apeteciera.

Vieron museos, edificios, y cualquier cosa interesante hasta la hora de comer, que entraron en un restaurante bastante pijo. Allí, Satchel fue consciente de que, en efecto, Syd era un rostro conocido en su tierra. Mucha gente la miraba y hablaba con sus compañeros en voz baja, aunque eso sí, sin dirigirse a ella de manera directa. También notó que el personal de casi todas partes le hacía la pelota de un modo escalofriante. La rubia no parecía reparar en ello, o quizás es que estaba tan acostumbrada que no lo notaba.

—Seguro que hasta los cubiertos son de plata —susurró Satchel.

—No te diría que no.

El camarero se puso unos guantes blancos para retirar los platos que no iban a usar, mientras Satchel no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Eso ya es el colmo del pijerío —comentó.

—Y de todas formas, seguro que ahora lo lavan —añadió su amiga—. En fin, pijeríos aparte, ¿qué te está pareciendo todo?

—Me encanta esta ciudad, es tan... vibrante. Lo malo el frío, pero bueno, después del Sharidan esto es una tontería.

—Ya que sacas el tema...

—Ay, no, no quiero hablar de las notas.

—Bueno, no iba a preguntarte sobre las notas, pero si te preocupan también

podemos hablarlo.

—No, no me preocupan, ya subirán. Esto ha sido solo una toma de contacto. ¿A qué te referías tú?

—A Los lobos. —Satchel hizo un gesto extraño—. ¿Todo bien en el equipo?

—Normal.

—¿Seguro? Chris me ha dicho que te has saltado algunos entrenamientos, yo misma me he dado cuenta, y...

—¿Qué más te ha dicho?

Satchel la miraba con gesto serio y aquello la preocupó.

—No mucho, que necesitas tiempo para adaptarte. Pero me ha extrañado que cuando mi padre te ha preguntado, no te hayas explayado. Y no sé mucho de hockey, pero no sé, no te vi el otro día bien en la pista. No tocaste ni una vez el disco.

Satchel cogió un trozo de pan para rumiarlo unos segundos, mientras pensaba qué contestar. No quería preocupar a su amiga, pero tampoco ocultarle cosas.

—Te cuento pero me tienes que prometer que no le dirás nada a Chris.

—¿Y por qué iba a decirle algo?

—Porque es tu novio y las parejas se cuentan todo. O deberían.

—No es mi... —Movi6 la cabeza—. Bueno, no sé si lo es del todo o... Estamos empezando. Y no me distraigas, que íbamos a hablar de ti. Así que suelta lo que sea.

—Vale, vale. Dejaremos el tema Chris para otro rato. —Cogió aire—. No me tratan como a una más.

—¿Quiénes?

—Todos. Menos Chris y JD. No me pasan el disco, me empujan... Un día me sacaron mis cosas de la taquilla y me pintaron la camiseta. Me cortaron los cordones y... en algún partido me los han aflojado también.

Syd abrió y cerró la boca un par de veces. Aquello era peor de lo que había pensado, ¿por qué su amiga no hacía nada para remediarlo? Si el entrenador o Chris lo supieran...

— Y no voy a decir nada porque no quiero parecer una niña llorica. Quiero demostrarles que soy más fuerte que eso y que valgo lo mismo, y eso solo lo lograré jugando.

— Pero...

— Y sé que he faltado a algún entrenamiento, ha sido en días de bajón,

porque hay veces que no me apetece escuchar sus comentarios estúpidos ni aguantar empujones. — Dio un puñetazo en la mesa — . Pero se acabó. Es mi propósito de año nuevo: hacerme mi hueco en el equipo.

Syd sonrió. Aquella sí se parecía más a la Satchel que conocía. Levantó una copa, brindando por ello, y Satchel se la chocó con una sonrisa.

Sí, el año siguiente se iban a enterar.

La noche de Navidad no hicieron cena en la casa, sino que fueron a una fiesta. Los empleados tenían un par de días libres y su padre estaba ocupado, así que decidieron hacer vida social aceptando una de las muchas invitaciones que Syd había recibido.

Satchel quedó deslumbrada por el nivel de pijerío de aquella reunión, incluso detectó varias caras famosas. Por si eso fuera poco o tenía alguna duda sobre el nivel social de su amiga, un par de días después tuvo una prueba de ello. Mientras paseaban por Piccadilly, pasaron por delante de un quiosco y Satchel se detuvo al ver una de las revistas que había en el exterior. Tiró del brazo de Syd para que se detuviera y se la señaló con el dedo.

— ¡Tía, mira! ¡Que somos nosotras!

En uno de los laterales se veía a Syd en la fiesta de Navidad, con ella a su lado. En realidad, a Satchel no se la veía, solo su hermoso cabello pelirrojo, pero para ella era como estar en plena portada.

— Me pareció ver que nos sacaban alguna foto. — Syd intentó continuar, pero Satchel no se lo permitió — . ¿Qué? Es una revista, sin más.

—« La heredera regresa a casa por Navidad » — leyó la australiana — . Vaya, qué romántico.

Echó mano a su cartera y sacó unas monedas para pagar la revista, mientras Syd ponía los ojos en blanco. Entendía que para su amiga aquello fuera algo novedoso, pero ella estaba harta de las fotos robadas y de las historias inventadas que a aquellos medios rosas les encantaba publicar.

Ya con la revista en las manos, Syd consiguió que su amiga avanzara, aunque con la vista entre las páginas, por lo que tuvo que sujetar su brazo para que no se chocara contra nadie.

—Anda, si aquí pone que este era tu exnovio.

—Eso es un disparate.

—Si no sabes a quién estoy señalando.

—Da igual, no había ningún ex mío en la fiesta, créeme.

— Qué cabrona eres.

—¿Por?

—¡Porque sales bien en todas las fotos! Y yo nada. Mira, aquí se me ve un brazo, aquí el pelo... aquí nada.

—¿Y cómo sabes que estás?

—Porque esa era mi copa. Da igual. —La enrolló y se la metió al bolso—. Me la guardo, que si alguna vez me hago famosa esto valdrá millones.

—O trillones, quién sabe.

Satchel aún no lo sabía, pero aquella fiesta no fue nada comparada con la celebración de Nochevieja.

Syd la avisó de que debía vestir elegante, pero como la pelirroja no había llevado ningún vestido del nivel y de los que se había comprado, había utilizado el mejor en la fiesta de Navidad, ella misma le prestó uno suyo. Debido a la diferencia de altura entre ambas, tuvo que buscar el más largo posible para que la australiana no fuera enseñando la ropa interior, pero una vez solucionado ese detalle, las dos fueron hasta allí en un coche con chófer.

—Tu padre no ha vuelto a dar señales de vida —comentó Satchel, mientras desde la ventanilla observaba la noche londinense, con sus calles llenas de gente guapa con ganas de fiesta.

—Es lo habitual. De hecho, me extraña que se quedara en el desayuno para decir hola.

—Ya, pero... es Navidad. Ni siquiera en Nochebuena. —La miró de reojo, pero la rubia permanecía inmutable—. Lo siento.

—Estoy acostumbrada.

—¿Siempre ha sido así?

—Satchel. —Syd le lanzó una mirada de advertencia—. Es Nochevieja, y vamos a una fiesta en Mayfair. Se trata de divertirse, ¿vale? No de hablar de estos temas.

—Vale, vale... pues dile a ese chófer vuestro que ponga algo de música ambiental. —Sonrió.

Al momento comenzó a sonar una canción marchosa de Coldplay, por lo que las dos chicas olvidaron la conversación peliaguda, y con su nuevo y mejorado humor llegaron a la zona de la fiesta. Ya por el aspecto del edificio Satchel notó que no sería algo normal, y tuvo la comprobación cuando las recibió un hombre uniformado de aspecto serio. Cogió las invitaciones que la rubia le tendía con un gesto ceremonioso y luego se apartó para cederles al paso al enorme salón.

A Satchel le brillaron los ojos al ver las bandejas con copas de champán y

las enormes mesas llenas de canapés, así como toda la decoración del lugar y la gente pija que se divertía con sus modelitos impecables.

Estaba deslumbrada ante el lujo, pero aun así Syd observó que no hacía ademán de coger nada, de modo que le dio un golpe en el brazo.

—¿Es que no quieres beber? ¡No me lo creo!

—Nos va a costar un ojo de la cara, seguro... esto no es como los pubs de Montreal, Syd.

—Son gratis —le dijo su amiga con una sonrisa.

No tuvo que decir más. Satchel atacó sin piedad los canapés, cuidándose muy bien de regarlos con varias copas de champán. Quería permanecer junto a la rubia, pero había mucha gente que se acercaba a saludarla, de forma que aceptó las invitaciones para bailar de varios chicos, y entre baile y baile bebía todo lo que podía.

Una hora después, el alcohol se le había subido de manera considerable y deseaba recuperar a Syd, así que la buscó con la mirada por todo el local. La encontró hablando con un par de chicos trajeados, pero no parecía feliz a pesar de su aspecto deslumbrante... Otra como Yin. Cada vez tenía más claro que tener mucho dinero no garantizaba una existencia feliz. Todavía no había descubierto los motivos del coreano, pero los de su amiga eran obvios.

Iba a encaminarse en su dirección cuando se le acercó un hombre tambaleándose.

—Oh, bien, champán. —La miró con una sonrisa—. ¡Eh, hola, pelirroja! ¿Te diviertes?

Ella se encogió de hombros, mirando aquella cara que le resultaba familiar. ¿Dónde lo había visto? Las posibilidades de que se encontrara un conocido en Londres parecían escasas, pero le sonaba muchísimo y no conseguía recordar de qué.

—¿Quieres una copa? —ofreció él y Satchel alzó la suya—. Ah, tienes una. ¿Quieres otra?

—Gracias, pero estoy muy borracha ya...

—Entonces, ¿qué importa una más? Brinda conmigo, es Nochevieja. —El hombre le pasó la décima copa de champán de la noche y chocó la suya—. Menos mal que aquí no hay cámaras, sino seguro que mañana salía en la primera página de la prensa con un titular del tipo de «De nuevo borracho». O algo similar.

—Ah, ¿eres famoso?

—¿Bromeas? ¿No sabes quién soy? —El hombre alzó una ceja, incrédulo

—. Es coña. —Y le dio un golpecito en el brazo, echándose a reír—. Muy buena, en serio. ¿Te firmo un autógrafo?

—¿Qué? Pero si no sé quién...

—¡Esta sí que es buena! Jamás me habían entrado así, y mira que las fans hacen de todo por conseguir mi autógrafo. Bueno, y más cosas... —Le guiñó un ojo, seguramente intentando ser seductor pese a que no pronunciaba bien gracias a la ingesta de alcohol masiva—. Solo por original te firmaré uno de buen humor. No suelo ser así de amable...

Agarró una servilleta y garabateó algo, para después tendérselo a Satchel como si fuera el tesoro del Amazonas. Ella lo cogió por educación, estudiando la firma para ver si se aclaraba sobre su identidad, pero como esperaba aquello era ilegible.

—Gracias —dijo, sonriendo—. ¡Me has hecho la chica más feliz del mundo!

—Lo sé. —Él se tambaleó de nuevo—. Bueno, encanto, te sacaría a bailar, pero no quiero que me hagan fotos con los móviles y que mañana anuncien que tengo nuevo ligue. La última vez, Anna casi me despedaza.

Le hizo un saludo militar y abandonó la mesa, zigzagueando de tal forma que resultó un milagro que no acabara sentado en el suelo. Satchel volvió a estudiar el papel, justo en el momento en que Syd se materializaba a su lado con expresión risueña.

—Vaya, veo que no se te da mal codearte con famosos —dijo, riéndose.

—¿Quién demonios es? —preguntó ella—. ¡Menudo mal rato he pasado tratando de acordarme del nombre, tía! Si hasta me ha firmado esto, y no se entiende una mierda.

—¿En serio? —Syd sacudió la cabeza, como si no pudiera creer lo que oía—. Es Hugh Grant. Desde luego, no servirías como cazafamosos.

—¿Ese tío que borracho y pelma era Hugh Grant? ¿En serio? ¡Madre mía! —Volvió a mirar el papel—. ¿Crees que alguien me compraría esto?

Syd no dejó de reírse hasta que regresaron al coche, las dos con los zapatos de tacón en la mano para evitar caídas.

El resto de las vacaciones transcurrieron muy deprisa, y antes de darse cuenta ya tenían que coger un avión para regresar al internado.

Aaron West tampoco apareció para despedirse de ellas, aunque sí hizo una llamada telefónica dedicada a su hija, a la que esta respondió con el mismo tono distante que había usado el día del desayuno. A esas alturas, Satchel

sabía que aquella relación estaba muy dañada, y por lo visto venía de muy atrás, pero deseaba conservar a su amiga y solo por eso no hizo el menor intento de psicoanalizarla. Después de su reacción la última vez que había sacado el tema, sabía que no estaba preparada para hablar de ello. Así que lo dejó correr, sacando en su lugar otra cuestión que la tenía intrigada.

—¿Has echado de menos a Chris? —preguntó, mientras el coche se detenía delante del aeropuerto.

Syd le sonrió con amabilidad, pero sin responder. Había cogido mucho cariño a la australiana, pero hacía demasiadas preguntas y ella no estaba acostumbrada a compartir sus sentimientos con nadie. Se iría acostumbrando con el tiempo, seguro, pero de momento se sentía incómoda.

Y además, esa pregunta... porque no, no se había acordado en exceso de Chris, para ser sincera, ni siquiera después de aquella primera noche en la que se había dado cuenta de que no lo echaba de menos. Por el contrario, sí que había intercambiado mensajes con JD, pero si le contaba eso a Satchel, a saber qué conclusiones sacaría.

—Vamos a facturar —comentó, usando un tono amable pero firme para dejar claro que no tenía la menor intención de responder.

Satchel fue consciente de que esquivaba la pregunta, pero asintió resoplando.

—Otra vez el avión... —suspiró.

CAPÍTULO 9

Hacía un par de horas que Satchel y Syd habían regresado al internado y se habían ocupado de deshacer su equipaje y dejarlo todo guardado en su sitio. Ambas habían decidido esperar la llegada del resto de sus amigos sentadas en las escaleras centrales, la primera comiendo para superar el miedo provocado por el viaje en avión, y la segunda revisando su cámara digital con las fotos que había hecho en vacaciones.

—Aquí sales muy bien —comentó, y la miró de reojo—. Deja de comer patatas como una posesa con la excusa de la ansiedad, que ya no estás en el avión.

—Todavía tengo nervios.

Para la vuelta, Syd ya estaba advertida, de manera que le dio una pastilla para dormir y le echó otra a escondidas en su bebida. Como resultado, Satchel había vuelto a Montreal durmiendo como un bebé. La inglesa hasta tenía un testimonio fotográfico del momento, donde se veía a la pelirroja recostada contra su hombro, con los ojos cerrados y la boca abierta.

—Qué graciosa —farfulló Satchel con las mejillas encendidas al recordar el viaje de ida—. Ya puedes ir borrando esa foto, mala amiga.

—De eso nada, monada, que esto me servirá para futuros chantajes —sonrió—. ¡Ah, no, espera... que eso son cosas tuyas!

—¿Sabes? —dijo la australiana con una mueca—. No eres tan dulce cuando se te conoce a fondo.

—Soy inglesa —le contestó Syd—, es parte de mi humor. Y va a peor cuanto más me conoces.

El sonido de un claxon interrumpió la charla, momento en el que una furgoneta se detuvo tan cerca de ellas que ambas se inclinaron hacia atrás de la impresión. Era la de la familia Gauthier y, al parecer, su padre tenía un sentido del humor similar al de sus hijos.

—¡Vaya cara habéis puesto! —dijo, una vez fuera del coche mientras reía a carcajadas.

Ellas dos se miraron y se levantaron.

—Vaya con el papá —dijo Satchel con admiración—. ¡No sabía que se podían tener padres así!

Él era una versión de los hijos, pero con más años. La madre salió por el otro lado del automóvil y ahí quedó claro de quién habían heredado Eric y Chris su atractivo físico: la mujer rondaría los cuarenta y cinco años y era de belleza deslumbrante. Vieron salir a Eric por un lado desperezándose y, por el otro, a JD, que tenía mejor aspecto de lo normal.

—¿JD estaba así de bueno cuando se fue? —preguntó Satchel en voz baja.

—Más o menos —contestó Syd—. Es por el pelo.

—¡Es verdad, se lo ha cortado! Me parece que la próxima vez me iré yo de vacaciones con esa familia de guapos, a ver si vuelvo mejorada —bromeó—. ¿Y dónde está Chris?

Era una buena pregunta porque no se le veía por ninguna parte, ni siquiera adormilado en el interior del coche.

—¡Venga, chicas, aproximaos! —les gritó el padre haciendo gestos.

Las dos se acercaron hasta donde estaban; intercambiaron abrazos con los recién llegados y después Eric les presentó a sus padres. Luego se giró y susurró algo al oído de su madre con disimulo, y ella esbozó una sonrisa radiante mientras estrechaba la mano de Syd.

—Así que tú eres Syd —dijo—. Hemos oído hablar un poco de ti. Es un placer conocerte, me llamo Shannon.

—Igualmente. ¿Y Chris?

—Bueno, no quiero que os preocupéis mucho, pero los últimos días no se encontraba muy bien y ayer por la tarde le llevamos a urgencias después de una noche mala —explicó la mujer—. Al parecer tiene una gripe de las fuertes.

—Ay, pobrecillo —manifestó Satchel al instante—. ¿Tiene mucha fiebre?

—Bueno, le han puesto tratamiento y ahora solo le queda pasarla y recuperarse. Un par de semanas en casa y volverá a estar por aquí. —El padre mostró una sonrisa animada para que las dos chicas dejaran de estar preocupadas.

—Cariño, deberíamos salir ya —observó Shannon—. No quiero que se nos haga de noche conduciendo.

—Claro, claro. —Hizo un gesto de despedida general—. Ya habéis oído a la jefa, nos vamos.

—Conducid con cuidado —avisó Eric, antes de abrazarlos.

—Sí —suspiró Shannon besando a su hijo en la cara—. Adiós, cariño. —

Abrazó a JD—. Vuelve cuando quieras, ha sido un placer tenerte en casa.

—Gracias —contestó él—. Lo mismo digo, dale recuerdos a Chris, lo echaremos de menos.

—De mi parte dale un beso en la boca —se burló Eric cogiendo su maleta.

—Pórtate bien y estudia un poco para variar —le dijo su padre—. Espera, es Chris el que estudia poco, ¿no? Pues tú haz más deporte.

—Sí, papá. Buen viaje de regreso.

Con un último gesto de despedida, el coche de los Gauthier desapareció de su vista. Syd lo vio alejarse, pensando en Chris. Habían hablado en Nochevieja, pero él no le había comentado nada sobre que se encontrara mal, tampoco tenía ningún mensaje nuevo en el móvil. Supuso que el chico no le había dado importancia alguna a su enfermedad como para avisar de que no se incorporaría al internado al mismo tiempo que los demás, pero aun así... ¿se lo merecía, tal vez?

—Pobre Chris —repitió Satchel.

—De pobre nada —comentó Eric—. Hay que ser idiota para salir a la calle con una simple chaqueta, ¡que estamos en invierno!

—¿Está instalado en vuestra casa? —preguntó Syd.

—Allí le dejamos en la cama, con la calefacción, los caramelos de miel y dos paquetes de pañuelos de papel. —Eric sacudió la cabeza, como si no se pudiera creer la mala suerte de su hermano—. Supongo que te llamará luego.

JD cogió su maleta, así que Eric lo imitó y los cuatro decidieron entrar en el edificio para dejarlas en sus cuartos mientras ellas los acompañaban. Se encaminaron primero al de JD, y al entrar descubrieron que Dennis también había vuelto de Helsinki, pero no se encontraba allí. Tampoco lo habían visto en el interior del edificio ni por los pasillos, aunque ninguno le dio importancia a aquel detalle, dado lo amigo que era el finés de desaparecer cuando lo consideraba necesario.

—¿Qué tal vosotras por el frío Londres? ¿Os habéis divertido mucho? —preguntó JD, depositando su maleta sobre la cama para empezar a deshacerla.

—Oh, sí —comentó Syd burlona—, la diversión empezó muy pronto, en el avión.

Miró a Satchel con intención y esta enrojeció.

—¡Lo siento! —siseó—. ¿Cuántas veces voy a tener que decirlo? —Vio que los dos chicos la miraban entonces con curiosidad—. No es nada, nada, me da un poco de aprensión volar, eso es todo.

—Un poco, dice —masculló la rubia—. Casi nos expulsan del avión.

—Fuimos a dos fiestas —empezó a contar Satchel para desviar el tema—. ¡No adivinaréis a quién vimos en la de Nochevieja! Nada más y nada menos que a Hugh Grant. ¡Qué pasada!

—Y lo que bebía —añadió Syd—. Prácticamente, se fue a gatas.

—Y eso qué importa, el caso es que conseguí su preciado autógrafo —contó Satchel—. Lo que no deja de ser raro porque ni lo reconocí y se lo dije, pero de todos modos me lo firmó.

—Tú también estabas borracha, quién sabe lo que le dirías.

Eric levantó la ceja.

—¿Cómo entrasteis en una fiesta tan chic?

—Su padre tiene dinero a espaldas, ¿no lo sabíais? Syd es bastante popular allí como hija de millonario, ¡hasta sale en las revistas! —señaló Satchel sonriente. Se acercó a JD y se puso a revolver su pelo—. ¿Se puede saber qué te has hecho? Estás muy mono.

—Eso es cosa de Bezan —dijo Eric con una risita—. Le gusta la peluquería y se le da muy bien, aunque en teoría dice que quiere hacer audio como yo... En fin, cuando vio a JD se le iluminaron los ojos. La pobre estaba harta de practicar siempre con nosotros.

—Claro, normal —asintió la pelirroja—. De hecho, JD, podrías hasta ser un miembro más de la familia, encajas a la perfección.

—¿Tú crees? —dijo él.

—Seguro que a nadie le importaría. Puede que hasta terminaran queriéndole más que a nosotros. —Eric cogió su maleta—. Bueno, voy a dejar este armatoste en mi cuarto, os veo más tarde para cenar.

—Espera, te acompaño y así veo si Yin ha regresado —dijo Satchel.

Salió corriendo detrás de Eric y JD sacudió la cabeza.

—Vaya, es persistente con su trabajo de psicología —comentó.

—No lo sabes tú bien. —Syd se sentó encima de su cama de un salto—. ¿Qué tal todo? ¿Ha sido duro estar lejos de tu familia?

Él se sentó a su lado.

—Un poco —contestó—. He hablado con ellos por teléfono. No es lo mismo, pero es lo que hay... —La miró—. ¿Y tú? ¿Ha sido duro estar cerca de tu familia?

Syd asintió, y a pesar de que la respuesta no era divertida, sonrió.

—Totalmente —dijo—. Por respeto a Satchel, mi padre representó de forma brillante el papel de padre perfecto... al menos durante unos diez minutos. Luego se fue a una reunión y nunca volvió.

Entonces le tocó reír a JD.

—¿Te hace gracia, *Kalamazoo*?

—Bueno, un poco, a veces tienes tu punto.

—Eso es porque no me pongo a hacerlo en serio, si no podría mataros a todos con una sola dosis de mi humor. —Se quedó mirándolo—. Oye, Satchel tiene razón, con ese pelo estás guapo, ahora en vez de una docena de admiradoras tendrás dos o tres veces más.

—¿Cómo que una docena? ¿Te importaría escribirme ahí sus nombres, por favor?

—Buah, voy a tener que cambiar lo de *Kalamazoo* por algo como... El chico perfecto. Tendré suerte si me saludas por el pasillo.

El chico movió la cabeza como si Syd hubiera dicho la idiotez más grande del mundo.

—No me cambies el mote, anda, a mí me gusta que me llames *Kalamazoo*.

Entonces hubo un momento extraño entre ellos. Por normal general, JD no le sostenía la mirada durante demasiado tiempo, pero esa vez lo hizo y la que tuvo que apartar la vista fue ella. No sabía por qué, pero el ambiente de amistad cordial que siempre habían tenido acababa de esfumarse. Tal vez fuera que estaban solos, o que él estaba demasiado cerca y demasiado guapo, pero se sentía turbada y, de pronto, le costaba apartar la mirada de su boca.

Y eso no le había pasado nunca.

Oyeron la puerta y, un segundo después, Dennis entró; los miró, sorprendido de encontrarlos allí, pero sonrió. Con su inseparable cigarrillo y tan atractivo como siempre, se acercó a abrazarlos.

—No molesto, ¿no? —dijo y miró a JD—. Bueno, ¿cómo ha ido con la familia canadiense? Demasiado perfectos, ¿no crees? Deberían meterlos en una urna y mostrarlos al mundo.

—Genial, ¿y tú?

—De coña. —Cogió a Syd y la besó en la mejilla—. ¿Qué tal, rubia? Tienes buen aspecto, ¿has engordado un poquito?

—¿Tú crees? —gruñó ella.

—De ser así sería un piropo —aclaró él—. Te encuentro un poco flaca, la verdad. Las chicas deben tener curvas. —Se frotó la cara—. Dieciséis grados bajo cero en Helsinki, ¿sabéis qué es eso? Un montón de frío, unos siete grados si esto fuera el juego de Kevin Bacon.

—¿Sabes si ha vuelto Ty? —le preguntó Syd.

Dennis negó con la cabeza.

—No, no sé nada del amigo medio americano-medio canadiense. Ojalá me hubiera tocado alguien como él de compañero de viaje —comentó—. En el avión de vuelta se sentó una profesora de lo más pelma. —Se levantó—. Os dejo, voy a saludar a Eric y así de paso que me cuente cómo está Chris.

Les guiñó un ojo y se marchó del cuarto.

—Está como una cabra —dijo JD—. No sé cómo se puede tener tanta personalidad sin que se le suba a la cabeza.

—A lo mejor no es consciente del carisma que tiene —replicó ella—. No se lo digamos por si acaso.

—¿Nos vamos a cenar?

—Sí, ya has oído a Dennis, tengo que comer más.

JD sonrió y tiró de ella. Parecía comportarse con naturalidad otra vez y el clima de amistad había regresado, por lo que Syd se dijo a sí misma que habrían sido imaginaciones suyas. Lo siguió al comedor y allí ya estaban sentados casi todos, como siempre criticando la comida.

Aprovecharon ese rato para ponerse al día sobre las vacaciones hasta que fue la hora de ir a dormir.

En el cuarto de los chicos, la tranquilidad era absoluta al faltar Chris. De hecho, JD tenía la sensación de estar solo porque Dennis era muy tranquilo y vivía en su mundo. Eso no estaba mal, pero echaba de menos un poco de conversación. Por suerte, las visitas de Eric serían tan frecuentes que no iba a tener oportunidad de extrañar a Chris, como demostró el chico entrando en la habitación con cara de cabreo.

—¡Dios, no soporto a Yin!

—¿Ya ha vuelto el hijito de papá? —preguntó el finés divertido.

—Ese imbécil no cambiará nunca. —Eric se sentó—. Quizá me venga a dormir con vosotros. No, no puedo hacerle eso a Ty, se amargaría.

—Bah, no te preocupes, Ty vive feliz con su rollito de «estoy aquí, pero realmente no estoy» —comentó Dennis—, y seguro que Yin no sabe ni cómo se llama.

—¡Qué va a saber! Me voy fuera, a ver si me calmo con el frío.

Mientras, en el cuarto de las chicas, Satchel y Syd estaban sentadas encima de la cama de la primera preparando los temas que iban a estudiar a partir de esa semana, cuando entró Cherry. Llevaba bolsas, además de su equipaje, y ropa tan ajustada como era normal en ella.

—¡Hola! —saludó con entusiasmo—. Llego la última, ¿no? ¡Tenéis buen

aspecto! —Dejó sus cosas—. ¿Cómo os han ido las vacaciones? Yo estuve en Suiza, esquiendo, hasta os he comprado unas gorras. Tomad.

Sacó dos gorras de una bolsa y se las dio a las chicas. Syd le dio las gracias, pero Satchel se limitó a dejarla sobre su cama con una mirada perpleja.

—También me he retocado los labios —comentó.

—Has estado ocupada —se burló la pelirroja—. ¿Cuántos libros has leído?

—¿Y tú? —le contestó ella también burlona. La chica frunció el ceño—. Pues eso, a callar.

Cherry cogió su neceser y se metió en el baño a colocar sus cosas. Syd fue tras ella y la observó mientras ponía su cepillo de dientes y demás con cuidado.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. —Cherry se giró con una sonrisa enorme—. ¡Soy una chica nueva! Sí, he desterrado lo negativo de mi vida.

—¿Y eso? —preguntó Syd divertida, aunque Cherry estaba tan efervescente que costaba creer que no fuera químico.

—Tuve una conversación con un amigo y decidí seguir sus consejos —dijo ella, mirándose al espejo—. Estoy siendo buena, mira. ¡Hasta he engordado!

—Bueno. Las chicas deben tener curvas —observó Syd con una sonrisa—. O al menos, eso es lo que dice Dennis...

Y cerca de allí, Shaffire estaba colocando su ropa en el armario cuando entró Gia. Iba cargada, pero no solo eso, sino que parecía otra: su oscuro cabello había recuperado su tono original, que era un tono similar al color del caramelo, y no se lo había cortado, con lo cual le llegaba por los hombros. El resultado era estupendo, pues suavizaba sus facciones y le daba un aspecto de sofisticación, sin contar con que le resaltaba los ojos avellana.

—¡Oye! —gritó Shaffire al verla—. ¡Pero bueno! ¡Estás guapísima! —La abrazó—. ¿Cómo no te habías dejado tu color de pelo antes?

—Porque prefería que me apreciaran por mi interior —sonrió Gia.

—¿Y ya no?

—Ahora tengo otros intereses en el horizonte, necesito sacar todos mis encantos al exterior.

Shaffire observó que también había cambiado su estilo vistiendo, había obviado la ropa deportiva y amplia en favor de prendas más ajustadas que le

favorecían mucho.

—Si me voy a Ottawa contigo, ¿volveré así de espectacular?

—No te hace falta. —Tiró su maleta con un suspiro—. Tú eres mona sin necesidad de cambios, pero creo que mi «crisis de belleza interior» ya ha pasado.

—Pues que viva, ¿sabes si Jake ha llegado?

—No, pero pensaba pasarme por su cuarto a saludarlo si eso, ¿me acompañas?

—No, te espero aquí —zanganeó Shaffire tumbándose encima de su cama—. ¡No tardes!

Gia salió del cuarto y fue por el pasillo de los chicos ignorando las miradas que despertaba a su paso. Al llegar a su destino, llamó a la puerta y le abrió Dante, uno de los compañeros de Jake.

—Hola —saludó al verla—. ¡Jake, es Gia! Oye. —La miró de arriba a abajo—. ¿Estabas tan buena antes?

—Parecida.

—No sé por qué no me había fijado.

—Estás muy ocupado con el grupo y tus ligues. ¡Jake, mueve el culo!

Jake salió apresuradamente con la cazadora a medio poner y el tabaco en la mano. Se quedó mirándola unos instantes, como si no la reconociera, y cerró la puerta.

—¿Qué te has hecho?

—Pues hacerte caso —dijo ella—. ¿No me dijiste que tenía que cambiar de imagen? Pelo, ropa... —Se detuvo al ver una expresión extraña en la cara de su amigo—. ¿Es que no te gusta?

Jake se encogió de hombros.

—Supongo —contestó—. Bueno, no sé, yo te veía mejor antes, al menos eras... distinta. Ahora eres otra rubia más con las tetas grandes.

—Pero... —Lo miró consternada—. Corrígeme si me equivoco, ¿no fuiste tú quien me recomendaste esto? ¡Por Dios, si te reíste de mí cuando te dije que quería operarme!

—No pensaba que me fueras a hacer caso, creí que con tu personalidad... Bueno, eran consejos tontos. No te hacía ninguna falta volverte rubia.

—No es rubio, es tono caramelo. No te entiendo, Jake.

—Da igual. —Salieron a la calle, se sentaron en las escaleras y sacaron el tabaco—. ¿Las vacaciones qué?

—Pues mejor de lo habitual —respondió Gia dando una calada—. ¿Tus

padres te han dado la matraca con los exámenes?

—Ni te lo imaginas, siempre con la misma historia... En fin, da igual, es lo que tiene tener padres que quieren que estudies lo que toda la familia, ¿los tuyos?

—No, me han dejado en paz. —Ella estiró las piernas—. Claro que yo saco unas notas cojonudas.

Jake hizo un gesto irónico.

—El lamento de una auténtica empollona —se burló—. Puede que ahora que eres rubia debas ir con cuidado.

—Caramelo. Te estás volviendo un gruñón.

—Hablo en serio, conozco casos de chicas que la misma semana que se tiñeron de rubias empezaron a perder conocimientos. —Él siguió con la broma, pero vio que Gia tenía el ceño fruncido—. Puede que el que esté cambiado no sea yo, sino tú, seamos realistas. Ese monaguillo ha hecho que te conviertas en otra Barbie más. Una Barbie empollona, pero Barbie, al fin y al cabo.

—Que te den. —Gia se levantó enfadada y apagó su cigarrillo—. Cuando se te pase la época borde me avisas.

—Y tú avísame cuando vuelvas a la Gia de siempre —replicó Jake sin moverse.

Gia se marchó conteniendo las ganas de pegarle cuatro gritos. Pero, ¿qué demonios le pasaba a Jake? Pues vaya principio, se habían lucido. No sabía por qué le sentaba mal que precisamente él criticara su aspecto, o quizás fuese el tono con el que lo había hecho, como si estuviera decepcionado.

Entró en su cuarto y pegó tal portazo que Shaffire dio un bote en su cama.

—¡Dios! —exclamó—. ¡Pensé que era Melissa!

—No, esa tardará unos días en volver, como siempre, ya sabes que se siente especial.

Shaffire estudió su cara de mal humor y la miró.

—Qué cigarro tan corto.

—He discutido con Jake —gruñó ella—. ¡Es imbécil! No le ha gustado mi aspecto, ¿sabes qué me ha llamado? ¡Barbie! ¡Será idiota!

Shaffire se mordió el labio, intentando controlar las carcajadas sin mucho éxito.

—¿Y eso es una discusión para ti? Deberías oír las que tengo yo con mis viejos. Eso son gritos, y no los de *Viernes 13* —resopló y la miró—. Lo arreglaréis, ¿no?

—¡Y yo qué sé! Joder, está tan raro... Es mi mejor amigo, pero eso no le da derecho a decirme todo lo que le da la gana.

—¿El que dice lo que siente, ni peca ni miente? —preguntó Shaffire y ella asintió—. La verdad que tiene una lengua viperina, no me gustaría que la usara contra mí.

—A eso mismo me refiero.

—Pero estás disgustada —observó la morena—. Vete a verlo mañana, cuando se te haya pasado un poco el calentón, y pregúntale qué le pasa. Se sentirá conmovido y lo arreglaréis todo.

Gia suspiró mirando al techo. Luego empezó a deshacer su equipaje, que había dejado tirado para ir a ver a su amigo, y Shaffire le echó una mano. Cuando terminaron, la morena se echó en su cama con la canción que tenía que aprenderse, mientras la tarareaba con suavidad.

—¿Ya te la sabes? —quiso saber Gia—. ¿Me dejas verla?

Shaffire se la pasó y Gia la leyó con atención. Cuando terminó, se la devolvió con una expresión en el rostro que no dejaba claro si le encantaba, o todo lo contrario.

—Dan ganas de abrirse las venas con esa letra, claro que, ¿qué se podría esperar de Dennis? Seguro que esta es la más optimista.

—Es una obra de arte, ¿no te parece?

—Hombre, es buena, pero tanto como una obra de arte... ¿Las compone él solo?

—Por norma general sí, aunque creo que a veces le ayuda otro tío del grupo, uno de los que comparte habitación con Jake. Tú dirás lo que quieras, pero te aseguro que cantada es una pasada e canción. —Se acurrucó en la cama satisfecha—. Una verdadera maravilla.

Gia la estudió unos segundos y movió una ceja al ver la sonrisa distraída de la chica. Ese gesto de atolondrada le resultaba muy familiar.

—Supongo que esa pasión musical no tendrá nada que ver con Dennis, ¿no? —preguntó.

—No, no, esto es todo profesional, ¿por qué lo preguntas?

—Curiosidad.

—No piensas que pueda gustarle, ¿verdad?

—Bueno. —Gia saltó de su cama—. Si algo he aprendido es que Dennis es impredecible, nunca se sabe por dónde va a salir, son... cosas de genio.

Fue a lavarse los dientes y Shaffire recuperó su postura en la cama y su sonrisa tontorrna. Por supuesto que todo tenía que ver con Dennis, pero no

tenía por qué confesar. Prefería no decir nada por si acaso no salía bien. Y así, pensando en su talento, en sus ojos y en su voz, se quedó dormida con la canción apretada contra el pecho.

Syd estaba pensando en acostarse cuando su teléfono sonó. Al descolgar, oyó la voz de Chris al otro lado y se incorporó en la cama de golpe.

—Estás hablando con un despojo andante —saludó él con voz jovial—. Me parece justo que sepas que soy mercancía de segunda porque, en este momento, la fiebre me hace decir bobadas.

—Qué tontería, ya te pondrás en forma —replicó ella.

—Lamento no haber avisado antes. Pensé que era un simple resfriado, pero empeoró de golpe y antes de darme cuenta estaba en urgencias con cuarenta de fiebre. ¿Todo bien por ahí?

Bueno, ahí estaba la respuesta. Chris no se encontraba en condiciones de enviar mensajes de móvil, no existía razón alguna para que se sintiera inquieta.

—Todo en calma. ¿Qué harás para conseguir los apuntes, tu hermano?

—¿Quién si no? Además, eso le dará la oportunidad de sermonearme respecto al tema, descuida. Según él, esto me pasa por no abrigarme lo suficiente.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé —contestó Chris pensativo—. Puede que dos semanas, tres como mucho a menos que se complique. De momento tengo que hacer reposo en cama, que es una tortura para mí. —La oyó soltar una carcajada—. Sí, riete.

—Solo tienes que recordar lo maravilloso que era ponerse enfermo cuando éramos niños y podías pasarte una semana durmiendo, leyendo comics y comiendo chocolatinas.

—Visto así...

Charlaron un rato más de cosas intrascendentes y después se despidieron: Chris prometió estar en contacto para ponerle al día de su recuperación, y ella prometió contarle todas las novedades para que luego no estuviera fuera de onda. Cuando colgó, sus compañeras ya estaban dormidas, así que apagó la luz y se acomodó en su cama.

Al día siguiente se reanudaban las clases, así que todo volvió a la normalidad.

Satchel realizó la jugada anterior de esperar a Yin al salir de clase, pero esta vez él fue más listo y se escabulló antes de ser atrapado, así que la chica

fue a comer con el ceño fruncido. No contestó cuando le preguntaron qué le pasaba, no quería dar pistas. Esa tarde había quedado en ayudar un poco a Mark, que iba muy retrasado. No porque tuvieran buena relación, pero al ser sustituto de Chris como capitán del equipo de *hockey* iba a necesitar toda la ayuda posible y el entrenador se lo había pedido, así que Satchel dejó de lado sus recelos y antipatía. Sin embargo, debido a eso no podría contactar con Yin hasta el día siguiente y eso la cabreó aún más.

« Si se cree que se va a librar de mí, es que no me conoce » , se dijo.

Así que esa tarde se encontró con Mark en la biblioteca. Syd y JD también estaban allí, siempre aprovechaban el horario de él para seguir después su jornada de estudio, pero Satchel prefirió sentarse apartada porque se había dado cuenta de que el chico se distraía con el simple vuelo de una mosca.

—No —repuso, cuando un rato después se aburrió de tratar de captar su atención—. Mark, no sé si es que no leemos lo mismo o que no prestas atención, pero tienes que ponerte las pilas.

Se pusieron otra vez, pero ella notó que de nuevo Mark se distraía, así que le dio en el brazo.

—Vale, hagámoslo en voz alta.

El joven carraspeó de mala gana y leyó el párrafo con voz silábica y sin ritmo, lo cual extrañó a la chica. Su primer impulso fue comentar lo mal que leía, pero se contuvo.

—Espera, eso ya lo has leído...

—Ah, es cierto, perdona.

Satchel lo dejó terminar y luego continuó indagando desconcertada.

—Déjame tus apuntes. —Le cogió el cuaderno y entonces comprendió—. Oh, vaya.

Era un desastre: parecía escrito por un niño, había mala coordinación, con letras de distinto tamaño, algunas juntas y otras excesivamente separadas, pésima caligrafía...

—Es suficiente por hoy —dijo, devolviéndoselo—. Estoy cansada, mañana seguimos.

—Genial. —Mark se levantó como un rayo y se estiró—. Tanto estudio me va a dejar atrofiado. Voy a correr un rato y tú deberías venir también.

—No, voy a coger un libro. —Ella se levantó—. Nos vemos mañana en el entrenamiento.

Se despidieron y ella salió de la biblioteca consultando el reloj. Todavía no era muy tarde, así que fue a la zona de profesores y se encontró llamando al

despacho de *Hueso*. Cuando oyó una voz instándola a pasar obedeció, cerrando tras de sí.

—Hola —dijo Mackenzie—. ¿Pasa algo?

—Perdone, ¿podría hablar un momento con usted?

—Claro, pasa.

Satchel se sentó en frente de ella. No conocía demasiado bien a su profesora. Como casi todo el mundo, estaba de acuerdo en que no era la mujer más simpática del internado, pero también sabía que en su campo era la mejor.

—Eres una de las mías, ¿verdad? —preguntó *Hueso*, mirándola a través de sus gafas—. Satchel Kelly.

—Sí, caray, qué buena memoria.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Tienes algún problema con tu trabajo?

Satchel negó con la cabeza.

—No, no vengo por mí. Tengo un amigo que estudia aquí y... he advertido cosas anormales, algo raro en su forma de leer y escribir. Creo que podría ser dislexia, pero... está en segundo, me cuesta pensar que haya llegado tan lejos así.

—¿Cómo va en sus estudios?

—Pues mal, y eso que no es del todo tonto... —La vio sonreír—. Pero hoy, cuando he visto sus apuntes... era como el cuaderno de un crío de diez años.

Le relató todo lo que había visto sin dejarse nada, y ella comenzó a asentir.

—La dislexia es un trastorno específico del lenguaje y se caracteriza por la dificultad para aprender a leer. Es posible que sea adquirida. —La miró—. Son personas que sabían leer y han sufrido una lesión o trauma cerebral que afecta al área del lenguaje en el cerebro.

Satchel se quedó pensativa.

—Es jugador de *hockey*, se da golpes a menudo.

—Bueno, tendrían que haber sido golpes muy duros... La evolutiva se traduce en dificultades para deletrear, leer y escribir, eso convierte en difícil lo más sencillo y provoca inseguridad y demás problemas de atención.

—Ahora que lo dice, le cuesta mucho mantenerse atento, se distrae continuamente.

—¿Le has comentado algo? —Ella negó—. Si quieres, puedes decirle que venga a hablar conmigo, quizá le podría orientar. O puedes hablarle tú misma, como amiga.

Satchel lo meditó un momento.

—Gracias. Me ha servido de mucha ayuda, profesora Richards.

—Hagas lo que hagas, sé delicada —le sugirió la mujer—. Ya me entiendes.

Ella asintió y salió cerrando la puerta del despacho; tendría que pensar cómo iba a planteárselo a Mark, porque efectivamente, como le acaba de decir Richards, el tema era delicado. Y tampoco se llevaba de cine con él, solo se toleraban. Dejó los libros y bajó al comedor dando vueltas al tema en su cabeza.

Después de la cena, Eric subió a la habitación y allí encontró a Ty, recién llegado y con sus maletas sin deshacer.

—Hombre, el desaparecido —saludó Eric—. Ya pensábamos que no volveríamos a saber nada de ti.

—Perdí el avión —refunfuñó él—. Horas y horas en el aeropuerto por un retraso del taxista.

—Al menos has llegado. Te has perdido la cena, pero claro, eso es algo positivo. —Sonrió—. ¿Han ido bien las vacaciones?

—Tranquilas. —Ty miró alrededor—. ¿Y Yin? ¿No ha vuelto?

—¡Ja! Como si tuviéramos tanta suerte. Estará por ahí haciendo lo que sea que haga cuando no está aquí. ¿Te echo una mano con la maleta?

—Estaría bien.

Se pusieron a deshacerla, y cuando les quedaba poco entró el coreano. Los miró por encima del hombro, como tenía por costumbre, y pasó de largo con una mueca en los labios.

—Hola, chicos —dijo Eric en tono sarcástico—. ¿Qué tal las Navidades? Yo bien, gracias, aunque soy tan tonto que mi exquisita educación no me permite decir ni esto.

—Olvídame —respondió Yin, metiéndose en el lavabo.

Los dos chicos se miraron.

—El mismo estirado de siempre —dijo Eric.

—Debe llevarlo en los genes —añadió Ty.

Pasaron un par de días durante los cuales Gia apenas si vio a Jake, y eso que se cruzaban por los pasillos, porque en el comedor se pusieron de acuerdo para no coincidir. Al final, ella decidió hacer de tripas corazón y dar el primer paso para arreglar la discusión. Fue a buscarlo a la biblioteca por la tarde y lo encontró con unos auriculares puestos y escribiendo algo; no le hiciera mucha gracia claudicar, pero no quería dejar pasar más tiempo y que al final

acabaran por no hablarse o algo así.

Al verla, se quitó los cascos y la saludó con la cabeza.

—¿Quieres hablar?

—Estamos en la biblioteca —señaló él—, pero tengo ganas de fumar, salgamos.

Cogió sus libros y se encaminó hacia la calle después de saludar a Ava con la cabeza.

Gia fue tras él y se cruzó de brazos, observando cómo Jake encendía un cigarrillo y esperaba con una mirada interrogativa.

—¿Y bien?

—¿No piensas volver a hablarme nunca más?

—Si no recuerdo mal, tú me pediste que no lo hiciera —le recordó él.

—No seas así —protestó Gia—. ¿No puedes reconocer que fuiste un capullo?

Jake se encogió de hombros, dejando claro con su actitud que no opinaba como ella en absoluto.

—Era lo que pensaba —dijo a modo de excusa.

—¿Así te disculpas? —Lo miró—. ¿Por qué te molesta tanto que me haya cambiado el pelo?

—No es el cambio en sí, sino por qué lo haces —le contestó Jake—. No necesitas disfrazarte para gustarle a nadie, pequeña, lo que tienes que hacer es pasar de JD.

Gia asintió lentamente con la cabeza y se sentó en las escaleras.

—Supongo que es lo que debo hacer —dijo—. Pero, si eres mi amigo, deberías apoyarme, tanto si te gustan mis elecciones como si no.

—Está bien, tienes razón —admitió él a regañadientes—. Fui desagradable. Muy desagradable. Y me disculpo por ello. —Le puso la mano y ella se la chocó—. ¿Arreglado?

—Por ahora —sonrió Gia—, pero tenemos que trabajar esta parte, Jake. —Miró el reloj—. Venga, volvamos a la biblioteca, aún tenemos un rato para estudiar.

—No me provoques más de lo necesario, Georgia.

—Y tú no me llames Georgia, que siempre lo haces cuando estás molesto conmigo. Lo mismo que mis padres —observó ella, en tono exasperado.

Jake desistió de intentar que comprendiera su postura, era una pérdida de tiempo. Para él, una chica podía gustarte tal y como era o no gustarte, pero no fijarse en ti porque hubieras reducido una talla de camiseta o teñido el

cabello. Que Gia recurriera a aquel tipo de cosas le decepcionaba porque ella siempre había tenido muy claras sus ideas; cuando modificaba su carácter por un chico tenía la sensación de que no la conocía. Como si su mejor amiga estuviera cada vez más lejana y su sitio fuera ocupado por una desconocida con la que tenía poco en común. Pero claro, todo eso no podía soltarlo, ella creería que había perdido la cabeza y que estaba exagerando, algo que por otro lado también era posible.

En aras de un avemaría por la paz, se limitó a asentir con una sonrisa y continuar fumando su cigarrillo como si solo se hubiera tratado de una rabieta de adolescente tonto. Lo que fuera por mantener la tranquilidad entre los dos, al menos hasta que durara.

A esa misma hora, Shaffire merodeaba cerca de las aulas de música. Esa mañana había encontrado una nota bajo su puerta donde ponía: «Aula seis, siete p.m. Trae la voz. Dennis.» Después de dar unos cuantos saltitos de alegría se había pasado el día poniéndose nerviosa, y según se acercaba el momento, cada vez se sentía peor. Todavía no era la hora acordada y claro, no quería llegar tarde, pero tampoco demasiado pronto.

Estaba sentada en el suelo repasando la canción cuando se acercó un chico; la miró desde arriba sorprendido. Era alto y desgarrado, de cabello castaño y expresión cordial, algo que quedó en evidencia cuando sonrió al encontrarla allí.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó.

—No —se apresuró a contestar Shaffire—. Solo estoy haciendo tiempo hasta las siete.

—¿Y qué pasa a las siete?

—Tengo que cantar con un grupo, pero he llegado pronto y como no quiero parecer ansiosa he decidido esperar aquí. Ha sido una mala idea porque ahora estoy nerviosa, además de ansiosa.

Se dio cuenta de que estaba hablando en exceso al ver que el chico se reía.

—Ah, vale, tú debes ser la chica de la que nos ha hablado Dennis. Soy Roman Casey.

Le tendió la mano y ella se levantó.

—Shaffire.

—¡Menudo nombre!

—¿Tú eres Roman? No te... bueno, me había imaginado al grupo diferente.

—Cada uno tiene su propia personalidad. Además, el aspecto es lo menos

importante... Si no, tú no estarías aquí, ¿sabes?

—Ya lo sé, le he dado la lata a Dennis hasta que no le ha quedado más remedio que oírme.

Roman se echó a reír.

—Venga, entra conmigo.

—Estoy muy nerviosa.

—Pues no lo estés, porque estarás entre amigos.

Se adelantó, y Shaffire lo siguió con una sonrisa. No esperaba aquello, de hecho, creía que todos serían tipo Dennis o más macarras, y le gustaba que no fuera así. Según se acercaba al aula, fue oyendo música y una vez en la puerta, Roman le indicó silencio. La canción le era familiar, la voz parecía la de Dennis.

—Es *Enjoy the silence* —informó Roman al ver su cara—. A Dennis le gusta Depeche Mode, hace buenas versiones de sus canciones.

—¿Por qué no canta él? —quiso saber Shaffire—. Con esa voz tendríais éxito asegurado.

—Cualquiera sabe —dijo Roman—. Él es así, canta cuando le apetece. Vamos.

Entraron, ella un poco cohibida. Había otros dos chicos en el aula, uno en la batería y otro con la guitarra, pero no parecieron molestos por la interrupción; Dennis dejó de cantar mientras Roman se acercaba a coger su bajo.

—Dante y Nathan —presentó el finés, señalando con la cabeza primero al guitarra y después al batería—. Ella es Shaffire, la de la prueba que os comenté.

Dante tenía un rostro redondo y aniñado, no exento de cierto encanto, sobre todo proporcionado por sus ojos verdes. No debía medir mucho más que Shaffire, lo que lo convertía oficialmente en alguien «bajito», pero en su físico no desentonaba. Nathan era pelirrojo y pecoso, con ojos azules y complexión delgada: un chico guapo con rostro de niño bueno que generaba confianza.

Shaffire alzó la mano con timidez hacia ellos, dedicando un saludo.

—Vale, presentaciones hechas —dictaminó Dennis y les hizo un gesto—. Vamos a tocar *It's over*, pero Nathan, no metas mucho ruido que quiero oír su voz bien, ¿vale?

—Hecho —dijo Nathan golpeando un platillo.

—Shaffire, ¿necesitas la letra?

—Me la sé de memoria. —Se aproximó vacilante.

—El micro es tuyo —dijo Dennis retrocediendo—. ¿Lista?

Shaffire afirmó y miró el micrófono. Oyó como la música empezaba y ahí estaba ella, se sabía la canción entera y se moría de ganas de cantarla, era su gran oportunidad, pero, por algún extraño y desconocido motivo, la voz no le salía a pesar de haber cantado mil veces en el Conservatorio. Notó que la ansiedad se apoderaba de ella y que no producía el menor sonido.

—Basta —ordenó Dennis parando la música y volviendo cerca de ella—. ¿Todo bien?

—Lo... lo siento, yo... es que...

—Escucha. —Dennis se le acercó y bajó la voz, lo que aún la puso más nerviosa—. Respira. —Ella le obedeció—. Mírame, anda. Olvídate de la gente, imagina que solo estoy yo. ¿Vas a cantar para mí?

Ella asintió. Dennis regresó a su sitio y cogió su guitarra, haciendo un gesto a los demás para que comenzaran de nuevo con la música de la canción. Cuando empezaron los acordes, Shaffire creyó que no podría, pero en cuanto le salió la primera palabra la sensación de angustia desapareció. Lo único que quería era impresionar a Dennis y, de pronto, el aula se llenó con una voz de fuerza arrolladora. Los graves le salían bien, pero los agudos eran magníficos.

Dante y Nathan cruzaron una mirada entre ellos, sorprendidos. Shaffire siguió cantando mientras las endorfinas fluían con intensidad por su cuerpo: no se equivocó ni una sola vez, no hubo que repetirlo y, cuando terminó, se quedó quieta reprimiendo las ganas de pegar saltos de alegría.

—¡Guau! —gritó Roman—. Ha estado genial, ¿no, Dennis?

«Si dice que no, me muero», pensó Shaffire siguiéndolo con la mirada.

—¡Vaya! —comentó Dennis—. Quién iba a decir que escondías semejante voz... Lo sabía, sabía que si cambiabas de estilo aprovecharías mejor tu talento.

—Entonces, ¿te ha gustado?

—Sí. Claro que hay fallos...

—No seas malvado. —Nathan le tiró una baqueta, pero él se apartó y esta cayó al suelo—. ¡Mierda! ¿No sabes cogerla, tío?

Shaffire cogió aire, disimular indiferencia mientras escuchaba el intercambio de frases entre ellos le estaba resultando muy complicado. Ahora que la emoción se desvanecía con lentitud, supo que no le confirmarían nada en ese momento.

—Supongo que tengo que irme ya —comentó—. ¿Me tendréis en cuenta para vuestro grupo?

—Lo pensaremos —prometió Dennis.

—Gracias por dejarme cantar. Nos vemos.

Se marchó, aunque no deseaba hacerlo. Suponía que ellos querrían quedarse solos para debatir si podía pertenecer a su grupo o no, y no se equivocaba.

Una vez hubo cerrado la puerta, Roman se cruzó de brazos mirando a Dennis.

—¿En serio te planteas que pertenezca al grupo? —preguntó.

—No lo sé. Ella quería cantar a toda costa y le he dado la oportunidad, ¿qué os ha parecido?

—A mí me ha gustado —opinó Nathan—. Seguiremos manteniendo el estilo musical, eso es lo importante. Cuando la he visto, he pensado que iba a cantar algo de Britney Spears.

Dante soltó un resoplido y el resto comenzó a reírse.

—Hay que pensar con lógica —dijo Dennis—. Llevamos un año sin cantante. La pregunta es, ¿queremos hacer algo con este grupo?

Se miraron entre ellos.

—Yo sí —dijo Dante—. Podemos pulirla, creo que tiene potencial, ¿cuándo hemos oído una voz así? Aquí no, desde luego.

—¿Y si nos perjudica la imagen? —preguntó Nathan—. ¿Qué crees tú, Dennis? Eres el del olfato y las buenas ideas.

El chico encendió un cigarrillo.

—Que tiene buena voz es innegable, pero me preocupa un poco que no se lo tome en serio, sino solo como pasatiempo. No sé si solo le gusta la idea de tener un grupo sin saber todo el trabajo que hay detrás.

Roman se quedó pensativo.

—Podríamos probarla —sugirió—. Si vemos que no se lo toma en serio, se va fuera. Me refiero a que se lo avisamos por adelantado para que luego no haga un drama.

—Con una chica será más comercial —añadió Dante.

—No puede cantar con nosotros con esas pintas —dijo Nathan divertido.

—Por eso no te preocupes —le cortó Dennis—. Entonces, ¿la cogemos a prueba?

—Si a ti te gusta, a mí también.

—Además, la chica está buena —comentó Dante y todos lo miraron—. ¿Qué? Es cierto.

—Pues parece que tenemos cantante nueva —sentenció Dennis, y Nathan lo

obsequió con un golpe de batería—. Gracias, Nathan.

Shaffire subió a su cuarto donde Gia estaba estirada en su cama subrayando unos apuntes. La miró, extrañada por sus mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—Eh, ¿vienes de cantar o de darte un revolcón?

—De cantar. Gia, ha sido increíble. —Se sentó—. Son una banda de verdad, no una de esas cutres de garaje, ¡no veas cómo tocan! Durante unos minutos, he sentido que formaba parte de algo y eso es lo que más deseo en el mundo. Ojalá me dejaran pertenecer al grupo.

—¿Y ellos qué te han dicho?

—Que ha estado bien, que tenía fallos, pero les ha gustado mi voz... y que lo pensarían.

—Pues suena prometedor, no estés nerviosa.

—¿Tardarán mucho en decidirse? Hay un chico que toca el bajo y es simpático, Roman, ese es el que te decía que componía con Dennis. El batería es muy mono, se llama Nathan. —Gia asintió con una sonrisa, a veces parecía que su compañera olvidaba que ella llevaba un año allí y conocía más o menos a casi todos los estudiantes—. No quiero marearte, perdona.

—No lo haces, tranquila. Roman es el antiguo compañero de cuarto de Jake... Me parece muy majo.

—Lo sé, todos parecen muy profesionales... y Dennis se ha portado de miedo. Creía que iba a masacrarme con sus comentarios irónicos, pero no. Cuando me ha entrado el pánico, ha logrado hacer que me concentre.

—Ya te lo dije, un día blanco, un día negro.

—Es el tío más interesante que conozco. —Gia la miró con una sonrisa socarrona—. Profesionalmente.

—Por supuesto.

Shaffire le tiró un cojín a la cara y las dos se rieron.

CAPÍTULO 10

JD abrió la puerta de un pequeño cuarto donde se guardaban todas las cámaras y los equipos que se utilizaban en las clases de audiovisuales. Syd iba con él, mirándolo todo con curiosidad. Habían terminado sus clases por el día y JD le había preguntado si quería acompañarle a coger una cámara. Él podía entrar allí cuando lo necesitara gracias al permiso que le había dado el profesor Grant.

—Por Dios, todo lo que hay aquí —comentó ella estudiando las baldas llenas de películas embaladas.

—Sí, esto es un desastre. —JD empezó a mirar las cámaras de una en una—. Tenemos que elegir. —Cogió una y la estudió un poco—. No está mal, pero es grande, pesa demasiado.

—¿Y esa? —Syd señaló una cualquiera al azar.

—Esa solo si quieres que tu trabajo salga mal. —Paseó sus ojos por todas las cajas buscando y cogió otra que estaba semioculta entre cartones—. Perfecto. Esta es profesional, de gama alta y, además, ENG.

—Como si supiera lo que significa —dijo Syd con una mueca.

—Significa que es portátil.

—Pues di eso, que con tu jerga de universitario no entiendo nada —lo chinchó ella divertida.

—Pues te recuerdo que tú también tendrás que aprendértelo, aunque sea en líneas generales. ¿Qué clase de video quieres hacer?

—Vale, vale, veo que ahora estás en modo profesional. —Le sonrió—. Muy bien, pues un reportaje, en teoría sobre la elección de la carrera y el ambiente... quizás la vida aquí con un toque ácido.

JD asintió, comprobó que tuviera batería y se la cargó al hombro.

—Vamos —dijo saliendo del cuarto.

—¿Vamos? ¿A dónde? —preguntó Syd siguiéndolo.

—A hacer una prueba.

—¿Ahora? ¿Con esta pinta?

—Es solo una prueba, no cuenta. —Al verla dudar la miró con una

expresión risueña—. ¿Te da vergüenza?

—Vale, una prueba. Pero no me saques fea.

—Eso es imposible. —Cogió la cámara y enfocó para comprobar que la óptica era buena; buscó hasta dar con un encuadre que le gustara y le hizo un gesto—. Mira, ponte ahí mismo, será cosa de un minuto.

Syd le hizo caso, extrañada de que no quisiera rodar en la parte delantera de la universidad. Lo vio manipular la cámara y le pareció que tardaba una eternidad en decidirse a rodar; luego la enfocó.

—Di algo —le ordenó.

—Hola.

—Viva la originalidad...

—Vale. —Ella sonrió y él volvió a la cámara—. Soy Sydney West, y hablo desde el Sharidan College en Montreal. No, no es una cárcel cualquiera, la gente paga por estar encerrada aquí. —Él sonrió al oírla—. Nos encontramos en Quebec, Canadá, famosa por sus cataratas del Niágara, su abundancia de sol y nieve en invierno, la belleza de sus paisajes y, por supuesto, Céline Dion.

Oyó una risita desde detrás de la cámara y levantó una ceja.

—¿Es suficiente?

—Claro —respondió JD—. Ven, echa un vistazo.

Ella se acercó y JD le dejó la cámara para que viera la grabación. Era extraño, porque él había utilizado la luz del atardecer de manera que su rostro tenía algo de enigmático y casaba a la perfección con las montañas nevadas que se intuían a lo lejos. Entendió entonces por qué no la había mandado situarse delante de la fachada del internado.

—Esto es... genial —comentó—. ¡Se te da muy bien!

—¿Es necesario que parezcas tan sorprendida?

—Oh, no, no quería decir eso —se apresuró a decir Syd, aunque él sonreía—. Quiero decir... no sé cómo has hecho para que se vea así. ¡El efecto de las luces es increíble!

—Sí, resulta que este tipo de cosas son lo que aprendo en mis clases. ¿Cuándo quieres rodar?

Ella se encogió de hombros.

—Me amoldaré a tus horarios —replicó—. Ty y yo todavía tenemos que escribir el guion.

—No se te da mal improvisar. —JD volvió a revisar la corta grabación—. Das bien en cámara y, en este caso, la naturalidad juega a tu favor.

—¿Es una crítica profesional?

—Exacto. —Apagó la cámara y volvió a colgarla de su hombro—. Curioso que compares el internado con una cárcel, me ha llamado la atención.

Echaron a andar porque el frío empezaba a ser insoportable. Ya dentro, ella sacudió la cabeza.

—Eso es porque me he pasado toda la vida metida en ellos, uno tras otro —explicó Syd mientras volvían al cuarto de cámaras a dejar la que habían cogido—. Creo que no he tenido un solo año escolar normal.

JD la miró sorprendido.

—¿Nunca? ¿Y tu madre estaba de acuerdo? —Al ver su expresión se apresuró a añadir—. No hace falta que contestes si es un tema incómodo.

—No, es igual. Sí es un tema incómodo, pero contigo puedo hablar —contestó Syd—. Mi madre murió, ni siquiera me acuerdo de ella. Supongo que antes de que pasara mi padre era normal, pero después no volvió a serlo. —Se quedó pensativa unos segundos—. Entonces empezó a mandarme fuera. Internados durante el año y campamentos en verano, me tenía bien controlada, pero nunca venía a visitarme. Y vigilada, claro, siempre con guardaespaldas...

JD parecía incrédulo. En su cabeza no entraba que un padre pudiera hacer eso, pero él no provenía de una familia disfuncional y, en esos momentos, se alegraba de ello pese a su floja economía.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué mandarte lejos si eres lo único que tiene?

—No lo sé, supongo que no soporta mirarme o algo así, me parezco demasiado a mi madre.

—Es un imbécil.

La manera en que lo dijo hizo reír a Syd. JD podía ser demasiado sincero a veces, pero eso no le molestaba; además, era la respuesta que quería escuchar en vez de un montón de frases de lástima, no soportaba esas miradas de «pobre niña rica».

—Ahí te doy la razón. Serás discreto, ¿verdad? —Él asintió dejando la cámara en su sitio—. Pues vamos a cenar, que ya es la hora.

Se fueron hacia allí juntos y justo se cruzaron con Satchel, pero ella no los vio, pues prácticamente iba corriendo hacia el campo de *hockey* con la intención de interceptar a Mark antes de que fuera al comedor, donde se sentaría con sus propios amigos y no podrían hablar. Tuvo suerte: Mark salía del vestuario después de la ducha.

—¡Hey! —Frunció el ceño al verla—. ¿Por qué no has venido a entrenar,

Satchel?

—No he tenido tiempo.

—Para un jugador, el entrenamiento debe ser sagrado, tienes que tomártelo en serio si quieres jugar.

—Tienes razón —resopló ella—. ¿Podemos hablar un momento?

—Ya lo estamos haciendo, ¿no?

—Es otra cosa. Ven. —Se acercó a los bancos que tenían fuera y se sentaron—. ¿Te has dado algún golpe fuerte últimamente?

Mark hizo memoria y después negó.

—No, al menos que yo recuerde. ¿Cómo de fuerte? ¿Por qué?

—Mark, el otro día, cuando estábamos en la biblioteca y miré tu cuaderno, noté algo raro —empezó Satchel con voz vacilante.

—Siempre se me ha dado mal escribir. Bueno, la cabeza no es mi fuerte en general —contestó él—. ¿Qué buscas? ¿Llamarme tonto a la cara o qué?

Ella negó con lentitud.

—No, no eres tonto —lo corrigió con voz suave—. De hecho, eres inteligente, pero tienes un problema que te impide avanzar.

—¿De qué estás hablando?

—Tu escritura era torpe, con mala caligrafía, sin apenas coordinación, con distintos tamaños y letras al revés. Tu lectura era lenta, sin ritmo; a veces te saltas líneas, las omites, las confundes o las repites. Todo eso dificulta tu atención y te provoca inseguridad, ¿sabes a qué me refiero?

—No.

—Se llama dislexia.

—¿Adivinaste eso solo leyendo mi cuaderno? —preguntó él boquiabierto.

—Me extrañaba que sacaras tan malas notas —contestó Satchel, encogiéndose de hombros—. Entiendo que no eres un empollón, pero no se correspondían con tus esfuerzos, a pesar de que te distraigas tanto. ¿Siempre has sido así? Puede deberse a una lesión.

Mark negó con la cabeza.

—No, siempre he sido así.

—¿Cómo has llegado aquí sin que nadie se haya dado cuenta?

—Mis padres solo viven para trabajar y en el instituto jugaba tan bien al *hockey* que no me hacía falta nada más —le contó el chico—. Bastaba con que ganara los partidos y nadie decía nada de mis notas. En realidad, creo que ni siquiera se molestaban en leer mis exámenes.

—Tienes que corregirlo, has de aprovechar tu inteligencia en igualdad de

condiciones que los demás. Y tiene arreglo, eso es lo mejor.

Mark parecía dudar.

—No sé...

—Nadie tiene por qué saberlo, *Hueso* te recomendará a un especialista o te dará una serie de ejercicios y todo solucionado.

—Será duro, ¿verdad?

—Sí, pero yo te ayudaré en todo lo que pueda, Mark. Lo conseguirás.

—No sé qué decir —resopló él, un poco superado por la información que acababa de recibir. La miró, extrañado porque sabía que si lo había ayudado en un principio había sido porque el entrenador se lo había pedido, pero que se hubiera molestado tanto no lo había esperado—. Gracias por tu preocupación, en serio, eres buena tía.

Satchel sonrió con inocencia.

—Lo sé, ya tendrás ocasión de devolverme el favor. —Se levantó—. Y ahora, ¿podemos ir a cenar? Tengo tanta hambre que no puedo pensar.

En el comedor se separaron para ir cada uno con su grupo.

Cuando Satchel llegó a la mesa con su bandeja, Syd estaba contándole a Ty lo del trabajo y la grabación. Le hizo una breve descripción del video prometiendo enseñárselo la próxima vez que cogieran la cámara.

—¿Llevaremos un guion? —preguntó el chico.

—Yo soy partidaria de ello —respondió Syd—, pero JD dice que también deberíamos improvisar un poco. Es decir, improvisación bajo algo sólido.

—A Carson le gustará —comentó Eric ocupado en apartar trozos de pimiento de su cena—. Mi hermano dice que es un entusiasta de los videos. —Sonrió al ver sus caras—. Venga, tíos, ¿no veis que aún es joven? Los trabajos interminables de páginas y páginas le aburren mortalmente. Y mejor si lo presenta ella.

Le hizo una mueca burlona a Ty.

—Muchas gracias.

—No te estoy llamando feo, pero Carson es un hombre. Y los hombres, por norma general, prefieren ver a mujeres.

—Ni hablar —cortó Syd—. Nos turnaremos, hay un montón de chicas en clase que lo agradecerán.

—No hay para tanto —dijo Eric—. El chico no es feo, solo le falla un poco la nariz. Podrías pedirte una nueva para tu cumpleaños o algo así.

Ty le encajó un golpe en el costado y Eric casi escupió la comida.

—Vaya —dijo—. Sí que pegas fuerte, ¿no has pensado formar parte del

equipo? Recuérdame que se lo diga a Chris cuando vuelva. —Reanudó su comida—. Siempre puedes ser reserva, con suerte igual alguien se lesiona.

—¿Qué tal está? —quiso saber JD.

—Muerto de aburrimiento —contestó Eric retirando unos trozos de cebolla—. ¡Qué asco! Syd, ¿por qué no escribes un artículo sobre la comida que nos sirven? A lo mejor alguien se da por aludido.

—No, que luego me escupirán en el plato y cosas así.

JD miró su reloj y se levantó para retirar su bandeja, con la comida casi intacta.

—Me voy, tengo un par de cosas pendientes. Nos vemos luego, Syd.

No esperó a que nadie le contestara y se marchó del comedor.

—¿Veis? —Eric reanudó su sonsonete—. Hasta JD deja la comida, eso debería ser una señal de alarma.

JD subió al cuarto y allí encontró a Dennis tumbado en la cama, dedicado al noble arte de no hacer nada, aparte de sostener un cigarrillo. Al verlo entrar, lo saludó con la cabeza.

—Eh —dijo—. La comida de pena, ¿no? Claro, es martes, es un día nefasto en las cocinas.

—Febrero está aquí a la vuelta y también tengo que entregar un trabajo. — JD cogió un par de libros del escritorio y se tiró sobre su cama. No le gustaba estudiar en la mesa y siempre lo hacía de esa manera—. Qué ganas de que suspendan las clases para tener más tiempo.

—¿No te da sueño estudiar ahí?

—Sí, pero también me da en el escritorio. —Oyeron unos pasos apresurados fuera y el chico miró a Dennis—. Van diez pavos a que es Shaffire.

—Hecho.

No había terminado de decirlo cuando la puerta se abrió de golpe y ahí estaba, efectivamente, Shaffire. JD le chocó la mano a Dennis.

—Mierda —dijo este—. Punto para ti. ¿Qué haces aquí, Shaffire? Se te ve alterada.

—Estoy a esto de sufrir un colapso —dijo, haciendo un gesto con la mano—. ¡Necesito que me digas algo ya!

—Hemos hablado sobre el tema... Hay muchos contras, la verdad, más que pros...

—Eso no suena muy bien.

—En realidad, es una buena noticia. —Dennis apagó su cigarrillo y al momento sacó otro—. La votación fue positiva, chica, estás aceptada en el grupo.

Ella pegó tal grito que los dos se sobresaltaron.

—¿En serio? ¿De verdad? ¿No me engañas?

—Ni yo sería tan cruel de bromear con eso —replicó Dennis meneando la cabeza—. Pero tienes que tomártelo en serio, y me refiero a todo, ensayos, letras, dedicación... No quiero tonterías y voy a estar vigilándote, ¿lo captas? El grupo no es una diversión sin más, es algo muy importante para nosotros.

Vio por el rabillo del ojo que JD lo miraba y que a duras penas lograba ocultar una sonrisa, pero consiguió mantener su cara seria mientras la chica asentía a todo sin siquiera escucharlo.

—Prometido. No te decepcionaré.

—Eso espero —dijo Dennis, sin abandonar su papel de líder mandamás—. Porque tocaremos en la próxima fiesta que se organice y tienes que aprenderte todo el repertorio.

—Entendido.

—Ensayo tres días por semana mínimo, a primera hora de la tarde, tenemos mucho que hacer. —Cogió dos carpetas de un grosor nada despreciable y se las puso en los brazos—. Con esto puedes empezar. Bienvenida a Black Legend.

Shaffire apretó la carpeta contra sí para salir tras despedirse de los chicos y nada más cerrar la puerta, los dos se echaron a reír. Dennis le tiró la almohada a la cabeza a JD.

—¡Tío, cómo te pasas! —bufó—. ¡Por poco haces que me ría delante de ella!

—¿Es así como tratas a tu grupo?

—Tengo que infundir respeto, tío. Si no, esto sería un despropósito —explicó Dennis encendiendo el cigarrillo que había sacado poco antes—. Y ahora vamos a tener una chica con nosotros, ¿sabes los problemas que nos va a traer eso?

JD lo miró interrogante.

—¿Problemas?

—Ja, las tías siempre traen movidas. —Exhaló el humo de forma pausada—. Habrá tiradas de tejos, ligues imprevistos tras una noche de euforia, quizá amores no correspondidos, peleas, envidias...

—Joder, hablas como si, de repente, aquello fuera a convertirse en una

orgía.

—Verás como no me equivoco —dijo Dennis con cara de resignación.

Syd volvió a su cuarto después de la cena sin Satchel, ya que esta había desaparecido de manera misteriosa sin comentar dónde iba. Al entrar, se sorprendió de ver a Cherry sentada con un libro y, por raro que pareciera, no lo utilizaba para preparar droga, sino que lo estaba leyendo.

—¿Qué lees? —preguntó aún sorprendida.

—Sociedad actual. —Cherry se sopló el flequillo para apartarlo de su cara—. Llevo toda la tarde y empiezo a ver doble, pero tengo que ponerme al día, que en nada se acerca febrero.

—Estupendo.

—Y me muero de hambre. —Se levantó—. Sé que voy a parecer superficial diciendo esto, pero la cocaína me ayudaba a mantener la línea, he engordado cinco kilos.

Syd se tumbó sobre su cama.

—Haz un poco de ejercicio —sugirió bostezando.

—No puedo, lo detesto. Es superior a mí, créeme...

—Entonces controla la comida. —Le quitó la bolsa de patatas fritas que estaba comiendo—. Esto es pura grasa.

Cherry suspiró, se miró en el espejo y se pellizó el estómago.

—Es que tengo tendencia a engordar —se quejó mirando la bolsa de patatas.

—No le des tanta importancia al tema. Si quieres, puedes venirte a nadar conmigo por las mañanas. La natación no es un deporte duro y se queman muchas calorías.

—¿Juntas? —preguntó Cherry—. ¿Harías eso por mí?

—Pues sí, ¿por qué no? Un poco de solidaridad no viene mal. Y no comeremos más chocolate aquí.

—Podría hacer el esfuerzo si no tuviera que hacerlo sola.

En ese momento llegó Satchel, quien llevaba los brazos cargados de libros y un bollo de canela en la boca. Las miró mientras cerraba la puerta con el pie y mascullaba algo ininteligible.

—¿Qué dices? —preguntó Syd, ayudándola a descargar los libros en su mesa—. ¿Se puede saber qué es todo esto?

—Manuales de psicología.

—Jo, eso tiene una pinta que te mueres —murmuró Cherry sin apartar sus

ojos del bollo.

—Pues es de la máquina... Toma, no quiero más. —Satchel se lo alargó.

—Gracias.

—Cherry, desde luego, no tienes nada de fuerza de voluntad, ¿eh? — empezó a regañarla Syd—. ¿No habíamos quedado en que dieta y ejercicio?

—Mañana empiezo. —Cherry se alejó para poner el bollo a salvo.

—Chorradas —intervino Satchel—. Yo como todo lo que quiero y mira. — Se levantó la camiseta y pasó la mano por su estómago—. Lisa como una tabla.

—Da gracias a tus genes, ¿has encontrado a Yin?

Satchel negó, sentándose en su escritorio.

—No, pero os juro que mañana no se me escapa. —Empezó a hojear los libros—. Voy a ver si encuentro algo aquí que me allane un poco el camino. No me molestéis.

Satchel se puso unos auriculares para no distraerse y Syd aprovechó para coger su cazadora mientras Cherry la observaba con cierta suspicacia.

—Otra vez con JD, ¿no? —preguntó—. Seguro que a Chris no le hace mucha gracia. Si fuera yo y mi novia se pasara el día con un tío como ese, estaría agonizando de los celos.

—Es mi amigo, eso es todo, y estudiamos juntos. Hasta luego.

Cherry la vio irse con una sonrisita y decidió regresar a su libro de estudio, ya que Satchel parecía estar muy concentrada en sus cosas.

Eric y Ty volvían a su cuarto, los dos hablando sobre Yin y preguntándose si ya estaría en la cama. Eso hizo recordar al primero lo de Satchel y su trabajo, le intrigaba sobremanera que hubiera aceptado colaborar con ella cuando llevaba casi dos años sin apenas dirigir la palabra a sus compañeros de habitación.

—Con qué le habrá chantajeado —comentó en voz alta.

—No sé —le respondió Ty—. A lo mejor es todo fachada, ¿sabes? Puede que no sea tan mal tío y en el fondo solo necesite un empujón.

—¿Metafórico? Porque si necesita uno real, yo estaría dispuesto a dárselo.

—Además, Satchel es buena chica, ¿cómo iba a chantajearlo?

Eric soltó un bufido.

—Tío —comenzó—, las mujeres son lo más pérfido que existe en este mundo. Son manipuladoras, perversas y convierten cualquier cosa nimia en una compleja red de mentiras y engaños.

Nada más decirlo, miró a Ty de reojo y vio que este lo observaba con curiosidad.

—No será para tanto —dijo el rubio.

—¿Acaso no sabes nada de chicas? ¿O es que todas las novias que has tenido han sido decentes?

Ty se encogió de hombros.

—¿Qué novias?

—Pues tus novias, joder, ¿no has tenido ninguna?

—Ninguna en absoluto.

Ahora fue el turno de Eric de sorprenderse y se dio la vuelta con cara de extrañeza.

—Tío, eso es muy raro.

—No veo por qué —comentó Ty—. Teniendo en cuenta que soy gay, lo raro sería lo contrario.

Se había levantado para meterse en el baño, pero al ver que Eric se había quedado literalmente con la boca abierta se detuvo, mirándolo.

—¿Qué? —preguntó divertido—. ¿Nunca habías visto uno en persona? Puedes tocarme, si quieres.

—No sabía... bueno, que fueras gay.

—¿Y por qué ibas a saberlo? No es algo que se diga de buenas a primeras.

—Le sonrió—. ¿Tienes algún problema con los gais?

—Claro que no —negó Eric.

—Desde luego que no, dado que tú también lo eres —dijo dejando de nuevo a Eric boquiabierto—. Lo eres, ¿no? Ah, ya veo, no te sientes cómodo hablando de ello, todavía no lo has asimilado.

—¿Cómo lo has sabido?

—Es solo una percepción,. No es que lleves un letrero, tranquilo.

Eric se dejó caer en la cama y sacudió la cabeza, como si no pudiera creerse lo que estaba oyendo. Ty notó su incomodidad y le sonrió de manera tranquilizadora.

—Por mí no tienes que preocuparte, soy discreto. Estoy seguro de que ya te has dado cuenta.

—Verás, es que... todavía estoy confuso, ni siquiera estoy seguro de si me gustan...

—Ah, estás en esa fase. Bueno, pues si necesitas mi ayuda para algo, ya sabes dónde estoy.

Se metió en el baño y Eric se quedó pensativo, intentando asimilar las

novedades. Ciertamente era que no había observado nada en Ty que pudiera indicar su preferencia por los hombres, aunque ahora que lo pensaba, nunca coqueteaba con ninguna chica, como mucho con Syd, bromeando. Se tumbó en su cama rumiando el tema.

Jake estaba en el cuarto de Gia, tumbado sobre la cama de Melissa. No se había quitado los zapatos, pero como la exactriz aún no había vuelto de las vacaciones de Navidad tampoco le importaba los destrozos que pudiera ocasionar. Comía caramelos y charlaba con Gia mientras esperaban a que Shaffire saliera del lavabo.

—¡A Roman le caes muy bien! —vociferó—. Me lo dijo ayer por la noche antes de cenar, se le veía bastante impresionado por ti. —Vio a Gia asentir mientras hacía un globo con el chicle—. ¿A ti cómo te va con el monaguillo?

—No va —respondió ella—. Es increíble porque me paso la vida en la biblioteca cada vez que tiene turno y le pido mil libros, pero es como si fuera la chica invisible, ¡no me ve!

—¿Aún con el aspecto que llevas ahora?

—Ni aun así —suspiró Gia—. Estoy empezando a asumir que ese chico no es para mí. Soy la tía más tonta del mundo pensando que alguien como él podía fijarse en mí, ¿no?

—Qué chorrada —dijo Jake con su habitual tacto—. Lo que yo creo es que o tiene novia o le gusta otra. Eso es todo. De no ser así, seguro que se habría fijado en ti.

—Gracias por tus ánimos.

Shaffire salió del lavabo y sacudió su melena, que ya no era castaña: se había vuelto completamente negra. El efecto era llamativo y casaba muy bien con sus ojos grises, lo que le daba un aspecto más personal. También la hacía más pálida, pero eso le iría perfecto con la estética del grupo.

—¡Estás guapísima! —exclamó Gia—. Te sienta muy bien ese color.

—¿Lo has hecho por ir a juego con Dennis? —empezó Jake y ella le sacó la lengua—. Vale, vale, me callo.

Shaffire se miró en el espejo.

—Tengo que definir mi estilo —comentó—. ¡No puedo parecer una Ariana Grande cualquiera! Black Legend. Con ese nombre necesito un aspecto contundente.

Jake se incorporó.

—Pues buen trabajo —resopló—. Ahora das miedo, pequeña, solo te falta

el collar de perro.

—Tengo que comprarlo. —Sonrió—. Y ensayar, no os imagináis la de canciones que tengo que aprenderme.

A pesar de su tono quejumbroso, desbordaba alegría y satisfacción por todos sus poros. Justo entonces llamaron a la puerta y fue Dennis el que asomó la cabeza, a lo que a Shaffire le faltó tiempo para ir junto a él; de hecho, fue tanto el entusiasmo que casi se estampó contra la puerta.

—Eh —le dijo él—. Coge la de *Burning* y vente a mi cuarto, quiero ver cómo sueñas solo con guitarra. —La miró con atención—. Te has cambiado el pelo.

—Sí, ¿te gusta?

—Todo lo que sea negro me parece bien. ¡Vamos!

Shaffire salió corriendo tras él después de coger la carpeta donde guardaba todas las canciones.

Gia sonrió al verla, pero esperó a que se marchara antes de reírse a carcajadas.

—Está coladita por él —comentó y miró a Jake—. ¿Tú crees que Dennis podría corresponderle?

—No digas tonterías —respondió él como si fuera una completa ilusa—. Ya verás que pronto se le pasa cuando él empiece con sus gritos en el ensayo. Según dice Roman, da miedo.

—Sí, a mí también siempre me ha tenido completamente aterrada... ¿Nos vamos a fumar?

Se levantaron a la vez y salieron juntos a las escaleras.

Shaffire fue hasta el cuarto de Dennis tras él, sin perder detalle de la anatomía del chico; de nuevo estuvo a punto de chocar con él al llegar por no prestar atención. Se disculpó al ver la cara exasperada de Dennis y entró. Por raro que pareciera, la habitación estaba vacía, lo que sí era una novedad.

—¿No está JD?

—Está con Syd estudiando. —Se quitó la cazadora y se sentó en la cama—. Ven aquí, anda.

De repente, Shaffire se puso nerviosa: estaban solos allí y eso era raro. Si, además, tenían que estar juntos y cantando, ¿cómo iba a controlarse? Era difícil cuando lo único que se le pasaba por la cabeza era arrancarle la ropa a la persona que tenía al lado y, además, a ella se le daba fatal eso de contenerse, sobre todo teniendo una cama de por medio.

—¿Qué rollo se traen esos dos? —preguntó, intentando distraerse mientras se sentaba junto a él—. ¿Están juntos?

—Son amigos —dijo Dennis escueto, mientras sacaba la guitarra de debajo de su cama.

—Sí, pero son amigos raros, ¿no? —Él la miró y Shaffire carraspeó—. Son como esas parejas perfectas que todos sabemos que terminarán liados. Y eso que mi compañera de cuarto está que se muere por los huesos de él.

—¿Quieres que le dé el mensaje a JD? —Dennis deseaba acabar con aquella disertación sobre los asuntos sentimentales de su amigo.

—No, no —se apresuró a decir ella—, no quiero morir, gracias.

—Voy a tocar la melodía, ¿vale? En cuanto estés cómoda empieza a cantar.

Dennis empezó con los acordes. Al ser solo con guitarra la canción quedaba algo deslucida, pero Shaffire tenía el suficiente olfato como para ver el potencial de lo que tenía entre manos. Cantó durante un minuto, tal y como ella entendía la canción, y Dennis no la interrumpió hasta que no hubo terminado.

—Bueno —dijo—, la has captado bastante bien, solo un poco más de caña en el estribillo. La tercera estrofa es el punto álgido, después vas bajando el tono. ¿Lo hacemos otra vez?

—Sí, todas las veces que quieras —dijo la chica.

—¿Te encuentras bien?

—De maravilla. Vuelve a empezar, anda.

Lo hizo y no una vez, sino unas cuantas. Shaffire estuvo de lo más feliz durante ese rato que pasó a solas con Dennis, en un ambiente agradable e íntimo, y lo mejor fue que aquel ensayo espontáneo estuvo genial.

Al marcharse, se cruzó con JD y lo saludó como si estuviera en otro planeta; él no se sorprendió demasiado, la chica ya era rara por norma general y si encima confraternizaba con Dennis terminaría siéndolo todavía más.

—Hey —saludó al entrar—. Acabo de ver a un fantasma levitando, ¿qué le has hecho?

—Nada, es su estado natural —contestó Dennis—. Por cierto, tienes una admiradora.

—Una entre trescientos alumnos, no está mal —bromeó JD cerrando la puerta.

—Bueno, en realidad tienes tropecientas, pero de esta sabemos el nombre, Gia. ¿Sabes quién te digo? Antes era morena, ahora es rubia. Una rubia extraña, puesto que casi siempre lleva libros encima —se burló.

—Va mucho por la biblioteca, es maja. —JD se empezó a quitar la ropa y a dejarla en la silla.

—Uffff, «es maja» —repitió Dennis—. Yo creo que es la peor frase que te pueden decir en la vida. Suena a «no la tocaría ni con un palo». Produce tanto desánimo que solo es comparable a frases como «podemos ser amigos» o la célebre «no es por ti, es por mí».

Lo vio sonreír.

—Sí, esa última es la peor de todas. —Se metió en su cama y se tapó—. Gia no me interesa.

—Qué radical eres.

—Es una tía agradable, pero no es mi tipo.

—Ya veo, ya... pues tú no sabes nada —comentó Dennis—. Le prometí a Shaffire que no te lo diría.

—Pues no has tardado ni tres segundos en hacerlo. —Apagó la luz—. Cotilla.

—Sí, pero no lo digas por ahí, tengo una reputación de místico que mantener.

CAPÍTULO 11

Al día siguiente, Satchel no prestó mucha atención a sus clases porque tenía la cabeza en Yin; de ese día no pasaba: se había terminado el escaquearse de ella. Para empezar, él estaría a la defensiva, de manera que le iba a costar que colaborara. Si pudiera ganarse su confianza, sería diferente...

«Bueno, de perdidos al río», se dijo, dándose ánimos.

Así que después de comer cogió sus cosas y se encaminó con paso decidido a la biblioteca. Estaba vacía a excepción de Ava, en su puesto, y del propio Yin, que parecía estudiar con muchísimo interés en lugar de estar inmóvil como la vez anterior. Se notaba que los exámenes de febrero estaban cada vez más cerca.

—Ya estoy aquí —saludó ella con alegría. Se sentó enfrente y esparció carpetas, cuadernos, bolígrafos y su grabadora—. ¿Qué tal?

—¿Me vas a grabar? —preguntó Yin con recelo.

—Si te incomoda, no. ¿Prefieres que no? —Él asintió—. Vale, sin problemas, ¿listo?

Yin hizo una mueca que pretendía ser un gesto de conformidad. No era muy alentador, pero al menos no se había negado de forma categórica.

—Eres coreano, ¿verdad? ¿De qué parte?

—Corea del Sur, ¿eso forma parte del cuestionario?

—No, era curiosidad. ¿Por qué económicas y empresariales?

Yin pareció sorprendido.

—¿Y tú? ¿Por qué psicología?

—Vaya, un chico que contesta a las preguntas con otras preguntas —comentó ella con tono divertido—. Eso tiene varias interpretaciones, algunas muy interesantes.

—Creía que ibas a entrevistarme, no a psicoanalizarme.

—Es lo mismo —puntualizó ella—. Aun así, no te vas a librar de contestar la pregunta.

Yin se encogió de hombros, como si la pregunta fuera lo más estúpido que había escuchado en mucho tiempo.

—Me gusta la economía —dijo.

—No es cierto.

—¿Cómo dices? —preguntó él enojado.

—Ya lo has oído. —Satchel se apoyó en el respaldo de su silla y le miró—. Se nota al kilómetro.

Lo vio enrojecer de golpe y buscar las palabras para responder, pero al parecer era incapaz de encontrarlas o estaba tan furioso que no lo conseguía.

De lo que Yin estaba seguro era de que había subestimado a aquella chica tan mona y sonriente, había pensado que era una cabeza hueca más y de eso nada. Cogió aire y respondió.

—Mis padres consideraron que estudiar económicas y empresariales era lo indicado para mí, que me ayudaría en un futuro cuando me encargue de la empresa familiar.

—¿Y por qué no hiciste lo que tú querías?

—Es una buena pregunta. Supongo que quería contentarles.

—¿Y están contentos?

—Desde luego que sí.

—¿Y por qué tú no?

Yin empezaba a sentirse acorralado e incómodo. Primero, porque era la conversación más larga que había tenido desde que llegara al Sharidan, y segundo, porque no sabía cómo responder a eso sin decir la verdad. No porque le gustara mentir, pero no estaba preparado para reconocer su situación así como así.

—Soy muy feliz —mintió con premeditación y alevosía.

—Caray —masculló Satchel asombrada—. ¿De veras? Pues si tú eres feliz, yo soy la doble de Avril Lavigne.

—¿Qué sabes tú de la felicidad? ¿Acaso debe ser igual en todas las personas? ¿Tan difícil te resulta creer que lo que a mí pueda hacerme feliz no tiene por qué ser necesariamente lo mismo que a los demás?

—Bueno —dijo Satchel, en absoluto impresionada—. Lo primero, la felicidad no es un estado permanente, sino un montón de pequeños momentos que proporcionan ilusión a tu vida. Así que cuéntame qué cosas te hacen feliz.

—Pues... pues... la lectura.

—Perfecto, esa es una afición generalizada, ¿cuándo lees?

—Vengo a la biblioteca todos los días después de comer.

—Pero no a leer.

—Qué sabrás tú.

—Resulta que sí lo sé —comunicó ella—. Te he visto y los libros ni los abres, así que dime otra cosa.

Yin se devanó los sesos.

—Tocar el piano —dijo triunfante.

—¿Tocar el piano o esconderse en el aula de música?

El cariz que estaba tomando la conversación no le gustaba nada, ella parecía estar llevándolo precisamente a donde él no quería ir.

—¿Esconderme? —repitió con una risa tensa—. ¿De qué iba yo a esconderme?

—¿De qué va a ser? De los demás, no soportas ver en sus caras todo lo que tú no tienes.

Yin perdió la paciencia y dio un golpe en la mesa.

—Así que te sientas aquí y con esa arrogancia tan característica de los psicólogos crees que lo sabes todo sobre mí.

—No —dijo Satchel—. No te conozco, Yin, solo hago deducciones sobre hechos y comportamientos, y no me digas que me equivoco porque si fuera así no estarías tan cabreado.

Él apartó la mirada.

—No tengo por qué pasar por esto —masculló—. Tú ya lo sabes todo sobre mí. Sí, soy un amargado, ¿vale? ¿Es eso lo que quieres oír, que no tengo un solo amigo? Sí, es verdad, no tengo ni uno, ¿qué más? ¿Que la relación con mis padres apesta pese a que he hecho todo lo posible porque me quieran un poco y ha sido inútil? Eso también es verdad. Sí, soy arrogante, desagradable, pretencioso y capullo, sí, eso y todo lo que oigas sobre mí es verdad, ¿es suficiente o necesitas más material? —Se levantó con gesto enfadado—. Coge todo eso y ponlo por escrito si te hace feliz. Me voy.

—Espera. —Se levantó a toda prisa y le siguió, pero como él no se paraba le cogió del brazo—. Lo siento, te prometo que no era mi intención hacerte daño.

—Déjame en paz.

Se soltó y salió de la biblioteca a toda prisa.

Satchel consideró la idea de perseguirlo, pero, tras pensarlo unos momentos, desistió. Se sentía fatal por lo ocurrido, no había sido su intención ser tan cruda. Menudo desastre.

Recogió todos sus bártulos y subió a su habitación, donde encontró a Syd cambiándose de ropa. Esta la miró tirarse sobre la cama con un lamento.

—Oye, ¿y esa cara? —Satchel escondió la cabeza en la almohada—. ¿Ha

ido mal la entrevista?

—Fatal —se quejó desde algún lugar de la cama—. Pésima. No tengo nada de tacto y se ha puesto furioso.

—¿Y eso por qué?

—Un poco de terapia de *shock*. Solo le estaba analizando, pero me he dado cuenta... de que es una persona, Syd. No se pueden decir las cosas sin importar el daño que vas a causar y ahora me siento horrible, es como si tú pensaras un montón de cosas espantosas sobre ti misma y alguien te obligara a afrontarlas de golpe.

—Seguro que no le ha pillado por sorpresa —dijo Syd tratando de ser amable.

—Sé que ha sido duro. Hasta ahora, podía fingir que todo era normal, pero yo le he confirmado... bueno, que todo lo que piensa sobre él es lo que realmente piensan los demás, ¿qué dice eso de mí?

—Que debes trabajar un poco tu sensibilidad. —Se sentó a su lado y Satchel emergió de la almohada—. De todas maneras, Yin es complicado, cualquier camino que hubieras tomado seguramente hubiera terminado igual.

—Es posible, pero tengo que pensar en cómo arreglarlo.

—Pide perdón —sugirió Syd levantándose para terminar de vestirse—. Eso suele funcionar.

—Genial —gruñó Satchel—. ¿Cómo he llegado a esta situación?

—Si resolvieras todo a la primera, no necesitarías hacer la carrera. —Cogió sus libros—. Me voy a estudiar, nos vemos más tarde.

Syd se marchó, dejándola pensativa. De camino a la biblioteca, la rubia pensó en Satchel y en lo poco que le gustaría estar en su lugar. Ya era bastante complicado conversar con Yin como para encima tener que disculparse con él.

Se colocó en su mesa de siempre y extendió todos los libros a su lado porque así era como mejor se organizaba. JD llegó un poco después y se sentó enfrente, lo que la tranquilizó. A veces, cuando no tenía turno o había poca gente, se sentaba junto a ella y, en esas ocasiones, no terminaba de concentrarse en lo que tenía que hacer porque tenerlo al lado la distraía. Durante un buen rato se dedicaron a estudiar sin hablar, los dos prestando atención a sus libros, pero, en cierto momento, Syd se recostó en la silla y miró a JD con cariño. ¿Cómo era posible que no tuviera novia? Era trabajador, guapísimo y hacía que la gente se sintiera cómoda en su presencia, por no mencionar su inteligencia. No lo entendía.

—¿Cómo vas? —preguntó él, al levantar la mirada y sorprenderla—. ¿Qué

pasa?

—Nada.

—Pues me estabas mirando fijamente.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Me estaba preguntando si has vuelto a hablar con Gia después de la fiesta de Halloween.

—Lo normal —contestó él en voz baja—. Hola, adiós, cómo van los exámenes, ya sabes, conversaciones de ascensor.

Ella le sonrió.

—Gia es guapa —comentó—, y no solo eso, además es muy inteligente, la combinación perfecta.

—Ya. —JD le devolvió la sonrisa—. Tiene un club de admiradoras, por si quieres apuntarte.

—Venga, no seas tieso.

—¿Tieso? Yo no soy tieso —protestó él—. No estoy ciego, Syd, eres una casamentera pésima.

Ella sacudió la cabeza.

—Resulta que sé, por buenas fuentes, que a Gia le haces más que gracia.

—Yo también lo sé, hizo un patético intento de ligue en la fiesta de Halloween. Y, por si acaso aquello se me hubiera escapado, ya me lo ha confirmado también Dennis vía Shaffire.

—La chica no está mal. A menos que hayas dejado alguna novia en Kalamazoo, no entiendo por qué no ligas un poco con ella.

Lo miró, consciente de que lo decía con buena intención, pero sin saber muy bien por qué le sugería semejante cosa que, en realidad, no le hacía ninguna gracia. JD sacudió la cabeza, negando.

—No me apetece mucho emparejarme —dijo—. Gia no me disgusta, aunque tampoco es exactamente mi tipo. Si me enrollo con ella sin intenciones serias sería algo así como un cabrón, ¿no?

Syd suspiró. Claro, él tenía toda la razón, y bastante que había llegado a esa conclusión siendo un tío. De todas maneras, por algún extraño motivo prefería que no ligara con Gia, o mejor, con nadie. Eso significaría que tendría menos tiempo para estar con ella y eso no le convenía. Sí, se daba cuenta de lo egoísta que resultaba su postura, pero era así como se sentía. Terminó por asentir con la cabeza.

—Sí, tienes razón. —Sonrió de nuevo—. ¿Sabes? Tengo suerte de que

seamos amigos.

—Gracias, el sentimiento es mutuo.

Estiró la mano y ella se la estrechó con una sonrisa. justo en ese momento, Syd notó que su móvil vibraba dentro de su bolsillo. Lo sacó y vio que era Chris quien llamaba. Le hizo un gesto a JD y salió fuera de la biblioteca para responder.

—¿Sí?

—Llama un tal Chris Gauthier —dijo él—. ¿Acepta la llamada?

—¿Quién? Lo siento, operadora, no conozco a ningún tío que se llame así.

—Conque no, ¿eh? Ya verás cuando te coja, ¡eso no me lo dices a la cara!

—Bah, no me preocupa. Para cuando eso suceda ya se te habrá olvidado — contestó ella burlona—. Bueno, ¿qué tal estás? A punto de regresar, ¿no?

Al otro lado del teléfono, Chris pareció vacilar.

—Tengo malas noticias —comentó—. Al parecer, la gripe ha derivado en algo peor y van a ingresarme.

—¿Cómo? Pero, ¿por qué? ¿Qué tienes?

—Principio de neumonía. No le digas nada a Eric, ¿vale? No quiero preocuparlo. Si se entera, es capaz de coger el autobús y plantarse aquí.

— Pero, ¿cuánto tiempo vas a estar ingresado, Chris? —insistió Syd — . ¿Qué tratamiento te han puesto?

—Uno de choque, un cóctel de pastillas que me tienen muy animado, por cierto. Deberías probar alguna.

— ¿Estás tonto? Pero a ver, ¿cómo ha derivado en neumonía?

— Salí a esquiar sin jersey.

— ¿En serio? ¡Cuando te vea te voy a pegar con tu propio palo de *hockey*!

—Puede que sea antes de lo que crees —dijo Chris.

Fue tan clara su voz que ella se giró al instante; allí estaba él, de pie, y tenía buen aspecto pese a estar un poco más delgado e ir con barba de un par de días.

—Bueno, ¿qué era eso tan terrible que ibas a hacerme cuando me vieras?

—Pegarte con tu palo de *hockey*, pero supongo que podemos dejarlo para mañana.

Se acercó a abrazarlo con una sonrisa.

En ese momento, Satchel bajaba a reunirse con ellos en la biblioteca y al verlo soltó un grito para abalanzarse sobre él.

—¡Chris! ¿Qué tal, enfermucha? —Recibió otro abrazo de los que dejaban sin respiración—. ¡Oye, espero que no abras así a todas las tías! —Le

olisqueó—. Hueles bien, esto no puede ser, llevo mucho tiempo de abstinencia.

— ¿Qué tal por aquí?

—Ninguna novedad importante —respondió Satchel.

—Luego os veo, ¿vale? Voy a avisar a Eric de que ya he llegado.

Le dio un beso a Syd y se marchó tan veloz que no parecía que hubiera estado enfermo. Satchel empezó a hacerle gestos burlones a la rubia y esta le pegó en el hombro, frunciendo el ceño.

Chris fue al cuarto de su hermano y estuvo un buen rato con él. Luego se fue al suyo y allí se encontró a Dennis y a JD, que ya había vuelto de la biblioteca.

—¡Genial! —exclamó el primero—. ¡Por fin vuelves! Así JD me dejará en paz.

—Yo también me alegro de verte, tío.

—No, si me alegro, lo digo de corazón. —Dennis le dio unas palmaditas cariñosas—. Ha sido interminable.

—Eh, eh —intervino JD—. ¿Has acabado de meterte conmigo, señor psicólogo?

—¿Puedes creerlo? Necesita al menos dos dosis de confianzas diarias, ¡dos! —insistió Dennis ignorándolo a propósito.

—Créeme, lo sé —sonrió Chris—. ¿Quién te crees que le aguanta cuando no estás tú?

JD hizo una mueca.

—Sois un par de cabrones.

Chris se arrojó encima de él sobre la cama y los dos se enzarzaron en una estúpida pelea infantil.

Dennis los miró con cara de paciencia.

—Cuando acabéis con ese revolcón erótico con reminiscencias de la infancia, me dirás cómo llevas esa gripe.

Los dos dejaron el juego y Chris se incorporó.

—Estoy genial —dijo.

—¿Has estado con Syd?

—Sí —Chris bostezó y se tumbó encima de su cama, cansado—. Mañana le haré más caso, hoy estoy muerto.

Chris se integró pronto en la rutina y Mark, por fin, pudo volver a su puesto en el equipo porque el capitán quería recuperar su forma cuanto antes.

Además, durante su ausencia, todos habían vagueado lo que les había apetecido, pero eso no podía seguir así o perderían todos los próximos partidos. Por desgracia, tenía poco tiempo para dedicarle a Syd, ya que tenía que ponerse al día cuanto antes para no bajar las notas en febrero, y ella aún tenía menos para dedicarle a él, como pudo comprobar durante los días siguientes. La joven estaba inmersa en su trabajo para Carson y, cuando no estaba rodando con JD, estaba escribiendo o hablando del proyecto con Ty, su compañero. Y era muy disciplinada, para su mala suerte, no cedía tan fácil cuando se trataba de su carrera.

Un día especialmente agotador para Chris, preparándose para febrero, con el proyecto que le tocaba hacer por obligación a todos los de segundo a medias y dándose cuenta del tiempo que había perdido por culpa de la gripe en Vancouver, también se percató de que apenas había visto a Syd en el comedor, así que decidió ir a esperarla a la salida de la biblioteca, donde parecía pasar la mayoría del tiempo. Pero ella no estaba allí, así que se dedicó a sentarse en el pasillo con los apuntes en la mano por si aparecía. Tenía ganas de avanzar un poco con la relación, pero al paso que iban antes de que ocurriera eso un hombre honrado saldría elegido presidente. Justo en el momento que lo pensaba, Syd apareció con sus libros y unos auriculares puestos que se quitó al verlo.

—Hola —saludó.

—Hola. —La besó—. ¿Dónde estabas? No te he visto en toda la tarde...

—En la sala de montaje, con JD —replicó la chica—. La verdad, empiezo a tener estrés, entre los exámenes de las próximas semanas y el trabajo de cámara no doy abasto.

—Hum.

—¿Te pasa algo por la mente? —quiso saber Syd curiosa.

—¿No crees que pasas mucho tiempo con JD? —preguntó de forma estúpida, pues conocía la respuesta.

—Sí, un poco. —Lo miró—. ¿Celoso?

—Tal vez.

—No creas que no te entiendo —replicó Syd divertida—. Es un chico bastante completo, inteligente, con buen corazón y guapo. Además, está cuando lo necesitas y...

—Oye, oye, espera un momento —protestó Chris—. ¿Es que tú no sabes lo que se dice en estos casos? Hay que tranquilizar al novio, no ensalzar las

virtudes del otro.

Ella no logró contener la risa.

—No hablas en serio, ¿no?

—No —dijo él—. No lo sé. No creas, le tengo cariño a JD, pero eso no me convierte en ciego, aunque supongo que no lo he dicho en serio.

—Menos mal. —Lo besó—. Nos vemos más tarde en la cena.

Se fue y lo dejó allí, solo e insatisfecho con aquella respuesta. No le preocupaba realmente JD porque se fiaba de él y también de la rubia, pero sí le preocupaba que no pudieran estar ni más tiempo juntos ni solos, así no había manera de intimar, y Chris no quería quedarse suspendido en el mismo punto de la relación donde nunca pasaban de la primera base. Con un suspiro, se marchó a cambiarse de ropa.

Después bajó al comedor con JD, donde los demás estaban charlando mientras intentaban encontrar algo aprovechable en los platos. Se unieron a una conversación donde Eric acababa de contar que Melissa por fin había regresado de sus vacaciones de Navidad.

—Pues por poco se reengancha con las de primavera, vaya estrés que lleva —comentó JD—. Estamos a punto de comenzar los exámenes.

—El rector Nichols está furioso con ella —siguió contando Eric—. Según uno que estaba allí esperando para recibir una bronca, le gritó de todo, que ya estaba harto de sus ausencias y de que se saltara todas las normas del internado, que ella no era nadie para comportarse así.

—Le está bien empleado —dijo Satchel tratando de meter el tenedor en su plato de pasta—. Es insoportable.

—Y eso que no compartes cuarto con ella —intervino Dennis—. Shaffire nos cuenta unas historias terroríficas, tiene que ser lo peor aguantarla.

—Oye, Ty —dijo JD—. Mañana tienes que venir con nosotros para revisar lo que grabamos ayer. Deberías relajarte un poco, sales algo forzado.

—Lo sé, lo sé, la cámara no es lo mío —se quejó él—. Espero encontrar un hueco, menos mal que hemos ido llevando los estudios al día, ¿eh, amiga? —dijo dirigiéndose a Syd, quien asintió sonriente.

—¿Vosotros creéis que alguien puede tragarse esto? —gruñó Satchel dándose por vencida y dejando la pasta—. No sé quién sugirió que Syd escribiera un artículo sobre esta porquería, pero apoyo la moción.

—Olvídalo —dijo ella—. El mensajero siempre muere.

Gia y Shaffire ya se habían enterado del regreso de Melissa y, con aquello

en mente, subieron hasta su cuarto con caras largas.

Ella estaba deshaciendo sus maletas con gestos bruscos, tirando la ropa sobre la cama.

—Hola, Melissa, bienvenida —saludó Gia, dispuesta a ser amable—. ¿Cómo han ido tus vacaciones?

—Bien, cortas.

—Cortas —repitió Shaffire con sarcasmo—. Se pilla dos meses y dice que cortas.

Melissa la ignoró y continuó arrojando sus cosas sin ningún cuidado.

—¿Y la prueba? —siguió Gia—. Tenías una prueba, si no recuerdo mal.

—No era nada muy interesante, la verdad.

—O sea, que no te han dado el papel —se burló Shaffire con satisfacción.

—¿Por qué no te mueres ya? —gruñó la morena—. ¡No será porque no he rezado pidiéndolo!

Shaffire se sentó en su cama con una sonrisa. Era imposible que aquella tipeja consiguiera que su buen humor se tambaleara ni por un segundo, pero le encantaba provocarla.

—Pues sigue rezando —le respondió.

Dos días después, Satchel por fin se decidió a ir a buscar a Yin para hablar con él después de haber terminado de estudiar otro tema de Psicología aplicada esa misma mañana. Esperó a la hora de comer y se fue de nuevo al campus, no sin antes robar algo de comida para no tirarse todo el día en ayunas, como le había pasado la última vez.

A pesar de correr el riesgo de ser molestado por Satchel, Yin no había cambiado de sitio. Tampoco se sorprendió demasiado cuando la vio aparecer, pero suspiró fastidiado.

—Bueno, ¿y ahora qué? —gruñó—. ¿Otra terapia casera? ¿Más preguntas? Te advierto que tengo que prepararme mis asignaturas.

—No seas así. —Se aproximó al banco—. Siempre estás a la defensiva, joder, no vengo a fastidiarte.

—Pues no es lo que parece, ¿qué tal va tu trabajo? ¿Ya me has diseccionado? Le tenías que entregar a *Hueso* una parte ahora en el examen de febrero, ¿no?

—No —replicó ella—. No voy a hacerlo. —Él levantó la vista, sorprendido—. Mira, a lo mejor no me crees, pero... siento mucho lo del otro día.

Él cerró la boca. La verdad, Satchel siempre lo dejaba descolocado, nunca sabía por dónde iba a salir. Lo que sí que no había esperado era una disculpa, pero Yin tenía sentido del honor y respetaba a la gente que sabía admitir sus errores.

Satchel, la pobre, seguía hablando.

—Entiendo que te cabrearas conmigo, soy bocazas y estúpida y no tenía por qué meterme en tu vida, pero, de todos modos, y aunque imagino que dirás que no, si necesitas hablar, una amiga o algo, aquí estoy.

Se levantó, Yin estaba perplejo.

—¿En serio?

—Sí, claro. Soy un poco bruta, por algo juego al *hockey*, pero estudio psicología, se me da bien escuchar.

Yin podía haber dicho algo cortante o desagradable, pero, por algún motivo desconocido, no lo hizo. Era cierto que nadie le había hablado con tanta crudeza como ella, pero tampoco con tanta sinceridad.

—Acepto tu disculpa —contestó—. Gracias.

Satchel asintió con la cabeza, no se le ocurría qué más decir, así que se dio la vuelta.

—¿Dónde vas?

—Pues... dentro.

—Creía que tenías una entrevista que hacer.

Ahora fue el turno de ella de quedarse asombrada.

—¿Quieres seguir? ¿Estás seguro?

—Ya que lo hemos empezado, será mejor terminarlo.

Era un detalle por su parte, pero no dijo nada. En cambio, se sentó con él y siguieron la entrevista por donde la habían dejado a medias. Notó que el chico se iba relajando hasta que, durante un breve momento, habló con ella de forma absolutamente natural.

—Deberías independizarte —le dijo Satchel al cabo de un rato—. No sé, en mi opinión, eso mejoraría la relación con tus padres, al menos por tu parte.

—Sí, yo también lo he pensado —admitió Yin—. Despegarme emocionalmente de ellos.

—Es posible que fueras más feliz, sí, esa relación con ellos no te hace ningún bien.

—Vas a hacer un buen perfil, ¿eh?

—Sin duda, eres muy interesante desde el punto de vista psicológico. —Sonrió y empezó a recoger sus cosas—. Con esto hemos terminado, ¿qué vas a

hacer ahora, ir a la biblioteca?

—Es lo que hago todos los días y más en estas fechas... lo malo es que cada vez hay más gente. —Y puso una mueca de desagrado.

Ella se quedó unos segundos pensando y lo miró.

—¿Quieres que hagamos algo juntos? Nos podemos tomar un pequeño descanso entre estudios, proyectos y libros.

—¿Hacer qué?

—No sé. —Le miró—. ¿Deporte? —Él la contempló como si fuera extraterrestre—. Ya sé, nadar, venga, la natación te dará un poco de buen color. Vamos.

— ¿Color? Si es cubierta...

— Eso da igual.

Lo cogió del brazo, tirando de él y Yin estaba tan asombrado que no pudo negarse... Pero, ¿él, nadando? Antes de que pudiera reaccionar, Satchel se lo llevó y el chico se dejó llevar.

Lo peor fue que ella cumplió su amenaza y lo llevó a la piscina, a la que él no había entrado nunca desde que estaba en Sharidan, y lo empujó al agua sin miramientos cuando lo vio dudar. Sin embargo, para la hora de la cena, Yin había decidido que ya había hecho suficiente vida social como para lo que quedaba de año y se despidió de Satchel para regresar cuanto antes a la cómoda seguridad de su habitación. Ella lo aceptó y se marchó al comedor.

—Joder —masculló al sentarse—. ¡Estoy reventada!

—¿Y eso? —Eric curvó una ceja, extrañado—. ¿Qué has estado haciendo? El entrenamiento es más tarde, ¿no?

—Sí, pero vengo de la piscina.

—¿Y desde cuando te va la natación? —preguntó Chris sin malicia.

—Mmm... Me he llevado a Yin, quería que se relacionara con otras personas.

Ante ese comentario, el silencio reinó en la mesa. Hubo muchas miradas de recelo, incredulidad y extrañeza mezcladas con respeto mientras asimilaban la información.

—He oído mal —reaccionó Eric—. ¿Acabas de decir que has estado con Yin... nadando? ¿Juntos? ¿En plan colegas?

—Exacto.

—Pero, ¡qué dices! —resopló Ty—. ¿Tratas de colarnos una mentira? —Ella negó con la cabeza—. ¡No me lo creo!

—Hemos hablado un buen rato y no es tan malo. —Satchel recibió miradas

de desconfianza—. Venga, lo digo en serio, se merece una oportunidad.

—¡Ja! —bufó Eric—. Hace dos años que compartimos cuarto y no se ha dignado ni a tomarse un café conmigo, ¡y tú dices que merece una oportunidad!

—No sabes nada sobre él.

—Bah, todos tenemos problemas. Eso no es excusa para ser un cretino.

Satchel no quería ponerse a discutir con él, así que asintió.

—Lo que tú digas, pero yo me reservo mi opinión. —Cogió su sándwich y lo desenvolvió—. ¡Dios mío! Atún y lechuga, ¡estoy a punto de llorar de alegría! ¡Esto es un lujo!

Dejó de hablar del tema porque sabía que ellos no lo entenderían. Hasta hacía solo un rato, ella misma consideraba a Yin un capullo, pero después de saber los motivos de su amargura tampoco lo podía culpar demasiado; no tenía excusa para ser borde con sus compañeros, pero había que entender su grado de resentimiento y cómo eso le imposibilitaba para tener relaciones normales con los demás. Le pegó un bocado a su sándwich y miró a los demás.

—¿Hacemos algo el sábado? —preguntó—. Ya estoy harta de quedarme aquí metida estudiando o en ese maravilloso cine que tenemos donde solo se proyectan películas muy sesudas.

—Bueno, a ver, ¿a dónde quieres ir? —Ese fue Eric.

—De fiesta, yo que sé, a bailar, a coger una borrachera.

—Es una buena idea —se burló JD—. Yo creo que salir a estas alturas de curso es lo mejor, sí señor.

—No hace falta que lo digas en ese tono —repuso ella, irritada—. Podemos hacer cualquier cosa, por ejemplo... ir a un museo. —Oyó risitas—. Vale, vale, me he pasado. Podéis pegarme.

Al tener que recurrir a los taxis para ir al centro, la mayoría de los alumnos preferían no moverse del Sharidan, ya que allí les proporcionaban algunas diversiones. Pero había pocas fiestas, en opinión de Satchel.

—Ya queda poco para las vacaciones de primavera —comentó Ty cambiando de tema—. En cuanto nos den las notas de los dichosos exámenes, ¿alguno os iréis a vuestra casa?

Sobre todo, se refería a los que vivían cerca del internado, ya que a los demás no les merecía la pena viajar tan lejos para unos pocos días.

—No —dijo Chris—. Gracias, acabo de volver.

—Pero sí que podríamos hacer una escapada —sugirió Eric esperanzado—. La playa es la mejor opción en la semana de primavera, pero ¿y si hacemos turismo rural? Alquilamos una furgoneta y listo.

—Oye, es una buena idea —aceptó Satchel—. Pero con la condición de que vayamos en plan cutre.

—Pero si tú tienes pasta —comentó Ty.

—Sí, pero el dinero se acaba si no lo repones —explicó ella, sacándole la lengua—. Además, turismo rural es eso exactamente, aunque sin bichos y con baños decentes, eso por supuesto. Y sábanas limpias.

Dennis no mostró el menos interés por el plan, dijo que aquello era demasiado bucólico para él y que se quedaría en el internado haciendo el vago. Ty, por su parte, comentó que prefería hacer una escapada para ver a su familia.

Durante toda la charla, JD fue el único que no abrió la boca. Syd se fijó, aunque no dijo nada delante de los demás y, por la tarde, fue a esperarlo después del entrenamiento. Mientras se paseaba por fuera de los vestuarios, algunos chicos del equipo le dedicaron piropos al pasar por su lado y ella les sonrió a todos hasta que encontró al que buscaba.

—Eh —saludó él deteniéndose—. ¡Qué sorpresa! No hay muchas chicas que se atrevan por estos lares, aunque, claro, ellas no son la novia del capitán, quien tardará un rato en salir, por cierto. Está hablando con Madsen.

—No entiendo por qué no vienen más —contestó ella—. Esos silbidos le levantan la moral a cualquiera. Y no, no buscaba a Chris, ¿podemos hablar?

—Tú dirás.

—Anda, cámbiate. —Le empujó—. Cuando llevas la ropa del equipo, estás demasiado fiero. Te espero aquí.

JD se fue a los vestuarios dejándola allí. Se duchó sin perder demasiado tiempo y salió prácticamente a medio vestir. Ella lo esperaba con paciencia, intercambiando algunas palabras con alguno de los jugadores que se acercaban a distraerla. Chris seguía dentro.

—No ha sido tan buena idea dejarte aquí esperando. —Él se echó a reír—. No están acostumbrados a esto. —Se pusieron a andar—. Bueno, ¿qué pasa?

—Antes, en la comida, cuando Eric ha comentado lo del viaje no has dicho nada. Vas a venir, ¿no? —Él se encogió de hombros—. Oh, venga, tienes que venir.

—Ya sabes cómo es mi situación personal. No es que me sienta muy orgulloso, pero el dinero y yo somos unos perfectos desconocidos. —Vio que Syd abría la boca y se detuvo—. Por favor, no digas lo que creo que vas a decir.

—¿Cómo sabes lo que voy a decir?

—¡Syd! ¿Crees que podemos pasar tanto tiempo juntos sin que te conozca un poquito? Ibas a decir que estarías encantada de hacerme un préstamo. — Ella puso los ojos en blanco—. ¿Ves?

—¿Y cuál sería el problema? Los amigos se prestan dinero continuamente. Y, además, será un viaje barato. —JD permanecía en silencio—. Ya has oído a Satchel: cutre. ¿Prefieres quedarte aquí muerto de asco y soportando a Cherry porque tu orgullo te impide que te haga un préstamo?

—Tampoco sería para tanto. Podría meterme caña con los libros y Cherry no está tan mal, solo es una semana.

—No, no, te aseguro que no la soportarías ni medio segundo, tiene el cerebro demasiado virgen. —Él sonrió—. Además, yo quiero que vengas.

JD por fin entendió que, por muchas excusas que pusiera, ella se las iba a desmontar todas de una en una.

—Sí, sí, vale, iré, pero —dijo— lo pagaré yo mismo, ¿vale? Soy pobre, pero no tanto.

—Lo que tú digas —contestó ella.

A la hora de la cena se reunieron con el resto, que ya estaban sentados y mirando unos papeles.

—Hombre, los desaparecidos —comentó Chris—. Os hemos buscado por todos lados, ¿dónde os habíais metido?

—Jugando al Tekken, nos hemos tomado un descanso de tanto estudiar. — JD se dejó caer en su sitio y le miró—. Tío, nunca juegues con ella, ¡he perdido por diez a cincuenta!

—Ah, ¿sí? —dijo el chico, mirándola con una sonrisa apreciativa—. Encima eres buena en los juegos de lucha, ¡lo tienes todo!

Syd le guiñó un ojo.

—Soy un buen partido. Me encanta, la verdad. Después de pegar tantos puñetazos me quedo relajada, es una manera genial de descargar la adrenalina y el estrés de estas semanas.

—Qué suerte tengo. — Chris la besó —. Bueno, os buscábamos para enseñaros los albergues rústicos que hemos encontrado por internet. Echadles un vistazo, a ver qué os parecen. Creo que son lo suficientemente cutres, pero limpios.

Se pusieron a mirar los sitios elegidos y a comentar cosas del viaje. Satchel prestó atención a medias, mirando alrededor por si veía a Yin. Desde la entrevista hablaban todos los días, incluso aunque no tuviera ganas de

batallar con él, estuviera cansada o hasta arriba, y más preparándose los exámenes y la parte del trabajo que le tenía que entregar a *Hueso* en ese semestre.

Yin era como una montaña rusa emocional, tan pronto se mostraba accesible como la mandaba a freír espárragos, pero en cuanto entendió que Satchel no pensaba olvidarse de él, empezó a hacerse a la idea de que tendría que hablar con ella, quisiera o no.

Y, de repente, comenzó a esperarla.

—¡Llegas tarde! —le espetó un día en tono enfadado cuando se retrasó.

Ella se había detenido en seco y había sonreído al oírlo recular.

—No es que me importe...

—Desde luego que no.

Yin se encontraba en las gradas, con su bocadillo, y pensando en que no comprendía demasiado a Satchel. La encontraba ruda y descarada, y a la vez, divertida. No sabía por qué había decidido entregarle su tiempo y amistad, pero cada vez deseaba menos ahuyentarla; era diferente tener... una especie de amiga. Cuando se enteró de que estaban planeando un viaje de unos días para la semana de primavera, compró un billete para Seúl, como excusa para negarse por si acaso a ella se le ocurría sugerirle que se uniera, aunque lo más seguro fuera que los demás no estuvieran dispuestos a que se apuntara y él tampoco deseaba ir... ¿verdad? Tan concentrado estaba en sus pensamientos que se pegó un susto de muerte cuando ella apareció por su espalda con un grito.

—¡Joder! —exclamó y Satchel se rio—. ¡Por poco me da un infarto!

—No seas infantil. —Se sentó a su lado en las gradas—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué va a ser hoy? ¿Más clases de natación? ¿Otro partido de *hockey*?

—Error —corrigió ella—. ¿Sabes que en las vacaciones de primavera nos vamos unos días? Pues te he apuntado para participar en el alquiler de la furgoneta. El albergue tendrás que pagarlo tú.

Yin se quedó mirándola como un estúpido, ¿hablaba en serio? ¿De verdad creía ella que iba a irse de viaje con un puñado de alumnos a los que nunca había hablado más que para menospreciarlos? Daba igual que fuera eso precisamente lo que había estado esperando, en realidad...

Satchel le pegó un golpe en el brazo para sacarlo de su ensimismamiento.

—¡Yin, espabila! ¿Qué te pasa?

—Debes estar loca, chica. ¿En serio crees que voy a ir con vosotros? ¡Por

favor!

—A ver, sorpréndeme.

—Lo primero, ni me gustan tus amigos, ni yo a ellos. Seguro que ni se lo has consultado, en cuanto lo hagas ya verás cómo se ponen.

Ella se acomodó en su sitio e hizo un globo con el chicle.

—Ya lo he hecho, no les importa. —Él la miró—. Y no mientas, anda, sé que no todos te caen mal, con JD no haces malas migas, ¿verdad? Te cae bien, aunque no lo digas.

—¿Les has preguntado? —repitió Yin y la chica asintió—. ¿Y no les importa?

—No, son gente flexible.

—Mira, es igual —continuó él—. Resulta que ya he comprado un billete para Seúl... Oye, que es cierto. —Rebuscó en su bolsillo y sacó su móvil para demostrar que no mentía—. ¿Lo ves?

—¡Venga ya! —resopló Satchel quitándole importancia—. ¿Y qué piensas hacer allí, aparte de aburrirte? Si tus padres no van a estar, tú mismo me dijiste que suelen pasar las vacaciones de primavera en México.

«Maldición», pensó el chico, «¡pesada!»

—Ya tengo el billete, así que...

—¿Ese?

Le quitó el móvil de las manos y, ante la atónita mirada de Yin, se puso a tocar la pantalla.

—¡Pero qué haces! —exclamó él, quitándole el móvil de las manos para mirar la pantalla—. ¡Lo has cancelado!

—Eso parece. Vamos, no pongas esa cara, no era reembolsable, pero eso es una miseria para ti, ¿no?

Al pobre Yin parecía que la cara se le iba a desencajar de un momento a otro de lo furioso que estaba.

—¡No quiero ir y punto! ¿Cuál es la parte que no entiendes?

—Vendrás —dijo Satchel levantándose.

—¿Por qué?

—Porque lo necesitas. Has cambiado, Yin, y se te nota hasta en la cara. Sé muy bien que antes no eras feliz y, si tengo que ayudarte, lo haré encantada, ¡pero tienes que poner algo de tu parte! Así que vas a venir y se acabó.

Se marchó sin decirle más y dejándolo boquiabierto. Le sentó bastante mal darse cuenta de la razón que tenían las palabras de la pelirroja, ¡maldita aprendiz de psicóloga! Se repitió que no tenía por qué ir, podía comprar otro

billete en un momento, pero en el fondo sabía que lo haría. Eso sería mejor que bregar con Satchel.

Shaffire se había saltado la cena para asistir a su primer ensayo oficial con el resto del grupo. Todo había salido de maravilla y, al acabar, se apresuró a salir con Dennis hablando de un tema seguro: las canciones. Cualquier excusa era buena para conseguir un rato de su tiempo, aunque luego tratara de desviar la conversación hacia otros temas.

—Ya falta poco para las vacaciones, ¿qué vas a hacer?

—Mi supergrupo planean ir de viaje a una casa rural, ya sabes, naturaleza y poca agua caliente. —Dennis encendió un cigarrillo y la miró—. ¿Quieres ir? No creo que les importe.

—¡Eso sería genial!

—¿En serio? —Él sacudió la cabeza—. No sé, a mí todo eso del campo no me motiva mucho. Yo no voy, prefiero quedarme y así aprovecharé para componer algo.

—Ya. Sí, claro, tienes razón, ¿a quién le gusta pasarse el día esquivando bichos? Yo también me quedaré aquí, podríamos ensayar juntos, si quieres...

—Los chicos se largan, todos.

—Podemos ensayar nosotros solos —sugirió ella con tono inocente—. No necesitamos a los demás para trabajar la voz.

Dennis pareció conforme con sus palabras y al llegar arriba se separaron para ir cada uno a su cuarto.

Shaffire entró en el suyo con una sonrisa tonta en el rostro.

—¿Y esa cara? —preguntó Gia al verla.

—Adivina. —Se tiró junto a ella en la cama—. Chris y los demás se van en las vacaciones de primavera de viaje y los del grupo también, y Dennis se queda aquí, solito...

—Y tú le harás compañía.

—Eso es. Con la excusa de trabajar mi voz y ensayar las canciones espero poder acercarme a él lo suficiente, a ver si traspasamos ya los límites profesionales que me pongo muy mala cada vez que lo tengo cerca.

—Mucha suerte.

A Gia no se la veía muy entusiasmada.

—¿Tú te irás a casa? —Gia negó—. ¿Entonces te quedas aquí también?

—Me temo que sí —suspiró la chica—. No me importaría irme de viaje con Chris y los demás, al menos así JD se vería obligado a hablar conmigo...

—Pues apúntate, tonta.

—¿Así? ¿Por el morro? —Se echó a reír—. ¡No tengo tanta cara!

—Dennis me acaba de decir que podía unirme a ellos si quería.

—No es lo mismo, tú eres amiga suya, ya sé que no tanto como te gustaría, pero lo suficiente. Yo no tengo tanto trato con ninguno, ni siquiera me atrevo a pedírselo a los mellizos.

Shaffire se mordió el labio, pensando.

—Pues a JD, ¿no? Todo el tiempo que pasas en la biblioteca debería servir para algo.

—Sí, ¡sí, claro! Espera, me estoy imaginando la escena —dijo Gia—. Me acerco a él y le pregunto si puedo irme con ellos de excursión. Ya estoy viendo su cara de susto, pensando «¡Joder, ya viene otra vez la acosadora oficial!»

Vio que Shaffire no podía contener la risa y suspiró, fastidiada.

—No puedo hacer eso. Gracias al imbécil de mi amigo Jake, las indirectas o el coqueteo están prohibidas. Y, además, se creería que voy por él.

—Y acertaría... aunque reconozco que tienes razón. —Miró al techo pensativa—. ¡Ya está, lo tengo!

—¿El qué?

—Roman, él es la clave —explicó Shaffire—. Roman es amigo de Dennis, luego tiene enchufe.

—Pero Roman no va, ¿no? No va nadie del grupo, me has dicho.

—No, pero, ¿quién es su amigo? Jake. Si tú no te atreves a decírselo en la mesa del comedor, tal vez Jake sí lo haga manifestando interés por ese viaje, no hay problema.

Gia se medió incorporó.

—El único problema es que Jake nunca querrá ir, lo conozco de sobra.

—Ahí es cuando entran en juego tus dotes de persuasión, encanto.

Se metió en su cama y Gia permaneció en la suya pensando en sus palabras. Cuanto más le daba vueltas, más sencillo le parecía todo. Solo tenía que encontrar la manera de convencer a Jake para que la ayudara.

Al día siguiente, ni corta ni perezosa, Gia fue a esperarlo a la salida de su clase.

—Eh —saludó el chico al verla—. Has venido a esperarme, ¿qué milagro es este?

—Hola, Jake —saludó Gia con una sonrisa.

Él se detuvo de golpe.

—Huy —dijo—. Conozco ese tono tuyo, es el que utilizas cuando quieres pedirme algo que sabes que seguramente no haría jamás.

Los dos se despidieron de Roman, que salía en ese momento después de haber estado hablando con Daniels, y le dijeron que lo verían en el comedor. Después, Gia se giró de nuevo.

—¡Eso no es cierto! —protestó.

—O sea, que no ibas a pedirme nada. —Ella se quedó enfurruñada y Jake rompió a reír—. Venga, suéltalo, ¿qué es?

—Una excursión en las vacaciones de primavera, una casa rural, ¿qué me dices?

—Te digo que por qué.

—¿Cómo que por qué? Un viaje es un viaje, no hay ningún por qué.

Jake lanzó un suspiro.

—Gia, esto es muy aburrido, dime qué quieres de mí. —La miró—. ¡Eh, espera un momento! ¿Quién va a ese viaje? ¿El monaguillo?

—Por favor, deja ya de llamarlo así —replicó Gia, contrariada—. Sí, sí, ya está, va él y todos los de la mesa de los guays.

—Vale, hasta aquí lo entiendo. No sé cómo pretendes acercarte a JD en esa excursión campestre, pero no me voy a meter en eso, solo explícame para qué me necesitas.

—Tienes que venir conmigo.

—¿Para qué? ¿Para que te moleste el ligue?

—No, porque yo sola no me puedo añadir al viaje—explicó la chica—. Pero Roman es tu compañero y amigo, si se lo dices, él se lo dirá a Dennis y estaremos dentro.

Jake la miró con los ojos como platos.

—¿Qué? Me he perdido. —Lo rumió unos segundos—. Ya. Y luego, cuando estemos allí, te dedicarás a perseguir al monaguillo mientras yo me quedo solo con unos tíos con los que hablo lo justo y encima en el campo, ¿es eso?

—Sí, exacto.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Me lo debes —dijo ella con fiereza—. Por tu culpa hice el ridículo más espantoso de toda mi vida y JD siempre va con cautela cuando habla conmigo. Esto es lo menos que puedes hacer por mí.

Jake se pasó la mano por el pelo.

—¡Está bien, tú ganas! Pero no volverás a mencionar eso nunca, ¿quieres

hacerme sentir culpable para siempre?

—Si haces esto, quedaremos en paz.

De ese modo, Jake se encontró hablando más tarde con Roman. No le costó mucho sacar el tema del viaje, demostrando tanto entusiasmo que su compañero se sorprendió un poco ante tanta vehemencia.

—No sabía que te gustaran tanto esas cosas —observó.

—¿Bromeas? Adoro el campo, recuerdo que mi padre solía llevarme a pescar de niño...

Le relató una rebuscada historia inventada, sobre un enorme pez atrapado en la red de su padre y de cómo lo habían liberado heroicamente hasta que Roman tosió con disimulo.

—Si tanto te gusta, ve con ellos. —En ese momento, entró Dennis—. Eh, tío, hola. —Chocaron las manos de forma amistosa—. ¿Ensayo? —Él afirmó—. Oye, ¿aún van a hacer los tuyos esa excursión?

—Todavía no se han arrepentido, creo.

—Jake se muere por ir.

Jake sintió la mirada de Dennis clavada en su persona.

—Pues no pareces de esos —comentó.

Temiendo que Jake empezara de nuevo con sus historias de peces liberados, Roman lo cortó.

—¿Les importará?

—Qué coño les va a importar. Si te interesa en serio, luego se lo digo.

—¿Me puedo llevar a Gia? —intervino él—. Es que seguro que le apetece mucho.

Dennis frunció el ceño.

—¿Y eso? ¿Por qué a todas las tías les gusta tanto el campo? No lo entiendo. No hay agua caliente, tienes que caminar durante horas y horas para llegar a algún sitio, los bichos doblan su tamaño... Venga, Roman, levanta. —Lo zarandeó y volvió a mirar a Jake—. Daos por apuntados.

Jake asintió y suspiró en cuanto hubieron salido. ¡Qué razón llevaba Dennis! Aquello iba a ser una pesadilla. Lo que había que hacer por amistad a veces...

El propio Dennis se acordó de comentarlo durante la comida. Después de que todos aceptaran que el mismísimo Yin Rae Song los fuera a acompañar, a nadie le preocupó que se sumaran Jake y Gia.

— Por cierto, sería genial que no agobiarais a Yin, al menos al principio.

—Cálmate. —Eric dio un trago a su Coca Cola—. Haremos como si no existiera, lo habitual. Todo tuyo.

Ella se dio por satisfecha con aquello.

Esa misma tarde, JD estaba en su puesto en la biblioteca cuando Gia entró y la observó de reojo, pensativo. La verdad, la chica no parecía ninguna lunática si omitía la extraña conversación en la fiesta de Halloween.

—Eh, Gia —la saludó y ella se giró—. ¿Qué tal tus artículos?

—Regular —contestó la chica—. Últimamente, no ando muy bien de inspiración, ¿y tú con lo tuyo?

—Bastante bien, la verdad. Así que venís con nosotros de turismo rural. —Gia afirmó, cuidándose mucho de no aparentar satisfacción, alegría o cualquier expresión que pudiera ser mal interpretada—. Será divertido. Y ya sabes, si quieres que te dé mi opinión sobre algún artículo...

—Si quieres justo iba a revisar uno.

JD le señaló una silla vacía a su lado y ella aprovechó la oportunidad. Se sentó junto a él y se pusieron a ello, Gia haciendo un enorme esfuerzo de contención para no ponerse a dar saltos de felicidad. Quizás así consiguiera que JD se olvidara de la dichosa fiesta, de modo que se comportó con naturalidad y evitó cualquier atisbo de coqueteo. Y acertó: el chico se relajó al notar que Gia estaba normal.

—Mira, se me acaba de ocurrir otra idea para que escribas—le dijo—. Aprovecha el viaje para hacer una crónica sobre un grupo de niños ricos haciendo el tonto en el campo.

Ella se echó a reír.

—Me parece que eso ya lo hizo Paris Hilton.

—¿De veras? Yo creía que esa hacía videos porno y los colgaba en internet.

—Ah, sí, eso también. Es una mujer, puede hacer dos cosas a la vez.

—Y eso que es multimillonaria. ¿Qué demonios les pasa a los ricos? Ninguno de los que conozco es feliz. —Ava entró en la biblioteca. JD consultó su reloj y se incorporó—. Se acabó mi turno. Tengo que irme, llego tarde al entrenamiento, nos vemos.

Cogió sus cosas y se marchó a toda prisa.

Gia obvió el último comentario sobre los ricos en el que sabía que ella estaba incluida y se preguntó cómo hacía para ir a todas partes y no perder la cabeza, pero había algunas personas que adoraban estar ocupadas en todo

momento. Al menos había hablado con ella, ¡y estaba normal! Simpático, no reservado, que solía ser lo habitual.

Se apoyó encima del teclado y soltó una maldición cuando aparecieron un montón de letras sin sentido sobre su artículo. Eso le pasaba por estar atontada. Al final iba a tener razón: los tíos volvían imbécil a cualquiera.

CAPÍTULO 12

La semana siguiente tuvieron exámenes con diversos resultados. Mark había mejorado bastante desde que estaba en tratamiento, y eso se notó en sus notas, aunque tampoco fue nada exagerado. Satchel, en cambio, obtuvo buenas calificaciones, *Hueso* elogió la introducción del trabajo a pesar de no ser muy explícita sobre la vida de Yin y de que la segunda parte le tocara entregarla en junio. Obviamente, Chris había bajado un poco de nivel al haber perdido clases, pero mucho menos de lo que podía haber sido. Los demás tuvieron buenas notas y la sorpresa la dio Cherry, que mejoró tanto que pilló a los profesores desprevenidos y hasta les hizo sospechar.

—Mmm —murmuró pensativa Courteney, en el despacho de Carson donde estaban el grupo habitual de profesores corrigiendo en voz baja—. ¿Habrá copiado Kalima?

Nick carraspeó sin levantar la mirada de sus propios exámenes, donde iba poniendo las notas tan deprisa que la profesora no entendía cómo no se le traspapelaban.

—¿Qué pasa? ¿Lo ha hecho bien?

—Demasiado. —Courteney lo volvió a repasar—. Pues está bien corregido, no sé cómo habrá conseguido esto si los estuve vigilando yo misma...

—Tal vez la explicación sea más sencilla que todo eso, ya sabes, como la navaja de Ockham. —Nick siguió pasando hojas—. ¿Y si suponemos que ha estudiado?

—¿Qué? ¿Kalima?

—La he visto algunas veces en la biblioteca con West, lo mismo se ha obrado un milagro.

—Bueno, si West la está ayudando, entonces hay alguna posibilidad de que así sea —reconoció Courteney, aunque a regañadientes—. Recuérdame que le dé una matrícula de honor a esa chica. Se lo merece por semejante obra de caridad, y encima estando un curso por debajo.

Nick esbozó una leve sonrisa.

—¿Y qué tal Chris Gauthier? ¿La ausencia le ha pasado factura?

—Menos de lo que esperaba, ¿quieres corregirlos tú, que te veo muy interesado?

—Quita, quita. —Dejó de corregir y se frotó los ojos—. ¿Te apetece un café?

—Si pagas tú...

—Sí. —Se levantó—. ¿Alguien más quiere? Ahora no digáis todos que sí, que ya os conozco.

Grant levantó la mano desde el sofá donde estaba tirado y Nick se marchó a la máquina que tenían fuera.

Courteney estaba un poco aburrida de tanto examen, así que empezó a molestar a los demás dándoles conversación hasta que Nick regresó con tres cafés en las manos y haciendo equilibrios.

—¿Qué tal tus chicos, Grant? —preguntó al sentarse y pasarle su vaso.

—Bien, pocas sorpresas. Cochrane es claramente superior al resto de la clase, está claro que el dinero no puede comprarlo todo y en el instituto de este chico le enseñaron pero que muy bien.

—Los chicos se distraen menos en tus clases —bromeó Peter—. Es lo de todos los años.

—No puedo cambiarme la cara —dijo Grant sin malicia.

No muy lejos de allí, Syd estaba con JD en la sala de edición con la primera parte del proyecto. Solo había tomas sueltas, pero ella quería verlas antes de terminar y que el chico lo montara. JD no era muy amigo de trabajar de esa manera porque resultaba difícil apreciar un buen trabajo así, pero ella había sido inflexible en ese punto, de manera que ahí estaban.

—No sé —decía ella moviendo la cabeza—. No me convence.

—Si está sin montar...

—No me refiero a tu trabajo, sino al mío, ¿no crees que estoy un poco... tensa?

—Me parece que alguien tiene miedo escénico —contestó JD, deteniendo la proyección—. Precisamente por eso no me gusta enseñar las cosas antes de tiempo: solo trae inseguridad y nervios, así que ya te avisaré cuando esté listo del todo.

Syd suspiró.

—Ya hablas como un profesional.

—Hombre, ya que hacemos algo, vamos a hacerlo bien. —Sacó la película

—. Se acabó, señorita, al menos hasta nuevo aviso. Y déjate de tonterías.

Ella lo siguió mientras abandonaban la sala, pero no estaba muy segura, su trabajo no podía cambiar tanto solo por estar ordenado, ¿verdad? Si se le daba mal, se le daba mal, tuviera el orden que tuviera la grabación. Pensó en insistir, pero JD casi había sonado tan inflexible como ella minutos antes y, además, se había llevado la grabación, así que solo le quedaba dedicarse a pensar en ello una y otra vez.

—Oye, ¿no crees que debería reescribir el guion? Aún me daría tiempo.

JD dejó de andar tan bruscamente que ella casi se estampó contra él.

—Muy bien, ¿qué te pasa por la cabeza?

—No lo sé, serán nervios...

—... dijo ella mintiendo descaradamente —terminó él con una sonrisa burlona.

—No, no miento, no lo sé, es como si viera todas esas partes del video y pensara que no valen nada. Entonces me pregunto si he elegido bien mi carrera.

—Una crisis vocacional no son solo nervios, ¿sabes?

—¿Y si me he equivocado? ¿Y si al final solo soy otra rubia tonta más que termina escribiendo una sección de remedios caseros en cualquier revista para adolescentes?

—¿Lo dices en serio? —Ella afirmó—. No bromeas. —Ella negó—. De verdad tienes dudas.

—¡Sí!

—¿Ves dos tomas de mala manera y ya decides que no vales para esto? Deberías esperar a que esté terminado antes de emitir juicios. Te rindes muy fácil, teniendo en cuenta, además, que existen muchos más medios que la televisión.

—No, yo no me... —Lo miró y se dio cuenta de que la estaba provocando—. ¡No me tomes el pelo!

—Perdona —replicó JD sin dejar de sonreír—. Te pones muy sexy cuando dices chorradas.

—¡De eso nada, soy británica y las británicas no son sexys!

—Mira —le dijo JD—. No tardaré mucho en tenerlo montado y, cuando eso suceda, podrás verlo y tener una opinión un poco menos emocional y más objetiva.

—Si fuera otro y no tú, te daría una buena colleja por decirme eso —refunfuñó ella. JD le puso sobre los brazos la enorme carpeta del trabajo—.

Eh, ¿dónde vas?

—A entrenar, que ya llego quince minutos tarde. —Le guiñó un ojo—. ¡Nos vemos luego!

«Genial», volvió a gruñir ella para sí intentando sujetar la carpeta y sus libros a la vez. Ahora tendría que ir hasta su cuarto cargada con aquello, si apenas podía sujetarlo... No había dado ni dos pasos cuando vio a JD aparecer de nuevo corriendo.

—Está bien, está bien, ya me la llevo. —Se la quitó de las manos—. A lo mejor tendrías que venir conmigo al gimnasio.

Volvió a marcharse tan rápido como había llegado y Syd siguió caminando con una sonrisa de satisfacción. Por el camino, se cruzó con Chris, que ya iba vestido con el equipo de *hockey*.

—Eh —saludó al verle—. Vas tarde, ¿no?

—Sí, pero es igual, así van calentando. No habrás visto a Satchel, ¿no? —Ella negó—. Es que otra vez está faltando a los entrenamientos...

—Lo mismo ya está allí.

—Espero que sí. —Chris la besó—. Hasta después.

Retomó su camino y ella lo vio alejarse con una leve sensación de malestar, aunque no sabía qué la producía. Era cierto que Chris le gustaba, pero había algo que no terminaba de encajar y no podía explicarlo. Cuando lo había conocido le había resultado encantador, simpático y guapo, y todavía se lo parecía, pero ahora no tenía tan claro que fuera suficiente. Por un lado, le costaba sacar tiempo para estar con él y eso no ayudaba en su relación y, por otro... no sabía si realmente valía la pena, si solo le llamaba la atención por su físico o por su carisma. Se hizo el propósito de pasar algo más de tiempo con él y esforzarse un poco. Tendría que despegarse algo de JD y, aunque esa idea no le hacía mucha gracia, entendía que para Chris no fuera agradable tolerar ese grado de amistad entre ellos como ya le había insinuado, por otra parte.

El capitán llegó algo tarde, pero como había adelantado, sus chicos estaban calentando y jugando entre ellos. Le hizo un gesto a JD y este se acercó con un movimiento fluido.

—Muy bien —le dijo Chris—. Ya lo tienes controlado. Oye, ¿no ha venido Satchel?

—No —contestó JD mirándolo—. ¿Pasa algo?

—Supongo que no, pero no me gusta que falte tanto a los entrenamientos. A ver si resulta que lo único que le interesaba del *hockey* era conseguir entrar.

—No seas muy duro con ella, todo el día la veo corriendo de un lado para otro.

—Sí, y tú también y aquí estás, todos tenemos el día ocupado.

Chris se pasó la mano por el pelo y JD vio la preocupación reflejada en su rostro. No sabía si preguntar o no porque no quería molestar, pero también era su amigo y le inquietaba que estuviera así, Chris era una persona muy alegre y cuando le pasaba algo se le notaba al kilómetro.

—¿Estás bien? —preguntó bajando la voz.

—Será cansancio.

—Te estás forzando demasiado, Chris. Deberías tomártelo con calma. Estuviste unas semanas sin hacer nada y cuesta recuperar la forma.

—Sí, lo sé, pero es más fácil decirlo que hacerlo. —Chris sacudió la cabeza—. Lo de Satchel me molesta, no te voy a mentir. He apostado por ella y tuve que pasar por encima de los votos de la mitad de mi equipo para que ahora me deje colgado... y también lo de Syd.

JD no quería oír aquello, pero al parecer no tenía otro remedio, venía con el «puesto» de amigo de Chris como se acababa de recordar a sí mismo hacía apenas unos minutos. Por lo menos, ella nunca le contaba nada de su relación y eso era casi como si esta no existiera, lo que le parecía perfecto. No tenía por qué saberlo, pero Chris necesitaba algo de él, que lo escuchara, o apoyara, o cualquier otra cosa, así que esperó pacientemente a que su amigo encontrara las palabras.

—Intento que funcione —dijo al fin—. De verdad, estoy haciendo todo lo posible, pero me lo está poniendo muy difícil, JD, ¿sabes que a veces no la veo más que en las comidas?

Claro que lo sabía, qué tontería.

—¿Por qué no vienes con nosotros a la biblioteca? —le sugirió.

—Es que yo también tengo mis horarios... Desde que Madsen pasa de su puesto como entrenador hay cosas que tengo que hacer, programar entrenamientos, estar en el Sharidan News, coordinar horarios... Tengo que estudiar a otras horas diferentes y ella está ocupada con su trabajo... No sé, me gustaría que fuera igual de apasionada conmigo como lo es con su carrera, está tan segura que su tenacidad da un poco de miedo.

«No está tan segura, amigo mío.»

—Pensaba hacer algún plan de verano con ella. No sé, ir a verla a Londres, conocer a su familia... pero tampoco me lo ha sugerido.

¿Conocer a su familia? Debía estar bromeando.

«No la conoces en absoluto», pensó JD, y estuvo a punto de decirlo, pero no lo hizo. En lugar de eso, se esforzó por disimular y le contestó lo que creía que necesitaba.

—Ahora tienes una buena oportunidad, en el viaje a la cabaña. No la desperdicies. —Le dio un toque amistoso en el brazo derecho—. Llevamos un ritmo duro, seguro que es solo eso.

—Sí, tienes razón. —Le miró con una sonrisa—. Serán nervios. Gracias por escucharme.

—Por eso no se dan las gracias, es lo menos que se puede hacer por un amigo.

Chris cogió su *stick* y fue patinando para unirse a los demás. JD lo siguió momentos después, diciéndose a sí mismo que era un idiota, solo le faltaba prepararles una mesa con unas velas o algo por el estilo.

La idea de la excursión rural era alojarse en una cabaña y, desde allí, recorrer Quebec y visitar alguna de las ciudades cercanas si les daba tiempo, como Brossard. Eric se había encargado de reservar el alojamiento y también de alquilar la furgoneta.

Cuando metieron el equipaje, Gia se sintió un poco incómoda al estar en un grupo con el que tenía trato de manera habitual, y Jake ya lamentándose por lo larga que se le iba a hacer la semana. Al menos estaba Satchel: seguro que con ella no existía el aburrimiento.

Todos decidieron que JD era el mejor candidato para conducir, y aunque a él le daba la misma pereza que al resto, no protestó. Chris había pensado aprovechar el viaje para intentar un acercamiento con Syd, pero ella ocupó el asiento del copiloto sin dar la opción de proponérselo, así que se sentó junto a Satchel con el ceño fruncido.

La casa rural estaba en un entorno natural, lo que hubiera estado muy bien en caso de disfrutar de una primavera soleada, pero aquella se presentaba fría y con nieve.

JD aparcó la furgoneta fuera, y todos saltaron para sacar las bolsas con todo lo que llevaban.

—Joder, cómo nieva —refunfuñó Satchel, abrochándose la cazadora—. Poca ruta a pie vamos a hacer si este tiempo sigue así, ¿eh? No venimos con esquís.

—Mejorará mañana, seguro —comentó Chris, cargando con las bolsas de comida.

—Eso espero, porque una semana entera metidos en esa casa puede ser mortal —bromeó Eric, cerrando los portones de la furgoneta—. Venga, no seáis vagos, todos a coger las mochilas.

Jake intercambió una mirada hosca con Gia, pero ella decidió ignorarla. Agarró su bolsa, pensando que había cometido un error yendo a esa excursión: no tenía apenas nada que hablar con ninguno, y tampoco sabía cómo acercarse a JD, aunque solo fuera para charlar de manera informal.

Siguió a Jake al interior de la cabaña rural, donde pronto se hizo evidente que eran muchos para las cuatro habitaciones que poseía.

—¿Cuatro? ¡Pero si en el anuncio ponía seis! —protestó Eric indignado.

—Calma, calma... —Ty sacudió la cabeza—. Seguro que podemos repartirnos sin problema.

Yin cambió el peso de una pierna a otra, incómodo. El viaje lo había llevado más o menos bien porque Satchel se había dedicado a darle conversación, y eso a pesar de las miradas de curiosidad del resto, que todavía no acertaban a entender su presencia allí. Pero esa situación era como cuando en el colegio tenían que escogerlo para un grupo y todos sus compañeros pasaban por delante mientras él simulaba indiferencia. Estaba claro que nadie se iba a ofrecer a compartir habitación con su persona, y también estaba claro que había sido un error apuntarse, quizá lo mejor fuera llamar un taxi y regresar a...

—Yo compartiré cuarto con Yin. —Escuchó decir a JD, y alzó la mirada, confuso—. Si te parece bien, claro.

Asintió, todavía estupefacto, y sin saber cómo sentirse. Como bien le había dicho Satchel, de todos ellos el chico no le caía mal. Le veía muy a menudo por todo el tiempo que pasaba en la biblioteca y habían intercambiado algunos comentarios sobre los exámenes, los profesores... Había hablado más con él en esos meses que en todo el año pasado con sus compañeros de habitación, así que aunque no lo verbalizó, le agradecía el gesto.

JD le mostró una sonrisa amable. A él en realidad le daba igual con quién compartir la habitación, no tenían ningún problema con nadie. Pero había imaginado que Yin sí y, además, como el pobre había sido obligado a ir por Satchel y su efervescente entusiasmo, suponía que le costaría hacerse a estar rodeado de todos ellos y no le costaba nada poner él algo de su parte.

Decidieron que Eric y Ty usarían otro, y Chris y Jake se quedarían en un tercero, mientras que las chicas se apañarían con el restante.

Durante una hora, solo hubo el ruido de maletas y mochilas deslizándose

por el suelo de camino a sus habitaciones, que no eran demasiado grandes pero al menos estaban equipadas con cuatro literas cada una. Ante la escasez de armarios para tanta gente, tuvieron que dejar ropa por encima de las literas que quedaban libres, pero aparte de aquel detalle y de que solo tuviera un baño, la casa rural era perfecta: la cocina pequeña, pero funcional, y el salón, grande y con chimenea.

—Pues menos mal que tiene chimenea —comentó Chris, una vez hubieron guardado la ropa y el resto de equipaje que habían llevado—. Deberíamos encenderla ya, porque hace un frío aquí dentro... joder, menuda primavera.

—¿No vamos a salir a hacer turismo? —preguntó Syd, acercándose a la ventana para mirar fuera—. Vaya, nieva cada vez más —se respondió a sí misma.

—No pasa nada. —Satchel decidió que lo mejor era organizarse—. Nos dividimos. Vamos a encender esa chimenea, hacemos la comida, y después tranquilos que no nos vamos a aburrir... hemos traído *snacks*, alcohol y siempre nos queda el *strip-poker*.

Hubo risas, pero Gia se quedó pálida: esperaba que la pelirroja estuviera de broma. Una cosa era beber y reírse, y otra quedarse medio en pelotas en aquel grupo donde aún no tenía la confianza suficiente. Pero si decía que no quería jugar, al momento le colgarían el cartel de mojigata... Miró a Satchel resentida por haberlo propuesto, pero sin saber cómo negarse.

—Estás flipando si crees que nos vamos a despelotar —soltó Syd, que no parecía tener el menor problema en cortar las alas a su amiga—. Bueno, ¿quién quiere cocinar? Yo aviso que no se me da demasiado bien...

Gia se ofreció aliviada, al menos eso la tendría entretenida, y Ty se ofreció a ayudarla.

Chris y JD fueron a encargarse de encender el fuego, pero pronto descubrieron que dentro no había maderas.

—Estarán fuera —repuso Eric—. Ya salgo yo a traerlas. ¿Me echas una mano, Yin?

La primera reacción del coreano fue negarse. ¿Le iba a tocar a él salir con el frío y la nieve a transportar trozos de madera? Nunca había hecho nada semejante, en su hogar siempre se había encargado de esas cosas el personal de servicio, y... detuvo sus pensamientos al ver que todos lo observaban.

—Sí, claro —aceptó a regañadientes.

Tenía que integrarse, no quedaba otra. Si unos meses antes alguien le hubiera dicho lo mucho que iba a cambiar su existencia en el internado se

hubiera reído, pero ahora estaba ahí. Acompañado de gente que le hablaba, sintiéndose parte de algo, y tenía que colaborar. Debía pasar la prueba, así que volvió a abotonarse el abrigo hasta el cuello y siguió a Eric hacia el exterior.

—Yin transportando maderas —se burló Syd, en cuanto los dos chicos salieron—. Esperemos que no se clave una astilla o habrá drama.

—No seas mala. —JD le dio un empujón amistoso.

—Iré preparando la mesa.

Ella meneó la cabeza, sin borrar su sonrisa.

—Te ayudo —se ofreció Chris al instante—. No me necesitas para encender eso, ¿no? —preguntó mirando a JD, con una mirada que venía a decir «por favor, deja que me vaya».

—Sin problema, Ty... —Miró a su alrededor, pero este había desaparecido. Localizó a Jake en el otro extremo del salón, así que terminó su frase—... Jake me ayuda.

Los dos afirmaron y JD escuchó cómo se encaminaban hasta la cocina, mientras Syd se metía con su amigo haciéndole comentarios sobre si sería capaz de distinguir los cubiertos. Meneó la cabeza, suplicando mentalmente que dejara de nevar: no se quería imaginar toda la semana metido allí.

Jake se agachó a su lado.

—Vamos a ello —comentó, despreocupado, echando un vistazo—. Anda, si es de las de verdad. El atizador tiene que estar por aquí...

Cuarenta minutos después, Eric y Yin regresaron congelados de frío, salpicados de copos de nieve, y con un buen cargamento de maderas sobre los brazos.

—¡Ya era hora! —exclamó Jake—. Habéis tardado tanto que hemos pensado que estabais talando el árbol.

—Oye, que la caseta está lejos. —protestó Eric, depositándolos junto a ellos—. Y el tiempo está empeorando. ¿Habéis puesto la radio? No dan mucho mejor para mañana.

—¡No fastidies! —Syd fue a sintonizar la radio para ver si encontraban noticias sobre el tiempo.

—¿Os imagináis? —Satchel se puso las manos en la cintura, divertida—. Una semana, tanta gente, con la comida justa. ¿Cuánto creéis que pasaría hasta que empezáramos a comernos los unos a los otros?

Yin se sacudió la nieve del pelo, frotándose las manos heladas.

—Voy a cambiarme —comentó, ignorando el comentario de Satchel.

No añadió más, metiéndose al cuarto que compartía con JD. Su maleta

estaba sobre las literas vecinas, así que se deshizo de su chaquetón empapado y del resto de la ropa, que estaba rígida por el frío. No estaba en buena forma y había llevado un poco mal acarrear tanto peso. Lo único que le apetecía era darse una ducha caliente y meterse en la cama, pero un baño en una casa con diez personas implicaba que un noventa y nueve por ciento de las veces estaría ocupado, así que se olvidó de la ducha. Buscó ropa seca en su maleta, pensando en lo que venía a continuación: una comida con los demás. Donde se suponía que tenía que participar, ser simpático, decir algo en la conversación... no se sentía preparado para eso. Tenía miedo de que descubrieran que era un fraude, que no había nada interesante en él, que era un farsante incapaz de interesarse por las cosas de los demás. Barajó la posibilidad de quedarse ahí dentro metido, seguro que ni se enteraban de su ausencia. Con suerte creerían que estaba enfermo, ¿colaría? Fuera como fuera, la soledad volvía a instalarse en su persona, y otra vez sentía deseos de llamar a su casa, así que agarró el móvil.

Entonces oyó la puerta abrirse, y apareció JD.

—Eh, ¿qué haces aquí? —le preguntó al verlo—. ¿No vienes a comer?

—Estaba haciendo una llamada.

—¿A tu padre? Deja el móvil, anda.

Fue hasta él, le quitó el teléfono y lo arrojó sobre la cama.

—Empiezo a cogeros manía a Satchel y a ti, ¿lo sabías?

—Sí. —JD tiró de su brazo—. Tienes que venir. Es ahora o nunca, Yin.

El aludido decidió seguir al chico. Tenía razón: no había ido para ocultarse en el cuarto, así que más valía que pasara por el trago lo antes posible. Por suerte, tanto JD como Satchel se sentaron a su lado, y no tuvo escasez de conversación. Se limitó a escuchar más que a hablar, pero nadie estaba incómodo con su presencia y eso le relajó un poco.

Por la tarde continuaba nevando, y, ante la imposibilidad de salir, Satchel se inventó un juego que consistía en beber chupitos si tiraban los dados y salía más de dos, con lo cual en poco tiempo estaban todos con una chispa más que aceptable. Aquello y la música eran suficiente para que Satchel se pasara gran parte de la noche bailando sola por aquí y por allá, pero nadie le prestaba la más mínima atención. Solo Yin observaba sorprendido la escena, preguntándose cómo podía tener tanto desparpajo. Supo que algo no iba bien cuando empezó a imaginársela metida en su cama, así que se puso a beber para alejar esa idea extraña que se había colado en su cabeza, porque una cosa era tener amigos y otra muy distinta que pudiera gustarle alguien. Y menos si ese

alguien era Satchel...

Al final el alcohol hizo su efecto y se fue a la cama relajado, a gusto, con las endorfinas fluyendo en total armonía.

JD se quedó un rato sentado junto a la chimenea, pensando que el tiempo no tenía pinta de cambiar, y que una semana encerrados podía ser muy larga. Syd se había sentado con él y los demás, pero Chris había insistido en enseñarle «no sé qué fuera», lo que suponía que era una excusa burda para quedarse a solas con ella, y al final la rubia había accedido. Con varios de sus amigos en la cama, se encontró solo con Gia y Jake, y el segundo no tardó en disculparse alegando estar muerto de sueño.

—¿Nos acaba de dejar solos a propósito? —comentó, con una sonrisa.

—Ya sabes, Jake es... Jake. —Gia se encogió de hombros, muerta de vergüenza porque él se hubiera dado cuenta—. Él es así.

Omitió que casi lo había obligado a acompañarla en ese viaje, no tenía sentido. Total, su amigo ya tenía fama de poco sutil, así que daba igual.

—No pasa nada. Me ocurre a menudo —murmuró.

—¿A qué te refieres? —Gia alzó la ceja.

—No sé, a qué siempre se las apañan para que me quede a solas con alguna chica. Se ve que tengo aspecto de ligón.

Gia se quedó confusa al escuchar sus palabras, pero él no parecía estar bromeando, sino reflexionando en voz alta. Y entonces ella se dio cuenta: aunque su aspecto pudiera hacer pensar lo contrario, no era un ligón. Solo era otro cliché más: el chico guapo que se aprovechaba de eso para llevarse al huerto a todas las tías posibles. Se ruborizó un poco al pensar en cuántas veces le habría sucedido lo que estaba pasando en ese momento, con Jake tratando de hacer de celestino para que su mejor amiga pudiera insinuarse.

—Yo no... —empezó, sin saber bien qué decir. Carraspeó, incómoda—. No era mi intención, solo intentaba...en fin, supongo que ser tu amiga.

JD afirmó, acariciándose la barbilla, y no añadió nada más. Aunque charlaron durante un rato, Gia no consiguió ir más allá de meras respuestas monosilábicas.

Al día siguiente amaneció nevado, y también el siguiente. Encerrados en la cabaña, no les quedaba demasiado que hacer excepto comer, fumar, ver la televisión, y mantener charlas que iban desde la típica de besugos a la filosófica profunda. Habían encontrado algunos juegos como un monopoly y unas cartas, que también utilizaron para entretenerse.

Yin pasaba la mayoría del día (siempre que Satchel o JD no le sacaban a rastras) en su habitación. Por su parte, Jake tampoco se divertía demasiado y procuraba pasar el mayor tiempo posible tirado en su litera leyendo el libro que se había traído consigo. A pesar de que había apoyado e incluso animado a Gia en su ligoteo con JD, había descubierto que vivirlo en directo las veinticuatro horas del día no era lo suyo. No porque su amiga fuera demasiado obvia, que no lo era, pero no le gustaba ver cómo todo su interés se centraba en otro tío.

—¿Qué estás haciendo aquí escondido? —preguntó Gia, un viaje que fue a buscarlo.

—No estoy escondido. —Jake se incorporó, paralizando su lectura—. Es que llevamos tantos días encerrados que ni la mención de un *strip poker* me anima. Así que para no volverme loco, prefiero leer.

—Ya. —Gia saltó a su lado, apoyándose contra la pared—. Lo del tiempo ha sido una faena, la verdad...

Jake la observó de reojo, notando su gesto desanimado. No había querido comentar nada, pero para él estaba claro que JD no la miraba de ninguna manera especial. Lo cual, en realidad, le parecía bien. A ver si así ella se olvidaba de él de una vez.

Al parecer, Gia también había captado parte del mensaje.

—¿Desalentada? —preguntó.

—No —replicó ella, y después se encogió de hombros—. No sé. Parece que se ha tomado bien lo de ser amigos, no sé si eso es bueno o malo.

—Supongo que es un comienzo.

—¿Tú crees? Sí, tal vez... Cantidad de parejas empiezan como amigos. — Gia sonrió al comentar aquello.

Jake prefirió no llevarle la contraria, Quizá Gia lograra su objetivo. Tenía parte de razón en que a veces los amigos terminaban yendo más allá, ¿quién era él para predecir un fracaso? Solo podía seguir apoyándola, por muy pocas ganas que tuviera, y esperar que no descubriera de la peor forma que no todos los chicos en los que una se fijaba le correspondían.

Al ver su rostro, abandonó por completo el libro, y le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Te toca cocinar? —La vio asentir—. Te echo una mano, venga.

La última noche en la cabaña llegó, sin que la nieve les hubiera dado un solo respiro: los mapas con las rutas marcadas terminaron en la basura, y

prácticamente agotaron todas las provisiones, aunque alcohol todavía quedaba y Satchel se ocupó de sacar todas las existencias y colocarlas sobre la mesa del salón.

—No podemos dejar esto aquí —sentenció—. Así que nos lo vamos a terminar esta noche.

—Pues vamos a pillar una buena —comentó Syd.

Satchel preparó unas cuantas mezclas, sacó vasos y los repartió a la vez que los llenaba. Se dio cuenta de que faltaba Yin, así que se asomó a la habitación.

—Ven fuera —ordenó.

—Estoy...

—Haciendo nada y ya vale el cuento del ermitaño, venga, ven a beber con los demás. O sales o te arrastro.

Yin se levantó a regañadientes al ver que ella seguía mirándolo de forma obstinada desde la puerta. En fin, se tomaría una copa y regresaría a su cueva.

Pero Satchel no se apartó de su lado como si quisiera asegurarse de que se tragaba la bebida que le había preparado y, cuando lo hizo, se lo rellenó al instante.

—Vaya, se nos ha acabado el vodka —suspiró ella, tras echar las últimas gotas en su propio vaso.

Al agitar la botella con tristeza, se le resbaló de entre los dedos y tuvo que hacer malabares para conseguir que no se cayera al suelo.

—¡La tengo! —exclamó—. ¡La tengo! —Se le volvió a resbalar y se tiró al suelo para cogerla, pero no lo consiguió—. No la tengo...

Cerró los ojos esperando el ruido de cristales pero, sorprendentemente, este no llegó. Abrió un ojo y después el otro, y entonces vio que la alfombra había amortiguado el golpe y la botella giraba sobre sí misma. Entonces, su mente se iluminó.

—¡Es una señal! —gritó, señalándola.

—Deja las películas de miedo —dijo Syd—. Como empieces con algún espíritu o...

—Que no, que no, que no hablo de eso. —Se quedó pensativa unos segundos y sacudió su melena pelirroja—. No, no, la *ouija* es una infantilada. ¡Pero esa botella nos está diciendo que juguemos con ella!

Syd puso los ojos en blanco.

—Sí, claro, jugar a la botella es taaaan adulto.

—Claro, como hace veinte años que hemos dejado la adolescencia atrás...

Venga, todos a sentarse. —Cogió la mesa del centro por un extremo—. Yin, ayúdame.

—Yo no voy a...

—Aquí juega todo el mundo y punto.

Yin se terminó el segundo vaso de un trago y se agachó para ayudar a Satchel a mover la mesa. Todos los demás los observaban pensando lo mismo, pero entonces Ty se llenó su copa y se sentó en un lado de la alfombra.

—¿Qué pasa, hay miedo? — preguntó.

Eric se colocó a su lado, mientras JD se encogía de hombros y se acomodaba enfrente.

—Entre la *ouija*, el *strip poker* y la botella, me quedo con la última, sin duda — comentó.

Gia, que había estado dudando hasta entonces, cogió a Jake de la manga y lo obligó a sentarse con ella.

—Venga, será divertido —murmuró.

Las probabilidades de tener una oportunidad con JD aumentaban exponencialmente con aquel juego, desde luego, y no pensaba perder la más mínima opción, aunque si las miradas mataran, la de Jake le habría producido una combustión espontánea en el sitio.

—Venga, parejita. —Satchel empujó a Syd y Chris hacia el suelo—. Que ya os tenéis muy besados, a ver qué tal se os da.

Chris podía discutir ese punto, porque si fuera por él habría besado mucho más a Syd que las pocas veces que habían podido estar solos, pero no dijo nada y se dejó caer en la alfombra, con la rubia a su lado.

Yin había retrocedido hacia su habitación, pero Satchel lo enganchó a tiempo y lo obligó a sentarse a su lado. Comprobó que todos tenían sus vasos llenos y cogió la botella vacía.

—Ya empiezo yo, a ver si así os animáis. Al que le toque, chupito o trago, eh... eh...

La hizo girar sin más dilación, mientras todos la miraban, expectantes. La botella dio vueltas y vueltas hasta que se detuvo... justo apuntando a Gia.

Esta parpadeó sorprendida, mientras sentía la mirada de todos sobre ella. Durante un segundo pensó en salir corriendo, hasta que se dio cuenta de lo que aquello significaba: después tiraría ella. Solo tenía que apuntar bien y... De pronto, tenía a Satchel delante suyo. Sin darle tiempo a decir nada, la pelirroja le estampó un beso en los labios y empujó la botella hacia ella.

— Venga, un buen trago a ese vaso — animó Satchel.

Gia obedeció y se estiró para coger la botella, haciendo mil cálculos mentales sobre la fuerza con la que tenía que girarlo, la fricción del suelo y a saber qué más, ¡que ella era de letras, por Dios! Giró la muñeca y contuvo el aliento mientras la botella rotaba sobre sí misma a toda velocidad. Pues sí que le había dado fuerte y, encima, no había calculado bien, porque pasó por delante de JD dos veces y, al final, se detuvo frente a Syd.

Satchel se echó a reír.

—¡Esta botella tiene imán para las chicas! —exclamó.

A Gia no le hizo tanta gracia, pero cumplió su parte con un beso casi invisible a Syd. Esta bebió un chupito y procedió a girar la botella, que se detuvo delante de Eric.

Mientras veía cómo Syd y su hermano intercambiaban un beso poco menos que circunstancial, Chris se dio cuenta de que había estado en tensión hasta que la botella se había parado y frunció el ceño. No se sentía celos hacia su hermano, pero solo de pensar que hubiera apuntado a JD algo se le removía dentro y no le gustó nada.

El juego continuó. La botella apuntó de nuevo a Gia, que no podía creer su buena suerte... hasta que se encontró besando a Satchel otra vez. ¿Es que estaba trucada o qué, que solo le tocaban las chicas? A la pelirroja, por su parte, sí que le tocó JD en aquel turno, para desgracia de la canadiense. Tras el trago de rigor, JD giró y la botella se detuvo frente a Ty. Eric no perdió detalle de aquel momento, como si una de sus fantasías eróticas se estuviera haciendo realidad frente a él. Aunque no fuera su turno, todo el grupo iba bebiendo y el ambiente comenzaba a relajarse.

La botella siguió girando, los besos fueron pasando de unos a otros, hasta que le tocó de nuevo a Satchel y la botella apuntó a Yin, que hasta entonces se había librado.

El coreano no pudo evitar poner cara de susto y se tomó un vaso de un trago mientras veía acercarse a Satchel, que lo miraba con una sonrisa maliciosa.

—Y así es como se acaba de romper el hielo de una vez —dijo ella, antes de besarlo.

Yin pensó que aquella frase era tanto metafórica como real, puesto que notó que le sobraba el jersey después de aquel beso que, aunque corto, le afectó más de lo que había esperado. Se apresuró a girar en su turno y tomar otro chupito de no sabía qué mientras veía a la botella detenerse delante de Eric. Este pensó que el chico saldría corriendo, volvería a girar la botella o besaría a Syd, sentada a su lado, ignorándolo como solía hacer. Pero para su sorpresa

Yin se había metido en el juego y le dio un pico sin decir nada.

De esa forma, entre chupitos, tragos, risas y giros de botella, pasaron la noche hasta que no quedó una gota de alcohol en toda la casa.

Milagrosamente, al día siguiente salió el sol. Sin embargo, la resaca les mantuvo dentro sin verlo hasta que llegó la hora de marcharse y prepararon las maletas.

—¡No me lo creo! —gritó Eric, cuando abrió la puerta—. ¡Un día que no nieva! Rápido, gente, sacad vuestros culos aquí y chupad toda la vitamina D posible.

Hubo un revuelo en la cabaña mientras todos se asomaban, excepto una Syd que se cruzó de brazos mientras sacudía la cabeza mirando a JD.

—El tiempo mejora el día que tenemos que regresar. ¿No te parece una ironía? Vaya pérdida de tiempo.

—Horas y horas dedicadas a la exaltación de la amistad. Casi no me acuerdo de todo lo que hemos hablado, sobre todo de anoche en general. —Miró tras él, donde Yin hablaba con Satchel—. Pero no ha sido una pérdida de tiempo, ¿sabes? No para él.

—Ya veo, *Kalamazoo*, ya veo... —Sonrió.

Mientras recogían sus cosas y cargaban el equipaje, JD pensó que la relación entre Chris y Syd no parecía haber avanzado demasiado: no veía a su amigo satisfecho, y eso que había puesto todas las facilidades del mundo desapareciendo cuando debía y no monopolizando a su amiga. Lo cual había sido un fastidio, ya puestos, pero empezaba a sentirse culpable si charlaba con ella, como si Chris le lanzara acusaciones mudas por robar unos minutos que le correspondían a él.

Al menos, le quedaba el consuelo de que Yin parecía irse integrando, y también de haber dejado claro a Gia que no le interesaba ninguna relación amorosa con ella. O al menos esperaba que lo hubiera captado, porque aunque era joven ya había podido comprobar por experiencia propia que a las chicas les costaba rendirse en ese terreno.

Ella, por su parte, no podía creer en su mala suerte. La botella de marras no le había tocado muchas veces más, pero encima, también había sido con Satchel y Syd. Aquello ya era mal de ojo o algo.

Con la cabaña recogida y cerrada, la furgoneta lista y el sol brillando con fuerza en el cielo, partieron de regreso hacia el internado, donde en menos de veinticuatro horas la rutina volvería a instalarse con ellos.

Mientras, en el Sharidan, Shaffire había estado todos los días intentando que Dennis le hiciera caso. Y él lo hacía, pero siempre con aquel aire vago y despistado que la dejaba desesperada y con ganas de darle un bofetón para que reaccionara. Luego, le dedicaba una sonrisa y ella sentía que se derretía. Lo malo era que nunca pasaba de eso, solo le daba sonrisas y estaba empezando a perder la esperanza de que se fijara en ella.

—No está jugando contigo —le dijo Gia a su vuelta—. Seguro que ni se ha dado cuenta.

—¡Pues solo me falta un letrero, chica! ¡Te juto que me está volviendo loca! —protestó Shaffire—. ¡Tanto ensayar, tanto ensayar, con lo que me cuesta concentrarme!

Roman, sin saber muy bien cómo, había terminado por convertirse en su paño de lágrimas y trataba de animarla, pero él conocía a Dennis. Las chicas se volvían locas por su aire distante, su pasotismo y su agudeza, pero olvidaban que no era ninguna pose: él era así realmente. No hacía ningún papel, vivía en su mundo y no prestaba demasiada atención a lo que ocurría a su alrededor. Entendía la frustración de Shaffire, pero no podía hacer nada por ayudarla a pesar de que la joven le insistía.

—Échame una mano, Roman —le pedía cuando perdía la paciencia—. Háblale de mí.

—Sería una conversación corta. No seas impaciente y nunca, nunca le presiones. No reacciona bien si le acorralan.

—Terminaré deprimida —se quejó ella.

—Tú ten fe. —Roman sacó unas hojas y se las pasó—. Hemos escrito una canción nueva.

—Ah, ¿sí? —La cogió mirándola por encima—. ¿Voz masculina?

—Sí —asintió Roman—. La canción lo demanda, por lo visto, y supongo que será Dennis.

—Genial, ¿cómo suena? Toca algo.

Roman tocó unos pocos acordes mientras ella iba leyendo la letra y tratando de cogerle el punto.

Un rato después llegó el resto del grupo y decidieron tocar la canción para ir viendo cómo quedaba la música mientras Shaffire la iba memorizando. Sonaba bien, más que bien.

—Me encanta —dijo Nathan—. Con esta voy a poder lucirme en la batería. —Golpeó un plato—. Estoy muy desperdiciado.

En el cuarto de Eric y Ty se encontraban los dos leyendo, cada uno en su cama: el primero tenía un libro de Bogdanovich sobre Orson Welles para su proyecto y el segundo, un reportaje periodístico bastante aburrido.

—Ty —dijo Eric y este lo miró—. No, nada.

Ty regresó a su lectura, pero pasados unos segundos, Eric insistió.

—Ty. —Lo miró de nuevo—. Es igual.

—¿Quieres decirme qué demonios te pasa? Algo te preocupa, suéltalo ya.

—¿Por qué lo dices?

—Estás leyendo al revés. —Eric dejó el libro—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué es tan difícil ser gay?

—Solo es difícil si lo ves como algo malo. ¿Lo ves como algo malo? —El chico negó—. ¿Entonces?

—Me resulta violento... no sé por qué. No soy capaz de imaginarme besando a un tío, por ejemplo. Quiero decir, sin la excusa del juego de la botella como el otro día o unas copas de más que hagan todo más desinhibido.

—Ese es el paso decisivo, la aceptación total. El día que tengas ese contacto, se acabarán todas tus dudas morales. —Le estudió con curiosidad—. ¿Te has acostado con chicas?

Eric asintió.

—Sí, pero no me gustó demasiado, ¿y tú?

—Al principio sí, pasé por una etapa en la que quería experimentar y lo hice. —Se recostó en la pared—. Claro que siempre supe que me gustaban los chicos y probé a unos cuantos.

—Me siento idiota.

—Para nada, cada persona lleva su ritmo. Sientes curiosidad, ¿eh? ¿Te gusta alguien?

—Bueno, no estoy ciego.

—No me refiero a solo físicamente. —Le vio negar—. Te voy a dar unos consejos gratis. Ten cuidado de quién te encaprichas, con quién practicas sexo y nunca, nunca, pierdas el tiempo con un hetero.

Eric sonrió.

—¿Y eso se puede evitar?

—Más te vale hacerlo, porque te aseguro que solo conseguirás sufrir —dijo Ty—. Separa siempre a tus amigos de tus ligues, hazme caso.

—Puede que te contrate como maestro.

—Si me pagas... —Ty recuperó de nuevo su artículo.

Mientras, en el despacho de Carson tenía lugar una estampa ya habitual: Nick estaba sentado, casi enterrado en pilas de papeles que iba leyendo con atención. Justo en ese momento, la puerta se abrió y entró Courteney.

—¡Eh! —Se acercó a su mesa saltando—. Me dijiste que viniera a rescatarte si aún seguías aquí.

—¿Ya es tan tarde? —Nick se frotó la frente, quitándose las gafas—. Tú viste antes este montón de papeles, ¿crees que ha bajado algo?

Ella lo miró, calibrando por encima.

—No sé yo. —Se sentó a su lado—. Mira, si no puedes corregir tantas prácticas, ¡ponles menos!

Nick gruñó.

—Tú eres la nueva, se supone que todo el estrés te tocaba a ti.

Ella se encogió de hombros; entonces, la rubia cabeza de Grant se asomó con una sonrisa.

—¡Nieva! ¡No sabéis de qué modo!

—Qué extraño —dijo Nick y se levantó—. ¡Nieve en Canadá!

—¿Qué tiene de genial? —Courteney les siguió.

—Yo soy de California —explicó Grant—. Así que cuando nieva me siento invadido por un estúpido entusiasmo infantil.

Courteney y Nick se miraron, divertidos, pero salieron fuera para ver cómo caía la nieve a través de los cristales. Ella hizo una mueca al ver la intensidad con la que caían los copos.

—Incomunicados —dijo, y la miraron—. Ya veréis.

Los dos sacudieron la cabeza, negando y Courteney regresó dentro pensando que estaban locos. Los estudiantes, en cambio, parecían entusiasmados. Algunos incluso habían salido fuera para que les cayera encima o, simplemente, por contemplar la belleza del paisaje con aquel blanco manto cubriendo el jardín.

Syd se cruzó de brazos ante el ventanal, observando aquello.

—¿Por qué no se tiran bolas y todo eso? —dijo casi más para sí misma.

—Vaya. —Chris se acercó a ella—, quizá porque no es la primera vez que nieva y tienen más de cinco años.

—¿Tú crees? Los hombres nunca dejan de ser niños, excepto en el sillón del dentista. —Lo miró—. Además, no es nieve con hielo ni se está congelando, se ve que está blandita. ¿Eres demasiado maduro para una guerra

de bolas de nieve?

—¿Bromeas? Solo hay algo mejor que eso, y son las guerras de almohadas.
—Tiró de ella—. Vamos, te reto.

—¿Me retas? ¿A qué?

—A que te gano, naturalmente. —Puso una sonrisa provocadora—. ¡Vamos!
¿O tienes miedo?

—Te vas a enterar.

Los chicos que estaban fuera, conteniéndose por no quedar de inmaduros, alucinaron cuando los vieron trotar por allí y comenzar una batalla de bolas de nieve en toda regla. Se miraron entre ellos, dudando, pero si Chris Gauthier, capitán del equipo de *hockey*, podía hacer eso, ellos también. Los gritos atrajeron a otro montón de alumnos, hastiados de estudiar; Satchel tardó medio segundo en unirse a Syd contra Chris, de manera que JD se unió al bando de su amigo para compensar.

Ted Nichols observó todo junto con los demás profesores en el piso de arriba, divertido.

—Las mujeres terminarán por dominar el mundo —comentó.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Grant mirando el panorama.

—Míralos —contestó Ted—. Ellos se esparcen sin más y tiran bolas, las chicas se han organizado en posiciones estratégicas y van cerrando el círculo, en unos minutos los tendrán acorralados.

—Somos buenas militares —apuntó Courteney.

—No lo dudo —sonrió Ted—. Grant, presta atención.

Tenía razón. En cuanto el grupo de chicas, que había aumentado, fue estrechando posiciones, ellos se vieron bombardeados sin compasión por un montón de bolas de nieve que ni siquiera sabían por dónde venían. El resultado fue una aplastante derrota y unos cuantos egos masculinos heridos, amén de mucha ropa mojada.

—Aterrador —dijo Grant.

Syd se acercó hasta donde Chris estaba sentado en la nieve, todo lleno de copos blancos.

—Fracaso —le dijo tendiéndole la mano—. Fracaso, fracaso.

—No estaría mal que de vez en cuando me dejaras ganar en algo. —Aceptó su ayuda y se incorporó con una queja—. Joder, me duele el cuerpo...

—Nunca te dejaré ganar, eso no va conmigo, pero puedo darte un masaje... Si no te compenso de algún modo, acabarás por odiarme.

—Acepto el masaje, mi espalda me está matando.

—Trato hecho.

Le guiñó un ojo y él la siguió rápidamente antes de que cambiara de opinión. Los miembros del equipo de *hockey* tenían su propia sala de masaje para los jugadores y a esas horas estaba cerrado excepto para Chris, que poseía todas las llaves maestras que tenían algo que ver con Los Lobos.

—Esto es abuso de poder, ¿no? —le dijo ella echando un vistazo al cuarto.

—Sí, no todo iban a ser caídas y golpes.

Chris se deshizo de la ropa mojada de un gesto y se quedó solo con los pantalones. Estaba demasiado en forma como para ignorarlo, no conocía la timidez y sabía que era sexy, de ahí su seguridad; tampoco se molestó en darle conversación estúpida. Fue hacia ella con gesto decidido, la atrajo de un tirón y la besó. Lo de la abstinencia lo llevaba fatal; nunca lo había llevado bien, pero tener una especie de novia y, aun así no tener sexo, era todavía peor.

Syd le respondió durante unos minutos, pero cuando la cosa empezó a calentarse en exceso lo apartó.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—Estamos en una sala de masajes —objetó la chica.

—¿Y cuál es el problema? Hay una camilla. —Syd se le escurrió definitivamente—. Joder, ¿dónde vas?

—Me pongo a salvo —le dijo ella con una sonrisa.

—No coquetees más conmigo, Syd, que ya estoy bastante cachondo —protestó él.

—Lo siento, pero no vamos a acostarnos aquí.

—Pero, ¿vamos a acostarnos en algún momento?

—Chris —le dijo Syd con tono de advertencia.

—Lo sé, lo sé, parezco un adolescente salido sin otra cosa en la cabeza, soy consciente de eso. —Recuperó su ropa del suelo, pero no se la puso, mirándola—. ¿Hay algo de malo en mí?

—¡Claro que no!

—No serás una anticuada de esas, ¿verdad? —preguntó receloso.

—¿Tenemos prisa?

Chris movió la cabeza.

—No es eso —comentó—, pero tampoco tenemos que jugar al gato y al ratón, llevamos así desde octubre... —Al ver la cara que ponía ella, desistió y se puso lo que menos húmedo estaba—. Vale, vale, lo dejo, no he dicho nada.

Hasta Syd notó la frustración en su voz e incluso se imaginó lo que estaba pensando en ese momento: un chico como él no tenía ninguna necesidad de

suplicar un poco de sexo cuando podía conseguirlo en menos de un minuto con cualquiera de sus admiradoras. Peor aún, Chris estaba acostumbrado a tener todo lo que quería sin esforzarse demasiado, sobre todo chicas, pero eso a Syd no le importaba.

—No entiendes nada —le dijo.

—Pues explícamelo tú. —Se puso la ropa y se acercó—. No sé qué te pasa por la cabeza, no hablas conmigo.

Syd abrió la boca, pero en ese mismo momento oyeron ruidos por el pasillo y los dos se miraron.

—Será el vigilante de seguridad —dijo él en voz baja.

—Mejor nos vamos antes de que nos encuentre aquí.

—Pero...

—Shhhh... vamos —susurró ella, dando por finalizada la charla con cierto alivio.

Esperó a que los pasos se alejaran y salió del cuarto de masajes; segundos después, Chris la siguió con cara de funeral.

CAPÍTULO 13

Al final resultó que Courteney llevaba razón y se quedaron incomunicados por la nieve durante un par de días, aunque como solía suceder todos los inviernos estaban bien cubiertos y no generó problemas.

Desde el viaje a la casa rural, Yin se unía al resto del grupo para comer y cenar. No participaba de las conversaciones tanto como el resto, pero su presencia ya no era incómoda ni para los demás ni para él mismo, e incluso el ambiente en la habitación con Ty y Eric era mejor. No eran amigos propiamente dichos, pero sí algo más que simples conocidos. Satchel se vanagloriaba de su éxito en aquel pequeño comienzo y seguía con sus charlas, a las que Yin no ponía pegas, y la chica estaba convencida de que haría un gran trabajo de fin de curso.

Como consecuencia de la incomunicación, los chicos pasaron esos días entre la sala de relax y la biblioteca. Hacía tan mal tiempo que era casi imposible practicar ningún deporte fuera, por muy abrigados que salieran, así que no fue raro que empezaran a hablar de las vacaciones de verano, pese a que aún estaban lejanas.

—¿Qué planes tenéis? —quiso saber Eric un día que, milagrosamente, estaban todos juntos tirados por los sofás y muertos del aburrimiento—. Chris y yo vamos a ir a Memphis, a visitar Graceland. Amamos a Elvis.

—Oye, oye —protestó Chris—. Tú lo amas, yo solo te acompaño para que no vayas solo.

Satchel hizo una mueca.

—Yo quiero viajar —dijo—, pero con la mochila al hombro.

—¿En plan cutre? —preguntó JD y ella le chocó la mano con una sonrisa—. Ya lo suponía.

—No me decido entre Texas o Colorado...

—¿Texas? —increpó Eric con cara de asco—. ¿Qué hay en Texas? Calor, polvo y gente vestida de cowboy, ¡no vayas!

Ella se quedó pensativa.

—Además, todos los psicópatas memorables han salido de ese estado —

apuntó Ty aportando su granito de arena.

—¿Tú que, JD? —quiso saber Dennis apagando el cigarrillo para encender otro de inmediato—. ¿A tu casa?

—Solo una parte —dijo él—. Es que en verano trabajo. —Los miró—. Ya sabéis, fichar, jornadas largas, horas extra sin remunerar, poco tiempo libre, explotación... Vamos, lo que hacemos los plebeyos.

—¿En verano? —dijo Yin en tono esnob, y recibió un codazo por parte de Satchel—. ¡Ay! Perdón... ¿dónde?

A veces le salía el «ramalazo Yin», como lo llamaba Satchel, y ella se encargaba de darle un toque para que supiera que se estaba saltando alguna línea y lo arreglara. Él no ponía pegas, más bien al contrario, porque no quería volver a su solitario ser anterior. Aunque no fuera totalmente parte del grupo de forma natural como los demás, cada vez le gustaba más estar con ellos y se daba cuenta de lo solitaria y triste que había sido su vida anterior. Eso, y que Satchel le provocaba algo que le hacía querer ser mejor persona. Aunque de eso en particular no quería hablar ni se lo había dejado entrever a ella.

—En un complejo turístico en Elk Lake, cerca de Michigan, me llaman todos los años —resumió JD—. Soy camarero y por las noches, a veces, estoy en la barra.

—Eres increíble —resopló Satchel—. Deberías tomarte un descanso.

—Ojalá pudiera, ya me gustaría pasarme el verano tumbado bebiendo margaritas.

—Eso es divertido —dijo Dennis y todos le miraron—. Bueno, no para mí, pero sí para las mentes simples.

—¿Y tú, Syd? —preguntó JD.

—La verdad, no tengo ni idea, no he pensado nada. Todavía lo veo lejano.

Ty dijo que él todos los veranos aprovechaba para conocer algún lugar de Laponia. Ya se conocía Canadá de sobra y era chico de sitios fríos. Su meta era alcanzar el Cabo Norte, que estaba en Noruega, y contemplar el fin del mundo. Algunos silbaron de admiración.

—Tiene que molar —comentó Dennis.

—¿Cuál es tu plan, superdotado?

—Quién sabe, puede que me saque algún título. —Los vio reírse—. No haré nada especial, ir a ver a un par de amigos y vagar por Helsinki.

Dejaron el tema al oír por megafonía que había un par de quitanieves despejando ya toda la zona y pronto surgió otra conversación distinta, por lo que se olvidaron del tema vacaciones.

Todos menos Yin, que se quedó pensativo porque realmente su verano no le apetecía nada. Más tarde, mientras estaba en la cola del comedor a la hora de la cena junto a JD decidiendo si tendría valor para comerse aquella verdura con pinta radioactiva, oyó al chico hablar.

—Ni se te ocurra... no es comestible.

—¿No?

—No, coge otra cosa. —Se acercó a él—. Antes has estado muy callado con lo del verano, ¿es que no tienes nada pensado?

Yin se encogió de hombros.

—Ir a casa, supongo, nada especial. Solo otro verano largo con mis padres... Ellos se pasarán los días en el club y yo a mi rollo, ¿por qué?

—¿Por qué no vienes conmigo? —le sugirió JD como si tal cosa.

A Yin por poco se le cayó la bandeja. Se quedó mirándolo como si le faltaran todos los tornillos del mundo, porque... ¿acaso le estaba diciendo que trabajara o algo así?

—Todos los años necesitan gente, puedo enchufarte si te interesa.

—¿Trabajar?

—No te pongas en plan pijo, sé que no necesitas el dinero, pero no te vendría mal madurar un poco en ese aspecto.

Yin seguía estupefacto.

—Yo, trabajando —repitió.

—Bueno, a lo mejor he sido muy optimista pensando que serías capaz...

—Eh, eh —saltó Yin herido en su orgullo—. Soy capaz de eso y mucho más.

—Eso es genial, porque además se trata de aprender a relacionarse con todo tipo de gente, ¿qué daño puede hacerte?

Yin lo miró, suspicaz.

— ¿Ha sido idea de Satchel?

— No, esto se me acaba de ocurrir a mí solito. Pero seguro que le causa impresión cuando se entere.

Yin sopesó la idea un par de segundos. Allí había muchos pros y contras que analizar, y, además, le daba la sensación de haber caído en una especie de trampa. Su orgullo le pedía demostrar que era capaz, pero su yo interno, aún antisocial y anti cualquier cosa que significara un esfuerzo físico, podía sobre lo demás. Así que sacudió la cabeza.

— Gracias, pero no, gracias.

—No hay problema. —JD sonrió divertido—. Quizá el año que viene.

Se alejó de él y Yin lo miró.

—¿El año que viene? Pero, ¿a ti no te vale un no como respuesta? —Se apresuró a seguirlo—. ¡JD!

Satchel terminó de ponerse el uniforme en el vestuario y tardó un rato en encontrar su *stick* porque casi ni recordaba dónde lo había guardado. Su trabajo iba viento en popa, pero dedicarle tanto tiempo le había pasado factura, en los entrenamientos a los que acudía no estaba centrada. Ciertamente era que ya no podía achacarlo al resto del equipo porque desde que ayudaba a Mark no la molestaban, así que suponía que eso tenía algo que ver. En el campo sí que seguía jugando poco y apenas le pasaban el disco, pero como tampoco iba a ensayar las jugadas todo lo que debería, no le extrañaba.

Suspiró mirándose al espejo y salió a la pista donde estaban los demás entrenando. Con lo que le estaba costando hacerse un hueco entre ellos, no estaban para tonterías o no la mantendrían el próximo año. Se fue con JD, pero su mente enseguida se distraía pensando en Yin o en *Hueso* y, al cabo de quince minutos, Chris detuvo el entrenamiento y le hizo un gesto para que se acercara, ella se deslizó patinando hasta su posición.

—¿Necesitas un descanso?

—¡No! —exclamó ella—. Prestaré más atención.

—Genial, ya iba siendo hora.

Regresaron al juego, pero no logró remontar. Se sentía observada por varios pares de ojos que estaban deseando que la expulsaran. Además, se daba perfecta cuenta de que Chris empezaba a irritarse de verdad y cuando el disco pasó por su lado sin que lo viera pegó un grito.

—¡Kelly, fuera! Jones, entra tú.

—Venga, Chris, no me saques...

—Más vale que te plantees si quieres seguir en el equipo —le dijo él—, porque hace semanas que te has convertido en un estorbo, Satchel. Como no te apliques más, me veré obligado a expulsarte.

—No hace falta que seas cruel. Vale, estoy algo despistada...

—¿Despistada? —le gritó él—. ¡Dejar pasar el disco sin verlo siquiera no es «estar despistada»!

—¡Tú eres el capitán! ¡Deberías animarme, no pegarme la bronca delante de todo el mundo!

—¿Cuántos entrenamientos te has saltado en lo que llevamos de mes? —Ella apartó la mirada—. Siete, ¡siete! Y sí, soy tu capitán, por eso te digo esto:

no existen medias tintas en el *hockey*, o juegas, o sales de la pista. —La vio morderse el labio—. Vete a dormir un rato o lo que sea, Jones jugará por ti.

Satchel soltó un juramento, pero obedeció. En el vestuario, la rabieta le hizo tirar el casco al suelo, le faltó muy poco para darle una patada, pero se lo pensó mejor y lo recogió, arrojándolo en su taquilla. ¡Odiaba a Chris! ¿Quién se creía que era para hablarle así? Sí, se había saltado el entrenamiento algún día, ¿y qué? Vale, muchos días. No era tan grave, no estaba tan «despistada», pero luego recordó que en los últimos partidos habían tenido lugar varios encontronazos y golpes innecesarios.

Chris la colocaba en la defensa porque creía que allí era donde mejor podía hacerlo, pero no estaba haciendo un buen trabajo, la verdad. No se había aplicado mucho, pero ¿qué esperaban? ¡Le faltaban horas a sus días! Y no quería dejar el *hockey*, pero tampoco podía descuidar el trabajo, sus estudios... tenía que ponerse las pilas ya o Chris la echaría del equipo. No había esperado que se pusiera tan rígido... Se metió en la ducha a ver si así se le pasaba el cabreo.

Chris estaba sentado fuera del vestuario, ya cambiado, cuando salió JD. Se suponía que Syd se iba a reunir con ellos para ir al comedor, de manera que tenían que esperarla. Nada más verlo, su amigo se dio cuenta de que todavía seguía cabreado.

—Eh. —Se acercó y se sentó a su lado—. Cambia de cara, hombre, le has echado una buena bronca, con eso es suficiente.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Por lo menos, si hubiera sido para mí, ahora mismo estaría hecho polvo.

—Me he pasado, ¿no? —dijo Chris moviendo la cabeza.

—No —contestó JD—. Lo necesitaba, te recuerdo que en los últimos partidos la pusiste a defenderme y es mi culo el que da contra el suelo cuando está en la higuera. —Lo vio sonreír—. ¿Por qué te preocupa tanto el tema?

—Bueno, he apostado por ella. La defendí al principio, la he entrenado y es buena, joder. Si ahora pasa de todo, yo quedaré como un imbécil y ella como una aficionada.

Syd se les acercó por detrás.

—¿Quién es una aficionada? —Los chicos se miraron entre ellos—. ¿Interrumpo alguna conversación de machos?

—No, no —replicó Chris—. Hablamos de Satchel, que de excelente

jugadora ha pasado a ser casi invisible. ¿Tú qué opinas?

—Pues que está muy ocupada.

—Como todos, pero ya conoces el dicho, si no aguantas el calor...

—... sal de la cocina —dijo la rubia—. Chris, no seas muy duro con ella, me la he encontrado por el pasillo y estaba llorando, Satchel no se merece eso.

—Genial —gruñó el chico—. Ahora me toca sentirme como una mierda. Si yo comprendo que esté liada, pero tengo un equipo que sacar adelante y, si no se centra, tendré que sustituirla.

—¿No puedes hacer una excepción?

—Soy objetivo, lo fui cuando la incluí en Los Lobos y lo sigo siendo ahora. No sé si eso es bueno o malo, pero forma parte de mi personalidad. Esto no tiene nada que ver con la amistad, no puedo hacer excepciones. Os veo luego, chicos.

Se marchó sin más y ellos se miraron, asombrados.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Syd.

—Tiene razón, nunca hace distinciones y no va a empezar ahora. Le sería muy fácil hacer la vista gorda.

—Sí, lo sé, pobre Satchel.

—Habla con ella y dile que se ponga las pilas. Si no pasara tanto tiempo con Yin...

—Pero si gracias a ella ese chico se ha vuelto medio humano.

—Ya puede dejarlo solo, que es mayorcito y es hora de que eche a volar —sugirió JD—. Aunque si quieres saber mi opinión, Satchel ya no está haciendo ningún trabajo.

—¿Qué insinúas?

—Yo no insinúo nada, te digo claramente que a Satchel le gusta Yin. Vamos, creo yo.

—¿En serio? —Él levantó la ceja—. Sí, yo también lo he pensado, pero solo eran elucubraciones, ella no me ha comentado nada al respecto.

Ya habían llegado al comedor, así que JD se detuvo.

—Pues es lo que me parece a mí —dijo él.

—Tiene que ser complicado que te guste Yin, con lo peculiar que es. ¿Será recíproco?

—Ni idea, aunque hablo más con él que antes, tampoco llegamos a temas muy personales.

Pasaron junto a la mesa de Gia y Jake y los saludaron con la cabeza.

—Oye, ¿qué tal con la periodista? ¿Sigues reticente?

—No, nos llevamos bien. Mientras se comporte con normalidad, seguiremos siendo amigos.

Fueron a su mesa, aunque Satchel no se encontraba allí. Estaba en su cuarto sentada, todavía pensando en las palabras de Chris, cuando oyó unos golpes en la puerta. Pegó un bote, sobresaltada.

—¿Sí? —Mark asomó la cabeza—. Ah, hola, pasa.

—Vengo a ver cómo va tu ánimo —dijo él sentándose a su lado—. Sé que te has quedado jodida con lo de hoy y como no has bajado a la cena...

—No tengo hambre... pero no pasa nada, como ves, estoy perfecta. —Dejó el libro que sujetaba y lanzó un suspiro—. ¿Tanto he descuidado mi juego?

—¿Quieres oír la verdad o una mentira piadosa?

—La verdad.

—Pareces un espantapájaros. Es como si te hubieran sacado a rastras de la cama y te hubieran colocado en mitad de la pista de hielo —comentó Mark—. La verdad es que me sorprende que Chris no te haya echado el chaparrón antes, eso viene a decir que aún estás a tiempo de salvar tu puesto en el equipo.

—¿Cómo?

—Entrenándonos. Podemos levantarnos pronto, entrenar antes de las clases, en poco te recuperas, fijo.

—¿Nos? ¿Tú te incluyes?

—Claro, necesitas que te guíen, al menos en esto. —Le sonrió burlonamente.

—Gracias, Mark, te agradezco lo que haces, en serio.

—Tú me has ayudado, te debía una así que... Venga. —La zarandeo de forma amistosa, casi tirándola de la cama—. Mañana estate levantada bien pronto y nada de protestas, iremos antes de la hora del desayuno.

—Lo que tú digas.

—Ven, necesitas un abrazo.

—No necesi...

Antes de que pudiera seguir, Mark la rodeó con sus enormes y musculados brazos y la apretó tanto contra él que Satchel casi sintió que le aplastaba los pulmones. Pero claro, aquel abrazo fraternal surtió en ella un efecto inesperado. Él no era tan imbécil como había pensado en un principio, era buen jugador y... estaba tremendamente macizo. En cuanto lo tuvo cerca, las hormonas se le revolucionaron y cuando el tiempo que debía durar el abrazo amistoso pasó, él se dio cuenta también.

—Esto es un poco incómodo —dijo ella—, ¿no?

—¿Por qué?

—Mark, no puedes venir aquí, restregarte conmigo sin más y luego largarte...

—Si quieres, me quedo.

Satchel lo pensó durante unos segundos, pero, en esos momentos, lo único que veía era el tío que tenía delante y que hacía mucho que no se acostaba con nadie.

—Espera —le dijo, levantándose y yendo hasta la puerta para cerrar con llave, mientras suplicaba para sus adentros que Syd o Cherry no subieran a la habitación antes de tiempo.

Se dio la vuelta, Mark la levantó en el aire como si pesara diez kilos y la llevó a la cama mientras la pelirroja se reía. Cuando ya lo tenía encima y alternaba besos con lanzamiento de prendas al suelo, ella volvió a hablar.

—No te tomes esto en serio, ¿eh?

—Qué gracia, es lo que siempre le digo yo a las tías.

Satchel le cogió del cuello y le hizo callar besándole. Era una joven apasionada de por sí, pero estaba claro que el chico sabía cómo calentar el ambiente: subió las manos hasta su sujetador, y sus pulgares encontraron los pezones por fuera de la tela. La pelirroja se mordió el labio inferior mientras notaba cómo se endurecían ante su contacto, y casi al instante sintió una punzada de deseo en la ingle. Abrió la boca para decir algo, pero entonces Mark le dio la vuelta y de repente Satchel se encontró tendida boca abajo sobre la colcha, con el chico encima, sobre su espalda. Notó un tirón en la ropa interior, y aspiró de manera brusca al sentir cómo la penetraba por detrás. Pues eso sí que no se lo esperaba, por mucho músculo que tuviera siempre le había parecido un poco bobalicón...

El hilo de sus pensamientos se cortó cuando sintió su aliento en el cuello, y se acompañó a su ritmo sin dejar de gemir. La estaba llevando al mismísimo cielo con aquellos movimientos bruscos, y escuchar sus gruñidos en el oído contribuían a excitarla más. Se agarró al cabecero de la cama temiendo acabar tirada por el suelo, pero casi al momento tuvo un orgasmo que recorrió su cuerpo como una descarga eléctrica. Mark le tapó la boca mientras se sacudía, no quería que sus gritos llamaran la atención más de lo necesario... Las normas del Sharidan eran muy estrictas en cuanto a sexo se refería: nada de practicarlos en las instalaciones.

Segundos después, se derrumbó sobre la espalda de la pelirroja, exhausto y

con una fina capa de sudor perlando su rostro.

—Ufff —gruñó, aún con los labios posados en su cuello, rozándolo—. Qué paliza, pelirroja.

—Necesitaba algo así —murmuró ella, aún con la cara apoyada sobre la almohada—. Soltar toda la tensión acumulada, que mi cuerpo explotara.

Al decir aquello, notó como la mano de él se posaba en su cintura, juguetona.

—No me digas que ya estás otra vez a punto. —La chica se echó a reír, retorciéndose para que Mark dejara de hacerle cosquillas—. Yo creía que todos los deportistas la teníais pequeña, y que solo os funcionaba una vez...

—No todos —replicó él, y su mano se abrió paso entre sus piernas hasta encontrar lo que buscaba.

Satchel dejó de reírse al momento, y su cuerpo se arqueó de manera espontánea para que él tuviera mejor acceso a aquella parte de su anatomía, que ya reclamaba sus caricias...

Más tarde, cuando Syd regresó al cuarto, hacía tiempo que Mark se había marchado dejándola metida en la cama y con una sonrisa de perezosa satisfacción. Syd la observó unos segundos con curiosidad.

—Hola —saludó Satchel.

—Hola. Veo que ya no estás tan triste.

—Todo tiene cura.

—Creo que no voy a preguntar nada más —dijo Syd dejando su cazadora en la silla—. Tu cara me recuerda a la del gato de Cheshire.

Satchel se medió incorporó en la cama, tapándose con la sábana.

—¿Estás desnuda? —Syd levantó una ceja inquisitiva.

—Sí. Oye, ¿seguía Chris enfadado?

—Un poco, ya se le pasará.

—¿Qué tal os va?

La rubia se metió en el baño para cepillarse los dientes y luego salió para ponerse el pijama.

—Regular —contestó metiéndose en la cama y cogiendo el libro que estaba leyendo de su mesilla—. Exige demasiado tiempo y atención.

—Es lo que tienen los novios, demandan mucho. ¿Qué coño se habrán creído?

—No te hagas la graciosa.

—¿Salimos mañana? Es sábado... bailar, beber. Puedes llevarte a tu novio,

a ver si se le pasa la amargura —dijo Satchel metiéndose dentro de su pijama con unas complicadas contorsiones—. Nos iría bien desfogarnos un poco.

Syd no encontró ningún motivo para negarse. Además, qué narices, les vendría bien salir. Aunque lo del desfogue por algún motivo parecía que a su compañera ya no le hacía tanta falta... y a lo mejor Chris volvía a ser el que era, ya que desde la noche en la sala de masajes siempre andaba malhumorado. Se imaginaba que la culpa la tenía ella, pero aun así quería solucionarlo de alguna manera sencilla.

En el desayuno, Satchel lo comunicó a los demás y dijo que se apuntara quien quisiera, cogerían varios taxis si eran muchos y solucionado.

—¿Hay que ir arreglado? —preguntó Ty y Eric le pegó en el hombro—. ¿Qué?

—Sí, vas a tener que quitarte la ropa deportiva. La primera vez duele, pero luego se pasa, tranquilo.

—Espera, que me muero de la risa...

Yin pensó en apuntarse. Total, sería mejor que quedarse solo y aburrido en el internado y, además, estaría JD; con suerte, quizá Satchel se emborrachara lo suficiente como para regalarle alguno de aquellos bailecitos que hacía cuando bebía. Por segunda vez, sacudió la cabeza para sacarse esa idea tan molesta y JD lo miró extrañado.

—¿Qué haces?

—Nada, es para despejarme.

Cambió de opinión y decidió quedarse: no quería terminar borracho y hablar más de la cuenta. Chris dijo que tenía una reunión con Madsen y que intentaría ir si terminaba pronto, pero que no contaba con ello; Dennis se sumó, pero no prometió meterse en los mismos locales que ellos.

—Anda que no eres especial ni nada —le dijo JD.

—Lo que pasa es que tengo buen gusto musical —replicó Dennis, y se levantó—. Me voy a fumar.

De manera que esa noche cogieron unos taxis y se plantaron en el centro. Las chicas, como siempre, se habían arreglado muchísimo más que ellos, sobre todo Cherry, que prácticamente iba desnuda y que se desmarcó del grupo tan pronto cruzaron la puerta del primer local.

Salir con JD y Satchel fue una verdadera pesadilla para Syd: todo el tiempo había un montón de mosconas y chicos babeantes revoloteando alrededor y, como ella estaba con ambos, tuvo que soportar un auténtico acoso, además de

los chicos que se acercaban atraídos por su persona.

Se había acercado a la barra y estaba esperando al camarero cuando se le aproximó una chica pizpireta que llevaba un vestido tan pequeño que parecía una radiografía.

—Hola —saludó y Syd la miró—. ¿Conoces a ese chico? —Le señaló a JD—. Has venido con él, ¿no?

—Es amigo mío.

—Podrías presentármelo, las chicas tenemos que ayudarnos entre nosotras, ¿no?

Syd abandonó la barra, llevó a la chica hasta JD, se la presentó y se marchó. No llevaba ni cinco segundos intentando localizar de nuevo al camarero cuando otras dos se pusieron junto a ella sonriendo tanto que hasta daban miedo.

—Hey, hola —la saludaron—. ¿Ese es tu novio?

—No.

—Te invitamos a un chupito si nos lo presentas.

La tercera vez el que se aproximó fue un chico que quería conocer a Satchel. Como esta era amiga de montar buenos *shows*, cada rato se iba con Syd a bailar o beber, pero luego se metía en la pista y se perdía entre la gente, es decir, que no estaba todo el rato con ella, pero sí el suficiente para que los tíos supieran que se conocían.

—¿Por qué no te presentas tú solo? —le dijo Syd, que empezaba a perder la paciencia.

—Si eres amiga suya, tendré más suerte, digo yo...

A ella le dio pena, así que fue hasta Satchel y los dejó hablando. Después de un rato, y tras varias e infructuosas tentativas de conseguir una copa o algo más fuerte, la siguiente vez que una chica se puso junto a ella con la mejor de sus sonrisas, cogió aire.

—Oye, ¿ese tío con el que has venido es tu novio?

—Sí, así que aléjate de él o te corto el cuello.

La joven se marchó tal y como había venido. Ty se unió a ella en la barra, y al fin consiguieron que el camarero les pusiera las bebidas.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Chupitos. Toma. —Le dio uno, brindó con él y se bebió el suyo de golpe—. ¿Quieres otro?

—Claro, me apetece un coma etílico —Se apoyó en la barra sonriendo—. Mira, JD se ha librado de sus admiradoras. Voy a ver si ese camarero me hace

más caso que a ti.

—Buena suerte.

Se fue a buscar al camarero mientras JD se acercaba.

—¿Qué hacéis aquí?

—Toma. —Syd le puso un montón de papelitos sobre el pecho.

—¿Qué es esto?

—Teléfonos —explicó ella—. Se ve que tengo pinta de ser tu secretaria personal. —Él se echó a reír—. ¿Te pasa esto siempre que sales? No sé cómo lo aguantas.

JD tiró todos los papeles en el cubo que había cerca de ellos.

—No me lo tomo muy en serio —respondió él—. ¿Te han dado mucho la lata?

—Un poco. A las cinco últimas les he dicho que era tu novia y que si se acercaban a ti les sacaría los ojos, espero que no te importe.

—En absoluto.

Ty regresó cargado de chupitos y les tendió los vasitos. Llevaba un rato buscando a Eric con la mirada, pero no conseguía localizarlo, así que se unió a la conversación.

—No sé cómo se lo han creído, la verdad —estaba diciendo Syd—. Alguien como tú se espera que lleve del brazo a una supermodelo, ¿no? Una de esas rubias que parece que llevan meses sin comer.

—Tú eres rubia y gracias a la comida del Sharidan es casi como si llevaras meses sin comer...

Vio que los dos chicos se reían y se preguntó qué les haría tanta gracia. En vez de indagar, se tomó otros dos chupitos de golpe.

—¿Está borracha? —le preguntó JD a Ty—. ¿Cuánto ha bebido?

—No lo sé, estando yo poco.

—No estoy borracha —aclaró ella—. No mucho, al menos. Por dentro estoy bien.

A Ty le pareció ver a Eric entre la gente, así que salió disparado dispuesto a llevárselo a la barra.

—¡Esperadme que vuelvo en un segundo!

—Aquí estaremos —le dijo Syd, y cogió los dos vasos que quedaban en la bandeja, dándole uno a JD—. Toma, que se va a poner malo.

—¿Intentas emborracharme?

—¿Por qué iba a hacer eso? —Observó su expresión divertida y aquella sonrisa irresistible que ponía de vez en cuando—. ¿Estás ligando conmigo?

¿Es por tus acosadoras, quieres que piensen que soy tu novia? Vale. —Le cogió del brazo—. Pues vamos a bailar.

JD se dejó llevar sin poner objeciones, solo esperaba que la ingesta de alcohol no fuera tan devastadora que le diera por ponerse a bailar al estilo de Satchel, porque eso era más lo que se le podía pedir que soportara.

Ty regresó a la barra con Eric y miró alrededor.

—Estaban aquí hace un minuto —comentó, y miró por el local—. Ah, están bailando.

Dennis se apoyó a su derecha en la barra en una cómoda postura, e hizo un barrido por la pista con un cigarrillo en la mano y una copa en la otra. Satchel andaba por allí, totalmente efervescente, hablando con todo el mundo, y en ese estado de embriaguez en el que no le faltaba nada para subirse a bailar encima de un altavoz; calculó que tendrían que llevarla como un saco al taxi.

—Es una bomba, ¿eh? —dijo Ty con una sonrisa—. No tiene ningún control.

—Es cierto, pero me preocupan más esos dos —le dijo refiriéndose a JD y a Syd—. Tío, esto no va a acabar bien...

Ty lo miró sin entender.

—¿De qué hablas? — Le dio una copa —. No te preocupes, si Syd se encuentra mal, JD se encargará de ella.

—Sí, a eso me refiero. —Cogió el vaso y se lo bebió de un trago—. Necesito fumar.

—Tienes un cigarrillo en la mano.

—Pues necesito otro, estaré fuera.

Se largó ante la mirada atónita del chico, que se quedó pensando en lo raro que era, y en qué habría visto de extraño en la pista ya que él no notaba nada digno de atención. Volvió su atención a la barra y pidió una copa.

En la pista, la música cambió de ritmo y se volvió algo más lenta. JD llevó sus manos a la cintura de Syd, aunque sin acercarla demasiado a él.

—Parece que surte efecto —le dijo ella, subiendo las manos a su cuello—. Creo que me acaban de matar con la mirada como tres chicas y otras tantas creo que planean esperarme a la salida.

—Eres una exagerada. —Se echó a reír—. Aunque gracias.

—Para eso están las amigas, ¿no?

— Sí, me gusta que seamos amigos.

Pero algo en sus ojos o en su forma de decirlo hizo que Syd se quedara mirándolo, preguntándose por qué no le sonaba tan bien como debiera esa

palabra saliendo de sus labios. ¿O era ella, que lo interpretaba de otra forma? Dios, qué confusa se sentía en aquel momento... Debería estar bailando con su novio, pero este no había aparecido y, lo que era peor, no lo echaba de menos. Y lo último que le apetecía era soltarse de aquellos brazos que le transmitían un calor y unas sensaciones que no lograba Chris ni con sus besos más apasionados. Sin darse cuenta, se fue acercando más hacia él. JD, lejos de apartarla, estrechó también el abrazo, con los ojos fijos en los de ella. La tenía tan cerca que solo tenía que inclinarse un poco y entonces podría...

Pero antes de que pudiera terminar ese pensamiento o convertirlo en realidad, notaron un empujón y Syd se separó para coger a Satchel antes de que golpeará el suelo. El chico alargó las manos también, y entre los dos consiguieron evitar que se rompiera la cabeza.

—Esta ya está para irse a dormir —suspiró JD, como si no fuera obvio.

—De eso nada —replicó ella sin dejar de patear—. ¡Si estoy de maravilla! No me zarandeas tanto, que me mareo.

—¿Nos vamos? —sugirió Syd. Miró a su alrededor—. ¿Y Cherry? ¿Sabéis dónde está?

—Ni idea. Déjala, siempre vuelve por su cuenta.

Consiguieron llegar a la barra junto a Ty, que fue a buscar a Eric y Dennis. JD se las vio y se las deseó para conseguir meter a Satchel en el taxi, pues ella estaba empeñada en continuar la juerga, y ni siquiera Syd logró que dejara de protestar durante el camino.

—Cállate ya —le mandó Dennis, que iba sentado de copiloto. Miró al taxista—. Perdona, es que ha bebido un poco.

—¡No me digas! —replicó este—. No me había fijado.

Satchel hizo un amago de acercarse a la ventanilla.

—¿Estás mareada? —le preguntó JD—. Por favor, no me digas que vas a vomitar.

—Pensaba que era la puerta... —murmuró ella—. Quiero dormir.

—Enseguida llegamos —le dijo Syd.

—¿Quién me va a meter en la cama? —siguió ella—. ¿Está Mark por ahí? Podemos repetir lo de ayer.

Syd y JD se miraron extrañados, preguntándose a qué venía aquella frase. Dennis, por su parte, no lo había oído, porque lo había dicho bastante bajo. Parecía que Satchel iba a decir algo más cuando, de repente, cerró los ojos y se quedó dormida encima de Syd. Esta la movió para ver si respiraba y luego carraspeó.

—Como un tronco —informó.

El taxi se detuvo y Dennis le pagó.

Syd intentó quitarse a la chica de encima, pero Satchel no parecía tener demasiadas ganas de moverse.

—Ya la llevo yo —repuso JD.

La sacó del coche y se la cargó al hombro como si fuera un saco de patatas. Segundos después, llegó el otro taxi con los que faltaban, quienes observaron divertidos la escena.

Durante el viaje hasta el cuarto de las chicas, Satchel empezó a gruñir entre dientes al darse cuenta de que iba boca abajo.

—Sshhh —dijo Syd—. Calla que vas a despertar a los demás.

Abrió la puerta y JD la dejó caer encima de la cama como si soltara una maleta.

—Joder, pesa más de lo que parece.

—La próxima vez no la dejaremos beber —comentó Syd—, aunque nos viene bien que lo haga porque es la única manera de enterarnos de las cosas, que no nos damos cuenta de nada.

—Ojalá pudiéramos hacerle el tercer grado a Mark, pero no tengo tanta confianza —dijo JD—. Échale un ojo que en un rato se pondrá mala.

—Qué bien —suspiró ella—. Gracias por traerla.

—De nada, a ver si te deja dormir. —Le sonrió—. Buenas noches.

Se marchó y Syd cerró la puerta, inquieta, como si hubiera estado esperando algo al despedirse y sin quitarse de la cabeza el baile en la discoteca. Se quedó unos segundos tratando de decidir si se sentía frustrada o no.

¿Qué demonios le pasaba últimamente con JD, que no tenía ni un solo pensamiento inocente sobre él? ¿Estaría confundida? No le gustaba... ¿verdad? No, no, a ella le gustaba Chris. Suponía. Era un chico majo, coherente, hablaban, se divertían... Pero no estaba enamorada y, desde luego, no se le aceleraba el corazón cuando estaba con él. A veces, tenía la sensación de que Chris no la conocía y que tampoco tenía ningún interés en verla como realmente era y algo similar le sucedía a ella con él. Verlo y saber que era eso, que no había nada más debajo. Era perfecto... y simple. Ya estaba, ya había salido la palabra que buscaba. Con JD era diferente, aunque tampoco sabría explicar por qué.

No, seguro que estaba confusa. JD era amigo suyo, y era lógico que confundiera sus sentimientos por él. Por eso a veces los amigos lo estropeaban

todo liándose entre ellos, porque confundían esa sensación, ¿no?

Satchel protestaba en la cama, todavía en la misma posición que JD la había dejado, boca abajo. Syd se acercó y le apartó el edredón de la cara.

—¿Estás bien?

—Sí... no... no puedo mover los brazos...

—Estate quieta, anda.

Le quitó la cazadora y las botas y la metió dentro de la cama como pudo, después le echó el edredón por encima y la tapó hasta la barbilla.

—No me tapes tanto que me voy a morir de calor... —gruñó su amiga intentando sacar la cara de la ropa de cama.

—¿Quieres dormirte de una vez, pelma?

Apagó la luz y fue al lavabo a lavarse los dientes. Al terminar se metió en su cama, y Satchel la dejó dormir un par de horas antes de que la oyera salir disparada al baño.

CAPÍTULO 14

Al día siguiente, como solía suceder todos los domingos, apenas había gente en el desayuno. Syd había dormido tan poco como Satchel, pero a primera hora de la mañana por fin la pelirroja había conciliado el sueño, así que ella se vistió y bajó al comedor. Su mesa estaba tan vacía que le dieron ganas de volverse a la cama, pero necesitaba un café de manera urgente, así que se sentó.

Segundos más tarde, Gia entró y echó un vistazo, la vio y al pasar junto a ella se detuvo.

—Hola —dijo—. Qué poca gente, ¿no?

—Sí, los domingos son días tristes aquí, ya sabes —contestó Syd—. ¿Tampoco están los tuyos? Puedes sentarte si quieres.

Gia hubiera preferido que le extirparan un riñón sin anestesia, pero afirmó despacio. La verdad era que había hablado poquísimo con Syd, pero no le gustaba; sabía que aquello no tenía fundamento alguno, pero tampoco lo necesitaba. Solo por ser amiga de JD estaba destinada a no congeniar jamás con ella. A pesar de todo, cogió su café y regresó a la mesa.

—No tienes buena cara —le dijo al darse cuenta de sus ojeras.

«Ojalá la cara se te quede así para siempre», pensó por dentro, «y de paso que engordes. Un montón, nada de tres kilos, por lo menos diez que con tu altura serán suficientes.»

—Anoche salimos por ahí y Satchel volvió prácticamente inconsciente —comentó ella—. Se ha pasado toda la noche de la cama al baño y yo con ella, claro. Estaba tan mal que se me olvidó hasta mi propio malestar.

—Parece que fue una buena noche.

—La próxima vez te vienes con nosotros, ni te imaginas el circo que se monta cuando llevas al lado a JD. —Gia la miró—. ¡Las tías salen a su paso como setas!

Gia no logró ocultar una sonrisa.

—Ya me lo imagino —comentó.

«Qué me vas a decir a mí...» se dijo. Las entendía perfectamente. Quizá

debería pedirle a Syd el espray con efecto antitíos buenos que debía echarse por las mañanas, porque lograba pasarse con él gran parte del día sin que le afectara su atractivo.

—Me dieron tantos teléfonos anotados que podríamos hacer hasta una barbacoa. No entiendo cómo no se le sube a la cabeza, a mí me volvería loca.

—¿Y... ligó con alguna?

—Bueno, ya sabes cómo es, simpático con todo el mundo, pero no demasiado. —Apartó deliberadamente de su mente el baile con él, era demasiado temprano para ponerse a analizar aquello y tampoco era un tema a comentar con cualquiera. Dio un sorbo a su café y pareció sorprendida—. ¿Cómo? ¿Qué es esto? ¡El café está bueno!

—¿Qué dices? —Gia se apresuró a probarlo—. ¡Es verdad! ¡Se puede tomar!

Las dos miraron hacia la zona de cocina donde una mujer que no conocían de nada andaba trasteando por allí, haciendo tostadas y poniendo cafeteras.

—Esa es nueva, ¿no? —preguntó Syd—. Nunca la había visto.

—No lo sé, pero deberíamos rezar para que se quedara. Es más, quizás hasta podríamos coger una tostada o algo...

—Buena idea, ¿te imaginas si fuera comestible?

Gia se fue a toda prisa y regresó al cabo de unos minutos con un plato que llevaba un par de tostadas.

—No están quemadas —susurró sin poder creerlo—. ¡Huelen bien!

—Si esa mujer se marcha me prenderé fuego.

Desayunaron juntas y, en algún momento de ese rato, Gia dejó de tenerle manía. Además, aunque apreciaba muchísimo a Shaffire, que era su mejor amiga allí, también estaba bien hablar con otra persona que no estuviera tan chiflada como ella.

Un rato después, JD hizo acto de presencia; al chico le sorprendió ver a ambas sentadas juntas y, al mirar a Syd, pensó en darse media vuelta, pero ella ya lo había visto y tampoco quería dar la sensación de estar huyendo... Sobre todo cuando no había pasado nada, ¿no? Solo un baile que había terminado demasiado pronto para su gusto, pero ni siquiera estaba seguro de ella hubiera sentido ese extraño momento también. Al fin y al cabo, salía con Chris y él era solo su amigo.

Ella levantó la mano para saludarlo y tragó saliva, acercándose para sentarse en la mesa. Entonces se dio cuenta de otro detalle.

—Eh, ¿qué hacéis comiendo? —preguntó sorprendido.

—Hay una cocinera nueva — contestó Syd.

—Sí, y no quema las tostadas ni el café — añadió Gia.

—¡Corre, aprovecha!

JD fue a buscar su desayuno y volvió, mirando alrededor.

—¿Qué pasa con la gente? ¿Todavía están durmiendo?

Apenas había terminado de decirlo cuando entró Jake en el comedor, levantó la mano a modo de saludo hacia su mesa y Gia se incorporó, despidiéndose de ellos.

—¿Ahora sois amigas? —preguntó JD cuando se hubo marchado.

—No, no sé, es una chica agradable. Estábamos solas, así que...

—Perdona esto que te voy a decir, pero tienes una cara horrible.

—¡Gracias! —exclamó Syd, dándole un golpe amistoso en el brazo—. Me apetecía mucho escuchar algo así, ¡qué detalle por tu parte!

—Satchel te ha dado la noche, no me digas más. —Ella afirmó—. Pobrecilla. Era de esperar.

— Sí, tal y como llegó... Menuda noche movida.

Levantó los ojos y JD le sostuvo la mirada unos segundos, pero en ese momento entró Eric y se acercó a su mesa.

— Madre mía, ¿los dos tomando café? ¿Y tostadas? ¿Se ha acabado el mundo?

Syd ocultó la cara tras su taza de café mientras JD levantaba la suya en modo brindis hacia Eric.

— Es comestible, hay cocinera nueva.

— Eso tengo que verlo.

Se fue a toda prisa a coger su desayuno. JD cogió una de sus tostadas y le dio un mordisco, evitando mirar a Syd. Parecía que el momento de nuevo había pasado, o quizá estaba otra vez imaginándose cosas. Fuera lo que fuera, se recordó de nuevo que la chica era su amiga y, además, la novia de su mejor amigo y capitán. Así que mejor dedicaba sus pensamientos a otras cosas más fructíferas como sus estudios, que tampoco le venía mal concentrarse más.

Gia llegó hasta Jake, que removía su café pensativo. La miró mientras se sentaba.

—¿Qué hacías en su mesa? —preguntó.

—Nada, cuando he llegado solo estaba ella así que nos hemos sentado juntas. —Lo miró—. Es algo que hacemos las mujeres, ¿sabes? Hablamos, tomamos café... cosas que no merecen esa mirada asesina por tu parte.

—¡No puedes confraternizar con el enemigo!

—¿Enemigo?

—Ella, ella es el enemigo —dijo mirando a Syd—. ¡No podéis ser amigas! ¿Crees que los ratones toman café con las serpientes antes de ser engullidas?

Gia procesó la frase con cara estúpida.

—Pero, ¿de qué hablas? ¿Qué ratón? ¿Qué serpiente? ¿Se supone que yo soy el ratón?

—¡Sí! Escúchame, que no te enteras de nada. —La cogió de las muñecas e hizo que lo mirara—. Ella juega con ventaja porque lo conoce mucho mejor que tú y, seamos sinceros, que sea tan guapa ayuda. Tú también lo eres, pero ella tiene todo ese glamur sofisticado...

—¿Crees que soy guapa? —quiso saber Gia con una sonrisa, sabiendo que lo decía por puro cariño.

—Sí. Bueno, de un modo... estilo monja o algo así. —Ella frunció el ceño—. Es solo mi opinión, pero no nos desviemos del tema. Syd te lleva ventaja, por eso tienes que ser mucho más simpática que ella.

—Ya lo soy, pero tengo un límite de simpatía, ¿sabes? «¿Y si no es miedo lo que pretendo dar?» —dijo, repitiendo la frase de marras en tono burlón.

Jake hizo un gesto impaciente.

—¡Sabía que lo volverías a sacar! ¿Cuándo lo vas a olvidar?

—Es solo para que entiendas por qué hay ciertos límites que no puedo pasar. —Movi6 la cabeza—. Sinceramente, creo que exageras un poco, Jake, Syd es bastante normal.

—No, no lo es —le dijo Jake—. Eso son cantos de sirena, pequeña, no te dejes engañar. Eres demasiado inocente para estos juegos. Menos mal que tienes al tío Jake contigo.

—Sí, menos mal, no sé qué haría sin ti.

—No seas sarcástica que todo lo hago por ayudarte. Tienes que quitarle el puesto de mejor amiga.

—¿Y cómo coño voy a hacer eso? —preguntó Gia—. No puedo ir y decirle: «Perdona, JD, pero cuando busques otra amiga acuérdate de mí, ¿vale?». La amistad surge o no surge, como nosotros.

Jake se irguió en la silla.

—¿Como nosotros?

—¿Qué te crees, que me pasé días pensando y elucubrando a ver a quién elegía como amigo? Pues no, nos conocimos, nos caímos bien y aquí estamos, en un punto en el que tú me aconsejas a mí sobre cómo ligar. Que, por cierto,

visto tu historial amoroso, tal vez debería ser al revés.

—Tú no ligas, no sabes.

—¡Y tú tampoco!

—Otra vez nos estamos desviando del tema. Escúchame, tienes que ser la reserva.

—La reserva —repitió Gia.

—Sí, la amiga de reemplazo.

—¡Yo no quiero ser ningún reemplazo de nadie!

Le pegó en el brazo irritada y Jake suspiró.

—Ya sé que suena mal —explicó—. Pero tienes que ser... la amiga en la sombra. Ya sabes, alguien a quien pueda recurrir cuando Syd no esté. Ya sentaste las bases en la cabaña, durante las vacaciones.

—Vale. Y dentro de tu brillante plan, ¿cuándo podré elevarme a la categoría de amiga? Porque en la cabaña Chris monopolizaba a Syd, pero aquí eso ya no sucede y vuelven a estar juntos.

—En la biblioteca, por ejemplo.

—En la biblioteca él trabaja y yo estudio, no podemos estar de charla más que cuando le pido un libro y no tiene tiempo para estar perdiéndolo conmigo, siempre hay más gente o aparece Syd.

—Pues habrá que hacer algo. —Jake se quedó pensativo—. Si quieres, puedo ocuparme yo de la rubia.

—¿Qué? —Lo miró pasmada—. ¿Estás degenerando?

—Lo haría por ti.

—Sí, qué gran sacrificio harías, ¿verdad? ¿Y por qué te crees tú que estaría interesada en ti? Esa no te da ni la hora, friqui. —Gia se echó a reír.

—Vale, vale, hija, no hace falta que pagues tu frustración conmigo —refunfuñó Jake y probó el café. Abrió los ojos de forma desmesurada—. ¡Eh! ¿Qué le pasa al café que sabe bien?

—Tenemos chica nueva en la cocina —sonrió Gia.

—Que sepas que eso de friqui... en fin, tiene gracia que me lo llames cuando tú eres tan friqui como yo.

Gia meneó la cabeza, como si acabara de decir una tontería.

Ty entró en el comedor y se sentó en su mesa tras coger un café y un bollo. Miró a Syd y dio un grito.

—Muy gracioso —dijo ella frunciendo el ceño.

—Amiga, que sepas que no pasa nada por usar un antiojeras de vez en

cuando —replicó jocoso.

—Un chico que sabe lo que es un antiojeras... —reflexionó ella pensativa.

—JD, ¿cómo va nuestro video? —preguntó Ty, haciendo como que no había escuchado sus palabras—. Me muero de ganas de ver algo.

—Pronto.

—Pronto, pronto —repitió Ty con tono aburrido—. ¿Y eso cuándo será? Siempre me dices lo mismo... —Miró a Syd y meneó la cabeza—. ¿Cómo llevas el parcial de mañana?

—Bien, supongo. Espero que Carson no se pase mucho, que anda muy cascarrabias estos días. No me mires así. Si estás pensando que te ayude a estudiar lo llevas claro, ¡es domingo!

—Eres mi compañera de clase, es tu deber moral.

—JD, ayúdame, dile que eso no es cierto.

—No es su obligación ayudarte —dijo él.

—¿Lo ves?

—Pero piénsalo bien, Syd, si luego Ty se queda atrás, el año que viene tendrás otro compañero distinto. Hasta podría ser Cherry si le siguen quedando asignaturas. Y eso hay que tenerlo muy en cuenta.

Ty sonrió ampliamente.

—Muchas gracias —gruñó ella, fulminando a JD con la mirada mientras ellos chocaban sus manos—. Pero es domingo... —Ty puso cara de pena—. ¡Está bien! ¡Después de comer nos vemos en la biblioteca!

—Gracias, eres la mejor del mundo. —Le estampó un beso en la mejilla.

—Quita, quita, no quiero besos envenenados. —Se levantó.

—¿Dónde vas? —le preguntó JD sorprendido.

—A la piscina, a aprovechar lo poco que me queda de tiempo libre —refunfuñó Syd.

Se marchó y los chicos se miraron con una sonrisa.

—Qué malhumorada está —dijo Eric.

—Pobre, si casi no ha dormido...

Así que Syd pasó lo que le quedaba de mañana fustigándose en la piscina. Cuando fue al comedor, ya cambiada, se encontró con que todos los resacosos estaban allí con caras de sueño. Fue a buscar su comida, suplicando mentalmente que la nueva cocinera no se hubiera esfumado, y luego se sentó en su sitio.

Satchel ya parecía estar recuperada, y andaba contando batallas de la noche

anterior.

—¡Syd, ya era hora! —dijo al verla—. ¡Hija, menuda cara tienes!

—¿Tú crees? —La fulminó con la mirada.

—Ya, ya, lo sé, la noche ha sido mala, pero tenemos que repetirlo, ¿eh? —
Miró a los demás—. ¿Me enrollé con alguien? Es que tengo lagunas.

—No —dijo Dennis.

—O al menos nosotros no te vimos —añadió Syd con cara inocente.

Satchel le dio una patada por debajo de la mesa, pero Syd ya lo estaba esperando y se apartó a tiempo, así que quien la recibió fue Eric.

—¡Hey! —exclamó—. ¿Quién me ha pegado?

—¿Te han pegado? —preguntó Syd como si nunca jamás hubiera roto un plato.

—¡Sí! Y además bien fuerte... —Se frotó la pantorrilla con una mueca.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —preguntó Chris—. Aparte del asombroso hecho de que la comida está buena.

—Algo nos hemos perdido —comentó Dennis, jugueteando con su plato—. Pero casi prefiero no saber nada, que me desconcentran vuestras movidas y luego tengo ensayo.

Por la tarde, Ty se fue a la biblioteca acompañado de una Syd con cara de sueño. JD tenía turno y estaba en su puesto, ayudando a un alumno en alguna consulta. Lo saludaron al pasar y se pusieron a estudiar.

—Joder —dijo él al ver el poco entusiasmo de ella—. Amiga, si no fuera porque estuve contigo anoche te preguntaría qué demonios hiciste.

Syd apartó el libro con un suspiro; tenía la cabeza todavía en la noche anterior, aunque sabía que no debería, pero tampoco iba a compartir con Ty sus rollos mentales.

—Qué más da, total, esto ya me lo sé...

—Cuando te has ido esta mañana, JD me ha enseñado algo del video para que me callara —comentó el chico—. Está genial, creo que vamos a impresionar a Carson, aunque sigo diciendo que deberías presentarlo tú sola, a mí se me ve inseguro.

—¿Inseguro tú? —sonrió ella—. Espera un momento, ¿te ha dicho JD que hables conmigo?

—¿Y qué motivo tendría para hacer eso? Es amigo tuyo, no mío, no creo que vaya a utilizarme a mí para mandarte mensajes, ¿no? Aunque si tiene interés en utilizarme, tampoco me importaría, pero de otro modo.

Syd levantó la cabeza sorprendida.

—¿Acabas de decir lo que creo que acabas de decir, o estoy peor de lo que pensaba?

—Chica, tengo ojos. —Ella lo miró sin entender—. ¿Es que no sabías que soy gay?

—No, claro que no. —Syd hizo una mueca—. ¡Aunque me sorprendió que supieras lo que era un corrector de ojeras!

—Todo el mundo sabe eso —se quejó él.

—¿Te gusta JD?

—No, qué va —dijo Ty con una sonrisa—. Quiero decir que obviamente está bueno, pero yo nunca persigo chicos heteros, ¿sabes?

Ella se echó a reír en voz baja, pero el aludido, que se tomaba muy en serio su trabajo, les pegó un chistazo para que se callaran, así que volvieron a los libros y no levantaron la cabeza hasta que terminó el turno de JD.

Salieron los tres juntos y, según caminaban por uno de los pasillos, JD casi chocó con Ty, que se había parado de golpe para fijarse en un cartel enorme que habían puesto en la pared: se veían unos tambores, unas maracas y en letras bien grandes: «FIESTA LATINA».

—¿Habéis visto? —preguntó—. Fiesta latina, toma ya. Y ponen tambores y maracas... ¿qué es esto?

Salieron de dudas en la cena, ya que al llegar a la mesa sus amigos estaban hablando sobre ello.

—La fiesta de fin de curso, latina —comentaba Eric sorprendido—. ¿Por qué latina? Si en todo el internado no habrá más de dos o tres latinos.

—Qué manía con ser políticamente correctos... —murmuró Chris.

—O sea, ¿en plan hispano? —quiso saber Satchel—. Puede ser divertido, ¿no?

—¿A quién se le habrá ocurrido semejante idea? —comentó Dennis.

Shaffire se aproximó a su mesa con un fajo de papeles.

—Pues a mí —dijo—. Recuerda que estoy en el comité de fiestas. —Les soltó los papeles sobre la mesa—. Os dejo toda la información de la fiesta... Dennis, luego te veo en el ensayo.

Se alejó y siguió repartiendo la propaganda por las mesas.

—Deeeeennis —se burló Eric, parpadeando varias veces ante las risas del resto—. ¡Dios!

—No seas capullo —le dijo Satchel.

—Tío, esa está completamente loca por ti —comentó Eric sin perder el

tono burlón—. ¿No piensas darle ni una migaja?

Dennis puso cara de fastidio, pero no hizo ningún comentario al respecto. No solía prestar demasiada atención a esas cosas, pero era imposible no notar lo de Shaffire, hubiera tenido que estar muy ciego para no ver que sí, ella estaba colada por él. Aun así, seguía siendo mejor hacer como que no se daba cuenta, así ganaría tiempo para pensar qué hacer sobre el tema. Tampoco era una chica cualquiera a la que pudiera rechazar sin importar cómo se sentía, o con la que se pudiera acostar sin que tuviera consecuencias como la mayoría de las admiradoras... Era parte del grupo y, como tal, había que respetarla.

Más tarde, cuando ya estaba todo el grupo reunido en el aula 6, hablaron de la fiesta. Roman no acababa de comprender cómo encajaban ellos en una fiesta latina y así lo señaló en voz alta.

—Lo de la fiesta latina es solo una excusa para actuar—explicó Shaffire—. Una de las pocas latinas que tenemos aquí está conmigo en el comité y lo propuso. No había ningún motivo para decir que no, así que se aprobó. Pero nuestra actuación sigue en pie.

—Será un cambio un poco brusco —comentó Dennis pensativo.

—Una actuación es una actuación —dijo Nathan—. Se hace y punto. Si fuéramos por libre también tendríamos que tocar en antros.

Dante asintió con la cabeza.

—Ya no falta mucho para que acabe el curso, las últimas semanas habrá que meter más codos de lo normal —dijo con una mueca—. Más vale que ensayemos estos días a muerte, ya que por fin han acabado las clases.

—¿Te sabes ya todo el repertorio? —le preguntó Dennis a Shaffire, y ella asintió—. Pues vamos a dejarnos de charla y empecemos.

Todos apoyaron la moción y fueron a ensayar. Dante tenía razón y el tiempo les pisaba los talones: el último mes iba a ser duro en cuanto a exámenes y mejor sería que tuvieran su música bien pulida para entonces.

Por otro lado, justo después tendría lugar el último partido de la temporada y los jugadores andaban algo nerviosos; la que más, Satchel, quien estaba poniendo de su parte para recuperar su posición en el equipo. Todos los días se levantaba antes de la hora para practicar con Mark, luego asistía a sus clases, estudiaba por la tarde y después iba a los entrenamientos. Al menos, Chris ya no parecía estar tan cabreado con ella ni el resto del equipo tan arisco, pero claro, se sentía agotada.

Un día en la biblioteca con Yin se quedó dormida encima de su propio

brazo; solo se había apoyado unos segundos y, de repente, sus ojos se habían cerrado sin apenas darse cuenta. Yin controló un acceso de risa y le apartó el brazo, de modo que ella casi se empotró contra el libro. Le lanzó una mirada furiosa y le pegó un manotazo, ante lo cual los mandaron callar.

—¡Imbécil! —susurró ella—. ¡Me has asustado, joder!

—Lo siento —se excusó él, con una expresión que dejaba bien claro que no lo sentía en absoluto—. Vete a la cama, estarás más cómoda.

—No puedo, tengo que estudiar. Voy a por un café.

Salió sin esperar y sacó un café de la máquina, todavía cabreada. No se tenía en pie, la verdad. En un momento de desesperación y locura hasta consideró la posibilidad de ir a buscar a Cherry para que le diera algo que le hiciera aguantar, pero esta al parecer había dejado las drogas, de manera que tendría que apañarse con la cafeína, aunque fuera de mala calidad. Vio a Yin salir y acercarse a ella.

—Eh —dijo, y al ver su cara molesta suspiró—. Perdona, ¿vale? He sido un capullo, solo era una broma.

—No eres tú, soy yo —dijo ella—. Estoy irritable porque apenas duermo, nada más. Me levanto antes del desayuno para entrenar, están las clases, el trabajo para *Hueso*...

—Tómalo con más calma, Satchel.

—¡Tenemos los finales en nada! ¿Cómo voy a tomarlo con calma? No todos somos unos superdotados, por desgracia. —Él no respondió a eso, limitándose a mirarla—. Será mejor que vuelva dentro.

Entró otra vez en la biblioteca y Yin se quedó allí, con su café, pensativo. Justo entonces, pasó JD cargado con su equipo y unos cuantos manuales.

—Eh —Yin le hizo un gesto con la mano—. ¿Es que te mudas? ¿Dónde vas con todo eso?

—Tengo que terminar el trabajo de Ty y Syd, voy a intentar que lo tengan listo en un par de días y lo puedan entregar —contestó JD—. ¿Y tú?

—Estudiando con Satchel. Está muy cansada y susceptible.

—¿Y ya la ayudas?

—Qué va, si lo único que hago es fastidiar... debería dejarla en paz.

—No, lo que deberías hacer es tratar de mostrale tu apoyo. Si es que te importa algo, claro. Si no siempre puedes pasar de ella, lo que sueles hacer con el resto de gente.

Yin se quedó perplejo al oírlo y frunció el ceño.

—Joder, no es eso.

—¿Entonces qué es?

Como Yin no supo que responder, JD movió la cabeza, exasperado.

—¿Sabes? —dijo Yin finalmente—. Nadie me habla nunca como tú, no sé por qué te lo consiento.

—Porque te caigo bien.

Se marchó a su puesto para darle el relevo a Ava y Yin regresó también al interior de la biblioteca, sentándose donde la pelirroja trataba de concentrarse en sus libros. Mientras leían, él estiró con discreción su mano y la colocó encima de la suya, intentando transmitir algo de solidaridad de la única forma que se le ocurría. Ella alzó la mirada, sorprendida por el gesto, pero no retiró su mano e incluso le mostró una sonrisa. En ese momento, se acordó de Mark y deseó que Yin nunca se enterara de que se había acostado con él, aquello no había sido nada serio y Yin le hacía gracia.

Esa noche, Jake salió a fumar y se encontró a Gia sentada en las escaleras delanteras. Parecía algo ausente y un poco triste, y verla así no le gustó nada, así que se sentó a su lado y le alargó un cigarrillo en silencio. Ella lo cogió sin decir nada.

—Te veo melancólica —comentó Jake cogiendo el mechero para encenderlos—. ¿Es lo de siempre o algo nuevo?

—No tengo ganas de coñas, Jake, te lo advierto.

—Me controlaré —prometió él—, pero solo durante un rato, que si no me escuece la lengua. Dispara.

—No es nada, solo que me siento como una fracasada.

Jake movió una ceja. No sabía en qué habían cambiado las cosas, pero al parecer Gia acababa de ser consciente de que no parecía posible lograr su objetivo de conquista.

—¿Por un tío al que no puedes ligarte? —dijo, como si no se lo creyera—. Por Dios, Gia, pensaba que eras más lista que todo eso.

—¡Es que es tan frustrante!

—¡Claro que lo es! No te queda nada por aprender. —Ella le miró—. He sonado como un abuelo, sí, pero bueno, es igual, eso no quita lo que hay. Eres muy inexperta y se nota, ¿sabes?

La vio abrir la boca, seguramente para lanzar alguna burrada sobre lo poco que ligaba él, pero logró cortar aquello con un gesto.

—Gia, coño, durante tu vida vas a dar con muchos chicos como él, algunos te querrán y otros no, algunos serán tus amigos y otros ni siquiera sabrán que

existes... La vida es así, y si hubieras sido una adolescente como las demás a estas alturas ya lo sabrías, y este no sería tu primer fiasco amoroso.

—¿A ti te ha pasado alguna vez?

—¿Bromeas? ¿Con esta cara? Muchas veces, tengo el carnet vitalicio de «me gustas, pero como amigo, Jake». Siempre voy a ser el amigo y ya lo tengo asumido, pero eso no te pasará a ti, eres una chica con cerebro, pero también atractiva.

—Sí, estilo monja —bufó Gia.

—Yo tengo que verte así, ¿sabes? No me queda más remedio, sería autodestructivo para mí mirarte de otra manera puesto que somos amigos.

—Tú también crees que a JD le gusta Syd, ¿verdad? No soy la única.

—Sí.

—Gracias por tu brutal sinceridad.

—Es lo que pienso. Y si no le gusta, terminará por gustarle... Es lo que tiene el roce, que hace el cariño.

—Si eso es cierto, ¿cómo es que yo a ti no te gusto?

Jake movió la cabeza.

—Soy tu mejor amigo. Para mí eres perfecta, pequeña, y mi cabeza no logra procesar que JD no caiga rendido a tus pies, pero... te repito que sería autodestructivo para mí pensar en ti de esa manera. Ya lo he superado.

Cerró la boca tan de golpe que casi se escuchó el chocar de sus mandíbulas. Gia levantó una ceja interrogante y le miró.

—¿Cómo que ya lo has superado?

Hubo unos segundos de silencio en los que Jake pareció incómodo.

—¿Vamos a cenar? —El chico se incorporó—. Tengo hambre y hay que aprovechar, nunca se sabe cuándo se marchará esa nueva cocinera.

—¿Qué es lo que ya has superado? —insistió ella sin moverse—. ¿Insinúas que en algún momento has tenido algún sentimiento hacía mí?

Jake se dio cuenta de que no se iba a escaquear y se dejó caer de nuevo a su lado.

—Al principio, cuando nos conocimos —explicó.

—Nunca me dijiste nada.

—No —admitió él—. Nos hicimos amigos y tú no parecías tener ningún interés en los chicos, así que... pensé que tenía que convertirme en tu mejor amigo, el amigo en la sombra. Estaba seguro de que funcionaría y al final acabarías por verme como alguien que pudiera gustarte, pero... no ocurría, así que lo dejé correr.

—¿Por qué jamás me habías hablado de esto?

—Oh, sí, claro, es genial. «Toma, un cigarrillo. Por cierto, eres la chica de mis sueños, pero estoy en la zona de los amigos eternos y no sé salir de ella».

Gia no consiguió reprimir una sonrisa.

—Además, prefería que no lo supieras, quizás no fuéramos tan amigos... — La miró con desconfianza—. No se te subirá a la cabeza, ¿verdad? No usarás esto para cerrarme la boca y cosas así.

—No, pero me hubiera gustado que hubieras sido sincero.

—¿Para qué? Estaba claro que solo era cosa mía, ¿no?

Gia no sabía qué decirle. Aún estaba conmocionada por la confesión que Jake acababa de hacer: nunca hubiera esperado algo así de él, siempre tan mordaz e irónico. De hecho, no sabría definir sus sentimientos hacia él porque era su mejor amigo y nunca había pensado en Jake de esa manera. Pero ahora que había salido el tema, reconocía que no era en absoluto disparatado. Siempre estaban juntos, se entendían hasta en silencio, se divertían, discutían y se arreglaban. Jake era imprescindible en su vida, no se la imaginaba sin él y, de pronto, pensó que tal vez el amor podía ser eso y no solo una cara bonita como la de JD. Empezó a aturullarse, no estaba preparada para analizar aquello así, de repente.

—¿Podemos ir ya a cenar? —se quejó Jake—. Mira qué delgado estoy, necesito comer.

Ella asintió y se levantaron para irse a la cena. Al verlos, Shaffire les hizo gestos para que se dieran más prisa.

—¡Corred un poco que todo lo que cocina la nueva se acaba pronto! —les chilló.

Una vez estuvieron en la mesa con sus bandejas, se sentaron.

—Parece que no has comido en años —comentó Jake al verla.

—Nunca se sabe cuándo puede irse la nueva—explicó la morena—. Hay que hacer acopio de calorías. ¿Qué os pasa que estáis tan serios?

—Nada, mañana tengo un examen —comentó Gia—. Serán los nervios.

Efectivamente, el lunes tuvieron un examen los de periodismo, pero el resto de la semana les fue tocando a todos los demás.

Aquello era solo el principio. Con los rayos de sol que despedían la primavera se marcaba el inicio de la etapa más dura de los estudiantes, el tramo final. Ya se veía por todos lados a los chicos sentados en los campus, incluso algunas chicas eran optimistas y ya tomaban el sol mientras estudiaban.

—Qué rápido sale la gente al sol — comentó JD.

—Hace calor —dijo Satchel, que llevaba puesto su uniforme de *hockey* y sujetaba un libro a la vez.

—Pues tú vas muy tapada — comentó Eric.

—Cállate, salido —le cortó ella sin dejar de estudiar, haciendo que el resto se echaran a reír—. Silencio, estoy de exámenes, ¿sabéis?

—Como todos —murmuró Dennis, y recibió varias miradas resentidas—. Joder, ¿qué pasa? No tengo la culpa de ser superdotado, no tenéis ni idea de lo duro que es.

Eric estaba a punto de contestar a saber qué cuando vieron al profesor Carson acercarse a ellos con paso lento, quedando un poco sorprendidos cuando se paró a su lado.

—¿Qué tal, chicos? —saludó—. Principio de calor en Montreal, esto sí que es una sorpresa. West, ¿podemos hablar un momento?

—Claro —dijo ella poniéndose en pie.

Se despidió de los demás con la cabeza y ellos se miraron, inquisitivos.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Eric silbando—. Creo que nunca había visto a Carson salir de su cueva. ¡Y no se ha desintegrado al sol!

—No será nada —comentó Chris, intercambiando una mirada con JD—. ¿Sabes tú algo?

—No.

Era verdad que no sabía el motivo de la visita de Carson, pero sí que tenía una idea sobre qué se podía tratar, aunque no le correspondía a él decirlo, así que se calló y se quedó allí, soportando las miradas de los demás que estaban convencidos de que lo sabía todo y, sin embargo, se quedaba en silencio.

Carson no dio demasiadas vueltas. En cuanto estuvieron a una distancia prudente, sacó un par de folios y los agitó ante ella.

—¿Qué es esto?

Ella giró los papeles y lo miró.

—Mi parcial.

—No, esto no es tu parcial, esto es una aberración, ¿en qué estabas pensando? ¿En que no me iba a dar cuenta? O peor aún, ¿creías que podías sacar esta basura de nota y que no te dijera nada? ¿Te pasas todo el curso con unas notas excepcionales y a estas alturas me vienes con esto?

Syd aguantó el chaparrón como pudo. Cuando Carson hubo terminado, se cruzó de brazos.

—Ya puedes hablar.

—No hay mucho que decir, será un exceso de confianza.

—Me estás tomando el pelo —exclamó él, y después cogió aire—. Perdona mi lenguaje, pero estoy más que cabreado, pensaba que te lo tomabas en serio, West.

—¡Y me lo tomo en serio!

—Lo hacías, hasta ahora, pero este parcial te puede fastidiar la nota y tú lo sabes más que de sobra, así que más vale que me des una explicación coherente... —La observó unos segundos—. ¿Qué es? Y, por favor, no me cuentes ninguna historia de chicos.

—No es nada de eso —dijo ella—. Es que... tengo algunas dudas sobre si he acertado escogiendo mi carrera.

—Así que se trata de eso —suspiró Carson—. Odio estas charlas. Puedo pelear contra vagos, distraídos e incluso hormonados, pero contra las dudas vocacionales... es difícil, la verdad. ¿Por qué?

—El video del trabajo...

—El video del trabajo seguro que todavía está sin montar del todo. ¿Quién se encarga, tu amigo? —Syd afirmó—. ¿Cómo se llama? ¿Cochrane? Estáis en buenas manos según tengo entendido.

—Sí, su trabajo es formidable, pero no es eso lo que me preocupa.

—Hasta ahí llego —dijo Carson—. ¿Has visto alguna toma y no te convence? ¿Qué es lo que no te ha gustado?

—Yo.

Carson se frotó los ojos, como pidiendo paciencia por tener que aguantar aquello.

—Está bien, vamos a hacer una cosa —comentó—. En cuanto tengas el trabajo, tráemelo. Le echaré un vistazo y te diré la pura realidad, te guste o no. ¿Hay trato? Pero tendrás que confiar en mi criterio.

—Usted es el jefe de departamento, es lo que toca —replicó Syd.

—Mientras tanto, pondré esto en cuarentena y pensaré qué hacer. —Agitó el examen ante ella—. ¿Vale?

—Muy bien.

Carson asintió con la cabeza y se marchó por donde había venido sin añadir más. Por el camino, se cruzó con Courteney, quien no logró disimular su sorpresa al verlo.

—¡Eh! —Miró a su alrededor—. Sabes que estás en la calle, ¿verdad?

—Por desgracia, sí, pero le voy a poner remedio al momento, ¿te vienes?

—Nick, hace sol y buena temperatura, ¿por qué quieres meterte en tu

despacho?

—Porque es mi hábitat natural. —Eché a andar hacia el interior del edificio y ella lo siguió—. Solo he salido un momento a ver a una de mis alumnas.

Courteney aprovechó para sacar un par de cafés antes de volver a recluirse en el oscuro, acogedor y querido despacho de Carson, que por cierto se comunicaba por una puerta con el de ella. Peter estaba allí, sentado en la silla destinada a los estudiantes y con los pies encima de la mesa, tirando gominolas al aire y atrapándolas con la boca.

—¡Hola! He venido y no estabas. Nick, me has dado un susto de muerte, ¿no sabías que no estabas pegado a esa silla!

—Ja ja ja. Ten cuidado, no sea que reviente de la risa —masculló Carson, sentándose después de darle un golpe para que bajara los pies—. Parece mentira que provengas de la familia de la que lo haces...

—Mejor que lo olvides, sí, yo también trato de olvidarlo.

—¿Hay algún problema con alguno de los tuyos? —quiso saber Courteney—. ¿Puedo ayudar?

Carson negó.

—Una de mis mejores chicas anda con dudas. Es algo por lo que todos pasan tarde o temprano, pero eso no minimiza el riesgo de que lo tomen en serio y abandonen su vocación.

—Seguro que encuentras la manera de motivarla —dijo Peter, y le lanzó una gominola que Carson dejó pasar—. Qué pocos reflejos.

—Peter, ve a jugar a otro lado, ¿quieres? Tengo mucho trabajo.

—Siempre lo tienes, gruñón —le replicó el rubio, antes de levantarse y salir.

Courteney esperó a que se fuera y miró a Nick.

—¿Por qué te preocupa? Solo es una pequeña crisis, seguro, se le pasará.

—Es posible. Pero odio que les pase... Es como si yo no hiciera bien mi trabajo, no lograra transmitirles la motivación que necesitan.

—No digas chorradas, son de primer año y se sienten inseguros... «¿habré elegido bien mi carrera o estaré perdiendo el tiempo?», y bla bla bla... Esas ideas pasan por casi todas las cabezas.

Carson movió la cabeza afirmando.

—Eso espero.

—Oye, ¿te apetece fumar? Tengo cigarrillos guardados en mi cuarto —ofreció Courteney.

—¿Fumar?

—Sí, va bien para controlar el estrés del docente. —Le tiró del brazo—. Vamos, te vendrá bien.

Carson se dejó llevar no muy convencido. Al menos así se relajaría un poco aunque si alguien los veía meterse en el cuarto de ella podían pensar mal y eso le incomodaba un poco, las relaciones entre profesores no estaban prohibidas, pero sí mal vistas. Con alumnos ya eran inconcebibles y motivo de expulsión.

Por suerte, nadie los vio entrar, y ella cerró la puerta.

—Que te quede claro que solo venimos a fumar, ¿vale? —Él se quedó alucinado—. Por si acaso te pasan por la cabeza ideas raras o se te dispara la imaginación.

—Tranquila, nunca se me pasaría por la cabeza que una mujer quisiera ligar conmigo, si te refieres a eso.

Ella sacó un cigarrillo de una cajita y lo encendió.

—¿Ah, no? ¿Y eso? —Dio un par de caladas y se lo pasó, curiosa—. Toma.

—Yo no suelo fumar, así que no me responsabilizo. —Cogió el cigarrillo y dio una calada, tosiendo casi al momento—. Sobre tu pregunta, no me relaciono demasiado con el sexo opuesto.

—Conmigo sí.

—Pero tú eres como un hombre, no cuentas. —Se sentó en un sofá que había junto a la televisión—. Tu apartamento es más grande que el mío.

—Las mujeres necesitamos más espacio, incluso las que somos como hombres.

Cuando Syd regresó de su pequeña excursión con el mismísimo Carson, se encontró que en la hierba solo quedaba sentado Dennis y lo miró interrogante.

—¿Han huido todos a la vez o qué?

—Los de *hockey* se han ido a entrenar, Eric tenía que hacer algo de su proyecto y Ty ni idea.

—¿Qué información más detallada!

—¿Qué quería Carson?

—Echarme la bronca. ¿Me acompañas a ver el entrenamiento?

—Debes estar de broma. —La miró y ella negó—. ¿No? ¿Es en serio? —Se incorporó sacudiéndose la ropa—. Voy contigo, pero solo porque no tengo nada mejor que hacer.

Ella se encogió de hombros y echaron a andar.

—Así que una bronca, ¿eh? El propio Carson en persona. Eso es un lujo, apenas sale de su guarida —comentó Dennis, sacando un cigarrillo—. ¿Y qué has hecho para merecer tal honor, si se puede saber?

—Un parcial horrible.

—¿Tú? —La miró incrédulo—. ¡Venga ya!

—Que sí.

Entraron y buscaron un sitio en las gradas delanteras, donde Dennis se acomodó como si fuera a dormir en lugar de seguir un entrenamiento. Satchel se acercó a ellos rápida como el rayo.

—¡Uhhh! ¡Mi compañera de habitación y nada menos que Dennis Reijo aquí! ¿Os habéis vuelto locos, o es que por hoy ya os habéis cansado de estudiar para los finales y estáis tan aburridos que no sabéis qué más hacer?

—Ha sido ella —acusó Dennis, señalándola—. Yo solo estoy de acompañante. Además, es lo bueno de no necesitar estudiar.

Satchel sonrió y regresó a su puesto; durante el entrenamiento, Dennis se fue relajando tanto que incluso hubo un rato que se durmió hasta que Syd se dio cuenta y le pegó un codazo para despertarlo.

—¿Qué pasa? ¿Qué? —preguntó él sobresaltado—. ¿Han ganado?

—Es un entrenamiento, aquí no gana nadie —dijo ella—. ¡Ya te vale, hasta estabas roncando!

—Lo siento, esto me aburre mortalmente... —Contuvo un bostezo y saludó a JD, que se acercaba tan deprisa que ambos pensaron que se iba a estampar contra las gradas, aunque frenó a tiempo—. Tío, ve más despacio. Algún día te vas a pegar una hostia épica.

—Qué va, está dominado. —No se entretuvo más con Dennis y la miró a ella—. ¿El parcial?

—Me encanta ser invisible —murmuró Dennis con un gruñido.

—Sí, el parcial, quiere ver el trabajo y que hablemos.

—No te preocupes, luego me ocupo de terminarlo, ¿vale? En realidad está casi listo, lo vemos por si quieres eliminar algo y ya te lo llevas. —Syd afirmó—. Pues pásate después por la sala de montaje. —Volvió a mirar a Dennis con una sonrisa—. Qué, te mola vernos jugar, ¿eh? Cuando quieras puedes unirte.

Se alejó tan rápido como había llegado, y Dennis le dedicó una mueca.

—Bueno —dijo segundos después—. Lo del parcial y el trabajo está relacionado, ¿no? ¿Qué te preocupa?

—No sé si sería una buena periodista... puede que no valga.

—Entiendo —dijo Dennis—. Debe ser duro tener ese tipo de dudas justo en este momento. —Observó que los jugadores se retiraban y sonrió—. Genial, ya ha terminado la tortura, ¿nos vamos a cenar?

—Sí, en cuanto salgan.

—¿Quieres que te haga un poco de terapia?

—No, gracias, Satchel ya lo intenta todos los días. Si se entera de que te lo permito a ti y no a ella, me mata —rechazó Syd sonriendo—. Aunque puede que fuera más sencillo ser sincera contigo.

—La sinceridad es buena —comentó Dennis con cierto aire vago—. ¿No crees?

—Por supuesto —dijo ella notando un tono extraño en su voz—. ¿Lo dices por algo en concreto?

—No, no, solo es un mantra que utilizo en mi vida, uno de los muchos que tengo.

Salieron fuera a esperar a los demás para irse al comedor. Syd se quedó algo intrigada por el comentario de Dennis, pero como este habitualmente era extraño decidió no indagar más en el tema.

Durante la cena, estuvo todo el rato pensando en el profesor Carson y lo decepcionado que le había parecido y se sintió culpable, debía estar siendo muy inmadura, pero no lo podía evitar.

Con esa sensación se fue a la sala de montaje con JD y le observó mientras manipulaba sus juguetes. Después, él se sentó a su lado y la miró de reojo mientras la veían. Aunque la expresión de su rostro no presagiaba nada bueno, tampoco le pareció tan negativa como la primera vez que la habían visto. No comprendía a qué venían sus dudas, estaba claro que se le daba bien y creía que era objetivo porque había visto mil videos de montones de personas distintas.

—Bueno —dijo cuando terminó—. ¿Qué te parece?

—Es distinto a lo primero que vimos, muy distinto.

—Qué cosas —comentó él—. Cuándo me harás caso...

—El montaje realmente es estupendo, más que bueno, la verdad —concedió ella—, pero no sé si valgo para esto. ¡No transmito nada! Y, además, cuando tenga que hacer piezas de un minuto o los directos...

—¿Que no trans...? —empezó él exasperado—. Sabía que había personas exigentes por el mundo a nivel personal, pero me parece que tú vas muy acelerada. Cómo no vas a valer, si lo mejor de ese video eres tú.

—Eso lo dices porque eres mi amigo.

—No, eso lo digo porque es verdad, ¿tú me mentirías a mí si mi trabajo no te gustara?

—Yo jamás miento.

—Pues yo tampoco —contestó JD—. Créeme, me paso el día rodando, viendo grabaciones de otros y montando plano tras plano. Entiendo de esto, Syd. Hay carisma, luego vales. Lo demás son chorradas de principiante.

—Jo, qué delicadeza —murmuró ella.

Su voz tenía un tono extraño y entonces JD notó que ella se estaba esforzando por no llorar.

—No, ni se te ocurra llorar, ¿vale?

Si lo hacía, ¿qué se suponía que debía que hacer? ¿Dejarla llorando sin hacer nada? Podía comportarse como lo que era, un amigo, y abrazarla o algo, pero eso no podía permitírselo, claro. Sentiría como si estuviera traicionando a Chris y, además, no estaba seguro de cómo podría reaccionar. Mejor no averiguarlo, y tuvo suerte porque ella se serenó o eso pareció.

—¿Por qué tanta preocupación?

—¿Sabes que mi padre odia la carrera que he escogido? —le dijo Syd frotándose los ojos—. Lo peor que me puede pasar es fracasar en algo sobre lo que él me advirtió.

—Pero tú padre es imbécil, no cuenta. —El tono de voz de JD la hizo sonreír—. Te prometo que cuando termines tu carrera siendo la primera, yo estaré ahí para rodar un plano de su cara de idiota. Lo tendrás de recuerdo.

Aquello la hizo sonreír de nuevo y eso estaba bien, el momento malo había pasado y, con él, también el peligro. JD pensaba en Chris y se sentía fatal, sabía que no estaba haciendo nada malo, pero no podía evitar preguntarse por qué Syd se sinceraba con él y no con su novio. Debía ser él quien la consolara, ¿no? La miró, ella le devolvió la mirada y otra vez hubo un momento raro entre ambos, otra vez esa tensión incómoda que aparecía a veces y le dejaba una sensación de que se perdía algo.

Se alejó de ella y sacó la grabación.

—Habla con Carson, pero yo desde luego pienso que has nacido para esto. Intentaré terminarla ahora y luego te la doy.

—Esto mejor no lo comentamos con nadie, ¿verdad?

—¿No? Pues yo había pensado sacar el tema mañana en el desayuno. Ya sabes, hacer un debate al respecto... —Syd le dio un pellizco—. ¡Solo bromeaba! Oye, pellizcas fuerte, ¿eh? —Se frotó el lado dolorido.

—Lo sé. Gracias por el video y por todo.

—No tienes que darlas, tú harías lo mismo por mí, seguro.

—Sabes que sí.

Syd se marchó y él finalizó lo poco que le quedaba. Cuando regresó a su cuarto, con el semblante pensativo, Dennis estaba tirado sobre su cama de forma despreocupada y fumando, para variar. Lo miró al entrar.

—Hola, currante, ¿de dónde vienes tan tarde?

—Tenía que terminar el video del trabajo de Syd y Ty, ¿dónde está Chris?

—Ni idea.

Dennis exhaló el humo y se medio incorporó en su cama hasta quedar sentado. Pretendía parecer impenetrable, pero JD se dio cuenta de que quería decir algo, así que lo miró.

—Di lo que tengas que decir, que te veo reprimido.

—¿Puedo preguntarte una cosa sin que te lo tomes a mal? Es personal.

—¿Cómo de personal? —JD levantó una ceja—. ¿Tanto como para que me sienta incómodo? —Dennis se encogió de hombros—. Suéltalo ya, eso de morderte la lengua no va contigo.

—¿Cómo lo soportas?

—¿El qué? —Lo miró sin entender.

—Estar con Syd todo el tiempo, sin decirle nada, sin hacer nada, ¿cómo lo haces? —Observó su expresión atónita con una sonrisa perversa—. Es preciosa y divertida, normal que te hayas colado por ella. Debe ser difícil controlarte, yo me pasaría el día pensando en llevármela a la cama.

JD fue a sentarse junto a él. Dennis se sintió un poco culpable por el tono burlón al ver su cara y, para intentar arreglarlo, le dio una palmadita amistosa en el hombro.

—Me cuesta —admitió JD a regañadientes.

—Pero podrías intentarlo —insistió Dennis—. ¿Por qué no lo haces?

—Porque está con Chris.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Yo no me meto entre una pareja, y menos si son amigos.

Dennis sonrió al ver su cara indignada.

—Pero lo de Chris no es nada serio —dijo.

—No lo sé, Syd nunca me habla de él.

—Pues ahí tienes la prueba. Si no te lo dice a ti, que eres su mejor amigo, es que no hay nada que decir. —Hizo una pausa dramática de las suyas, cogiendo aire como si fuera a soltar una verdad universal—. De todas

maneras, esa relación no va a funcionar.

—¿Por qué no? Se les ve bien.

—Tú y yo sabemos que «bien» no es suficiente cuando se trata de amor. Una relación es física, intelectual y con química, y creo que entre ellos solo hay amistad y una pasión común por el deporte o al menos por parte de ella. Y como mucho, y permíteme que lo dude, por el periodismo.

—¿Esto es lo que te enseñan en tus clases de psicología?

—No, esto es cosecha propia. Soy una persona observadora y en tu favor tengo que decir que lo llevas bastante bien y no se te nota demasiado, pero yo veo a las personas, percibo esa química especial. Vosotros tenéis esa conexión, tú la notaste al principio y ella ha tardado un poco más, pero también lo nota, por eso me sorprende que no hagas nada.

—Está con Chris —repitió JD.

—Ya veo. Tú eres un amigo de los de verdad, ¿no? Me alucinas, pero en el buen sentido, claro —Lo miró—. Tranquilo, me guardaré mi terapia de andar por casa y estaré callado.

—Te lo agradezco.

—Es difícil ser malo contigo —sonrió Dennis sacando su cuarto cigarrillo.

CAPÍTULO 15

La proximidad de saber las notas finales tenía a los alumnos bastante nerviosos y se notaba en el ambiente. La semana siguiente saldrían por fin en el tablón, y después, el partido y la fiesta latina con la que se despedirían. Después, por fin, vacaciones. Claro que estaban revueltos. La mayor parte ya se veían tumbados en la playa con sus cócteles de diseño o viajando por medio mundo, excepto los menos afortunados.

Uno de ellos era Shaffire, que andaba pensando en el verano que le esperaba soportando a sus padres cuando Gia se le acercó.

—¿Qué sería te veo —dijo la rubia sorprendida.

—No tengo ganas de volver a casa —contestó Shaffire con un suspiro—. Aquí estoy muy bien.

—Puedes quedarte en verano si quieres —sugirió Gia con amabilidad—. Ya sabes que aquí, mientras pagues, no dicen que no a nada.

—¿Estás loca? ¡Ni de coña! Sería una friki si hiciera eso.

—Ya eres una friqui —le sonrió Gia—. Tienes hasta tu propio grupo musical de friquis. ¿Qué tal te han salido al final los exámenes?

—Mal, he pasado tanto tiempo ensayando y encaprichándome de Dennis que no he estudiado nada. Total, tampoco es que me haya servido de mucho.

Gia miró hacia arriba, poniendo los ojos en blanco.

—Mira, tenemos que reaccionar —le dijo—. Las dos hemos sido unas pardillas y nos hemos fijado en quien no debíamos, pero al menos tú trabajas con él.

—Yo canto y él me dice «mejorable» —gruñó Shaffire—. Se podía meter su maldito «mejorable» por donde amargan los pepinos.

—Por lo que veo, ya pasas de Dennis.

—Sí, totalmente, no soy masoca, ¿sabes?

Gia sacudió la cabeza, nada convencida de aquella última frase dicha con tono tan ligero que solo podía ser una mentira. Entendía a Shaffire y cómo debía sentirse, pero tampoco podía faltar a la verdad para consolarla. Demasiado bien sabía ella que, si no había interés, no lo había, eso era algo

que no se podía forzar y punto. A un tío o le gustabas o no, así de simple. De cualquier manera, lo que servía para el resto de hombres no se podía aplicar a alguien como Dennis, así que lo mejor que podía hacer era quedarse callada. Bastante tenía con lo suyo, que estaba hecha un lío después de su extraña charla con Jake tras la excursión, era inevitable que ahora mirara a su amigo de otra manera. Aún le costaba creerse lo que le había dicho porque... ¿ella, siendo la chica de los sueños de alguien? Era tan increíble... y, además, Jake no había vuelto a sacar el tema y no sabía cómo tomarse eso. ¿Quería decir que ya era agua pasada, o que todavía tenía sentimientos? Casi deseaba que no le hubiera hecho ninguna confesión. Mejor, deseaba haber seguido su patrón de conducta habitual con los chicos, es decir, no fijándose en ninguno, porque menudo año le habían dado entre JD y Jake. Todo era más fácil cuando solo importaba aprobar periodismo con buenas notas y no distraerse entre un chico guapísimo y un amigo que se enamoraba de ella y se callaba como un cabrón.

Se despidió de su amiga y se encaminó hacia el Sharidan News. Cuando estaba a punto de entrar, se fijó en que Syd estaba ante la puerta de Carson con expresión dudosa.

—Hey —saludó acercándose—. ¿Tienes charla?

—Sí, algo parecido, no sé si entrar.

—Carson es genial para solucionar dudas o lo que sea. Seguro que no es nada muy serio.

Syd le dedicó una sonrisa breve.

—Ya te lo contaré luego —le dijo.

—Suerte —dijo Gia con una sonrisa—. Nos vemos después.

Se marchó al periódico pensando que Syd había sido bastante simpática con ella pese a la poca relación que tenían, lo cual hacía casi imposible que siguiera teniéndole manía.

Syd llamó a la puerta y entró cuando oyó a su profesor darle un grito. Estaba en su despacho, apoyado en su mesa y casi no se lo veía con tantas montañas de papeles y libros como tenía a su alrededor.

—¡Entra! —gritó él—. ¡Estoy por aquí abajo, aunque no se me vea! ¿Quién eres? ¿Jones?

—West —dijo ella.

—Ah, pasa, pasa, siéntate que ahora mismo estoy contigo.

Syd contempló aquella mesa con curiosidad. ¿Cómo podía saber dónde estaban las cosas si parecía un campo de batalla? Meneó la cabeza, esperando, y al cabo de pocos minutos vio la cabeza del profesor emerger de

entre el batiburrillo caótico de su mesa.

—Perdona, voy un poco atrasado —dijo—. ¿Has traído el trabajo? —Ella le tendió la grabación—. Pues venga, vamos a ver si todas tus dudas están justificadas o solo ha sido un ataque de cobardía.

La puso, y Syd tuvo que armarse de valor para quedarse allí quieta mientras Carson miraba el trabajo con ojo crítico. De vez en cuando, hacía algún ruidito o emitía una risa en voz baja, pero aparte de eso, no le dio demasiadas pistas sobre si le gustaba o no. Cuando acabó se quedó pensativo unos segundos y luego la miró directamente a la cara.

—Notable alto —dijo—. No doy más porque hiciste un parcial terrible, el año que viene no consentiré más tonterías.

—¿Eso es todo lo que teníamos que discutir? —preguntó ella pasmada.

—Es un reportaje muy interesante. Inteligente, muy dinámico, los dos estáis muy bien, puede que tu compañero un poco más forzado que tú, pero nada que no se pueda solucionar con unas pocas tablas. El próximo año tendréis la oportunidad de hacer prácticas y pulir todo eso.

—De acuerdo.

—No vas a dejar la carrera —decidió el profesor—. No por ahora, no tienes por qué. Puedes ser una muy buena comunicadora si sigues por el camino correcto. Además, recuerda que existen también otros medios, no solo la imagen.

—¿De verdad lo cree, profesor Carson?

—¿Acaso tengo pinta de gastar bromas? —dijo él con tono de fastidio—. Eso sí, más te vale que los exámenes que has hecho, y que corregiré en breve, sean brillantes. Y hablo muy en serio.

Ella asintió, no podía evitar pensar que Carson estaba un poco chiflado, pero muchos genios lo estaban, ¿no? Se incorporó.

—Gracias por todo —dijo.

—Al que tienes que dar las gracias es a tu amigo, que te ha hecho un video de primera. —Carson se frotó los ojos y volvió la vista hacia su desordenada mesa—. No querrás ayudarme a organizar esto, ¿no?

—Es que... tengo que...

—Claro, claro, vete, no sea que llegues tarde —dijo haciéndole un gesto—. Y dile a Ty que si quiere saber algo de la nota se pase a verme, que tendría que haber estado contigo.

Syd le dejó sumergido en el caos y se marchó a la biblioteca donde la esperaba su compañero. Ava está de turno, así que la saludó al pasar,

guardándose las ganas de hablar con JD para después.

Cuando se sentó junto a Ty, este la miró de forma interrogativa, así que ella, temerosa de que les volvieran a chistar, le escribió en un papel la nota que les había dado Carson. Cuando Ty lo leyó, le chocó la mano, entusiasmado y no preguntó más hasta que marcharon al comedor, avasallándola a preguntas. Quería saber qué había dicho sobre el tema, así que Syd se lo resumió. Ty estaba tan feliz que cuando llegaron y vio a JD, le plantó un abrazo entusiasta que dejó al chico sorprendido.

—Ya sé que soy muy majo —le dijo—. ¿A qué viene esto?

—¡Notable alto! —exclamó Ty—. ¿Sabes qué significa eso?

—¿Notable alto? —Miró a Syd—. No está mal, ¿no?

—No, la verdad es que no, y además mi media no se resentirá demasiado a pesar del parcial —comentó ella—. Carson me ha dicho que te felicite personalmente por el video.

—¿Qué más te ha dicho? —JD no estaba interesado en hablar de su video.

—Que me deje de gilipolleces y que siga.

—No se corta un pelo, ¿eh? —Vio a Chris acercarse, así que decidió que era el momento de sentarse ya en la mesa con el resto—. Felicidades por la nota.

Syd le observó alejarse sin entender muy bien el motivo hasta que Chris se acercó a ella y la besó; le sonrió con expresión ausente mientras le comentaba por encima lo del trabajo.

—A nosotros nos dará la nota mañana —contestó él—. Has tenido suerte de tener la vuestra en primicia.

—Seguro que es buena —dijo ella.

—Si me queda alguna pendiente, el año que viene tendré que apretar —comentó Chris.

—Yo te daré clases —bromeó Syd y tiró de él—. Venga, vamos a comer.

Casi todos tuvieron buenas notas, incluida Cherry, a la que solo quedaron un par de asignaturas pendientes. Gia fue una de las que mejores calificaciones tuvo, pero eso no sorprendió a nadie, y Chris solo pinchó en una. No le hizo ninguna gracia, pero tuvo que reconocer que para el tiempo que había perdido convaleciente en casa no estaba tan mal. Por otro lado, a Satchel le fue muy bien porque *Hueso* aprobó su trabajo con una buena nota y, además, animándola a seguir, ya que sus estudios de los alumnos le parecían sobresalientes. Dennis tuvo las mejores notas de todo el campus y matrículas

honor, como siempre, lo que provocó muchas miradas de envidia y resentimiento que no hicieron efecto porque ya estaba acostumbrado. En comunicación audiovisual no hubo sorpresas: JD fue el mejor de la clase e incluso el propio Grant le felicitó personalmente. También Mark lo hizo bien y, de forma milagrosa, aprobó todas las asignaturas, aunque eso sí, por los pelos. A la que peor le salieron las notas fue a Shaffire, estaba claro que gran parte de su verano se lo iba a pasar estudiando como una posesa si quería seguir allí. No podía permitirse tantas distracciones en lo sucesivo y ello incluía a Dennis, mal que le pesara, y eso sin haber logrado que le hiciera caso: ni se quería imaginar qué podría suceder si él manifestaba interés por ella. Jake aprobó todo con buena nota y Melissa no tuvo tanta suerte, sus calificaciones no presagiaban buen futuro.

Una vez tuvieron las notas, el campus se vio invadido por una extraña tranquilidad. Ya no se veía a estudiantes corriendo de un lado para otro, cargados de libros y febriles; se dedicaban a tirarse por la hierba, relajarse, hablar y esperar los días que faltaban para poder regresar a sus casas. Hacían deporte, utilizaban la piscina al aire libre y salían del internado siempre que podían.

El sábado por la mañana, después del ensayo, Shaffire estuvo haciendo tiempo como pudo para ver si conseguía quedarse a solas con Dennis. Roman la ayudaba a recoger y no terminaba de irse, así que le lanzó una mirada intencionada y él se apresuró a salir.

—Solo quedan unos días para la fiesta —dijo ella en voz alta.

Dennis terminó de recoger las letras y partituras y se sentó para meterlas todas en una carpeta.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó y la vio afirmar—. Claro, es tu primera vez con nosotros, no me acordaba. —Sonrió para animarla—. Tranquila, gracias a tu magnífica idea de una fiesta latina la gente estará deseando escucharnos.

—¿Tienes tila, Valium, peyote...?

—Los nervios son buenos y se pasarán, ya lo verás.

Shaffire decidió entrar en acción. Era casi imposible conseguir quedarse a solas con el chico y además, mantener una especie de conversación relajada que no tuviera que ver con el grupo. Así que pensó que era el momento perfecto. Con esa idea en la cabeza, trató de poner un gesto insinuante.

—Tengo una idea para eso —replicó ella echándole todo el valor del que

fue capaz—. Si me prometes un baile antes de que salgamos, seguro que me relajo.

Se sentó a su lado de forma nada sutil, más cerca de lo necesario, y dejó la mano sobre su pierna.

Dennis levantó una ceja, mirando su mano hasta que ella la retiró.

—¿Qué estás haciendo, Shaffire? —le preguntó—. No será esto un intento de seducción, ¿verdad?

—¿Y si lo fuera? — Le puso morritos que, esperaba, resultaran seductores—. Venga, Dennis, no puedes estar tan ciego.

—No, no estoy ciego, pero... somos compañeros de grupo.

—¿Y cuál es el problema?

Pero Dennis se estaba apartando ante la desesperación de la chica.

—No podemos.

—Pero Dennis... —empezó Shaffire.

Sin embargo, él no se quedó a escucharla, lo cual fue un alivio en cierto modo porque estaba tan disgustada que no tenía ni idea de qué podía salir por su boca. Suspiró, pensando que necesitaba beber algo bien fuerte, aunque lo único fuerte que había por el campus era el horrible café de las máquinas.

Recogió sus cosas y salió de la sala, para encontrarse con Jake en mitad del pasillo.

—Hola —dijo ella con voz deprimida.

—Hola —respondió Jake, mirándola con curiosidad—. ¿Ha ido mal el ensayo?

—No, es... Nada, he intentado acercarme a Dennis y en fin, te lo puedes imaginar.

—¿No ha habido suerte? —Ella negó—. Lo siento, de veras, deberías cambiar tu gusto en hombres.

—¿Tengo algo de malo? —preguntó.

—No, aparte del hecho de que eres algo siniestra —comentó él—, pero eso en realidad es un plus a ojos de Dennis, no un contra, así que... Y yo, ¿tengo algo de malo?

—¿Tú? No —contestó ella—. ¿Por qué? ¿Alguien te ha dado calabazas?

—No exactamente. Es igual, vamos a fumar fuera, a ver si el aire nos despeja, ¿te parece?.

Shaffire afirmó y le siguió hasta la calle.

Dennis llegó a su habitación y allí se encontró a Syd.

—¿A quién esperas? ¿Al novio o al amigo? —preguntó.

—Indeterminado, solo estaba dando una vuelta a ver si encontraba a alguien para un café y al final me he quedado aquí esperando. Y tú, ¿de dónde vienes?

— De ensayar.

—¿Qué tal con Shaffire?

—La he dejado por ahí, estaba sacando demasiadas armas de seducción y soy un hombre, al fin y al cabo.

Vaya, Syd no había esperado aquella sinceridad, pero no pensaba desaprovechar la oportunidad. Aquello prometía ser más interesante que un café asqueroso con Chris. Sobre todo, porque prefería tomárselo con JD... Pero mejor no se desviaba del tema.

—¿Las armas de seducción pueden ser demasiadas? —le preguntó.

—Por supuesto, hay un punto de no retorno. —Ella lo miró sin entender—. Lleva un tiempo detrás de mí y claro, al final llega un momento en que no se puede ignorar por mucho que se quiera. Vamos, hablando claro, que si no me marcho de allí, me la hubiera...

—Vale, vale, no más detalles, juraría que eso era lo que quería Shaffire.

—Sí, pero no puede ser, tenemos una relación profesional. Si las cosas se ponen feas tendríamos que seguir en ese grupo y sería un infierno —explicó Dennis.

—Ah, ya comprendo. Muy maduro por tu parte, Dennis, estoy impresionada. Eso quiere decir que aún tienes suficiente sangre en la parte superior.

—Muy graciosa.

JD entró en la habitación y los miró, sorprendido.

— Vaya, ¿y esta reunión secreta?

— Oh, nada — comentó Syd — . Aquí, con Dennis, hablando de sus problemas sentimentales.

— Vaya, tienes mi admiración. Con nosotros no suelta prenda.

Le sonrió de tal manera que a Syd se le cayó el alma al suelo. ¿Qué demonios estaba haciendo? Poniendo su sonrisa en modo seducción, como si ella fuera una más de todas aquellas que revoloteaban a su alrededor, deslumbradas por su físico... claro, ese era el problema, era demasiado guapo y lo sabía, pero no era justo que lo usara con ella. Se le hizo un nudo en el estómago. Horrorizada, entendió lo que pasaba... la capa de protección antiencantos se había roto, y por las grietas empezaba a filtrarse una corriente

de atracción sexual que no estaba prevista en el plan del día, ¿quién demonios la había invitado? Trató de sacar la idea de su cabeza, pero esta se resistía a abandonar su nuevo lugar. Por lo visto, se lo estaba pasando en grande ahí, provocando lo que no debía.

—¿Estás bien? —le preguntó JD, al ver el cambio de expresión en su cara.

—No, es que... he recordado que tengo que hacer una cosa, ahora mismo.

— Se levantó — . Os veo más tarde.

Y salió huyendo de allí.

Al día siguiente era domingo y, como tal, por la mañana no tenían nada que hacer, pero por la tarde se jugaba el partido contra Los Rayos de Ontario.

Satchel se despertó después de que su alarma sonara tres veces y Syd se la apagara, dándole además un par de empujones. Salió corriendo, y la rubia, tras ver que Cherry ni se había inmutado, decidió dormir un rato más.

Cuando llegó la hora del partido, Chris reunió a todos sus jugadores en el vestuario y los animó a darlo todo, no sin antes avisar de que Los Rayos de Ontario tenían fama de ser duros de pelar. Cuando hubo acabado la arenga y los jugadores se preparaban para salir, Satchel se acercó hasta él. Habían hablado muy poco desde aquella bronca que le había pegado el chico, pero no quería continuar enfadada.

—¿Estás lista? —preguntó él.

—Sí —respondió Satchel mordiéndose el labio—. Lamento haberte decepcionado después de haber apostado por mí, Chris, te prometo que jugaré bien.

—Eso lo sé —dijo Chris con una sonrisa—. Vamos, pero no te pases con las provocaciones.

Ella agachó la cabeza y lo siguió, reprimiendo una carcajada. Como era chica, en muchos partidos los jugadores del equipo contrario solían burlarse de ella o dedicarle gestos obscenos; cuando ellos marcaban, Satchel tenía la manía de imitar a las animadoras moviendo el culo para recordarles que sí, era chica, pero que les acababa de meter un tanto. Aquello a veces irritaba a los contrarios y después se lanzaban con más fiereza contra ellos, lo que solía traer porrazos gratuitos. Bien podía atestiguarlo JD, que era el que los recibía.

Todo el internado estuvo en el partido, incluidos los profesores, que tenían asientos de lujo en la primera fila de las gradas. A Carson se lo veía un poco fuera de lugar, pero Courteney estaba sentada a su lado con la gorra del equipo y la actitud adecuada: gritaba, silbaba, aplaudía, bebía Coca Cola y comía

cacahuets, todo a la vez.

—¿Quieres explicarme, por favor, qué tiene de divertido todo esto? —preguntó él, que estaba deseando marcharse—. Mira, ahí hay un alumno que hasta se ha dormido, normal.

—Qué poco espíritu deportivo tienes —gruñó ella—. ¡Es el equipo del Sharidan! Menos mal que ha venido Peter, si no esto sería un rollo. —Le pasó a Peter su Coca Cola y él, a su vez, le pasó los cacahuets—. Gracias, rubio.

—La chica juega bien —comentó él—. Es rápida como el rayo.

—¿Qué chica? —preguntó Carson—. ¿Hay una chica en el equipo?

—Pero tú, ¿en qué mundo vives? —dijo Courteney exasperada—. Tienes que salir más, ¡no te enteras de nada!

El partido dio comienzo entre los aplausos de los estudiantes; como era lógico, a Los Rayos no les aplaudieron tanto al no estar en casa. Los de Ontario eran duros y no jugaban demasiado limpio, pero en cuanto Los Lobos se dieron cuenta de que, efectivamente, iban a usar el estilo que tanto les caracterizaba y que habían estudiado, se pusieron al mismo nivel. Satchel estuvo brillante, cada vez que veía que alguno se lanzaba en picado contra JD, lograba interceptarlo y, de esa manera, durante el primer periodo marcaron dos veces, y cada vez que lo hacía, se quitaba el casco para que todos vieran que era mujer y movía el cuerpo acorde con la música. Los Rayos estaban que echaban chispas, pero eso no les sirvió para ganar el segundo periodo. El tercero tampoco les fue mucho mejor, pues solo marcaron una vez, de manera que hubo victoria de Los Lobos, con la consiguiente tanda de gritos felices que despertaron a Dennis, el alumno que había visto Carson dormitando.

—¿Ya se ha terminado? —preguntó bostezando—. ¿Hemos ganado?

—¡Precioso! —gritó Eric aplaudiendo, orgulloso de su hermano—. ¡Muy bien jugado!

Satchel y JD chocaron sus palmas. Chris intercambió unas palabras de cortesía con el equipo contrario, y después fue felicitando a todo su equipo hasta que llegó donde estaban ellos.

—Bien jugado, chicos. —Abrazó a los dos la vez con una sonrisa—. Espero que el año que viene sigáis en el equipo.

—¡Claro! —exclamó Satchel.

—Si me quieres en él, ahí estaré —dijo JD.

—Os quiero a los dos —respondió Chris—. Pero ahora, a las duchas.

Satchel estuvo a punto de abrazarlo, pero alguno de los jugadores que se había dedicado a ignorarla se acercaron para chocar su mano también... y

aquello terminó de hacerle sentir orgullosa. Por fin había ganado su lugar en el equipo: el año siguiente se lo tomaría más en serio y se aseguraría de no faltar a los entrenamientos.

Mark le guiñó un ojo al pasar y ella sonrió. En fin, bien estaba lo que bien acababa, ¿no?

Los jugadores se repartieron hacia los vestuarios, todavía comentando las jugadas entre ellos. De allí salieron justo para ir al comedor, donde la mayor parte de los alumnos les aplaudieron cuando entraron. Durante la cena hablaron también sobre la fiesta, que sería dos días más tarde.

—Y verano. —Eric se recostó en su silla—. ¡Prepárate, hermano, que nos vamos a Graceland!

—Ya lo estoy deseando —dijo Chris, y miró a Syd—. ¿Cuándo te vas?

—Después de la fiesta, por la mañana —respondió ella—. Mi padre me mandará un coche, supongo, es lo que hace siempre.

—Puedo acompañarte al aeropuerto, ¿te parece bien?

—Claro, si quieres... —dijo Syd en tono neutral—. Tendrás que madrugar.

—No hay dolor.

Dejaron ese tema y ella intercambió una mirada con JD. Aunque ninguno dijo nada, hubiera jurado que ambos estaban pensando lo mismo. No era muy cortés comentarlo, así que decidió tomárselo como que Chris era una monada por querer ir con ella, que era afortunada y que debía ser una cabrona como la copa de un pino porque hubiera preferido mil veces que la acompañara JD.

Después de la cena, se fue con él a las escaleras, como solían hacer. Estuvieron un rato en silencio, pero de los cómodos, no de los extraños con tanta tensión, y después él, por fin, habló en tono serio.

—Tengo una pregunta.

—Espero que sea fácil.

—Sobre esa fiesta de mañana... ¿tendremos que ir vestidos de toreros o algo así? —Ella se echó a reír—. No te rías que yo no sé nada de latinos.

—¿Cuándo te vas?

—Por la tarde, primero a casa y en julio a Elk Lake —dijo él con un suspiro—. Me esperan dos meses cojonudos, que lo sepas, nada de tiempo libre.

—Me solidarizo contigo, la verdad es que te voy a echar de menos un montón.

—Puedes venir a verme —le sugirió JD como si se le acabara de ocurrir la idea, cuando en realidad llevaba tiempo dándole vueltas—. Total, no tienes

otro plan mejor, ¿no?

—¿Bromeas? ¿Dos maravillosos meses con un padre que se pasará los días de reunión en reunión?

—Si te pasas por allí te divertirás, se me da de miedo hacer cócteles, ¿sabes?

—Es verdad, eres camarero. —Frunció el ceño—. Oh, Dios mío, ¿cuánta pasta te sacas en las propinas?

Él se encogió de hombros sin perder la sonrisa.

—¿Te perseguiría la prensa en Michigan?

—Lo dudo —replicó la rubia con una media sonrisa—. Lo pensaré, ¿vale? La verdad es que fuera de Europa paso bastante desapercibida, y aquí estoy de lo más relajada.

—Qué raro debe ser, ¿no? Que personas que no conoces estén tan interesadas en tu vida. —La miró de reojo—. ¿Les presentarás a Chris como tu novio oficial?

Ella se echó a reír, negando con la cabeza.

—¿Y a tu padre?

—A mi padre no le interesa nada de lo que me pasa.

Lo dijo con naturalidad, pero JD notó que acababa de revelar una dolorosa verdad. Hubiera querido decirle que a él le interesaba cualquier cosa que quisiera contarle, incluso escucharla respirar le valía. Dennis tenía razón y cada vez era más difícil ocultar la atracción que sentía, pero, pero, pero... no podía. No podía confesar sus sentimientos, pero sí podía mostrar su apoyo, de manera que le agarró la mano y se la apretó, notando cómo ella le devolvía el gesto. Y también lo miraba como si esperara algo y, de pronto, tuvo la certeza de lo que esperaba, que justo era lo que no podía ser, al menos mientras estuviera Chris. A regañadientes, tuvo que soltar su mano y quedarse en silencio.

Al día siguiente, Shaffire bajó corriendo al aula de música donde siempre ensayaban, llegó con la lengua fuera y entró jadeando. Los demás ya estaban allí.

—Tarde —dijo Dennis.

—Lo sé, lo siento, me he dormido.

—Tocamos mañana en una fiesta, ¿sabes?

—¡Ya lo sé! He dicho que lo siento.

Todos se miraron entre ellos, pero Dennis lo dejó pasar porque podía

entender su nerviosismo o incluso su recelo por lo ocurrido entre ellos.

Al acabar el ensayo, Roman se acercó a la chica.

—¿Estás bien? Se te veía algo tensa...

—Tengo un nudo en la garganta y otro en el estómago, ¿es normal?

—¿En tú primera actuación con nosotros? Claro que sí —le dijo Roman, tratando de animarla con una sonrisa—, pero no tienes que estar nerviosa, lo vas a hacer muy bien. Gracias a tu idea de fiesta latina has subido nuestra categoría.

—Menudo consuelo.

Miró de reojo a Dennis, que tenía una actitud despreocupada ligeramente estudiada, seguro que se estaba acordando de su intento de ligue. Eso hizo que se sintiera avergonzada, de manera que recogió sus letras y salió del aula igual de rápido que había llegado: no podía dejar que aquello la afectara y menos antes de su actuación. Tendría que sobreponerse, ir a la fiesta con un modelazo y cantar mejor que nunca, y a Dennis, que le dieran. No podía permitirse estar deprimida y con esa idea se metió en la cama.

El día siguiente pasó tan deprisa que los alumnos casi no se enteraron, entre hacer las maletas y despedirse los unos de los otros se les pasó el tiempo. Las instalaciones permanecían tranquilas, como anticipándose a la paz que estaba por llegar, y hasta los profesores andaban relajados mezclándose con los chicos.

—¿Qué tal tu primer año aquí? —le preguntaba Peter a Courteney, mientras daban una última vuelta—. ¿Ha sido positivo?

—Totalmente —respondió ella—. El año que viene aquí estaré, si Nichols no me despide.

—Nichols se jubila —informó Carson—. Tendremos un nuevo rector, pero supongo que no habrá ningún problema.

—Menos mal que se jubila —concedió Grant—. Entre nosotros, creo que ya empezaba a notársele la edad un poco.

—Más vale malo conocido...

Por la tarde, en la habitación de las chicas, Cherry aprovechó que Syd estaba metida en la ducha para sacar una bolsita y agitarla delante de Satchel.

—¿Quieres? —ofreció.

—Creía que lo habías dejado —observó esta.

—Y así es, es solo hoy, por la fiesta. —Donrió—. ¿Quieres o no?

—No, gracias.

—De acuerdo, pero no le digas nada a Syd, ¿eh? No quiero que se enfade.

Satchel asintió, de manera que Cherry tuvo su dosis. Cuando la rubia salió del baño, estaba animada, pero sin resultar sospechoso, y se dedicaron a arreglarse con un poco más de mimo del habitual. Por algún motivo que nadie alcanzaba a comprender, Satchel iba vestida como si en vez de ir a una fiesta latina fuera a una de *country*.

Habían quedado todos en la entrada. Cherry se metió dentro sin esperar a los demás, pero a nadie pareció importarle

—¿Por qué vas así? —quiso saber Eric, mirando a Satchel.

—Me gusta el estilo *country* —replicó esta—. ¿Qué pasa, que porque la temática sea latina tengo que ir vestida de mejicana? Pues no, voy así, que me mola y es muy sexy, ¿tengo razón?

Ninguno tuvo valor de contradecirla, además, tampoco andaba muy desencaminada: llevaba vaqueros ajustados, el estómago al aire y un sombrerito de *cowboy*.

Al ser la última fiesta y después de que Satchel le dijera varias veces que tenía que ir, Yin también estaba por allí. Había quedado con JD para ir: con él no se sentía tan incómodo, y no le pasó desapercibido el interés que despertaba Satchel. Miró a JD.

—Siempre igual —le dijo en voz baja—. Parece que tiene un imán para los tíos.

—Pues espabila. —JD le empujó hacia ella—. ¡Corre!

Casi lo tiró al suelo del empujón, pero Yin recuperó la compostura y se marchó hacia la pista detrás de Satchel, aunque sin saber qué iba a hacer una vez estuviera cerca..

—¿Dónde va ese tan rápido? —preguntó Chris divertido, acercándose con Syd a su lado.

—A coger sitio, supongo—contestó JD—. ¿Vamos?

—Espera —dijo Syd, y con una mano apartó a JD con firmeza—. No entres conmigo.

—¿Qué?

—Entra por otro sitio.

—No hay más entradas.

—Pues entra tú y dentro de un rato entro yo. —Chris los miraba sin entender—. ¡No quiero que me vean contigo!

—¿Lo dices en serio? —preguntó JD sin poder creérselo.

—Completamente. —Empujó también a Chris—. Entrad juntos, ya veréis qué bien vais los dos. Ya os encontraré más tarde, así al menos me dejarán pedir algo.

No parecía dispuesta a ceder, así que los dos menearon la cabeza y entraron juntos. Syd esperó unos minutos y entró mezclándose con otro grupo de estudiantes. Se dirigió a la barra y allí encontró a Dennis, quien haciendo gala de una gran agilidad ya se había conseguido unas copas y varios paquetes de tabaco.

—Hola —saludó ella acercándose—. Habíamos quedado en la entrada, ¿dónde os habíais metido?

—Había mucha gente, no os vimos y pensábamos que ya estaríais dentro. —Le tendió una copa—. Toma, por ser la primera, ¿y los demás?

—No lo sé, he venido con JD y Chris, que han entrado antes que yo. —Dennis la miró sin entender—. ¿Qué? Lo de la otra vez en el *pub* fue el horror, no más acoso de chicas, gracias.

Dennis sonrió.

—Ya veo a Chris —comentó—. Cherry lo tiene secuestrado.

Era verdad. Cherry, igual de destapada, atrevida y colocada como siempre, tenía a Chris casi acorralado mientras le contaba a saber qué. Él no parecía muy cómodo, pero tampoco hacía grandes esfuerzos para quitársela de encima y lo peor de todo fue que a Syd le dio igual. Se puso a beber con Dennis como si estuvieran en una competición, pero pronto notó que había elegido mal al contrincante, el maldito finés estaba mucho más acostumbrado que ella al alcohol y no paraba.

—No estarás tratando de emborracharme, ¿verdad? —le preguntó la rubia.

—Nos hemos apostado cien pavos —dijo él.

—Eso es mentira, todavía no estoy tan mal como para que me engañes en mi cara.

—Pues yo te veo algo perjudicada, rubia.

—Eso es lo que parece por fuera, pero por dentro estoy perfectamente — insistió ella categórica.

—Eres más divertida cuando estás un poco ebria —le dijo Dennis, tomándose otro chupito—. ¿Podrás con otra ronda?

—¡Claro!

Acababa de pedirla cuando vieron que JD se acercaba a ellos.

—¿Aún estoy en cuarentena? — preguntó, mirando a Syd.

—Te perdono, pero solo porque todavía no se me ha acercado ninguna tía.

—Le tendió un vaso—. ¿Te apuntas? Hemos apostado... ¿cuánto era, Dennis?

—Cien pavos —respondió él—. Al que más aguante.

—Vosotros sí que sabéis cómo alimentar el cerebro —dijo JD burlón.

No acababa de decirlo cuando vieron a Gia que se acercaba a ellos con un gesto en la cara difícil de expresar.

—Chicos —dijo—, solo quería decirlos que Satchel se acaba de quitar el chaleco y está bailando en sujetador.

—¿Qué? —exclamó Syd soltando el vaso de chupito al momento—. ¡Joder! Se marchó a todo correr.

—No sé si la encontrará —comentó Gia—. Había como quinientos millones de tíos alrededor de ella. Está un poco loca, ¿no?

—Lo normal —replicó JD y le tendió un vaso—. Toma, que te veo muy sobria.

Gia cogió el vaso dudando. No estaba muy segura de si quería emborracharse, a saber lo que podía soltar, pero era imposible decirle que no a JD, así que aceptó.

Syd consiguió localizar a Satchel entre una nube de chicos, la sacó de la pista de baile y la sacudió un poco para lograr su atención.

—¡Satchel! ¡Por favor, no te desnudes en público! —le dijo mientras se ponía a buscar su chaleco con la mirada sin encontrarlo por ninguna parte—. ¡Mierda!

Se la llevó al baño y no tuvo más remedio que quitarse la chaqueta que llevaba ella para ponérsela a su amiga, dando gracias a que debajo llevaba un vestido porque, si no, a saber cómo lo habrían solucionado. La única pega era que Satchel le llevaba algo así como millones de metros de altura, así que su ropa le llegaba por el ombligo. La pelirroja se miró en el espejo.

—Oye, no está nada mal —dijo—. ¿Puedo volver a bailar?

—Sí, pero prométeme que no te desnudarás más, ¿me estás oyendo? ¡Satchel! —La meneó—. No vuelvas a quitarte nada.

—Hecho.

Justo cuando salían, apareció Yin.

—Hola —saludó—. Menos mal que ya la has tapado, la he perdido en la multitud y de pronto he empezado a ver su ropa volando por ahí.

—Sí, menos mal, ¿eh? —le dijo Syd con ironía—. ¡A ver si la vigilas un poco más!

Se la pasó como si fuera un balón y Yin se quedó perplejo.

—¿Bailas conmigo? —le dijo Satchel—. ¡Venga, no seas muermo! ¡Mañana

dejarás de verme en una temporada así que deberías estar alegre!

Se lo llevó a la pista sin darle tiempo a contestar. Syd pareció satisfecha, pero en cuanto se giró para volver a la barra se vio interceptada por una chica de melena castaña y sonrisa deslumbrante.

—¿Qué tal? —la saludó, y Syd en seguida la caló—. Oye...

—Sí, sí, lo conozco —se adelantó la rubia—. Está soltero, así que puedes probar. —La joven hizo ademán de irse dirección a la barra, pero Syd la detuvo—. Escucha, es tímido, pero le gusta que le insistan, así que si ves que no parece interesado, tranquila, tú persiste, le gustan las chicas que no se rinden.

Se quedó unos minutos allí mientras aquella chica decidida se acercaba a JD. Buscó por la pista a ver si veía a Chris, pero había mucha gente y no lo localizó, seguramente seguía con Cherry o estaría con alguno de los demás.

Cuando llevaban ya un rato, la música se detuvo y la mayor parte de los chicos lo agradecieron. Era hora de que Black Legend saliera al escenario a ver qué podían ofrecer: la imagen del grupo era genial, todos con su aire siniestro, pero dejando a Shaffire la mayor carga en ese aspecto. Y ella estaba espectacular, aunque muerta de miedo por dentro. Después de la primera canción, la ya famosa *It's over*, perdió cualquier aprensión y pudo relajarse, e incluso divertirse cantando. Lo cierto es que tuvieron mucho éxito y recibieron un montón de felicitaciones cuando hubieron acabado.

—¡Habéis estado increíbles! —le dijo Gia, cuando se acercó una vez fuera del escenario—. ¡Pero si parecéis profesionales!

—Gracias —replicó Shaffire emocionada.

—¿Seguiréis el año que viene?

—Supongo que sí, si Dennis no cambia de opinión respecto a mí.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —preguntó Gia, mirándola con curiosidad.

—Por lo del otro día...

Se lo había contado a su amiga en cuanto había llegado a la habitación, muerta de vergüenza.

—Hombre, sinceramente, no creo que Dennis sea tan poco profesional —intervino Jake con cierta lógica—. De hecho, seguro que lo que hizo fue para mantener el espíritu del grupo intacto.

Shaffire lo miró, dándole vueltas a aquello.

—¿En serio lo crees?

—Es la única explicación que se me ocurre.

—Sí. ¡Claro! Tiene que haber sido por eso, ¡es genial!

—¿Es genial que Dennis te diera calabazas? —quiso saber Gia, que no entendía nada.

—Gia, ¿no lo entiendes? Si lo hizo por eso, es bueno. Es bueno porque significa que quizá le gusto, y si quizá le gusto, puedo seguir intentándolo. ¡Eres un hacha, Jake! —Le plantó un beso en la mejilla—. Voy a ver si alguien me da algo de beber.

Se fue derecha a la barra y los dos se miraron.

—No deberías darle esperanzas —comentó Gia.

—No lo hago, le he dicho lo que pensaba, nada más. Shaffire es atractiva y Dennis no es idiota.

—Ja, no todos los tíos piensan solo en el sexo —soltó ella con sarcasmo.

—No, la verdad es que tú has tenido mala suerte —se burló él al ver su cara—. La mayor parte lo hacen y tú has dado con uno de los pocos que no.

Gia le pegó en la cabeza irritada.

—Se me va a pasar —dijo la chica con firme convicción—. Los meses de verano los voy a dedicar a olvidarme de él y en otoño habrá pasado todo. El año que viene me dejaré de bobadas y solo me dedicaré a los estudios.

Jake asintió.

—Tampoco hace falta que te hagas monja ahora, ¿eh? No vayamos a exagerar.

—A pesar de que eres insoportablemente sarcástico, te echaré de menos, Jake.

—No mientas. Sabes que no. —Él sonrió—. Y yo a ti menos todavía.

Brindaron por aquello y bebieron de sus vasos. El verano anterior él había estado de visita unos días en su casa, pero ese año le resultaría imposible reencontrarse en las vacaciones ya que Jake iba a hacer un curso de ingeniería informática.

Pasada la medianoche, Syd decidió abandonar la fiesta después de abrazar a todos y desearles que pasaran un buen verano, ya que tenía que estar más o menos lista antes del desayuno. Al despedirse de Chris, este le prometió que estaría preparado para ir con ella, aunque el chico decidió quedarse en la fiesta con los demás.

Al cabo de un rato, Cherry se le acercó de nuevo con un vaso.

—Hola —dijo, y se lo pasó—. De parte de tu hermano.

—Genial. —Chris lo cogió—. Por cierto, felicidades por tus notas. Al mirar las mías he visto en el tablón que te ha ido bastante mejor que el año pasado, ¿no? Ya te dije que podías hacerlo.

—Sí, hacerte caso fue lo más inteligente que he hecho. Solo tengo dos pendientes.

—Si en el verano sigues así, en septiembre te las quitarás de encima. —Se frotó la frente porque empezaba a sentirse un poco mareado—. Creo que he bebido mucho...

—Bueno, ya conoces las mezclas de Satchel —le sonrió Cherry—. ¿Quieres que te acompañe a tu cuarto? No sé si podrás llegar tú solo en ese estado.

Chris se notaba tan raro que apenas se enteró de que se marchaba, tampoco los demás se dieron cuenta de nada y ni Dennis ni JD encendieron las luces para no despertarlo cuando regresaron a su habitación una hora después.

CAPÍTULO 16

Lo peor fue el día siguiente. Syd estaba dispuesta a despedirse de Satchel, así que al final tuvo que recurrir a un poco de agua fría para despertar a su amiga. Esta se levantó con quejidos de pena mientras Syd la miraba divertida.

—¿Y mi chaleco? —preguntó la pelirroja, cuando miró la ropa que había usado por la noche tirada en el suelo.

—Lo perdiste.

—¿Lo perdí? ¿Cómo? —Intentó hacer memoria—. ¡Dios mío! ¿Me lo quité? ¿Me quedé en ropa interior? —Miró a su amiga, que asentía—. Oh, no, oh, no, ¿quién me vio?

—Todos los estudiantes del Sharidan.

—¿Yin también?

—No estoy segura, pero apuesto a que sí. Estuvo casi toda la noche contigo, parecía que te lo habían soldado al brazo. —Ella rio a carcajadas—. De haber seguido de marcha, hubiera terminado por romperse la cara con algún tipo, seguro.

—¿Sí? —Satchel dio un par de palmaditas—. ¡Me encanta! Dos chicos peleándose por mí, hacía tiempo que no pasaba.

—Eres un caso —dijo Syd.

—Lo sé. Bueno, que no quiero que pierdas el avión. — Se fundieron en un abrazo—. A lo mejor voy a verte, ¿vale?

— Cuando quieras, ya sabes que por habitaciones no será.

Se dieron un beso en la mejilla y Syd salió arrastrando su maleta. Chris no estaba en el pasillo todavía, así que decidió ir ella a buscarlo.

El despertador del capitán sonó a la hora indicada. Él no lo oyó, pero JD sí y se medio incorporó, somnoliento. Sin embargo, se despejó de golpe al ver que Cherry estaba metida en la cama de Chris, los dos muy dormidos. De hecho, casi parecía que Chris estuviera en un coma profundo.

—¡Joder! —masculló JD.

Saltó de la cama y por poco se estrelló contra el suelo mientras avanzaba

hacia su amigo. Intentó recordar si Chris había quedado con Syd en la entrada, en el edificio principal, si ella tenía que ir a buscarlo... pero no lo consiguió. Pese a todo, lo mejor sería despertarlo cuanto antes, así que lo sacudió.

—¡Chris! Levántate, vamos, te vas a meter en un lío. —No hubo reacción—. ¡Chris!

Dennis bostezó desde su cama y abrió un ojo al oírlo.

—¿Qué pasa? —preguntó y asomó la cabeza, sorprendido ante la escena que se desarrollaba frente a sus ojos—. ¿Esa de ahí es Cherry? Presiento movidas.

—Menuda percepción extrasensorial la tuya. ¡Ayúdame!

Dennis obedeció, tratando de espabilarse mientras sacudía a Chris. JD empezó a ponerse la ropa con gestos apresurados.

—Tú ocúpate de que vuelva a la vida —le ordenó a Dennis, calzándose—. Veré si puedo distraer a Syd cinco minutos.

—Hay que ser idiota —murmuró el finés sacudiendo al chico—. Vete, corre, que no llegue hasta aquí.

JD se marchó a toda prisa en dirección al cuarto de ella. Tuvo mala suerte. La rubia iba hacia allí, pero había salido antes para ver si estaba el coche; por ese motivo, no se cruzaron y JD no logró interceptarla. Dennis casi tuvo un infarto cuando oyó que llamaban, y abrió la puerta solo tres centímetros.

—Hola —saludó, al ver a Syd—. Llegas pronto.

—¿Pronto? Si son menos cinco, el coche ya está fuera. ¿Chris no está listo?

—Es que... todavía está en el baño... si le das cinco minutos.

Ella sacudió la cabeza, pero al ver la cara de Dennis se puso alerta.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Dónde está?

—En el baño.

—No me mientas, Dennis, que se te da fatal.

El finés abrió la puerta del todo y se apartó con cara de culpabilidad. Ella se quedó anonadada al ver a Cherry en la cama de Chris, pero fue más sorpresa que otra cosa.

—Escucha... —empezó Dennis.

—Déjalo, no lo despiertes —contestó ella—. Tengo que irme.

El chico la vio alejarse con una mueca, pero recuperó los esfuerzos por hacer reaccionar a Chris, que por fin emitía ruidos que evidenciaban que seguía vivo.

Tres minutos exactos después, JD regresó al cuarto.

—No la he visto —anunció.

—Ha venido y se ha ido. Por lo visto, no sé mentir—respondió Dennis.

—¿Por qué no se despierta?

Fue junto a él y, por fin, tras sacudirle vigorosamente un par de veces, Chris empezó a parpadear y a moverse con lentitud.

—¿Qué pasa? Deja de sacudirme así, por Dios. —Lo miró pestañeando.

—La has cagado —le dijo Dennis con poca delicadeza—. ¿En qué estabas pensando? Y con Cherry, nada menos. Syd ha estado aquí.

Al principio, Chris parecía no entender nada, su cerebro no procesaba lo que le decía su amigo. Luego se giró, vio a Cherry a su lado y entonces las palabras de Dennis entraron con lentitud en su cabeza.

—Mierda. —Se incorporó y gimió—. ¡Mi cabeza! Dios, me va a explotar.

A duras penas, consiguió salir de la cama, tambaleándose.

—Dios, Dios, Dios —murmuraba—. JD, tienes que ir y conseguir que me espere cinco minutos. Si se larga ahora y no la veo será peor. Por favor, tienes que hacerlo por mí, a ti te hará caso.

JD asintió al ver su cara y salió del cuarto. Esa vez se marchó directo hacia la entrada, donde se imaginaba que podía estar, y acertó: la encontró frente al coche mega lujoso que le había enviado su padre. Fue a su encuentro jadeando por la carrera.

—Hola —saludó ella al verlo—. ¿Qué haces aquí? No vendrás de parte de Chris, ¿no?

—Claro que sí —contestó él—. Seguro que hay alguna explicación.

—Es posible, pero no me interesa, ¿quieres venir conmigo? Te traerán de vuelta luego.

JD lo pensó unos segundos, pero en realidad no dudaba de lo que iba a hacer. Se fue con ella. Chris era su amigo y lo apreciaba, pero hubiera ido aunque el destino fuera una ciénaga asquerosa llena de insectos. Se subió al enorme automóvil, y poco después abandonaban el internado.

Cuando cinco minutos después apareció Chris, soltó una maldición al ver que no estaba y regresó a su habitación apretando los dientes. Dennis había desaparecido y Cherry estaba despierta, fumando un cigarrillo.

—Vaya, hola —saludó al verlo. Al oír el portazo, hizo una mueca—. Chico, qué mal humor tienes por la mañana.

—¡Esto es culpa tuya! —acusó él.

—Yo no te puse una pistola en la cabeza.

—No, pero, ¿qué pusiste en aquel vaso, Cherry? —Ella apartó la mirada—. Lárgate de aquí.

La joven se levantó.

—Tampoco es para tanto —le dijo—. En el fondo te he hecho un favor, así ya sabes que no es nada comprensiva.

—¿Cómo dices?

—Ni siquiera te ha dado la oportunidad de explicarte, ¿no? Quién sabe, tal vez no hiciéramos nada, puede que estuvieras muy borracho, incluso puede que cayeras dormido nada más llegar.

Recogió su ropa y Chris la hizo girar, agarrándola del brazo.

—¿Eso es verdad?

—Bueno, supongo que nunca lo sabremos. —Se soltó y se puso la chaqueta por encima—. De todos modos, ella no es para ti y lo sabes, tú te mereces algo mejor.

—Quítate de mi vista. Después de lo que he hecho por ti...

Cherry respondió pegando un portazo. Chris se pasó la mano por el pelo y consideró el llamar un taxi para que lo llevara hasta el aeropuerto, pero finalmente desechó la idea. Solo le quedaba esperar y rezar porque JD mediara un poco en su favor.

En el coche, JD había intentado hablar con Syd, pero no había tenido suerte. Además, ella estaba más callada de lo habitual, lo que lo ponía nervioso. No era capaz de adivinar qué le pasaba por la mente, pero no la veía alterada. Puede que no fuera de ese tipo de chicas que chillaban, lloraban, daban portazos y montaban escenas, pero disgustada tenía que estar, ¿no? Encontrar a una tía metida en la cama de tu novio no tenía que ser plato de buen gusto.

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó cuando el silencio se le hizo insoportable.

—Sí. Es algo extraño, no siento nada.

—¿No será que estás furiosa?

—¿De verdad crees que estoy furiosa?

JD tuvo que reconocer que no lo parecía, pero estar demasiado serena tampoco era buena señal.

—Nunca me he tomado esa relación muy en serio —confesó la chica—. Imagina una rama de árbol de las delgadas. Intentas cuidarla, pero sabes que al final se va a romper porque es muy frágil... es algo así. No he sido muy honesta en ese sentido, pero claro, tampoco lo ha sido él al meterse en la cama con otra.

El coche se detuvo frente al aeropuerto.

—Se pondrá furioso conmigo —comentó JD—. Me pidió que te entretuviera unos minutos.

—Pues te agradezco que no lo hicieras. No lo necesitaba, créeme.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Estás aquí conmigo, con eso es suficiente.

Se bajó del coche y se acercó al chófer, que había sacado su maleta y le estaba ordenando a un mozo que la llevara a facturar.

—Llévalo de vuelta al Sharidan.

Fue hacia JD y lo abrazó.

—Te llamaré, ¿vale? Cuídate.

Se separó para darle un beso en la mejilla como despedida, pero justo en ese momento JD giró la cabeza y sus labios se encontraron. Los dos se quedaron quietos, dudando, pero sus cuerpos iban independientes de sus mentes porque en lugar de apartarse, de pronto estaban abrazándose más. Una corriente eléctrica recorrió todo el cuerpo de Syd, que entreabrió los labios mientras notaba la punta de la lengua de JD tocar la suya. Dios, por fin, eso sí, así era como quería ser besada, así era como debía sentirse... ¿Por qué había tardado tanto en decidirse? Suspiró contra sus labios, y cuando ya había perdido la conciencia de dónde se encontraban, escuchó un carraspeo tras ella. Sin soltar a JD, miró hacia el sonido. El chófer señaló al mozo que esperaba con la maleta.

—Perderá el avión, señorita West.

JD se separó y ella se mordió el labio, mirando hacia el aeropuerto y luego a él.

—Tengo que irme... —murmuró.

—Sí, ya... En fin, ya hablaremos.

Syd dudó unos segundos más, y al final le dio otro abrazo antes de marcharse detrás del mozo.

JD se quedó bloqueado mientras la veía alejarse. Dejarla ir fue lo más difícil de todo, quería ser sincero de una vez y decirle lo que sentía, pero tampoco quería confundirla más de lo que parecía estar. Era posible que le hubiera besado porque estuviera más vulnerable de lo normal y no quería aprovecharse de eso, así que sacudió la cabeza y se subió de nuevo al coche para que lo llevara de vuelta al internado, tendría que batallar con aquella frustración él solo.

Syd se subió al avión tan exhausta que casi se alegró de marcharse. Hasta ese momento, había tenido dudas de si aquella tensión era cosa suya, pero

ahora tenía la certeza de que no era así.

Cuando JD entró de nuevo en su cuarto, Dennis había regresado y estaba sentado con Chris y Eric.

—Venga, hermano —estaba diciendo Eric, moviendo la cabeza—. ¿Cherry Kalima? Eres gilipollas, a esa podías habértela tirado cuando hubieras querido. Hola, JD.

—Eric, no necesito que...

—Sí que lo necesitas, imbécil. Si no te lo digo yo, que soy tu hermano, ¿quién te lo va a decir?

—¿Crees que no sé que soy imbécil? —protestó Chris con la cara contraída—. ¡Ni siquiera recuerdo lo que pasó! Solo que me dio un vaso y poco después, estaba frito. No sé cómo llegué aquí.

—A lo mejor te puso algo en la bebida —sugirió Dennis pensativo—. Viniendo de ella, no me sorprendería.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Eric.

—No lo sé, pero admito sugerencias.

—Pedir perdón —dijo Dennis—. Todos los días, una y otra vez, y eso no garantiza el éxito.

Estuvieron un rato animándolo y después Eric dijo que iba a por su maleta para tenerla lista cuando sus padres fueran a buscarlos, así que Dennis aprovechó para escaparse a fumar y así olvidarse un poco del tema.

En cuanto estuvieron solos, Chris miró a JD directamente a los ojos.

—¿Estaba muy furiosa? ¿Te dijo algo?

—La verdad es que apenas hablamos, se pasó todo el viaje callada.

Chris no se lo creyó del todo, algo le habría dicho, pero estaba claro que no se lo iba a sacar.

—Necesito que me ayudes —dijo.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Tú eres su amigo, a ti te escuchará.

—Creo que en este tema no será así —le contestó JD con un suspiro—. Además, no debería meterme en vuestros problemas íntimos. —La mirada de Chris lo conmovió—. Vale, lo intentaré, pero no prometo nada.

Chris fue hasta él y le dio unos golpecitos.

—Gracias, de verdad —suspiró—. Voy a terminar mi equipaje.

Se puso a ello y JD decidió que se iba fuera a tomar un poco de aire. Dennis estaba allí sentado, fumando para variar, y lo miró de reojo.

—Menuda movida, ¿eh? —comentó exhalando una bocanada de humo—. ¿Cómo se lo ha tomado ella?

—Bien. Demasiado bien. No sé si era sincera, pero si no lo es, disimula de maravilla.

—Claro que ha sido sincera, yo le vi la cara cuando entró, JD, y te aseguro que no había dolor en ella. Decepción, tal vez.

—Estaba afectada.

—Pero no se le ha roto el corazón. —Guardó silencio unos segundos y luego carraspeó—. ¿Has aprovechado la oportunidad?

JD enrojeció al momento, pensando en aquel beso... Que él no había iniciado, por otra parte, y del que tampoco podía contar nada. Así que decidió hacerse el ofendido:

—Joder, tío, ¿pero tú por quién me tomas? —replicó.

—En tu lugar, yo lo habría hecho.

—No digas chorradas, de ser así, el otro día no habrías rechazado a Shaffire.

Dennis puso cara de «me han pillado» y lo miró, fastidiado.

—Vale, tienes razón, es que eres demasiado buen tío y no suele ser lo habitual.

—Chico, cuando lo dices tú parece que «buen tío» significa gilipollas. —Se levantó—. Buen viaje si no te veo, Reijjo.

Dennis le hizo un saludo militar y continuó fumando. Estaba pensando en volver dentro cuando Shaffire se acercó a él sin mirarlo a la cara, de hecho, cualquiera hubiera dicho que sus botas eran las más bonitas del mundo por la intensidad con que las contemplaba.

—Solo quería despedirme —comenzó—, y decirte que siento mucho lo del otro día, estuvo fuera de lugar y eso...

—Ligar no es un delito que yo sepa, no tienes que pedir perdón.

—¿El grupo seguirá el año que viene?

—Claro, dalo por hecho, hasta puedes aprovechar el verano para componer.

Ella asintió.

—Prometido. Pásalo bien, Dennis.

—Igualmente, pero no demasiado, que ya nos conocemos.

Shaffire se alejó con una sonrisa, y se reunió con Gia para despedirse de ella mientras terminaban de sacar sus maletas a la entrada del Sharidan.

Mientras, Cherry había hecho una última visita a su camello para amenizar

su viaje y al regresar a su cuarto a por su maleta se encontró a Satchel allí sentada esperándola con cara de pocos amigos.

—¿Todavía no te has ido? —preguntó sorprendida.

—Te estaba esperando.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Como veo que te superas en inteligencia, voy a ser muy clarita. —Se levantó acercándose a ella—. Te calé muy pronto, así que no puedo decir que esté extrañada, pero eso no quita lo importante. Eres una zorra, pero encima de las poco inteligentes, porque te dedicas a joder a la gente que se porta bien contigo.

Cherry parpadeó.

—Syd es mi amiga y tú le has hecho daño, pero lo vas a arreglar, ya lo creo que sí. Lo primero que vas a hacer es cambiarte de cuarto para que no tengamos que ver tu cara todos los días. Inventa cualquier excusa, pero desaparece de aquí o si no le digo a Nichols ahora mismo que estás enganchada a la coca... ¿captas?

—¿Me harías eso? —La miró y la pelirroja le devolvió la mirada sin pestañear—. Vale. Me iré del cuarto entonces, si es lo que quieres.

—Muy bien —dijo Satchel—. Es un comienzo, ya veremos qué más cosas puedes hacer por nosotras el año que viene. —Cogió su maleta y le dedicó una sonrisa deslumbrante—. Espero que tengas un largo y cocainómano verano, Cherry. Ten cuidado, no sea que se te vaya la mano.

Salió de la habitación y Cherry se quedó mirando la puerta con cara fúnebre.

Satchel llegó a la entrada y al ver allí a Yin se acercó con una sonrisa.

—¿Qué pasa, todavía no hay cochazo a la vista?

Él le sonrió, un gesto tan poco habitual en él que Satchel pensó que se le rompería la cara por el esfuerzo.

—No tardará —contestó el chico.

En ese mismo momento, vieron un imponente coche acercarse hacia ellos. Yin levantó la mano para que lo vieran y cogió su equipaje. Miró a Satchel de manera cálida.

—Ha sido interesante conocerte —concedió.

—Pues no sabes la que te espera el próximo año —dijo ella y se acercó para besarle en la mejilla—. ¡Buen viaje!

Dicho aquello, se retiró del paso para que el coche se detuviera allí. Observó a Yin partir y retrocedió hasta su maleta, esperando el momento en

que llegara el taxi que había llamado.

Como no tenía familia, para ella los meses de verano serían muy largos, pero sin duda haría una visita corta a Syd, y ella fijo que se lo agradecería. Cuando llegó su transporte, echó una mirada hacia atrás y luego se subió, dispuesta a aprovechar las vacaciones todo lo posible.

Continuará ...



SOBRE

LAS AUTORAS

Eva M. Soler, nacida en Cruces, Vizcaya, un 7 de Junio de 1976, empezó a escribir desde muy pequeña, tras desarrollar un fuerte interés por la lectura alimentado por una extensa imaginación. Siempre dando prioridad al género de suspense y terror, también se mueve en género romántico *new adult* o *chick lit*. Está felizmente casada y vive en Castro Urdiales. En solitario tiene publicadas dos novelas de la saga titulada “Los mejores años”.

Idoia Amo, nacida en 1976 en Santurce, con quince años se mudó a Sopuerta, donde se ha establecido de forma definitiva con su marido y sus hijos tras pasar varios períodos en el extranjero. Durante toda su vida ha escrito relatos, pero siempre de forma personal y para su círculo más cercano. En solitario tiene publicada una novela romántica titulada “Acordes de una melodía desenfrenada”.

Ambas autoras se conocieron a los catorce años, volviéndose amigas y lectoras de sus propios escritos, pero hace un par de años decidieron que sus estilos podían complementarse bien, lo cual ha dado como resultado los libros “Anxious I & II”, “Amor escarchado”, “Maldita Sarah”, “El año que no dejó de llover”, “Luna sin miel”, “Carpe Diem”, “Érase una vez... las villanas”, “La teoría del absurdo”, “Descansad en pedazos” y “Salvación”, todos ellos disponibles en Amazon y en su web.

Recientemente han recibido el premio Hemendik que otorga el periódico Deia por su labor como difusión de la literatura romántica.

Para más información, www.idoiaevaautoras.com

ÉRASE UNA VEZ LAS
VILLANAS



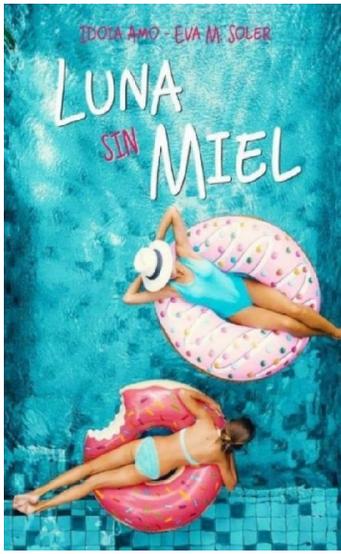
EVA M. SOLER- IDOIA AMO

OTRAS OBRAS

En todo grupo de amigas existe esa que se alegra de que las cosas te salgan mal. Esa incapaz de disimular su sonrisa cuando apareces con unos kilos de más. Esa que se regocija cuando te despiden de tu último trabajo. Esa que sonrío cuando tu corte de pelo se descontrola y acabas pareciendo un crestado chino. Esa cuyos piropos son, en realidad, insultos. «Me encanta tu maquillaje, disimula tu enorme nariz».

Una invitación de boda pone patas arriba el mundo de Audrey y Briana, dos chicas adineradas acostumbradas a tenerlo todo. Audrey tiene una cuenta pendiente con el novio y no dudará en planear la manera de estropear la celebración con la ayuda de Briana, aunque arrastren al resto de sus amigas durante el proceso.

Érase una vez un plan maquiavélico y una venganza salpicada de romance. Una historia donde, ni los buenos son tan buenos, ni las villanas tan villanas...



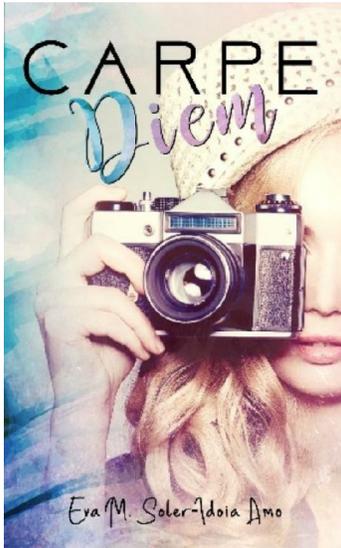
Alexandra es la oveja negra de la familia. Profesora de instituto, divorciada y de aspecto común, nunca ha conseguido estar a la altura de lo que su madre esperaba de ella. Y tampoco va a lograrlo en esta ocasión... ¡todo lo contrario!

En la boda de su estúpida perfecta hermana menor con el guapísimo senador Ethan Lewis, a quien Alex ama en secreto, se monta tal follón que el enlace acaba por no celebrarse. Y Alex decide que es un buen momento para aprovechar ese viaje de novios a la Riviera Maya que tiene pinta de quedar

relegado al cajón de «cosas para devolver».

Ni corta ni perezosa, se embarca en un vuelo con su mejor amiga Skye, dispuesta a desconectar y divertirse durante cuatro maravillosas semanas. Quieren playa, sol, excursiones y margaritas, pero cuando llegan allí les espera una gran sorpresa: el senador, su jefe de campaña y una sola suite que compartir...

¡La esperada continuación de "Luna sin miel"!



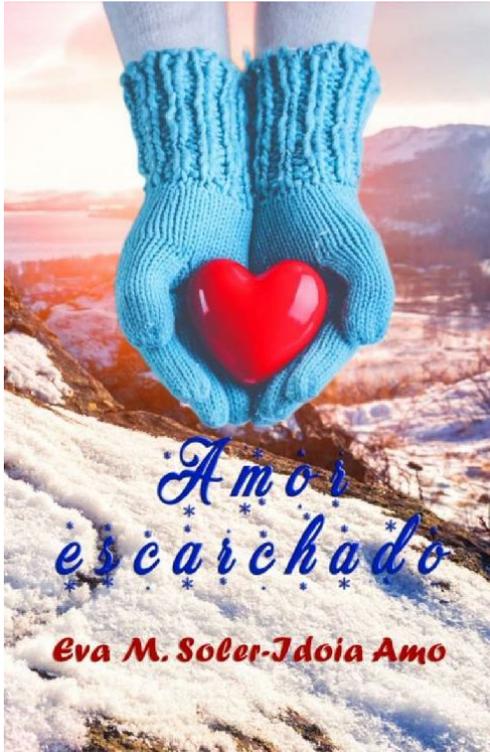
Skye no está en el mejor momento de su vida. Un año después de las vacaciones en México con Alex, su carrera como fotógrafa se ha estancado, tiene ciertos problemas económicos y su vida sentimental es un desierto desde que abandonó a Owen sin darle ninguna explicación.

Alex le pone en bandeja de plata la oportunidad de dar una vuelta de tuerca a eso con una oferta muy tentadora: el puesto de fotógrafa oficial en la gira de campaña a la presidencia de Ethan, su ahora prometido. para Skye significa

recuperar el amor por su trabajo y olvidarse del dinero durante un tiempo, pero también está la parte difícil: lidiar con Owen y los sentimientos que aún tiene por él.

Owen es un adicto al trabajo, Skye es un espíritu libre.

Entre kilómetros y gasolina, ciudades de Estados Unidos y discursos de campaña, equipos revoltosos y tabletas de chocolate, ¿podrán dos personas tan diferentes reencontrarse en el punto donde lo dejaron un año atrás?

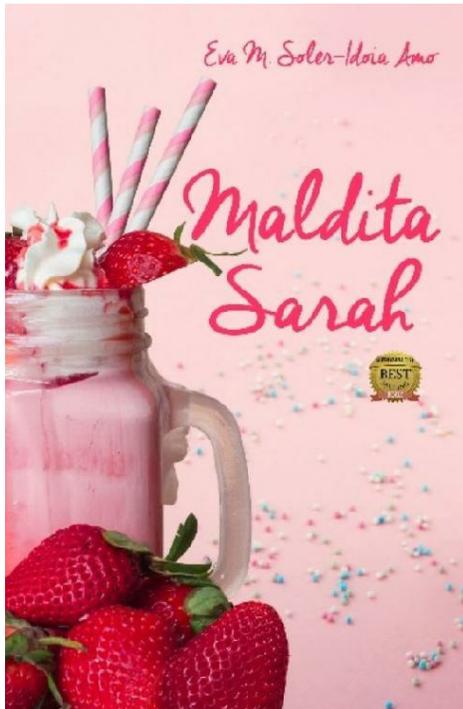


*Amor
escarchado*

Eva M. Soler-Jdoia Amo

Alexander Green es un joven cirujano plástico que vive en Los Ángeles, entre fiestas y surf, hasta que es testigo de un crimen que lo obliga a entrar en protección de testigos. Para su asombro, es enviado a Sutton, un pequeño pueblo de Alaska, todo lo contrario a lo que está acostumbrado. Un lugar tan lejano como el corazón de la jefa de policía local, Rylee Scott, una treintañera que ha renunciado al amor, y que pronto despertará el interés de Alex.

Romance, comedia y nieve, juntos en una sola historia...



Cosas que haces cuando tu novia te deja:

- 1) Odiar a su nuevo novio, como corresponde.
- 2) Evitar coincidir con ella.
- 3) Refugiarte en tu familia y tus amigos.
- 4) Pensar que de buena te has librado.
- 5) Plantearse si quieres seguir trabajando para su padre.
- 6) Tragar bilis cuando se dedica a restregarte a ese puñetero musculitos.
- 7) Buscar a una chica que te deba un favor y hacerla pasar por tu pareja, aunque tengas que refinarla antes.
- 8) Espera... borra eso...

En los planes de Liam no entra que su novia actual, Sarah, le abandone tras enamorarse de otro durante sus vacaciones en Australia. Tampoco que peligre su posible ascenso en el bufete donde trabaja, que su hermana se ponga a salir con un guaperas que a todas luces le partirá el corazón, y mucho menos que su atractiva, aunque plebeya vecina, Summer, le destroe el coche durante un accidente en el aparcamiento.

Harto de que Sarah se dedique a amargarle la vida paseando a su nuevo ligue ante sus ojos, este abogado estirado decide seguir un consejo poco sensato: convencer a Summer de que se haga pasar por su novia ante ciertos eventos del bufete. Para que todo salga bien solo necesita refinarla un poco,

pero lo que en principio parecía algo sencillo acaba derivando en un giro inesperado...



Bienvenidos a Kiltarlity. Un pequeño pueblo escocés donde no faltan los hombres rudos, los dialectos imposibles, la tradición de los clanes milenarios y, por supuesto, la persistente lluvia.

A sus treinta y dos años, Leslie Ferguson ha logrado alcanzar el éxito en el trabajo y posee un alto nivel económico, pese a que su carácter avinagrado no despierta demasiadas simpatías en sus relaciones sociales. Cuando es enviada a un pequeño pueblo de Escocia por motivos laborales, la estirada joven no tiene más remedio que viajar hasta allí acompañada por su ayudante personal, Shane. Pronto, Leslie descubrirá que su refinado estilo de vida no es compatible con este lugar: sus empleadas no la respetan, no tiene centros comerciales donde satisfacer su vena consumista, y el encargado de ayudarla en su proyecto es un atractivo highlander que no para de burlarse de ella.

Pero lo que parecía ser una pesadilla compuesta por niebla, humedad y gente tosca, no solo pondrá a prueba su paciencia durante un año, sino que cambiará su vida de forma radical...



Hay parejas que se casan porque la llama del amor es tan fuerte que solo quieren pasar el resto de su vida juntos. Otras, porque desean formar una familia llena de cariño y respeto.

Y luego están Callum y Alissa.

Callum y Alissa trabajan juntos, pero no se llevan bien.

Callum y Alissa no tienen nada en común, y nada es nada.

Callum pasa de Alissa porque es seria, controladora y mandona. Alissa desprecia a Callum porque es vago, mujeriego y cuentista.

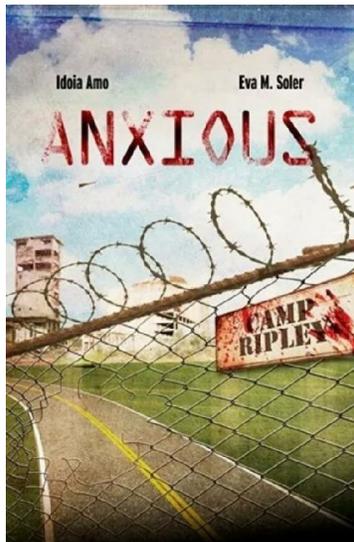
Callum y Alissa cometen el error de beber más de la cuenta durante la

fiesta de fin de año del trabajo. Lo que podía haber quedado como una terrorífica anécdota pronto se complica al darse cuenta de que durante la borrachera se han casado.

Sí, exacto, has leído bien: casado.

Por circunstancias que no vamos a revelar aquí, ambos van a tener que aprender a convivir el uno con el otro, una tarea ardua y difícil porque son polos opuestos. Y ya sabemos lo que sucede con los polos opuestos...

A veces, el destino se ríe de ti en tu propia cara.



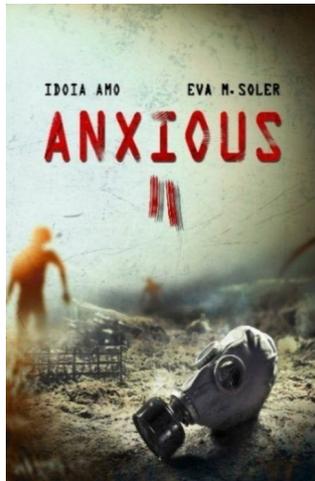
Little Falls es un pequeño y tranquilo pueblo de Minnesota donde nunca sucede nada.

Los habitantes de este idílico lugar desconocen los turbios asuntos que se gestan en Camp Ripley, la base militar afincada a unos kilómetros, donde se están llevando a cabo una serie de peligrosas pruebas virales.

La desaparición de una joven del lugar pone sobre aviso a la jefa de policía Emma Jefferson, quien no tarda en descubrir que se ha propagado un virus, resultado de un proyecto llamado Anxious: un virus que produce

infectados rabiosos y que pronto se convertirá en pandemia con consecuencias catastróficas.

Drama, supervivencia, miedo... ¿estás preparado para que tu mundo cambie por completo?



Me dirijo a todos los supervivientes del desastre que está asolando nuestra querida nación para darles un mensaje de esperanza. Me he visto obligado a declarar el estado de excepción, pero el ejército está ahí para ayudarles. Si se encuentran con algún soldado, no huyan: identifíquense y serán evacuados a un lugar seguro.

No todo está perdido.

Nuestro país se encuentra inmerso en una lucha por la supervivencia y pasarán años antes de que sea habitable de nuevo. Nuestro ejército y científicos se están encargando de ello. Hasta entonces, estamos organizando varios lugares donde poder reinstaurar nuestra sociedad y modo de vida americano.

Aquellos que se encuentren en la costa Oeste, diríjense a los puertos de

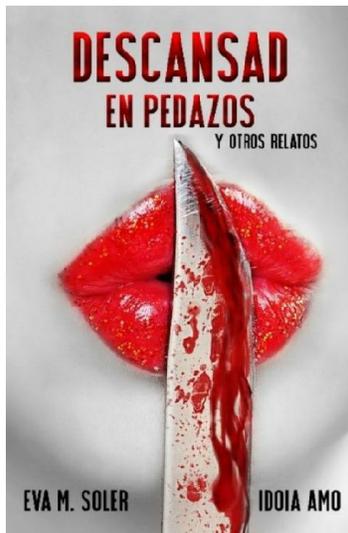
Seattle, San Francisco y San Diego.

En la Costa Este, a los puertos de Jacksonville, Nueva York, Boston y Portland.

La frontera con México se encuentra cerrada y Canadá está en la misma situación que nosotros, por lo que las únicas salidas son por mar.

Unidos, lo lograremos.

Buena suerte .



Imagina un concurso televisivo dispuesto a todo con tal de subir la audiencia.

Imagina que alguien desaparece sin dejar rastro en un área de servicio.

Imagina que tu deseo máspreciado se cumple, y debes pagar el precio.

Imagina que un reflejo hace aflorar tu lado más perverso.

Imagina que el mundo llegara a su fin, y solo tuvieras un último día.

Imagina un túnel de terror en vivo, cuyo macabro recorrido se convertirá en una experiencia aterradora.

Imagina...

Adolescentes sin escrúpulos, lugares de pesadilla, desapariciones misteriosas, padres perversos, demonios internos, rituales de iniciación, una pizca de amor, y sangre... mucha sangre.



«He trazado un círculo, hecho con sangre. Un círculo que delimita Salvación de principio a fin. Nadie puede salir de aquí, y el que lo intente, morirá. Vais a pagar... un sacrificio cada doce meses. Uno por año, como ofrenda por mi sufrimiento.»

Si te gustan nuestros libros, te pedimos que apoyes nuestra carrera de forma legal y rechaces el pirateo. Es la forma de que podáis seguir disfrutando de cómo escribimos, ya que sin ventas es muy difícil seguir publicando, tanto en Amazon como en editorial.

Apoya a tus escritores de la manera correcta.
¡Gracias